

PUBLICACIÓN DEL
instituto universitario de urbanística
de la universidad de valladolid

DOSSIER

8 ciudades

2022

PAISAJES ACTIVOS: IMÁGENES DEL MEDIO RURAL DE LA EUROPA MERIDIONAL

Miguel Fernández Maroto
Mario Paris
-Coordinadores-



PAISAJES ACTIVOS:
IMÁGENES DEL MEDIO RURAL
DE LA EUROPA MERIDIONAL

DOSSIER 8 ciudades

PAISAJES ACTIVOS: IMÁGENES DEL MEDIO RURAL DE LA
EUROPA MERIDIONAL / Miguel Fernández-Maroto & Mario Paris
(coord.) – Valladolid : Instituto Universitario de Urbanística, 2022

250 p. ; 17x24 cm .- (Dossier Ciudades ; 8)

ISBN: 978-84-09-46467-8

DL VA 752-2022

1. Paisaje. 2. Medio rural. 3. Europa meridional. I. Fernández-Maroto,
Miguel (coord.). II. Paris, Mario (coord.). III. Instituto Universitario
de Urbanística, ed. IV. Serie

PAISAJES ACTIVOS: IMÁGENES DEL MEDIO RURAL DE LA EUROPA MERIDIONAL



Coordinadores

Miguel Fernández Maroto

Mario Paris

Autores de los capítulos

Mario Paris & Miguel Fernández Maroto; Juan Luis de las Rivas Sanz; Ignacio González-Varas Ibáñez; Olivier Chadoin; Javier Pérez Gil; Arsenio Dacosta & José Delgado Álvarez; Rui Braz Afonso; Gregorio Vázquez Justel; Luis Vicente Elías Pastor; Fulvio Adobati; José Ángel Sánchez Fabián & Karmah Salman Monte; Carlos Nárdiz Ortiz; Christos Tourkolias & Anastasia Tasopoulou & Ioanna Giannouli; María A. Castrillo Romón & José Luis Lalana Soto & Víctor Pérez Eguíluz; Nuno Bigotte Santos; Sofia Cardoso & Edgar Seabra

Revisión de textos

Miguel Fernández Maroto

Maquetación y cubierta

Miguel Fernández Maroto

Imagen de cubierta

Interpretación del paisaje del municipio de Paredes de Nava, Palencia
(Gonzalo Basulto & Lucía de Blas, 2019)

ISBN

978-84-09-46467-8

Depósito Legal

VA 752-2022

Edita

Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid

Esta publicación se inscribe en las actividades del Proyecto de Investigación “El Paisaje Urbano Histórico como recurso de planificación en los conjuntos históricos menores de la España interior (PUH-RePlan)”, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (MCIU), la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y al Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) dentro del Plan Estatal de Investigación Científica y Técnica y de Innovación 2017-2020 (ref. PGC2018-097135-B-I00).



Este libro, editado por el Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid, se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.



Reconocimiento (Attribution): en cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia hará falta reconocer la autoría.



No comercial (Non commercial): la explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

ÍNDICE

MARCOS

1. **PAISAJES ACTIVOS: UN CAMBIO DE PARADIGMA NECESARIO PARA CONSTRUIR ESCENARIOS DE OPORTUNIDAD 11**
Mario PARIS & Miguel FERNÁNDEZ-MAROTO
2. **PAISAJES ACTIVOS: ¿UNA EUROPA SIN CAMPESINOS?..... 25**
Juan Luis DE LAS RIVAS SANZ

MIRADAS

PAISAJES HISTÓRICOS | Coordinador: Laurent COUDROY DE LILLE

3. **EL PATRIMONIO CULTURAL EN EL MEDIO RURAL: CONCEPTOS, PROBLEMAS Y ENCRUCIJADAS 45**
Ignacio GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ
4. **FIN DU VILLAGE OU CONCURRENCE METROPOLITAINE ? ENSEIGNEMENTS METHODOLOGIQUES DE LA TRAJECTOIRE D'UNE PETITE VILLE FRANCAISE..... 77**
Olivier CHADOIN

PAISAJES ETNOGRÁFICOS | Coordinador: Javier PÉREZ GIL

5. **EL PAISAJE URBANO HISTÓRICO Y LA CONSERVACIÓN DE LA ARQUITECTURA VERNÁCULA EN LOS CONJUNTOS HISTÓRICOS Y ETNOLÓGICOS 93**
Javier PÉREZ GIL
6. **PAISAJES VACIADOS: DESAFÍOS DE LA ARQUITECTURA VERNÁCULA DESDE LA COMARCA DE ALISTE 107**
Arsenio DACOSTA & José DELGADO ÁLVAREZ
7. **MODO DE VIDA E PAISAGEM. O CASO DOS CENTROS MENORES..... 119**
Rui BRAZ AFONSO

PAISAJES PRODUCTIVOS | Coordinador: Gregorio VÁZQUEZ JUSTEL

8. **PAISAJES PRODUCTIVOS Y ESTRATEGIAS DE REVALORIZACIÓN..... 129**
Gregorio VÁZQUEZ JUSTEL
9. **EL PAISAJE DEL VIÑEDO 141**
Luis Vicente ELÍAS PASTOR
10. **IL PAESAGGIO VITATO DELLA FRANCIACORTA: UN PROGETTO DI VOCAZIONE TERRITORIALE..... 153**
Fulvio ADOBATI

11. PAISAJE GEOLÓGICO Y CULTURAL EN EL GEOPARQUE UNESCO LAS LORAS	165
José Ángel SÁNCHEZ FABIÁN & Karmah SALMAN MONTE	
12. LOS PAISAJES DE LA ENERGÍA	175
Carlos NÁRDIZ ORTIZ	
13. ENERGY LANDSCAPES IN RURAL GREECE: THE INTEGRATED SUSTAINABLE ENERGY PLAN OF KARDITSA.....	203
Christos TOURKOLIAS & Anastasia TASOPOULOU & Ioanna GIANNOULI	

PERSPECTIVAS

14. EL MEDIO RURAL DE CASTILLA Y LEÓN DESDE OTRO ÁNGULO: “TERRITORIOS ACTIVOS”	219
María A. CASTRILLO ROMÓN & José Luis LALANA SOTO & Víctor PÉREZ EGUÍLUZ	
15. TENDÊNCIAS DEMOGRÁFICAS E SEUS EFEITOS SOBRE A PAISAGEM: O PROBLEMA DA DESERTIFICAÇÃO POPULACIONAL, FOCANDO O CASO DO NORTE DE PORTUGAL. POLÍTICAS DO PASSADO E DESAFIOS PARA O FUTURO.....	233
Nuno BIGOTTE SANTOS	
16. OS “LAÇOS INVISÍVEIS” COMO ESTÍMULO DE VALORIZAÇÃO DA DIMENSÃO LOCAL	241
Sofia CARDOSO & Edgar SEABRA	

MARCOS

1. PAISAJES ACTIVOS: UN CAMBIO DE PARADIGMA NECESARIO PARA CONSTRUIR ESCENARIOS DE OPORTUNIDAD

Mario PARIS

Università degli Studi di Bergamo

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1129-3609>

mario.paris@unibg.it

Miguel FERNÁNDEZ MAROTO

Universidad de Valladolid (Instituto Universitario de Urbanística)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-6853-2167>

miguel.fernandez.maroto@uva.es

Introducción

La reciente crisis sanitaria ha llevado al reconocimiento de vulnerabilidades sociales y territoriales que marcan nuestros espacios de vida y las formas como habitamos en ellos. Es decir, la respuesta a la pandemia ha pasado por una profunda reconsideración de los actuales modelos de convivencia y por la urgencia de repensarlos considerando las debilidades surgidas. Emanuela Casti, Fulvio Adobati e Ilia Negri (2021) señalan en su estudio sobre este tema que hay que reelaborar la gobernanza territorial y el diseño de hábitats que mejoren las condiciones actuales y produzcan una reconciliación ecológica (Ferlinghetti, 2019) entre seres humanos y ambientes de vida. De hecho, los trabajos de académicos, activistas y comunidades políticas deberían apoyar una transición progresiva hacia formas renovadas de vivir el territorio, que se manifiesta como espacio e instrumento para satisfacer las necesidades de los seres humanos, garantizar su calidad de vida y lograr el bienestar y la felicidad.

La base imprescindible para conseguirlo es repensar y reconceptualizar el territorio en el que vivimos y, de una forma especial, allí donde pasamos la mayoría de nuestro tiempo, donde producimos y consumimos y donde nos movemos habitualmente.

Esta base que estructura la vida cotidiana (Braudel, 1967) está constituida por aquellos espacios que están en el borde de los núcleos más densos y consolidados, formados por la (i)lógica de la acumulación (Walker, 1994) de distintos materiales urbanos y rurales que deja espacios fisurados en los que la naturaleza sigue existiendo. Estos ambientes urbanos “astillados” (Graham

& Marvin, 2001) se difuminan en el ambiente rural sin límites físicos. Se trata de los paisajes de la baja densidad, en los que las distinciones entre rural y urbano, la ciudad y el campo, pierden relevancia (Shannon, 2006). Este mosaico territorial (Forman, 1995) se configura de forma heterogénea y desigual con distintos niveles de actividad.

Desde esta perspectiva, creemos que hay que investigar aquellos espacios en los que se concentra una mayor intensidad de actividades y relaciones, así como los que tienen el potencial para ello, abordando las razones que explican que haya otros paisajes marcados por la atonía y la falta de capacidad para soportar el desarrollo de actividades. Se trata de una inquietud presente en diversos trabajos en los que hemos podido participar, tanto en España como en Italia.

Por un lado, la regeneración urbana y territorial en los municipios “de franja” en la provincia de Milán; el desarrollo de proyectos en red y la definición de protocolos de colaboración entre distintos niveles de la Administración Pública gracias a una colaboración con la Città Metropolitana di Milano; o los trabajos dedicados al ambiente de la montaña bergamasca, con cursos de formación continua y posgrado para profesionales que quieren dedicarse al desarrollo de acciones innovadoras en el contexto de los valles entre Bérgamo, Sondrio y Brescia han sido oportunidades para detectar pistas sobre la urgencia de formación e información orientada a los espacios rurales y a su dinamización a través de intervenciones puntuales y experiencias concretas, en “el campo”.

Por otro lado, la atención al paisaje de los entornos periurbanos y del medio rural ha sido una constante en la trayectoria del Instituto Universitario de Urbanística (IUU) de la Universidad de Valladolid. En primer lugar, esta preocupación se ha plasmado en trabajos de planificación territorial, como las directrices de ordenación territorial de Valladolid y entorno (DOTVAENT, 1996-2001) y Segovia y entorno (1999-2005), en las que el paisaje se plantea como “regla” para la ordenación (De las Rivas Sanz, 2006). Asimismo, ha guiado varios proyectos de investigación entre los que cabe mencionar “Los Pueblos Perdidos: fundamentos ambientales, paisajísticos y arquitectónicos para la recuperación sostenible del patrimonio de los Núcleos Rurales Menores de Castilla y León” (2006-2008) y otros tres muy recientes: “El paisaje como estrategia de integración y puesta en valor de los recursos ambientales y patrimoniales en los municipios menores del medio rural de Castilla y León” (2018-2020), “Territorios activos. Diseño y desarrollo de un *Living Lab* para la caracterización e impulso sostenible de iniciativas innovadoras en el medio rural de Castilla y León” (iniciado en 2020 y aún en curso) y “El Paisaje Urbano Histórico como recurso de planificación en los conjuntos históricos menores de la España interior” (PUH_RePlan, 2019-

2022). Este último, cuyos investigadores principales han sido Juan Luis de las Rivas Sanz y Javier Pérez Gil, ha profundizado en la potencialidad que tiene el medio rural para contribuir a un futuro más sostenible (De las Rivas Sanz et al., 2022; De las Rivas Sanz, 2022), sirviendo de marco para diversas experiencias de investigación que han dado lugar, entre otras cosas, a este libro sobre “paisajes activos”.

¿Por qué un libro sobre los paisajes activos?

Las diversas actividades desarrolladas en el marco del proyecto PUH_RePlan han conducido a una conclusión clara: para enfocar las posibilidades de desarrollo de los paisajes rurales es necesaria una mirada que no se agote en sus connotaciones más negativas, en particular, la despoblación.

En un primer seminario internacional celebrado en junio de 2019 bajo coordinación de Luis Santos y coorganizado por el IUU y la Fundación Entretantos, titulado “Pequeños municipios: gestión local y resistencia”, tuvimos la oportunidad de debatir sobre estos temas e intercambiar experiencias y buenas prácticas con activistas, habitantes y asociaciones del medio rural, abordando cuál podría ser el papel de los municipios rurales y cómo se podría impulsar su vitalidad en un contexto de recursos muy limitados y, de forma especial, en aquellas regiones donde el envejecimiento, la masculinización y la falta de oportunidades laborales agudizaban los problemas de estas áreas rurales.

La situación provocada por la irrupción de la pandemia de la covid-19 interrumpió el normal desarrollo del proyecto, pero ofreció otras posibilidades para seguir reflexionando sobre estos asuntos, al emerger nuevas perspectivas (retorno a los pueblos, formas flexibles de trabajo, formas de vida menos vinculadas a los espacios de mayor densidad) que pueden representar factores relevantes para los espacios rurales y, de forma especial, para aquellos que muestran cierta vitalidad, cierta “actividad” (Dezio & Paris, 2022).

En todo caso, la preocupación sigue centrándose en la necesidad de evidenciar las oportunidades que revisten a los territorios de la baja densidad que son a la vez frágiles y resistentes, a los entornos rurales donde no se desarrollan de forma exclusiva actividades agrarias. Se trata de hábitats que desempeñan un papel importante para los servicios ecosistémicos y su continuidad, abundantes en espacios de conservación de la biodiversidad y que actúan como sumideros de CO₂. No son espacios estancados, sino ámbitos donde se pueden detectar factores de dinamización y actividad (producciones de calidad e innovadoras, presencia de formas originales de interacción entre explotaciones agrarias y actividad económicas de otro tipo, turismo e industria, etc.).

De este modo, el enfoque se centró en los espacios rurales no agrarios que tienen potencial y calidad medioambiental y que, con una fórmula sugerente y abierta, hemos definido como “paisajes activos”. Partiendo de esta fórmula, surgen las siguientes preguntas:

- ¿Cuáles son los factores de resistencia y de activación sostenible y duradera del paisaje rural?
- ¿Cuáles son las prácticas de activación desarrolladas por las administraciones locales, las asociaciones, los vecinos? ¿Cuáles de ellas son escalables y que relación tienen con la estructura administrativa y normativa y con las características específicas de sus contextos?
- ¿Cuáles son los límites a la acción de los diferentes actores involucrados en estas prácticas? ¿Cómo se pueden superar estos límites?

Tanto desde la perspectiva geográfica y urbanística que utilizamos, como desde otras vertientes, estos temas permanecen en gran medida inexplorados, pues sigue presente una falta de conciencia del potencial de estos espacios. Para contestar a esas preguntas, y adquirir una mayor conciencia del papel de los paisajes activos es imprescindible combinar distintas perspectivas y áreas de conocimiento. El objetivo es comprender los paisajes activos en el doble significado que tiene esta palabra: por un lado, se trata de “entender” cuáles son los “catalizadores” del territorio, sus factores de riesgo, las necesidades expresadas por sus habitantes, y el potencial local que a menudo existe, pero parece olvidado; por otro lado, tenemos que “poner juntas” todas estas instancias en el espacio en su dimensión compleja, sin caer en las retóricas estereotipadas y simplistas que describen el espacio rural desde una monodimensión agraria y de falta de esperanza, olvidando los diferentes usos y prácticas que existen y sus potenciales.

Esta necesidad de comprender los paisajes activos desde diversos puntos de vista motivó la organización de un segundo seminario internacional que se celebró en febrero de 2022, y que tuvimos la oportunidad de coordinar. Bajo el título de “Paisajes activos: imágenes del medio rural de la Europa meridional”, participaron en él investigadores de España, Portugal, Francia, Italia y Grecia, cada uno con su propia trayectoria y puntos de vista, muchas veces ligados a experiencias concretas de vida, estudio y trabajo en los espacios rurales. En las diversas mesas que se celebraron pudimos apreciar cómo la inquietud por conocer se acompaña a menudo de las ganas de moverse e intentar actuar en el territorio.

Las distintas contribuciones presentadas evidenciaron que son numerosos los ámbitos del medio rural en el sur de Europa que muestran un dinamismo extraordinario, donde las redes de conocimiento, de personas, de instituciones, etc. se mueven e interactúan, más allá de que aún no hayamos alcanzado una taxonomía precisa de estos “paisajes activos”, o un léxico

seminario internacional - international seminar

PAISAJES ACTIVOS - ACTIVE LANDSCAPES

imágenes del medio rural de la Europa meridional
images of the rural environment in southern Europe

21-22 de febrero de 2022

ETS de Arquitectura - Salón de Grados
Avenida de Salamanca 18, Valladolid

Emisión en directo
www.youtube.com/user/institutourbanistica

Más información
iuu.uva.es/seminario-internacional-paisajes-activos/

COORDINADORES
Miguel Fernández Maroto - UVA
Mario Paris - UniBg

MODERADORES
Laurent Coudroy de Lille - EUP
Javier Pérez Gil - UVA
Gregorio Vázquez Justel - UVA
Luis Santos y Ganges - UVA

PONENTES
Juan Luis de las Rivas - UVA
Olivier Chadoin - ENSAPBx
Ignacio González-Varas - UCLM
Rui Braz Afonso - UPorto
Arsenio Dacosta - USAL
Maria A. Castrillo Romón - UVA
Fulvio Adobati - UniBg
Luis Vicente Elias Pastor
José Ángel Sánchez Fabián
Carlos Nardiz Ortiz - UdC
Christos Tourkolias - CRES

ORGANIZACIÓN
 **INSTITUTO
UNIVERSITARIO
DE URBANÍSTICA**
Universidad de Valladolid

Este seminario se inscribe en los trabajos del Proyecto de Investigación "El Paisaje Urbano Histórico como recurso de planificación en los entornos históricos de la España Interior" (MCUAREDEER, UE - ref. PGC2018-097335-B-I00)



Asistencia presencial libre y gratuita, con uso obligatorio de mascarilla y siendo necesaria inscripción previa a través del email iuu@institutourbanistica.com indicando nombre y apellidos y DNI, y hasta completar el aforo (40 personas)

Quiénes asistan presencialmente al 80% de las horas totales del seminario (12,5) y rellenen una pequeña encuesta recibirán un diploma acreditativo de asistencia, con el que podrán solicitar el reconocimiento de 0,5 ECTS a la Universidad de Valladolid

Figura 1. Cartel del seminario internacional "Paisajes activos: imágenes del medio rural de la Europa meridional".

preciso que los describa. Por ello, este volumen quiere dar continuidad a ese esfuerzo con el ambicioso objetivo de consolidar los resultados de estos estudios "tentativos", para ofrecer un conjunto de ideas y enfoques sobre los que seguir trabajando.

Hacer visible lo invisible: dar estructura a un debate innovador sobre los espacios rurales dinámicos

Este libro se ha planteado desde el desafío de dar protagonismo propio a espacios que todos vivimos, percibimos, atravesamos y habitamos a diario, pero viéndolos solo como fondo para nuestras actividades cotidianas, renunciando a considerarlos como ambientes importantes *per se*. En consecuencia, solicitamos a los autores de los capítulos que componen el libro que partiesen de su posición específica dentro de este debate, definiendo de una forma sólida y detallada su propio punto de vista sobre el espacio y sobre las posibilidades y los límites que apreciaban desde dicha posición específica.

Por ello, lo que se reúne aquí va más allá de las actas de aquel seminario: se trata de un volumen para el que las distintas presentaciones han sido reelaboradas, y en el que no se recorre de una forma estéril el esquema de las mesas del seminario. En el tiempo transcurrido desde su celebración, cada texto ha sido trabajado por y discutido con los autores y, por ello, el producto aquí presentado es una serie de textos originales, a veces muy diferentes a lo que se presentó en febrero de 2022 en Valladolid, y que se interrelacionan con los demás.

Por un lado, ha emergido la influencia mutua entre los autores, ya que aquel momento de debate fue una oportunidad útil y fértil para seguir avanzando en sus investigaciones. Por otro lado, a lo largo de estos meses transcurridos desde la celebración del seminario, junto al trabajo de coordinación del proceso editorial, hemos tenido que dar una estructura al libro capaz de transmitir la complejidad y la riqueza de las contribuciones que hemos tenido la suerte de recolectar. Es decir, revisando los textos y comparándolos entre ellos, hemos tenido que pensar en cómo dar un orden a este material sin perder la pluralidad de identidades y puntos de vista que nos proporcionaban.

En este sentido, y sin menoscabar la diversidad de puntos de vista, que no se pueden reconducir simplemente a unos pocos elementos de convergencia, hemos querido dar centralidad al tema del debate para que el lector pueda apreciarlo en las tres secciones en las que está organizado el libro.

La primera sección, que se titula “Marcos”, recoge este texto y el de Juan Luis de las Rivas Sanz, en los que se destaca el enfoque que se ha dado a la investigación, al papel que creemos que tienen —o pueden tener— los paisajes activos en el territorio europeo, y cuáles son los riesgos y los potenciales en juego. En particular, se destaca cómo la mirada hacia el territorio rural y de la baja densidad sigue estancada en una forma “miope” de ver este espacio, que obvia la red de relaciones y la variedad de las actividades existentes históricamente, asumiendo una actitud simplista y

poco atenta a las oportunidades latentes, lo que impide apreciar los espacios rurales dinámicos como paisajes activos y las prácticas que se desarrollan en ellos como iniciativas activadoras.

La segunda sección, bajo el título “Miradas”, reúne los textos de diferentes autores que relatan sus experiencias y percepción referidas a tipologías distintas de paisajes “activos” —o “activables”— y nos proporcionan ideas sobre cómo estos procesos se hacen posibles. No es solo una recopilación de casos de estudio, sino que cada autor enfoca el tema destacando cuáles son las dificultades que conllevan estos procesos, y qué factores —recursos, actores, marcos legales, etc.— han facilitado o limitado su acción. A través de estos relatos sobre cómo se actúa y las dificultades de moverse en los paisajes históricos, en los etnográficos, en los productivos y en aquellos de la tierra y de la energía, podemos extraer pistas para trabajar y, al mismo tiempo, nos damos cuenta de que hay temas transversales que marcan el territorio europeo, y que hay un gran espacio de oportunidad para las actuaciones que resuelven problemas con efectividad y que abordan el tema de una forma realista. Así, si la primera sección pone en evidencia que hay que superar el paradigma actual que se basa en un relato simplista y en descripciones negativas del territorio rural, los textos de esta segunda sección demuestran que hay una gran complejidad de situaciones y de posibles intervenciones que permiten defender escenarios de oportunidad para los paisajes activos.

Finalmente, la última sección, titulada “Perspectivas”, ofrece tres textos en los que se muestran diferentes vías para desarrollar futuras acciones que superen los límites de los procesos actuales. En ellos se destaca la necesidad de superar una praxis todavía enquistada en retóricas buenistas, políticas compensatorias o subsidiarias y en “buenas prácticas” poco escalables y adaptables, que se configuran como experiencias singulares más que como casos-piloto.

Superar una visión del paisaje de la baja densidad estereotipada, negativa y miope

En un estudio reciente, Catherine Dezio (2020: 209) señala que, a lo largo del siglo XX, “los territorios rurales han sufrido una reestructuración económica en muchos países del mundo, con consecuencias devastadoras sobre los recursos ecológicos y culturales y sobre su capacidad para proporcionar servicios ecosistémicos”. La consecuencia es que el espacio rural se ha transformado bajo la presión de la intensificación de la producción agrícola y por el abandono de espacios de cultivo donde la aplicación de la agricultura industrial e intensiva no era rentable. Los efectos territoriales más evidentes de estos fenómenos son la despoblación, la emigración, la progresiva pérdida de variedad social y productiva y el abandono de tierras.

Otros procesos, menos evidentes, tienen más que ver con transformaciones que afectaran la sociedad en su conjunto y no solo en el espacio rural, en un tiempo largo, y se refieren a la capacidad de producir o transformar productos agrícolas, capturar CO₂, proporcionar agua y otras materias primas, etc.

En esta misma perspectiva, Rey Benayas et al. (2007) han identificado cinco problemas principales relacionados con el abandono de los territorios rurales: la simplificación de la estructura de la vegetación y la imagen del paisaje, la erosión del suelo y a la desertificación, la reducción de los recursos hídricos, la pérdida de biodiversidad por especies invasoras y la pérdida de conciencia del valor patrimonial.

Otro impacto problemático a medio-largo plazo de estos procesos es el progresivo empeoramiento de la percepción del espacio rural por parte de la sociedad urbana y, por extensión, en los ambientes académicos. Es decir, el espacio rural, marcado por una baja densidad de población y una baja intensidad de actividades en comparación con la ciudad, sufre, desde la segunda revolución industrial, una visión negativa y estereotipada.

Este estereotipo se fundamenta en un enfoque que simplifica el territorio rural y lo reduce a mero espacio de cultivo habitado por una pequeña población, lo que no permite entender la complejidad de las relaciones, de las formas de vivir y moverse en estos espacios, y que se olvida igualmente de la variedad de actividades, de las formas de explotar y cuidar del territorio que existían históricamente y que hoy se han perdido o son muy marginales, y de su potencial económico a lo largo de la historia.

Asimismo, esta visión estereotipada deriva de las formas dramáticamente estandarizadas que se usan hoy para describir estos territorios. Se trata a menudo de datos estadísticos y espaciales recolectados y distribuidos con una visión y escalas institucionales —el municipio, la provincia, la región— que no consideran las escalas relevantes del mundo rural —la cuenca, el valle, la plataforma de producción, el corredor, etc.— y que no permiten destacar diferencias y singularidades en estos espacios, aplastando las heterogeneidades en una única perspectiva que pasa bajo la definición del “campo”. A ello se añade que dentro de las disciplinas del urbanismo y del planeamiento existe aún una limitada disponibilidad al análisis de estos sistemas y, a menudo, las interpretaciones se desarrollan a través de clichés repetitivos, en los que se utilizan partes para explicar conjuntos. Un ejemplo son los estudios sobre áreas de montaña en los que se representa el sistema sin considerar los espacios de piedemonte, o en los que los espacios de cultivo solo se atienden en función de la rentabilidad de las especies y de las variedades que se implantan hoy en día, sin considerar el papel y el valor de los cultivos históricos.

Este estereotipo nos proporciona una imagen en la que el espacio rural es un ambiente que se cree conocido y controlado, que hay que aprovechar al máximo con una actitud “extractiva”, de tal forma que, una vez sacado todo lo valioso, o se encuentra otra forma de explotación (*fracking*, plantas solares, parques eólicos, etc.) o, si no, se puede abandonar.

Esta visión simplista se fundamenta en una perspectiva urbanita radicalmente negativa, donde no se registra —o se ignora— el potencial de variedad, interés y oportunidades del campo porque no se reconoce como valor. Al mismo tiempo, este enfoque no permite desarrollar proyectos que, a partir de los caracteres únicos y peculiares —aunque no evidentes— del espacio rural, puedan usarlos para dar una perspectiva alternativa al territorio.

Las visiones estereotipadas aplastan las diferencias y llevan a propuestas que para poder funcionar suelen trabajar con las modas y las tendencias de un momento determinado. Por ello, el campo se convierte en el espacio de cultivo de variedades y especies que el mercado necesita para complacer a un público en concreto y que puede que no sirvan dentro de unos años. Al mismo tiempo, el monte se convierte en espacio de localización para pistas de esquiar, rutas de senderismo, etc., lo que refuerza la visión del campo y el monte como una especie de “jardín” o “parque de atracciones” para la ciudad, sin intención de comprender cuáles son las necesidades y el verdadero potencial de cada lugar, o cuáles podrían ser las aspiraciones y las prioridades de sus habitantes.

Por ello, en este libro se intenta desarrollar un enfoque que facilite un cambio de paradigma. Este cambio se fundamenta en la capacidad de reconocer y transmitir la complejidad que existe en los territorios rurales, en la línea propuesta por organismos como la OCDE (2006, 2016) de cara a la búsqueda de nuevas formas de desarrollo rural, en las que el espacio del campo tiene valor y tiene que describirse y trasmitirse como elemento valioso, aunque este en desuso o abandonado. Es decir, aunque hoy no haya formas de explotación rentable, el espacio rural tiene valor y hay que pensar en propuestas que sepan garantizar su conservación activa y hacer que sus potenciales ambientales, económicos, productivos y culturales sean los factores activadores de un desarrollo endógeno y duradero.

Hacia un cambio de paradigma necesario y urgente

Se ha dicho que es necesario un esfuerzo para conocer, entender y explicar el campo de una forma cada vez más integrada, original y convencedora. Este esfuerzo de reconceptualización es la única oportunidad para desarrollar proyectos sólidos, sostenibles y adaptados a las condiciones locales. De esta

forma, el espacio rural se convierte en un “territorio de proyecto” (Conti & Salone, 2012) donde desarrollar acciones efectivas enmarcadas entre procesos de gobernanza eficaz (Corrado, 2020). Para ello, hay que superar la idea que la baja densidad de habitantes conlleva siempre una baja intensidad de usos y relaciones —ya sean sociales, productivas, culturales— y que todo el campo sufra de la misma atonía. Las experiencias recolectadas en este libro, así como la percepción general después de la crisis pandémica es que un nuevo paradigma para los espacios rurales es posible. Para ello, es necesario pensar en formas creativas y originales de activación, donde se pueda apoyar una transición multifuncional (Holmes, 2006; McCarthy, 2005).

Para ello, hay que abordar desde una perspectiva proyectual una idea que defendía Aldo Bonomi (2021) en un artículo dedicado a las oportunidades después de la covid-19. Para este sociólogo italiano, la pandemia ha acelerado un proceso de cambio en el que los valores de la sociedad global de los servicios se ponen en duda, y donde las diferencias vuelven a tener un papel relevante. En esta fase, hay cuatro elementos que caracterizan la vida cotidiana que tienen cada vez más valor: la salud, la naturaleza, la calidad del habitar y el conocimiento. Ellos influyen en nuestra experiencia diaria y según la forma en la que se configuran y relacionan mutuamente, definen la calidad de las formas de habitar un espacio y su nivel de servicios. Es decir, que hoy en día ya no evaluamos los espacios solo en relación con la posibilidad que nos ofrecen de consumir productos y tener accesos a servicios de calidad, sino que entre los valores que consideramos como sociedad se han añadido otros aspectos, y privilegiamos los lugares que nos permiten cuidarnos, tener un mejor acceso a la naturaleza, entrar en contacto con una comunidad local viva y consolidada, y trabajar a través de las redes de una forma más flexible. La integración de estos valores post-pandémicos en el sistema consolidado enriquece el interés por ámbitos y espacios que hasta hoy parecían olvidados —como algunos espacios rurales—, y hoy en día adquieren un nuevo papel en la geografía de los lugares deseables.

Es interesante que los cuatro valores destacados por Bonomi han adquirido centralidad a lo largo de los últimos años, pero no dependen directamente de la pandemia. Es decir, que gracias a esta fase se ha acelerado un proceso de reevaluación que ya se estaba desarrollando con una velocidad más limitada. Por ello, antes de 2020 ya se podían destacar procesos protagonizados por “neorrurales” o familias que volvían al campo, ya sea por razones económicas o de imposibilidad a quedarse en la ciudad. Lo que se determina ahora es un proceso que se une a los anteriores y, al mismo tiempo, involucra nuevas actitudes, más volcadas a temas sociales y que ven el retorno a los espacios de la baja densidad como una oportunidad. Estas dependen del hecho de que en los espacios rurales más dinámicos —los paisajes activos— las cuatro fuerzas existen y actúan de una forma conjunta y hacen que estas áreas se

vuelvan hábitats atractivos, por lo menos para una parte de la población urbana que hasta ahora los tenía olvidados o los ignoraba. Se manifiestan formas de nuevo arraigo y participación social dentro de estos espacios, donde se destaca el papel de la comunidad local como referente y actor en muchas acciones o, por lo menos, en procesos de reivindicación y ciudadanía activa, que no existían hasta hace poco.

No son muchos estos espacios, pero cada vez son más. Y no son muchos estos nuevos habitantes, pero cada vez son más. Se vuelve al campo porque se tiene la percepción de que allí algo puede suceder, y estos nuevos habitantes eligen su espacio de acción porque ven que su contribución personal puede ser valiosa. Se trata de procesos de dinamización mutuos que son favorables cuando se fundamentan en la multifuncionalidad y en la reticularidad. Es decir, que los paisajes activos son los espacios rurales que pasan de tener un papel exclusivo para la producción agrícola a adquirir una mezcla de usos compleja y superpuesta. Como señalan Frank y Hibbard (2019: 68), “la multifuncionalidad no implica el abandono de la agricultura y la extracción de recursos naturales, sino una condición en la que los paisajes rurales y sus comunidades cumplen simultáneamente funciones de producción, consumo y protección”.

La realidad que se encuentra en las contribuciones que componen este volumen es la misma; de hecho, se muestran en muchos casos experiencias que surgieron como motores para la reactivación de los espacios rurales. En ellos, la reconversión rural ligada a la producción está asociada al reconocimiento de muchos valores ambientales y socioeconómicos de estos espacios y donde se desarrollan acciones catalizadoras para distintas actividades, lo que genera oportunidades de trabajo para la población local y atractivo para turistas y visitantes (Dezio & Paris, en prensa).

En el cambio de paradigma que defendemos en este texto, creemos que todo ello se puede hacer si se trabaja con realismo y creatividad, ya que estamos en una fase histórica y económica diferente, en la que las cosas pueden evolucionar. Hasta hoy se ha perdido mucho tiempo y no es posible recuperarlo. A pesar de ello, creemos que es necesario hacer cosas en el campo, trabajando con los actores y las comunidades locales (stakeholders). Junto a ellos, hay que involucrar los proveedores de inversiones y recursos (stockholders) y proporcionar alternativas a una forma de habitar la baja densidad que hasta hoy no ha funcionado, para construir escenarios de oportunidad para los paisajes activos o activables.

Referencias bibliográficas

- Bonomi, Aldo (2021). “La ripartenza di Milano che tiene conto dei margini”, *Il sole 24 ore*, 5 de mayo de 2021. Disponible en: <https://www.ilsole24ore.com/art/la-ripartenza-milano-che-tiene-conto-margini-AE9AaiF> (fecha de referencia: 05/11/2022).
- Braudel, Fernand (1967). *Les structures du quotidien: le possible et l'impossible*. París: A. Colin.
- Casti, Emanuela; Adobati, Fulvio & Negri, Ilia (2021). *Mapping the epidemic: a systemic geography of covid-19 in Italy*. Ámsterdam: Elsevier.
- Conti, Sergio & Salone, Carlo (2012). “Territori di progetto nella programmazione regionale”, en Bonora, Paola -ed.- *Visioni e politiche del territorio. Per una nuova alleanza tra urbano e rurale*, pp. 68-83. Quaderni del Territorio.
- Corrado, Federica (2020). “Riannodare i fili tra città e montagna”, *Il Mulino*, nº6, pp. 963-969.
- De las Rivas Sanz, Juan Luis (2006). “El paisaje como regla: el perfil ecológico de la planificación espacial”, en Castrillo Romón, María & González-Aragón Castellanos, Jorge -coords.- *Planificación territorial y urbana: investigaciones recientes en México y España*, pp. 11-36. Valladolid: Universidad de Valladolid, Instituto Universitario de Urbanística, y Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, División de Ciencias y Artes para el Diseño.
- De las Rivas Sanz, Juan Luis (2022). *Paisajes menores. Patrimonio territorial y medio rural: una trayectoria investigadora*. Valladolid: Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid. Handle: <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/54938>
- De las Rivas Sanz, Juan Luis; Castrillo-Romón, María A., Fernández-Maroto, Miguel & Jiménez-Jiménez, Marina (2022). “Morfología de los paisajes tradicionales en la España interior: potencialidad de lo rural construido para un futuro más sostenible”, *Ciudad y Territorio Estudios Territoriales*, vol. LIV, nºMonográfico 2022, pp. 179-204. DOI: <https://doi.org/10.37230/CyTET.2022.M22.8>
- Dezio, Catherine (2020). “Restart from resources. Rural heritage as Antifragile Territorial Capital”, *Valori e Valutazioni*, nº24, pp. 209-217.
- Dezio, Catherine & Paris, Mario (2022). “Designing Food Landscape in the 15-Min Post-covid City. Imagining a New Scenario for Low-Density Spaces in Metropolitan Areas”, en Calabrò, Francesco; Della Spina, Lucia & Piñeira

Mantiñán, María José -eds.-, *New Metropolitan Perspectives. Post COVID Dynamics: Green and Digital Transition, between Metropolitan and Return to Villages Perspectives*. Springer Cham.

Dezio, Catherine & Paris, Mario (en prensa). "Three case studies of landscape design project of marginal contexts. An antifragile opportunity for integrated food governance in a post covid perspective", *Cities*.

Ferlinghetti, Renato (2019). "Paesaggi minimi: tra riconciliazione ecologica e salvaguardia dell'armatura territoriale", en Casti, Emanuela -ed.- *La geografia a Bergamo. Nuove sfide per l'analisi territoriale e il mapping*. Roma: A. Gei.

Forman, Richard T. T. (1995). *Land mosaics: The ecology of landscapes and regions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Frank, Kathryn I. & Hibbard, Michael (2019). "Production, consumption, and protection. The multifunctional transition in rural planning", en Scott, Mark; Gallent, Nick & Gkartzios, Menelaos -ed.- *The Routledge Companion to Rural Planning*, pp. 469-484. Nueva York-Londres: Routledge.

Graham, Steve & Marvin, Simon (2001). *Splintering Urbanism. Networked Infrastructures, Technoloical Mobilities and the Urban condition*. Londres: Routledge.

Holmes, John (2006). "Impulses towards a multifunctional transition in rural Australia: Gaps in the research agenda", *Journal of Rural Studies*, vol. 22, nº2, pp. 142-160. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2005.08.006>

McCarthy, James (2005). "Scale, Sovereignty, and Strategy in Environmental Governance", *Anti-pode*, vol. 37, nº4, pp. 731-753. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.0066-4812.2005.00523.x>

OCDE (2006). *The New Rural Paradigm: Policies and Governance*. París: OECD Publishing. DOI: <https://doi.org/10.1787/9789264023918-en>

OCDE (2016). *A New Rural Development Paradigm for the 21st Century: A Toolkit for Developing Countries*. París: OECD Publishing. DOI: <https://doi.org/10.1787/9789264252271-en>

Rey Benayas, José María; Martins, Ana; Nicolau, José María & Schulz, Jennifer J. (2007). "Abandonment of agricultural land: an overview of drivers and consequences", *CABI Reviews: Perspectives in Agriculture, Veterinary Science, Nutrition and Natural Resources*, nº57, pp. 1-14.

Shannon, Kelly (2006). "From theory to resistance: landscape urbanism in Europe", en Waldheim, Charles -coord.- *The landscape urbanism reader*, pp. 141-161. Nueva York: Princeton Architectural Press.

Walker, Richard (1994). *Edgy cities, technoblurbs and simulcrumbs: Depthless utopias and dystopias on the sub-urban Fringe*. Los Ángeles: University of California.

2. PAISAJES ACTIVOS: ¿UNA EUROPA SIN CAMPESINOS?

Juan Luis DE LAS RIVAS SANZ

Universidad de Valladolid (Instituto Universitario de Urbanística)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-1235-1292>

jlrvivas@uva.es

Al final de su vida, en 1985, Fernand Braudel participó en los encuentros del Centro de Chateauvallon, accesibles en *Una lección de Historia* (Braudel, 1994). Allí, entre diferentes controversias, el gran historiador recuerda una idea que ya había expresado en otras ocasiones y que también recogerá en *L'identité de la France: espace et histoire* (Braudel, 1986): “une Europe sans paysans, cela ne s’est jamais vu!”. Más allá del riesgo que, como indicaba el propio Braudel, significaba el desmantelamiento de las culturas tradicionales, lo verdaderamente nuevo es una Europa sin campesinos. Pero hoy, al decir esto, ¿a qué nos referimos?



Figura 1. Villacreces, despoblado de Tierra de Campos, en el municipio de Santervás (Valladolid). Fuente: Juan Luis de las Rivas

Lo rural y lo urbano

Nos ayuda otro ilustre intelectual francés, Henri Lefebvre, que en su pionera *Révolution urbaine* (Lefebvre, 1970) defendió la hipótesis de una urbanización completa de la sociedad. El nuevo universo urbano emergente va a sustituir completamente al universo que generó la revolución industrial, y ello va a conducir a la desaparición del campo en cuanto estilo de vida: “le groupement traditionnel propre à la vie paysanne, à savoir le village, se transforme” (Lefebvre, 1970: 10). Lefebvre llega a afirmar que va a surgir una “agrovilla”, una realidad diferente. Es la “práctica urbana”, propia de una sociedad urbana, y no tanto la ciudad, la que va a hacer desaparecer lo rural, tal y como lo rural ha sido durante siglos. La agricultura permanece, pero la relación ciudad-campo queda alterada en sus dos extremos. Porque también la ciudad, en sentido estricto, se apaga frente a lo urbano.

No se trata de una cuestión puramente demográfica. Es verdad que la publicación en 2016 de *La España vacía* (Del Molino, 2016) ha conducido a un debate, tan elocuente como simplificador, sobre la situación del medio rural en la España interior. Pero hay que insistir que no se trata de algo nuevo, sino que la despoblación responde a procesos históricos que se remontan en el tiempo, con alcance amplio e inercias irreversibles. A pesar de ello, incluso los expertos más serios modifican hoy en su explicación los calificativos y llegan a hablar de los “lugares que no importan” (Collantes & Pinilla, 2019). España vacía o vaciada, medio rural abandonado, Laponias olvidadas, etc. son memes recurrentes en un debate con muchas caras.

Estamos ante un tema bastante complejo del que muchos dieron testimonio hace ya tiempo. Así, una de las mejores películas del cine mudo español, “La aldea maldita” (Florián Rey –Antonio Martínez del Castillo–, 1930), rodada en Segovia, en Pedraza y su entorno, es un buen ejemplo. Allí un pueblo inventado de Castilla, Luján, es el escenario de un drama familiar cuyo fondo es la sequía en “una tierra que niega cruelmente su fruto”. La escena final es extraordinaria, el éxodo del pueblo, que es abandonado por la mayoría de sus habitantes en una conmovedora caravana. No ocurre allí lo que ocurría en Anatevka, la aldea ucraniana de “El violinista en el tejado” (Norman Jewison, 1971), también abandonada en caravana y entre cánticos por sus pobladores judíos, expulsados por la intolerancia. La aldea maldita de Luján se abandona en silencio porque allí la vida se aventura imposible.

No es un asunto excepcional o inventado, sino una historia contada una y otra vez. Abel Hernández con sus “Historias de la Alcarama” (Hernández, 2022), lo hace de manera ejemplar con una extensa carta que transita entre recuerdos, llanto por un mundo perdido que se localiza en Sarnago, pueblo hoy en ruinas en las Tierras Altas de Soria. En este lugar de cruce o trfinio

perdido entre Castilla, La Rioja y Navarra, una tierra “inhóspita y abandonada por las autoridades” se abandona.

Los sentimientos de pérdida narrados trascienden los saldos poblacionales, aunque estos sean inapelables. El mundo rural que desaparece no era viable, sus pobladores huyen buscando una vida mejor. Y, sin embargo, lo emocional va más allá de la aritmética, y los nietos de aquellos pobladores, ya urbanitas, se adhieren ahora con nostalgia a un relato sobre la España vacía revestido de tintes pseudoutópicos. Son estos urbanitas los que parecen no darse cuenta de lo que ha ocurrido, de que la revolución urbana de Lefebvre se ha cumplido. Si lo rural perdido renace, tendrá que hacerlo de otro modo.

Por eso no ha de extrañar que sean los propios habitantes del medio rural actual los que reaccionen con cierto cansancio e incluso estallen ante el interés que reciben. Con inteligencia lo recoge el aragonés Víctor Guiu en *Lo rural ha muerto, viva lo rural: Otro puñetero libro sobre la despoblación* (Guiu, 2019), donde ilustra las condiciones de la vida real en los pequeños pueblos de Teruel y reacciona ante una mirada que considera la despoblación como único factor a tener en cuenta. Guiu rechaza tanto el victimismo como un nuevo paternalismo desde lo urbano y afirma que no hay un solo medio rural sino muchos. La paradoja es que, a la vez que se abandona lo rural remoto y enclavado, lo rural periurbano florece.

No cabe aquí abundar en ello, pero existe una amplia, rica y, muchas veces, contradictoria, literatura sobre la condición extendida de la urbanización contemporánea, sobre su condición territorial o incluso planetaria que va más allá de los límites de lo que seguimos denominando ciudad (Indovina, 2003¹; Burdett, 2010; Brenner, 2013²; Soja, 2016). Tampoco cabe ignorar que la hegemonía territorial de lo urbano sobre lo rural se evidencia, con diferentes escalas e impactos, en las infraestructuras de transporte y de energía, concebidas al servicio de los centros urbanos y de las grandes polaridades industriales. También otras realidades, menos evidentes, permiten poder hablar en sentido amplio de una *urbs in rure*, comenzando por el dominio del territorio agrario productivo (Sevilla-Buitrago, 2013) y, en general, de los recursos naturales, aunque también presente en las estructuras de ocio que han ido colonizando tanto la montaña (balnearios) como la costa (las playas) desde su nacimiento con la expansión de la sociedad burguesa en el siglo XIX

1 Indovina acuña la idea de una “metropolización del territorio” que va más allá de la idea de ciudad difusa, pero de la que se ha abusado en exceso. La densidad de lo urbano en regiones como Lombardía, Flandes o el Randstad holandés no son universales, más allá de espacios propiamente metropolitanos, alrededor de grandes ciudades o territorios conurbados, policéntricos, de condiciones urbano-rurales, etc., todos ellos muy poblados.

2 No es casual que el libro editado por Neil Brenner *Implosions/Explosions. Towards a study of planetary urbanization* (2014), uno de los estudios urbanos hoy más difundidos, comience con la reflexión de Lefebvre sobre la sociedad urbana, o incluso la ponga en cuestión para aclarar, desde una perspectiva global, su significado.

(Corbin, 1993). Incluso la suburbanización es consecuencia del ideario de la granja familiar y de la cabaña en la naturaleza, superando los principios de la ciudad jardín para anclar el suburbio jardín en el modelo urbano dominante. Pero estos son otros temas.

Algunos datos

Los números pueden ser elocuentes. La intensidad de la España urbana se verifica en las 86 áreas urbanas definidas por el Ministerio de Fomento a partir de las poblaciones mayores de 50.000 habitantes y capitales de provincia. Estas áreas concentraban en 2021 una población de 32.937.038 habitantes, es decir, el 69,4% del total.

Categoría	> 50.000	20.000-50.000	10.000-20.000	5.000-10.000	2.000-5.000	500-2.000	< 500
Municipios 8.123	149	267	343	545	952	1.866	4.001
	1,8%	3,3%	4,2%	6,7%	11,7%	23%	49,3%
Población 47.437.040	25.229.657	7.858.627	4.827.217	3.844.076	3.006.885	1.942.210	728.368
	53,2%	16,6%	10,2%	8,1%	6,3%	4,1%	1,5%

Figura 2. Tamaño de los municipios en España. Fuente: IUU_Lab (Enrique Rodrigo), 2021, a partir de datos del INE.

En contraste, el 72,3% de los 8.123 municipios de España (5.877) tienen menos de 2.000 habitantes, aunque en ellos solo habita el 6,7% de la población, unos 2,7 millones de habitantes. Si seleccionamos los 4.000 municipios con menos de 500 habitantes, la mitad del total de municipios, comprobamos que en ellos apenas vive el 1,5% de la población española.

Son datos que acentúan el perfil rural en la Comunidad Autónoma de Castilla y León, con 94.226 km² (el 18,6 % de España) y una complicada estructura administrativa formada por nueve provincias, 2.248 municipios y alrededor de 6.000 núcleos de población. La realidad regional de un medio rural despoblado se evidencia en indicadores sintéticos como la densidad media de población, 25,42 hab./km² frente a los 93,6 hab./km² de media en España. Según datos del INE de 2020, en Castilla y León hay 1.803 municipios menores de 500 habitantes, con una población de sólo 293.356 personas. Si consideramos en sentido amplio como población urbana la que reside en ciudades y villas con más de 5.000 habitantes (60 municipios), ésta sería de unos 1.602.510 habitantes, el 70% del total. La población rural, como consecuencia de lo anterior y en sentido estricto sería de 792.408 habitantes, distribuidos en 2.188 municipios, es decir el 30% de la población en el 97% de los municipios. La cuestión es si estos datos demográficos, con su dinámica decreciente, son los únicos que han de condicionar el discurso sobre lo rural.

Sabemos que la dependencia en el medio rural de las ciudades se acentúa en la estructura de los servicios, tanto públicos como privados. Se trata de una realidad marcada por relaciones de jerarquía que trasladan al poblamiento la lógica también jerárquica del sistema urbano y de su red de centros o núcleos de población. Sus nodos básicos, distribuidos en el territorio con desigual intensidad, son los hoy llamados “centros prestadores de servicios”, que tienden a corresponderse con las cabeceras comarcales. Muy dependientes de cómo la administración regional organiza servicios básicos de salud, educación o desarrollo en el territorio, en estos centros se verifica la mayor o menor diversidad de las economías locales.

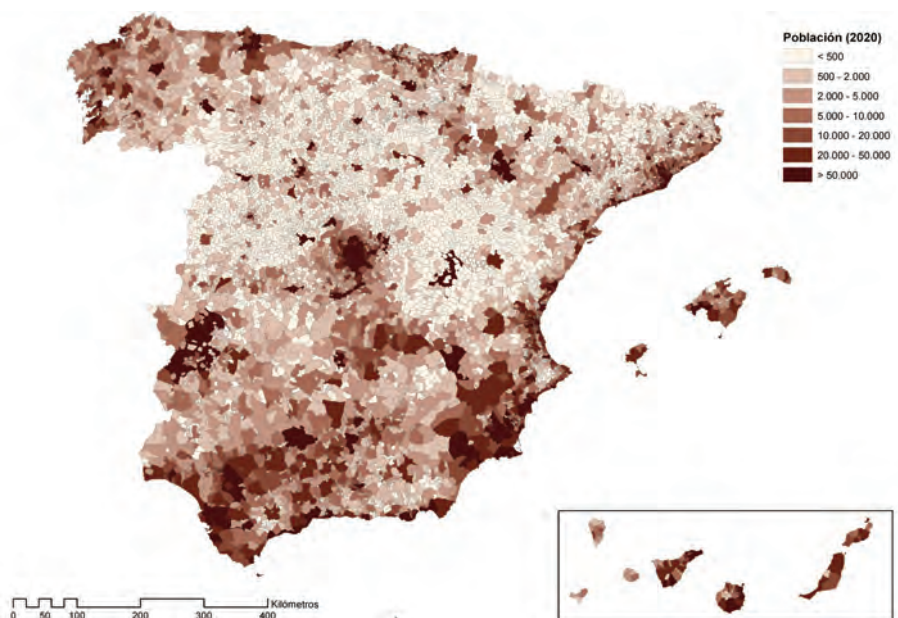


Figura 3. Municipios por rangos en España. Las dos Castillas y Alto Aragón-Pirineos concentran los municipios más pequeños y menos poblados. Fuente: IUU_Lab (Enrique Rodrigo), 2021, a partir de datos del INE.

La realidad es que en ningún territorio como en Castilla y León ha sido tan evidente la ruralización de las villas, anticipada por el geógrafo Manuel de Terán en los años sesenta del pasado siglo (Terán, 1968). Recordemos que la Agenda Territorial Europea (2011) planteaba “el desarrollo integrado en las ciudades, las regiones rurales y zonas específicas”, dando a entender que es el conjunto del territorio el que ha de ponerse en valor desde su entramado de centros de diferente tamaño. También la Declaración de Riga, de 2015, se dirigía a destacar la importancia de las “áreas urbanas pequeñas y medianas”. Pero la realidad es que este objetivo de articulación y equilibrio territorial entre

los medios rural y urbano permanece en entredicho. Hablar de despoblación del medio rural en Castilla y León es, cada vez más, insuficiente. En el intervalo 2011-21, por primera vez en más de un siglo, todas las capitales de provincia han perdido población. Las pequeñas ciudades, las villas y cabeceras comarcales, son el eslabón más frágil del sistema. Un sistema que depende de cómo cada Estado o Región administra sus singularidades y atiende a sus espacios más vulnerables. Estas pequeñas ciudades que pierden población, a veces capitales de provincia, ¿qué tipo de urbanidad representan?

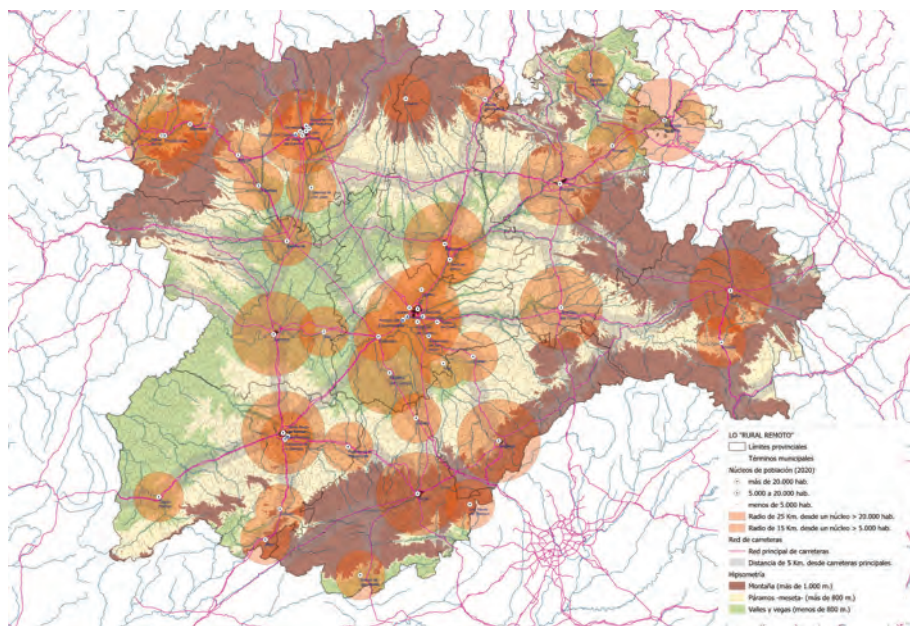


Figura 4. Sistema urbano de Castilla y León: los núcleos mayores de 5.000 habitantes, su área de influencia inmediata y despoblados. Fuente: IUU_Lab (Juan Luis de las Rivas y Enrique Rodrigo), 2020.

Por lo tanto, en la inquietud sobre el futuro de lo rural los despoblados convergen con las pequeñas ciudades que se encogen. Mi hipótesis es que no pueden pensarse por separado. La coyuntura de la pandemia abre un abanico de expectativas e ilusiones. Pero también puede ser acelerador de algunos cambios. Los espacios rurales suelen tener vigor en la medida en que están incorporados al sistema económico y evolucionan con él. Lo que está en juego no es sólo lo rural remoto y menos dinámico, sino un amplio territorio condenado a sostenerse con subvenciones, sin recursos propios.

Para afrontar este desafío sería imprudente ignorar a Lefebvre. Los estilos de vida contemporáneos, inmersos hoy en las relaciones de producción y consumo de la emergente sociedad del conocimiento, están invadidos de una urbanidad que penetra en el trabajo y en el habitar, en la cultura y en el ocio.

Cultura, paisaje y paisanaje: lejos del mundanal ruido

En la descripción idealizada de la vida rural es recurrente acudir a Fray Antonio de Guevara, que siendo obispo de Mondoñedo escribe su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, publicado en Valladolid en 1539. El que fuera popular erudito señalaba entonces los peligros y ajetreos de la vida cortesana frente a la vida de la aldea, más quieta y privilegiada. La hoy intencionada confusión entre ciudad y Corte se alarga en el elogio de *La vida retirada* de Fray Luis de León (oda escrita alrededor de 1583) donde una descansada vida, lejos del mundanal ruido, cerca de la naturaleza, nos parece prematuramente moderna. Sin embargo, el cuento moral de Guevara que retrataba la vida en la Corte destacaba su hipocresía, porque “en las cortes de los príncipes todos dicen ‘haremos’ y ninguno dice ‘hagamos’”. Lo mismo ocurre hoy con muchos interesados en lo rural, cargados de razones para la denuncia, pero con muy pocas ganas de hacer algo.

En cualquier caso, Guevara y Fray Luis enuncian un tema universal: el campo observado desde la ciudad como un espacio de retiro. El caballero Montaigne escribe sus notables *Ensayos* tras alejarse de la Corte, entre 1580 y su muerte en 1592. La tranquilidad de su hacienda en el Perigord le permite avanzar en profundidad en el conocimiento de sí mismo³. Esta idea arraiga en la cultura y contrapone a la entonces naciente de Utopía, ciudad ideal, el principio del retorno a la Arcadia primigenia y noble. Algo que se consolida más tarde en el *rousseauuniano* ideario del “buen salvaje”. La urbe emergente del Renacimiento estaba ya más cerca de la Babilonia terrestre que de la Jerusalén celestial. Cuando el ser humano parece que necesita volver a sus orígenes y encontrar un argumento constituyente de su identidad, redescubre el país, el paisaje, el paisanaje⁴. Al modo de los arquetipos de Carl Jung que construyen el inconsciente colectivo, lo rural se instala como fuente de salud y de bien frente a los males de la ciudad.

Una idea que, con sus particularidades, fue analizada en Norteamérica por el matrimonio White en su conocido *El intelectual contra la ciudad* (White & White, 1962), donde emerge la aversión a la vorágine destructiva del desarrollo urbano, síntoma de una cultura que se vuelca en la Naturaleza

3 Fue Francesco Petrarca, pionero del Humanismo, quien, en *La Ascension al Mont Ventoux*, el famoso monte de la Provenza francesa, relata su experiencia de un viernes de Redención en 1336, donde el esfuerzo físico se funde con el espiritual y se anticipa la nueva visión de la naturaleza. La originalidad de Petrarca, que comparte Montaigne, es la autonomía en la construcción de la propia identidad personal. La clave es que ello parece necesitar poner distancia con el “mundanal ruido” de la ciudad. El alma humana necesita para encontrarse del silencio y la belleza de la naturaleza (¿del campo?).

4 El Renacimiento mira hacia lo rural con una singular fuerza que no se repite hasta el siglo XIX, con la invención de los estudios regionales. La pintura da de ello un testimonio quizás con más naturalidad que los textos. De Giorgione a Bellini, también en los pintores flamencos, el fondo de cuadro avanza poco a poco: el paisaje renace.

como fuente de valores. Se configura así un entorno intelectual que observa la ciudad como origen del mal y contempla el campo, tan cerca de la Naturaleza, como raíz del bien, real o potencial.



Figura 5. Lo rural en la pintura del Renacimiento: “Madonna del Prato”, Giovanni Bellini, 1500; “La cosecha”, Pieter Brueghel el Viejo, 1565.

Raymond Williams en *El Campo y la Ciudad* (Williams, 1973) reaccionaba para señalar las ambigüedades de este relato en un análisis que trasciende la cultura literaria inglesa, a partir del Renacimiento, en la que se concentra. Para Williams, el contraste entre un campo idealizado y la ciudad decadente es un síntoma de la crisis de la experiencia moderna. Un contraste que enfatiza el oportunamente mal traducido título de la famosa novela de Thomas Hardy, *Lejos del mundanal ruido* (*Far from the Madding Crowd*, 1874). Mundanal debería ser frenético o enloquecedor (*madding*), y ruido debería ser muchedumbre (*crowd*)⁵, lejos de la masa enloquecida. Hardy compartía la idealización de la vida campesina, a la vez atractiva y trágica, con autores tan conocidos como Dickens, Conan Doyle o Austen, que proyectaron en lo rural un ideario de vida auténtica. Visión urbano-romántica del universo campesino que Williams piensa desviada, en cuanto ofrece una mirada del campo “sin dolor”, de lo rural “siempre en domingo”.

Pero esta idealización permanece. Así, en la historia del urbanismo contemporáneo ha habido una constante voluntad de resolver la dualidad campo-ciudad alejándose de una ciudad hiperdensa y congestionada. Ello ya estaba presente en el pionero lema de Cerdà, “rurizad lo urbano: urbanizad lo rural”, que se incluía como epígrafe en la portada su *Teoría General de la Urbanización* (Cerdà, 1867), o en el binomio ciudad-campo de Howard, nuevo imán de la Ciudad Jardín destinado a sustituir a los tradicionales de

⁵ Entre los males de la ciudad sobresale la congestión, la densidad insana. Más allá del higienismo inicial, el urbanista que buscaba sol, aire y paisaje, agua y verdor, lo encontró en el campo. Elocuente fue el temprano texto *Nothing Gained by Overcrowding: How the Garden City Type of Development May Benefit Both Owner and Occupier*, de Raymond Unwin (1912). “Crowded”, “overcrowded”, son atributos negativos de lo urbano que, como es obvio, en el campo se disuelven.

la ciudad o del campo aislados (Howard, 1902). Con una mirada incisiva, Patrick Geddes describía en *The Valley Section* (1909) la unidad territorial que realiza el trabajo, con los oficios en los que interaccionan campo (agricultor, pastor, leñador...) y ciudad (panadero, carnicero, carpintero...) en un mundo unificado.

Mientras tanto, lo urbano se expande, el éxodo rural se consolida, la urbanización emerge sobre los campos de cultivo como la última cosecha, y lo rural se confunde, poco a poco, en las narrativas de la etnografía y del paisaje cultural. Porque lo urbano ha invadido lo rural en la medida en que ha invadido sus formas de vida. No existe una sociedad rural ajena a lo que lo urbano significa en la práctica.

Todo ello con contradicciones. Lo vemos en una figura relevante de la arquitectura como Frank Lloyd Wright. Su crítica permanente a la ciudad vivía en contradicción permanente con los beneficios que el arquitecto obtenía de ciudad misma. Más allá de sus convicciones comunitarias en torno al buen *usoniano*, y también a pesar de su admiración, Wright habitaba un espacio muy lejano de la cabaña de Henry David Thoreau. Tan lejano como la *Sweet Promised Land*, el mundo rural soñado de un vasco de Idaho (Laxalt, 2000).

La nostalgia de lo rural se mezcla hoy con las ilusiones que rodean a la naturaleza. Pero, más allá del interés por revalorizar su dimensión antropológica o de intensificar el estudio etnográfico, lo rural conserva una ventaja: su condición de espacio. Lo rural es lugar y paisaje, un amplio espacio que pertenece a un habitar resistente y, a la vez, parece necesitar ser re-inventado. Insisto, es la espacialidad propia de lo rural, su condición tanto de paisaje real como de paisaje potencial, la que garantiza su atractivo.

¿Paisajes activos? Lo rural versus lo agrario

Luis Santos Ganges, en pleno debate sobre el medio rural más frágil, hizo una observación que sigue exigiendo reflexión: no deberíamos confundir lo rural con lo agrario. Lo que parece evidente no lo es. Visitando, un fin de semana de hace apenas hace unos meses, la comarca de los Montes Torozos, territorio cercano a Valladolid, verifiqué el contraste entre un campo y un monte perfectamente mantenidos, un paisaje productivo bien conservado, y unos pueblos casi vacíos, con gran cantidad de edificaciones abandonadas. Lo agrario funciona, a veces mantenido por unos pobladores que quizás viven en la ciudad, el territorio está vivo en cuanto espacio productivo y, sin embargo, los pueblos no tanto.

La población ocupada vinculada a actividades de agricultura, ganadería, silvicultura y pesca es en Castilla y León de unas 65.145 personas (Encuesta de población activa del 4º trimestre de 2021), que se corresponden con el

6,6% del total, mientras que en España es el 4,2% en el mismo periodo⁶. Este porcentaje mayor matiza el perfil de la economía regional. Sin embargo, estamos hablando de un grupo reducido de población: el 70,7% trabaja en el sector servicios, el 16% en la industria y el 6,7% en la construcción. La realidad es que el sector primario es hoy un sector dinámico, con problemas estructurales en algunos de sus sistemas, pero en el que hay innovación y capacidad. En contraste, como fuente de empleo es limitado. En los pequeños municipios, en particular en las cabeceras de comarca, el trabajo en el sector servicios es mucho más relevante, en gran medida sostenido por el empleo público. Por ello son los servicios privados, la industria y también la construcción los que caracterizan su dinamismo.

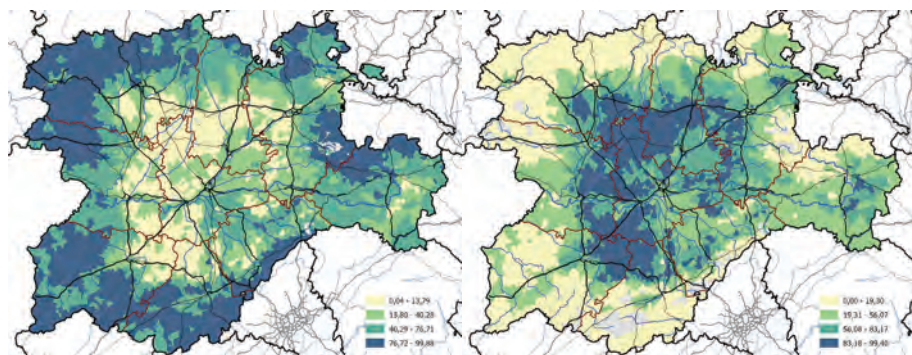


Figura 6. Castilla y León, dos caras de una moneda: porcentaje por municipio de superficies forestales y de dehesas, y de superficie de cultivos. Fuente: IUU_Lab (Juan Luis de las Rivas y Enrique Rodrigo), 2020.

En este sentido, entre los riesgos a los que lo rural está hoy sometido está la hegemonía de enfoques asociados al patrimonio cultural. Siendo imprescindible, el trabajo del historiador, del antropólogo y del etnógrafo no conduce, como resultado mágico, ni a la conservación ni a la “recuperación” de lo perdido. Es verdad que pensar la cultura rural como lo que está “a punto de desaparecer” ha beneficiado tanto su estudio como la toma de conciencia general sobre su valor. Sin discutir esto, la variable patrimonial, por sí sola, no puede reconducir lo rural ni afectar con relevancia la tendencia demográfica. La experiencia de cuarenta años de trabajo dirigido desde las Comunidades Autónomas (el Estatuto de Autonomía de Castilla y León es de 1983) habría de ser elocuente en ello. ¿Lo rural debe ser conservado o reactivado? Es la pregunta que se hacía el urbanista Alberto Magnaghi,

⁶ Insistiré en no confundir lo rural con lo agrario, hoy muy dependiente de políticas concretas, entre las que destaca la PAC. El número de beneficiarios del pago básico de la PAC de Castilla y León en 2019 es del 10,2% del total de España (unos 67.510), aunque la región concentró casi el 23% del total del número de derechos. Sin embargo, por importe de derechos definitivos de pago básico, Andalucía concentró en 2019 el 30,68% del total, seguido de Castilla y León con el 17,85%, que se corresponden con una transferencia de unos 506 millones de euros.

preocupado por una conservación del medio rural que es destructiva cuando ignora a sus actores (Magnaghi, 2000). Cuando hablamos de paisajes activos no nos referimos a los tiempos de la geología. Es el ser humano el que, activa o pasivamente, activa el territorio. Magnaghi lleva años defendiendo que el desarrollo local, fundado en un proyecto propio dotado de autonomía; es un proyecto estratégico en Europa (Magnaghi, 1990). Debería orientarse a la “transformación ecológica de los asentamientos” pero sería un error confundir la historia con su interpretación evolutiva. Siguiendo a Carta, Magnaghi destaca que la estructura que identifica un lugar cambia como cambia la propia civilización. Reconocer las invariantes del paisaje no conduce a interpretaciones unívocas o deterministas. La simbiosis entre el ser humano y su entorno es un complejo cambiante de procesos y resultados (Magnaghi, 2005; Carta, 1999).

En el otro extremo está la visión puramente extractiva del medio rural, presente en gran parte de la economía agraria o minera, que hoy se está evidenciando en la eclosión de proyectos de energía solar fotovoltaica, tras la invasión ya consumada de los parques eólicos. En el medio rural se “cosecha” viento, sol, agua, etc. desde intereses que poco tienen que ver con su entorno inmediato, con proyectos promovidos muchas veces sin reglas claras y sin beneficiar el desarrollo de los municipios en los que se instalan, más allá de algún aumento de ingresos fiscales.

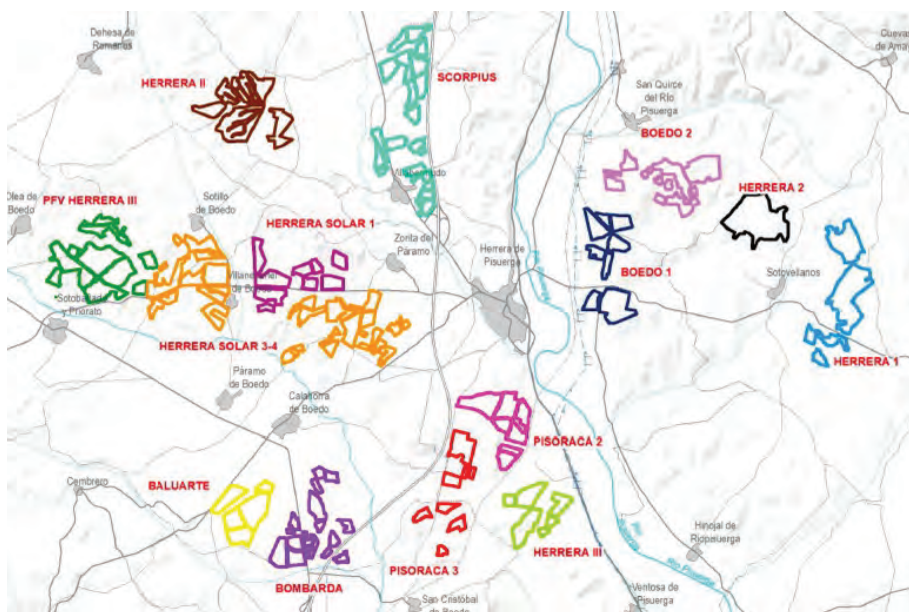


Figura 7. Localización de proyectos de energía solar alrededor de la población de Herrera de Pisuergra en Palencia. Aunque no todos se desarrollen, el impacto es inmenso e imprevisible. Fuente: PLANZ, 2020.

Un medio rural interpretado como “reserva” de valores va a someterse, sin remedio, a los intereses urbanos. Una lógica puramente extractiva, dirigida desde los grandes centros de poder, esquilma el territorio a medio plazo. Las visiones patrimonialista y extractiva solo pueden ser corregidas en su convivencia con un proyecto local fuerte y viable que facilite una administración responsable de los recursos del territorio en colaboración con sus pobladores. Un punto de estabilidad es el propio territorio, al que se accede en cuanto paisaje. Ello necesita la confluencia de una interpretación dinámica de la propia identidad local, del arraigo en la singularidad ecológica del medio, comprendido como biorregión (Magnaghi, 2014) o hábitat. Desde una perspectiva colaborativa parece viable la promoción de una administración responsable de los recursos locales, entendidos como bienes comunes para avanzar en una inteligencia correcta de la multifuncionalidad que caracteriza al territorio (Mata & Ferrer-Jiménez, 2021).

El resultado es pensar en el medio rural como en un ecosistema local innovador. El contexto lo favorece en la medida que ya está favoreciendo una redefinición profunda de lo rural y, en consecuencia, un reajuste de su potencial. Lo rural se renueva en el contraste con una globalización desarraigada y homogeneizadora (Horlings & Marsden, 2014), reaccionando selectivamente contra su interpretación idílica, gracias a las ventajas que el propio medio rural puede ofrecer (Shucksmith, 2018). Pero también por su capacidad para configurar un hábitat más resiliente (Adam-Hernández & Harteisen, 2019), reinterpretando los entornos construidos tradicionales. Para ello es también necesaria una adaptación de la planificación espacial en el medio rural a las nuevas condiciones, como ya está teniendo lugar en otros países, tanto en el plano conceptual como en el práctico (Scott, Gallent & Gkartzios, 2019).

Como arquitectos, que pensamos en el habitar desde la perspectiva espacial, sabemos que vivimos en una coyuntura que no va a dejar de ser incierta y variable, la habitual en una sociedad diversa, dinámica y plural. Tampoco sabemos anticipar en qué medida lo que ya existe es imprescindible para un proyecto local útil, para una nueva ruralidad. Pero hay algunas dimensiones de este proyecto local que pueden interesar:

- Su dimensión paisajística, entendiendo el paisaje como cultura y recurso capaz de dotarlo de estabilidad territorial, tanto en sus condiciones intrínsecas, geográficas, como por sus potencialidades de mejora.
- Su dimensión ecosistémica, en un contexto de adaptación y resiliencia frente al cambio climático, superando la simple re-naturalización con una lectura integrada del metabolismo urbano-rural donde la planificación espacial sea útil.

- Su dimensión colaborativa, en un territorio capaz de administrar con responsabilidad los bienes comunes.
- Su dimensión innovadora en cuanto arquitectura, capaz de revitalizar la *Baukultur* tradicional y de detectar las potencialidades tipológicas y programáticas de lo local como hábitat de futuro.

Lo rural futuro no debería pensarse como hábitat subsidiario de lo urbano, sino profundamente imbricado. Si pensamos en una mayor simbiosis entre lo artificial y lo natural, es el territorio en su conjunto lo que está en juego. Lo rural y lo urbano como ecosistema en una transición que va a depender del ajuste de las relaciones escalares que van de lo local al territorio, y de las acciones que articulen el hábitat privado y el comunitario, tanto del barrio a la ciudad como del pueblo a la comarca⁷, con un modelo de gobernanza donde lo administrativo no sea una traba permanente.

Referencias bibliográficas

- Adam-Hernández, Alistair & Harteisen, Ulrich (2019). "A Proposed Framework for Rural Resilience. How can peripheral village communities in Europe shape change?", *AGER*, vol. 28, pp. 7-42. DOI: <https://doi.org/10.4422/ager.2019.05>
- Braudel, Fernand (1986). *L'identité de la France: espace et histoire*. París: Arthaud.
- Braudel, Fernand (1994). *Una lección de Historia*. Barcelona: Mondadori.
- Brenner, Neil -ed.- (2013). *Implosions/Explosions. Towards a study of planetary urbanization*. Berlin: Jovis.
- Burdett, Ricky (2010). *The Endless City*. Londres: Phaidon.
- Carta, Maurizio (1999). *L'armatura culturale del Territorio. Il patrimonio culturale come matrice di identità e strumento per lo sviluppo*. Milán: Franco Angeli.
- Cerdà, Ildefonso (1867). *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona (Tomo I)*. Madrid: Imprenta Española.

⁷ En la investigación reciente y, en general, en nuestra experiencia de trabajo en ordenación del territorio, sobresale un resultado conclusivo claro: sólo desde su dimensión comarcal lo rural alcanza la escala y el relieve que facilita la acción a medio-largo plazo. Los municipios menores aislados de la España interior, más allá de circunstancias excepcionales, carecen de la capacidad de actuación mínima necesaria para cualquier transformación relevante.

- Collantes, Fernando & Pinilla, Vicente (2019). *¿Lugares que no importan? La despoblación de la España rural desde 1900 hasta el presente*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Corbin, Alain (1993). *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*. Barcelona: Mondadori.
- Del Molino, Sergio (2016). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.
- Guiu Aguilar, Víctor (2019). *Lo rural ha muerto, viva lo rural: Otro puñetero libro sobre la despoblación*. Teruel: Dobleuve Comunicación.
- Hernández, Abel (2022). *Historias de la Alcarama*. Logroño: Pepitas de la Calabaza (Ed. original: 2008).
- Horlings, Lummina G. & Marsden, Terry K. (2014). "Exploring the 'New Rural Paradigm' in Europe: Eco-economic strategies as a counterforce to the global competitiveness agenda", *European Urban and Regional Studies*, vol. 21, nº 1, pp. 4-20. DOI: <https://doi.org/10.1177/0969776412441934>
- Howard, Ebenezer (1902). *Garden Cities of To-morrow*. Londres: Swann Sonnenschein & Co.
- Indovina, Francesco (2003). "La metropolizzazione del territorio. Nuove gerarchie territoriali", *Economia e Società Regionale*, vol. 21, nº 3/4, pp. 46-85.
- Laxalt, Robert (2000). *Dulce tierra prometida*. San Sebastián: Editorial Txartalo (Ed. original: 1957).
- Lefebvre, Henri (1970). *La Révolution urbaine*. París: Gallimard.
- Magnaghi, Alberto (1990). *Il territorio dell'abitare. Lo sviluppo locale come alternativa strategica*. Milán: Franco Angelli.
- Magnaghi, Alberto -ed.- (2000). *Il Progetto locale*. Turín: Bollati Bolinghieri.
- Magnaghi, Alberto (2005). *The Urban Village: A Charter for Democracy and Local Self-Sustainable Development*. Londres: Zed Books.
- Magnaghi, Alberto (2014). *La biorégion urbaine: petit traité sur le territoire bien commun*. París: Eterotopia.
- Mata Olmo, Rafael & Ferrer-Jiménez, Daniel (2021). "La protección, gestión y mejora del paisaje en España. Estudio comparado", *Ciudad y Territorio Estudios Territoriales*, vol. LIII, nº207, pp. 189-214. DOI: <https://doi.org/10.37230/CyTET.2021.207.12>

- Scott, Mark; Gallent, Nick & Gkartzios, Menelaos -ed.- (2019). *The Routledge Companion to Rural Planning*. Nueva York-Londres: Routledge. DOI: <https://doi.org/10.4324/9781315102375>
- Sevilla-Buitrago, Alvaro (2013). "Urbs in rure: historical enclosure and the extended urbanization of the countryside", en Brenner, Neil -ed.-, *Implosions/Explosions. Towards a study of planetary urbanization*, pp. 236-259. Berlin: Jovis.
- Shucksmith, Mark (2018). "Re-imagining the rural: from rural idyll to good countryside", *Journal of Rural Studies*, vol. 59, pp. 163-172. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2016.07.019>
- Soja, Edward W. (2016). "Regional urbanization and the end of the metropolis era", en Nel-lo, Oriol & Mele, Renata -ed.-, *Cities in the 21st Century*, pp. 41-56. Nueva York: Routledge.
- Terán, Manuel de (1968). *Geografía regional de España*. Barcelona: Ariel.
- White, Morton & White, Lucia (1962). *The Intellectual Versus the City: from Thomas Jefferson to Frank Lloyd Wright*. Cambridge: Harvard University Press.
- Williams, Raymond (1973). *The Country and the City*. Londres: Chatto, Windus & Spokesman.

MIRADAS

PAISAJES HISTÓRICOS

Coordinador: Laurent Coudroy de Lille

Los siguientes dos capítulos no son solo estudios de casos muy interesantes. Queremos subrayar aquí su alcance más general e indudablemente teórico para comprender qué ocurre con los patrimonios considerados rurales en un contexto afectado por la influencia metropolitana. La noción de paisaje histórico tal como la define la UNESCO puede encontrar allí algunos elementos de renovación a principios del siglo XXI. Una reflexión más general sobre los espacios periféricos, vacíos o “vaciados” puede encontrar aquí sus matices.

En el suroeste de Francia, como en la región de Madrid, ruralidad no significa inmovilidad. Sainte-Foy-la-Grande, en el valle del Dordoña y en una región de viñedos, registra los cambios en su contexto en su organización de muy pequeña ciudad. Antigua bastide medieval (y, recordamos, cuna de la brillante familia del geógrafo Elisée Reclus, nacido allí en 1830), su potencial turístico y patrimonial solo encuentra sentido en relación con estos parámetros. Lo mismo ocurre en el entorno de Madrid, con los dos palacios barrocos y señoriales estudiados: las formas de su recuperación, de su restauración arquitectónica, etc. dependen de datos contextuales, aunque muy diferentes en Boadilla, ciudad acomodada del oeste de Madrid, y en Tembleque, municipio más aislado y lejano en el camino a Andalucía.

No opondremos pues aquí “paisaje activo” y “paisaje histórico”: los valores culturales, el paisaje o la memoria histórica han sido durante tiempo recursos para muchos territorios. El turismo, los edificios heredados, las cualidades estéticas, los paisajes agrícolas y los valores simbólicos o culturales actualizados dinamizan la economía residencial, permanente o estacional de muchas regiones europeas. El sur de Europa es ejemplo de ello, como se observa en las regiones que aquí se abordan.

Finalmente, estos textos nos hablan de la mirada “patrimonialista” que ha construido el medio urbano sobre estos territorios. Si lo mismo ocurre, por ejemplo, con la esencia de los valores ambientales, el tema no es anecdótico: como claramente señala Ignacio González-Varas, si los paisajes históricos y sus legados patrimoniales se formaron en un contexto rural e incluso de “Antiguo Régimen”, su valoración contemporánea descansa sobre bases muy diferentes, comenzando por una cierta complementariedad con estos espacios urbanos. La noción de espacio “dominado” evocada por Olivier Chadoin declina esta dimensión para un pequeño pueblo “ruralizado” muy emblemático del territorio francés y que vive un proceso de empobrecimiento relativo importante. En última instancia, es el proceso de reconocimiento del patrimonio el que es en sí mismo asimétrico, en el sentido de que está imbuido de valores de ciudad, urbanos e incluso metropolitanos.

Laurent Coudroy de Lille

École d'Urbanisme de Paris (EUP), Lab'URBA

3.

EL PATRIMONIO CULTURAL EN EL MEDIO RURAL: CONCEPTOS, PROBLEMAS Y ENCRUCIJADAS

Ignacio GONZALEZ-VARAS IBÁÑEZ

Universidad de Castilla-La Mancha (Área de Composición Arquitectónica)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9280-8124>

ignacio.gvaras@uclm.es

Introducción

El patrimonio cultural rural es una invención formulada desde la cultura urbana. Durante mucho tiempo, los problemas del patrimonio ubicado en el medio rural se han afrontado desde una mirada urbana que establecía una división tajante entre el sistema urbano y el medio rural. El primero se asociaba a la evolución y el progreso, mientras que el segundo se veía como un residuo de tradiciones que resultaban cada vez más arrinconadas. Pero en el mundo occidental se han atenuado o incluso en muchos casos se han llegado a borrar las diferencias culturales entre la sociedad urbana y la sociedad rural: hoy se entiende que hay más bien un *continuum* entre ambos universos. Esto ha llevado a un progresivo desvanecimiento de esa mirada condescendiente hacia el mundo rural. Por el contrario, en nuestros días observamos cómo se asiste a una profunda reformulación de las relaciones entre los ámbitos urbano y rural producto en gran medida de un deseo de reconocimiento e identificación de los valores latentes o presentes en el lugar, esto es, de un redescubrimiento o una voluntad de reencuentro con el lugar. Así, en el mundo rural aparecen nuevas formas de organización social que proyectan estos nuevos valores sobre estos espacios rurales y su patrimonio, valores que resultan de la búsqueda de unas relaciones más armónicas del individuo consigo mismo y con la naturaleza, con la emergencia de un renovado “neorruralismo”. Y, por otra parte, en el reverso de esta situación, vemos cómo la ciudad se expande en el territorio rural a través de ciudades expansivas, áreas metropolitanas, metaciudades, o incluso “metápolis” que llegan a sobrepasar la escala metropolitana y que, a la vez que absorben y transforman el medio rural, necesitan del patrimonio para articular referentes simbólicos e identitarios en ese territorio urbanizado de modo magmático y difuso. En este texto planteamos una reflexión abierta sobre esas miradas contrastadas que se despliegan sobre el universo rural y esbozamos algunas encrucijadas entre las que se pensamos se encuentra el patrimonio cultural situado en el medio rural, para finalizar este discurso con una constatación acerca de la importancia que asumen los procesos territoriales y las dinámicas

sociales para el presente y el futuro del patrimonio cultural situado en el medio rural.

El patrimonio rural dentro del universo preindustrial

La mayor parte del patrimonio cultural hoy ubicado en el medio rural surgió de las estructuras económicas, sociales e ideológicas del Antiguo Régimen. En ese universo preindustrial, el mundo rural y el urbano eran, en último término, dos facetas de una misma realidad, dos mundos totalmente interrelacionados. Durante ese largo período no existía una separación precisa entre ambas realidades. La distinción obedecía sobre todo a la preponderancia del campesinado en el ámbito rural y a la mayor diversidad de funciones y actividades económicas y administrativas desplegadas por las villas y ciudades y su consiguiente concentración de población. También, por supuesto, por la mayor capacidad de influencia religiosa y cultural susceptible de ser ejercida desde los núcleos urbanos. Incluso podría añadirse asimismo una diferenciación institucional entre ambos ámbitos, pues las comunidades urbanas asumían capacidad jurisdiccional propia, mientras que las aldeas del mundo rural generalmente estaban sometidas a la jurisdicción de una entidad política superior. Villas y aldeas mantenían unas relaciones que podían ser pacíficas, con la creación de vínculos comunes, o bien en ocasiones se fracturaban estas ligaduras al tratar los pequeños núcleos rurales de emanciparse de la jurisdicción urbana o señorial. Pero bien se articulasen consensos o bien se generasen conflictos, las estructuras políticas, económicas e ideológicas eran compartidas por villas y aldeas.

El patrimonio cultural generado en el ámbito urbano o en el rural mostraba en ambos casos un semblante muy similar, pues las manifestaciones culturales surgían del mismo universo preindustrial. Los tipos patrimoniales eran los mismos y las variaciones se centraban más bien en cuestiones cuantitativas, de escala y grandeza, o cualitativas, de riqueza, complejidad intelectual o cualificación de la mano de obra: de ahí que, por ejemplo, los historiadores del arte hayan hablado de un “arte urbano” contrapuesto a un “arte rural” para diferenciar así manifestaciones artísticas paralelas e interdependientes que se corresponden con dos estratos estamentales; esto es, la producción cultural directamente vinculada al mundo señorial, bien monacal o bien cortesano, y las manifestaciones más rudimentarias propias del denominado “arte rural”. Pero se trata, sin duda, de una diferenciación conceptual no exenta de polémicas y que ha dado lugar a una discusión teórica que viene de lejos (véase dentro de la sociología del arte, por ejemplo, los estudios fundacionales de Hauser, 1969; Read, 1970; o Fischer, 1973). Pero de lo que no cabe duda es de que los grandes hitos monumentales eran generados por los estamentos privilegiados, la nobleza —con sus palacios urbanos o

rurales, las fundaciones religiosas asociadas con la Casa y asimismo algunas importantes infraestructuras— y la iglesia —con sus templos, monasterios y lugares de culto— y, como decimos, las manifestaciones artísticas y culturales variaban en escala, opulencia o riqueza, características muchas veces dictadas según su emplazamiento territorial que, según se alejaba de las villas, daba lugar al mencionado “arte rural” (Figura 1). Además de las consabidas manifestaciones artísticas, correspondientes a la superestructura cultural —por utilizar esta terminología de raigambre marxista— no debemos pasar por el alto el denominado “patrimonio popular”, esto es, aquel derivado de los modos de vida, el hábitat y las actividades económicas, sociales y culturales desarrolladas en estos ámbitos, un patrimonio que, sin embargo, asimismo era similar en el medio urbano y el rural, pero con la acentuación de las actividades y la cultura agraria en el mundo rural.



Figura 1. Iglesia parroquial de Santa María, Caracena, Soria, (1911-1917 ca). Fuente: IPCE, Archivo Cabré.

Situados dentro de este universo preindustrial propio de la sociedad estamental, podemos observar cómo las diversas disciplinas universitarias que se ocupan del patrimonio cultural, por lo general, han estudiado con profundidad los medios de producción y recepción de este patrimonio. Pero pensamos que quizá no se ha reflexionado con igual detenimiento acerca de los procedimientos articulados en el Antiguo Régimen para la conservación, mantenimiento o transmisión de este patrimonio. Aquí simplemente quisiera

señalar, aunque sea a través de una evidente generalización, cómo este patrimonio era sostenido y mantenido activo, económica y funcionalmente, por los estamentos señalados, la nobleza y el clero, y también por las propias poblaciones locales, bien fueran estas villas o aldeas. Tanto los unos como las otras articularon medios propios y específicos para el mantenimiento de este patrimonio (incluso cuando, como sabemos, aún no existiera este concepto como tal) y lo hacían empujados por motivaciones diversas, como la utilidad práctica —económico-funcional o lúdica— de este patrimonio, el mantenimiento de ritos, costumbres o tradiciones populares o bien llevados por el prestigio y la celebridad que aportaban la transmisión o el acrecentamiento del legado recibido en herencia a través del linaje (Figura 2).



Figura 2. Piero di Cosimo. Construcción de un palacio (1515-1520). Fuente: Ringling Museum of Art, Sarasola.

La escisión entre patrimonio rural y patrimonio urbano

La quiebra del mundo preindustrial y el fin de la sociedad estamental provocaron la escisión entre el patrimonio rural y el patrimonio urbano, pues fue a partir de entonces cuando se hizo evidente la fractura entre la sociedad rural y la sociedad urbana. Si nos situamos de nuevo en el ámbito restringido de las investigaciones artísticas, es entonces cuando los historiadores del arte, de modo consciente o inconsciente, pero en cualquier caso de manera muy significativa, diferenciaron entre estos dos ámbitos y comenzaron a hablar, como antes apuntábamos, de un “arte rural” y un “arte urbano”. La caída del Antiguo Régimen supuso, entre otras muchas cosas, el tránsito hacia una sociedad de carácter liberal y de vocación urbana. Es cierto que, en algunas zonas de Europa, como es el caso de las regiones meridionales, la debilidad de las revoluciones liberales llevó a que el Antiguo Régimen fuera más resistente y a que se mantuvieran con mayor ahínco determinados aspectos del pasado a través de pactos entre fuerzas sociales. En cualquier caso, el medio rural fue cada vez más arrinconado, en primer lugar, física y demográficamente,

pues las potencialidades económicas situaron al comercio y a la industria en torno a los núcleos urbanos que crecieron exponencialmente, pero también, y lo que quizás es más importante, esta transformación de la cultura y de las mentalidades tendió a relegar al mundo rural fuera del progreso y el campo comenzó a ser visto cada vez con más frecuencia como un lastre o un residuo de otros tiempos. En sintonía con este proceso y de modo paralelo y a la vez entrecruzado, emergía el concepto de patrimonio cultural que, como es sabido, es asimismo un producto de la contemporaneidad. Y este concepto nuevo se difundía y desarrollaba en la doble esfera del patrimonio culto y la cultura popular. La misma burguesía romántica que definió al patrimonio nacional y lo identificó condensado en aquellas “excelsas” creaciones artísticas y monumentales, también se interesó en recopilar las manifestaciones de las culturas populares relacionadas con la tradición oral, las costumbres y ritos, danzas y músicas, los relatos y leyendas populares que pervivían en un mundo rural cada vez más acosado por la industrialización y marcado por la acentuación de las fracturas entre pasado y presente, entre lo tradicional y lo moderno, entre lo local y lo universal, entre un mundo rural y un mundo urbano, en definitiva. El patrimonio rural popular surgía así del dominio e imposición de la cultura urbana y se reconocía como producto de una cultura, unas costumbres, unos modos de vida que estaban siendo abandonados, olvidados y en trance de extinción.

También entonces, y como proceso derivado de esta escisión, se pusieron en crisis los sistemas de conservación, mantenimiento y transmisión de este patrimonio que hemos apuntado más arriba. En este contexto del tránsito de una sociedad rural a otra urbana, sí que se han estudiado con cierta profundidad y alcance los efectos que las desamortizaciones tuvieron para el patrimonio religioso. Numerosos estudios regionales, locales o monográficos han documentado y evaluado con detenimiento el impacto que este proceso acarreó a numerosos bienes culturales. La ruptura de los procesos tradicionales de mantenimiento y transmisión de este patrimonio, como consecuencia de la mengua de las rentas eclesiásticas y de la caída del régimen señorial, sabemos que produjo el abandono y ruina de numerosos monasterios y conventos desamortizados, así como también, más tarde, de algunos palacios y residencias señoriales situadas en núcleos rurales y de las explotaciones agrarias con ellos relacionadas. Este impacto fue especialmente acusado en inmuebles que resultaron emplazados en el ámbito rural. Estos dejaron de ser centros de control de la producción agraria y ganadera y la vieja aristocracia o la nueva burguesía suplantó a los monjes, pero pocas veces se ocupó de la conservación de los antiguos conventos desamortizados, muchos de los cuales languidecieron o se arruinaron (Figura 3). Los edificios desamortizados y situados en el medio urbano también fueron abandonados por muchas de sus comunidades y asimismo experimentaron

procesos de abandono o de reutilización inadecuada; pero hay que decir que estos pasaron a revalorizarse más rápidamente, en primer lugar, por su naturaleza crematística de inmuebles situados en los cascos históricos y, simultáneamente, por sus valores culturales, tal y como reclamaban las comisiones de monumentos y la naciente administración cultural. A pesar de las importantes consecuencias que este proceso desamortizador revistió para el futuro del patrimonio cultural situado en las áreas rurales, no hay que perder de vista que hemos de considerarlo, sin embargo, como un rasgo más del desmantelamiento de las estructuras tradicionales que rigieron durante siglos el mundo rural. No es casual que, en medio de este trascendental proceso histórico, surgiera la disciplina de la conservación del patrimonio cultural que, como vemos, tuvo que hacer frente de modo simultáneo a dos grandes amenazas: por una parte, a la amenaza del abandono y la ruina del patrimonio cultural situado en el medio rural y, por otro lado, a los peligros de la especulación del patrimonio ubicado en los núcleos urbanos en constante transformación y crecimiento.



Figura 3. Ruinas del monasterio cisterciense de Santa María de Óvila, Trillo, Guadalajara, (1931), parcialmente trasladado a la abadía de New Clarivaux, San Francisco, tras su venta a William Randolph Hearst

El patrimonio rural, un patrimonio visto desde la mirada urbana

La consideración del patrimonio cultural en el medio rural ha arrastrado siempre el peso de una visión realizada, por lo general, desde el medio urbano. Esta cultura de dominio de lo urbano se ha apoderado durante mucho tiempo de la representación de lo rural. El medio rural ha sido visto con frecuencia como un reducto de atraso y fracaso. Pero hay que decir que, en otras tantas ocasiones, el universo rural también se ha representado a

través de la imagen nostálgica y evocadora de un mundo incontaminado, generando así una estampa idealizada y paternalista, lo que no ha sido menos peligroso por la visión distorsionada que conlleva. En medio de esta disyuntiva, podemos preguntarnos sobre cómo se ha atendido al patrimonio cultural del medio rural dentro de este contexto de predominio urbano. Y si a esta amplia pregunta quisiéramos otorgar una respuesta igualmente genérica, quizá deberíamos decir que los medios de conservación de este patrimonio cultural ubicado en el medio rural habitualmente se han proporcionado desde el ámbito urbano, en una clara supeditación del mundo rural respecto a la cultura urbana de la conservación. Las oficinas técnicas han formalizado los proyectos de conservación y/o restauración de los bienes culturales situados en el medio rural casi siempre con los mismos métodos e instrumentos que si se tratara de un bien cultural ubicado en el medio urbano (Figura 4). Incluso las empresas adjudicatarias por lo general se han desplazado desde las ciudades y, una vez realizado el trabajo, la empresa y sus operarios desaparecen. Es evidente que este modelo “asistencial” de tratar el patrimonio rural desde el mundo urbano tiene unas limitaciones. A pesar de la importancia de las actuaciones llevadas a cabo, casi todas ellas financiadas y promovidas por las administraciones públicas, hay que decir que, con estos métodos y procedimientos, generalmente solo se llega a paliar el deterioro físico inmediato del patrimonio cultural. Pero no se atajan las raíces estructurales de este deterioro, puesto que no se ha creado una infraestructura de mantenimiento especialmente pensada para las áreas y núcleos rurales que tenga en cuenta la dispersión y fragilidad de las estructuras demográficas y sociales del medio rural. Ni tampoco, desde luego, se ha fomentado una cultura de la conservación propia y específica para el medio rural que cuente con las particularidades de este patrimonio y con las singularidades de su medio social, cultural y económico. También han sido escasas, al menos hasta tiempos recientes, las estimaciones acerca de las posibilidades de reutilización de este patrimonio situado en el medio rural o planteamientos para la búsqueda eficaz de alianzas locales y/o comarcales que, bien estructuradas, logren implicar activamente a las comunidades con su patrimonio. Quizás la más importante reflexión que debiéramos realizar sería aquella que se oriente a poner en evidencia que el patrimonio cultural rural debe ser considerado, evaluado y atendido dentro de las estructuras, retos y posibilidades que presenta el mundo rural actual; o, dicho de otro modo, este desafío podría condensarse en la necesidad de invertir la mirada del mundo rural, esto es, en tratar de no observar al mundo rural desde fuera, sino más bien intentar verlo, por el contrario, desde dentro del propio universo rural y su sistema de valores.



Figura 4. Restauración de la iglesia de San Salvador de Cantamuda, Palencia (2010).
Fuente: Junta de Castilla y León.

El medio rural en el ámbito occidental: ¿existe el patrimonio rural?

Pero no cabe duda de que el medio rural ha cambiado radicalmente. Si bien es cierto que el medio rural tradicional está todavía presente en áreas geográficas muy extensas del planeta, especialmente en América Latina, Asia o África, hay que señalar que en el mundo occidental hace tiempo que este medio se ha transformado en profundidad y hoy muchas veces no están claros los límites entre lo urbano y lo rural. Ello es debido, en primer lugar, a la expansión del modo de vida urbano que ha invadido el ámbito rural; pero también, desde luego, a otro cúmulo de factores, entre los que podríamos mencionar, por ejemplo, la reestructuración del sector primario, la proliferación de modelos de hábitat de baja densidad, la descentralización y la separación de funciones y relaciones, la aparición de nuevas formas de gobernanza local que fortalecen las relaciones entre el lugar y la comunidad, la emergencia de centros de estudios locales y comarcales, el afán de búsqueda de la naturaleza por parte de la ciudad o incluso la voluntad de reencuentro con el lugar y la revalorización de las culturas locales y de los paisajes singulares y auténticos por numerosos estratos de la población. Si nos adentramos en los ámbitos de la sociología y la geografía comprobaremos cómo, en efecto, cada

vez resultan más difuminados los límites entre la sociedad urbana y la rural y más bien se habla de un *continuum* entre ambas, como han señalado algunos autores desde hace tiempo (Sorokin & Zimmerman, 1929; Ceña Delgado, 1992); incluso se han señalado nuevos escenarios físicos y territoriales derivados del proceso de “contraurbanización” que, por ejemplo, han sido definidos con precisión a partir de la plasmación y caracterización de seis espacios que muestran cómo de difusas y complejas son hoy las fronteras de demarcación entre los límites urbanos y rurales; estos seis escenarios, una vez sistematizados, son los siguientes (Cardoso & Fritschy, 2012): 1) el espacio propiamente urbano caracterizado por un uso intensivo del suelo para edificaciones e infraestructuras de transporte; 2) el espacio periurbano presente como espacio discontinuo que puede presentar suelo destinado a actividades agrícolas y con una débil presencia de servicios y equipamientos; 3) los espacios rururbanos compuestos de un estrato semiurbano con vocación industrial y de servicios descentralizados; 4) el espacio semi-rural urbanizado; 5) las áreas rurales con marcada influencia urbana; y 6) las zonas rurales marginales con predominio de la actividad agrícola y, más allá, las zonas de reserva forestal. Pero sobre estos espacios bien definidos y caracterizados se extiende el manto las situaciones espaciales de carácter aún más impreciso o indefinido que son resultado de la implantación de la llamada “ciudad difusa” o “metaciudad”, producto de esa urbanización que se expande por el territorio y que surge como acumulación e hibridación de fragmentos urbanos y de antiguos espacios rurales que dan paso a una nueva situación caracterizada por la presencia de “espacios urbanos fluidos, constantemente cambiantes y fluctuantes”; esto es, “frente a la discontinuidad de antes, surge la continuidad magmática de hoy” (Esteban Penelas, 2005: 151) (Figura 5). Un caso extremo pero muy significativo sería Los Ángeles, una ciudad o más bien una “heterópolis”, según Jenks, constituida por acumulaciones, continuidades y discontinuidades en las que la diferenciación urbano-rural pierde totalmente su sentido, tanto conceptual como operativo.

La relación rural-urbano deja de verse de este modo como oposición o incluso como subordinación del mundo rural respecto al urbano y, como vemos, entra en una cadena causal de interdependencias. La diferencia entre ambos universos antes reposaba en el concepto y manejo de la tierra. Pero el propio campo se ha mecanizado y las labores agrícolas y ganaderas adquieren cada vez más la forma de factorías o grandes explotaciones, con las polémicas entre las que se ven envueltas las llamadas “macrogranjas”. En consecuencia, los modos de vida también han variado en las áreas rurales. Las infraestructuras de comunicación se han desarrollado también en estos ámbitos y los núcleos de población rurales también se conectan entre sí y entran en situación de interdependencia, de manera que se desvanece el concepto tradicional de aldea y los pueblos desarrollan un modo de vida cada



Figura 5. Sprawl. Desarrollo suburbano en Milton, Ontario. Fuente: Licencia Creative Commons.

vez más semejante al de las urbanizaciones de las áreas metropolitanas de las grandes ciudades debido a esta incontenible expansión de las formas de vida urbanas. Hoy, como vemos, se borran las diferencias campo-ciudad y existe un vacío, a veces una herida o una ruptura. La confrontación ya no es tanto entre mundo urbano y mundo rural, sino más bien entre mundo urbanizado y mundo natural. Y al mismo tiempo, de todo ello precisamente surgen nuevas situaciones que indican la apertura de nuevos horizontes para el campo. Por un lado, se ha producido un proceso de desagrarización del mundo rural a la vez que se han reestructurado los procesos productivos en la agricultura, como acabamos de señalar; y, por otra parte, los desarrollos en el campo de las telecomunicaciones —con la tele-asistencia, la difusión de los medios de comunicación de masas o el recreo lúdico a distancia— han transformado el tradicional “aislamiento” rural, a la vez que se advierte un desplazamiento hacia las áreas rurales de nuevos contingentes de población, especialmente de jóvenes o de migrantes procedentes de otros ámbitos espaciales y culturales, que acuden al campo en busca de un proyecto de vida alternativo. Frente al proceso expansivo e invasivo de la vida urbana que, como decimos, tiende a difuminar la dicotomía campo-ciudad, en estas nuevas dinámicas sociales quizá se trata de ofrecer alguna resistencia antiexpansiva, anticonsumista, antindividualista, etc. que se opone no tanto a la ciudad como a las consecuencias sociales de su expansión a escala metropolitana. Este

fenómeno conecta en cierto modo con aquel otro movimiento de los años setenta y ochenta que reocupó pequeñas aldeas o pueblos abandonados, las llamadas “ecoaldeas”, cuya recuperación se entrelazó con criterios éticos y de compromiso medioambiental sustentados en la “permacultura”, sistema sostenible que buscaba la integración armónica entre la vivienda y el paisaje, con ahorro de materiales y reducción de desechos. Tanquián de Sober de Patón en Lugo o Lugar de Xestas en Porto do Son en La Coruña fueron dos ecoaldeas pioneras en este proceso de recuperación iniciado en los años setenta entre las casi dos mil aldeas abandonadas de Galicia. Otra de las experiencias más conocidas fue asimismo la ecoaldea de Matavenero, que fue repoblada por miembros del movimiento Arco Iris en 1989 sobre los pueblos arruinados de Matavenero y Poinuevo, aldeas situadas en un remoto valle del Bierzo a mil metros de altitud. La recuperación de Matavenero se hizo primero en tiendas de campaña y luego en “tipis”, para pasar a acometerse posteriormente la rehabilitación de las viviendas rurales, todo ello dentro de un sistema de autogestión, agricultura ecológica, aprovechamiento de recursos y filosofía de respeto a la naturaleza, como relata la película-documental realizada por Pablo Alonso González que fue presentada en 2012 (Figura 6).

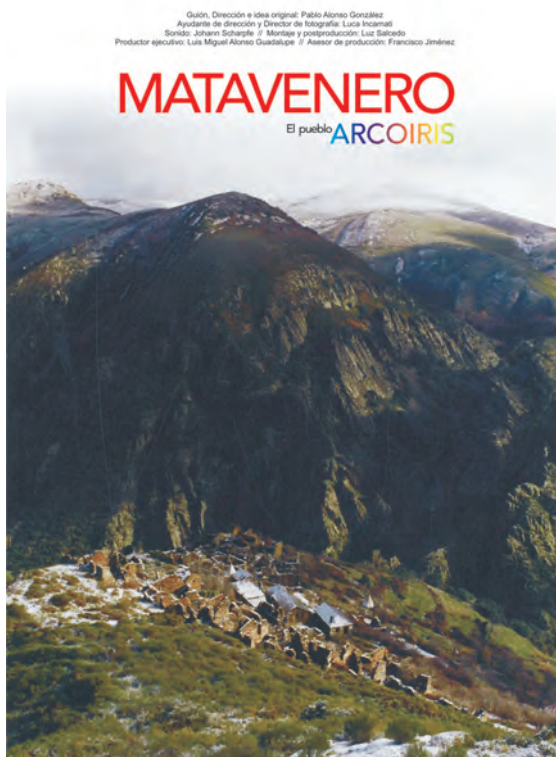


Figura 6. Cartel de la película-documental “Matavenero. El pueblo Arco Iris”, de Pablo Alonso González (2012).

Con estos precedentes, hoy observamos cómo el ámbito rural sigue siendo escenario de hibridaciones o de situaciones “neorrurales” que dan lugar a nuevas formas políticas y de relación. Así se viene señalando en algunas reflexiones realizadas en la última década (Bruno, 2014; Clementi, 2012; Nogué, 2016; Camarero Riojo, 2019, por ejemplo). El medio rural se convierte en un espacio fluido afectado por trayectorias multidireccionales, pues si bien es cierto que determinados contingentes de población marchan, otros, por el contrario, llegan, bien como retornados y jubilados, bien emigrantes en busca de nuevas oportunidades, bien como turistas ocasionales, bien como pobladores neorrurales, etc. (Pérez & Gurría, 2010). Algún autor ha señalado que estos cambios han dado lugar a que la categoría de “lo rural” invierta su tradicional condición peyorativa o decadente y que hoy se vincule en ocasiones con valores emergentes que comienzan a ser apreciados (valores simbólico-patrimoniales, medioambientales, identitarios o de sociabilidad) (González Fernández, 2006). En este nuevo contexto, el patrimonio cultural rural asumiría una importancia crucial como elemento de cohesión e identidad.

Ante estas nuevas situaciones podría ser oportuno preguntarse, como de hecho lo hacemos en el enunciado de este epígrafe, si es posible seguir hablando de un patrimonio rural o bien este, el patrimonio, es único y no es susceptible de recibir epítetos que discriminen entre un patrimonio rural y otro urbano. Hay que decir que, por una parte, el considerable incremento y expansión de tipos y formas de patrimonio ha llevado a una considerable ampliación en escala física de los dominios del patrimonio de modo que, como es sabido, hemos pasado de los monumentos y ciudades al paisaje y al territorio “patrimonializado”; esto es, se asiste a un tránsito de los objetos singulares a los sistemas patrimoniales complejos, con el consiguiente incremento en paralelo de las dificultades de gestión de sistemas territoriales amplios, complejos y variados (González-Varas, 2018). Estas dificultades afectan de lleno al medio rural, sobre todo si transitamos de la escala del patrimonio cultural de núcleos aislados a su consideración en su inserción en sistemas territoriales más amplios. Al mismo tiempo, también es interesante constatar que, en el campo del patrimonio, se asiste asimismo a un desplazamiento del interés desde el “objeto” hacia el “sujeto”: la discusión se centra hoy no tanto o no solo en el conjunto de bienes, materiales e inmateriales, que integran el patrimonio cultural y observamos cómo el debate se desarrolla más bien en torno a cómo los ciudadanos o las comunidades reconocen este patrimonio, lo valoran, lo aprecian y lo integran en sus modos de vida. Las instituciones implicadas con la conservación del patrimonio cultural cada vez están más interesadas en el desarrollo de acciones de reconocimiento, valoración y activación de este patrimonio en el seno de las comunidades. Como he afirmado recientemente, “ya no solo

interesan las acciones directas o indirectas llevadas a cabo por los técnicos del patrimonio cultural para la conservación del objeto material o inmaterial, el bien cultural, sino que también la preocupación se viene centrando asimismo en los grupos, comunidades o individuos que crean, mantienen, transmiten o transforman el patrimonio cultural” (González-Varas, 2021a: 13). Con esta pequeña digresión tratamos de contestar a la pregunta que nos formulamos: pensamos que existe un patrimonio rural si identificamos y seguimos identificando y reconociendo una sociedad rural. Y esta, desde nuestro punto de vista, sigue estando presente y activa; pero, como acabamos de ver, la sociedad rural, o más bien las sociedades rurales, se nos presentan hoy en día en medio de unas dinámicas variadas y complejas; esto es, las sociedades rurales actuales pierden la unicidad tradicional de antaño y se hacen más diversas como resultado de estas nuevas relaciones económicas y sociales entre los territorios, lo que hace que la posible definición del patrimonio rural también haya de ser, en consecuencia, más compleja. Además, como indicara hace años con clarividencia José Fariña Tojo (1996: 353), “la posibilidad de mantener en un futuro lo que en la actualidad se entiende como mundo rural, pasa necesariamente por la permanencia del medio natural”. Podríamos añadir también que el mantenimiento de ese mundo rural asimismo depende de la perduración del “medio patrimonial”, del que, como se viene insistiendo en estas últimas décadas, también forma parte fundamental ese medio natural que, en realidad, es una dimensión inescindible del mismo, al identificarse y fusionarse las dos realidades del patrimonio cultural y el patrimonio natural. Y de todo este proceso también se puede extraer otra conclusión para el patrimonio cultural del medio rural: pensamos que no es factible una conservación o mantenimiento adecuados de este patrimonio sin tener en cuenta la situación actual y las expectativas de estas comunidades rurales (bien sean tradicionales, declinantes, emergentes o neorrurales), de manera que será preciso llegar a una superación del enfoque disyuntivo rural-urbano si realmente queremos llegar a desarrollar nuevas políticas rurales o patrimoniales más amplias e integrales

El medio rural en las actuales encrucijadas del patrimonio cultural

El patrimonio en el medio rural debe participar de los temas críticos que afectan a este ámbito de la cultura del patrimonio, como pueden ser, entre otros, los vínculos entre cultura y desarrollo, la sostenibilidad y la rentabilidad en la conservación del legado patrimonial, las oportunidades, pero también los problemas, del turismo sobre el patrimonio cultural en el medio rural, las tensiones entre memoria y patrimonio en un medio que pierde sus referentes identitarios tradicionales, pero recibe otros, la crisis de los modelos de gestión centralistas y paternalistas y las disyuntivas en la participación ciudadana en la planificación del patrimonio, que busca dar

cabida a los distintos actores que están involucrados en el patrimonio a través una gestión inclusiva y participativa. A todas estas cuestiones habrá que dar una respuesta específicamente planteada desde el propio medio rural. Las políticas en torno a los bienes culturales han pasado de concentrarse únicamente en la conservación o el mantenimiento “técnico” del patrimonio a buscar los modos más adecuados para articular su gestión de acuerdo con planteamientos sociales, económicos y ecológicos más amplios. Podemos afirmar que la gestión del patrimonio cultural ha experimentado un tránsito desde los objetos singulares a los sistemas patrimoniales. Como he dicho en otro lugar (González-Varas, 2021b: 34):

“Hoy pensamos que el patrimonio no obedece tanto a una consideración de elementos únicos, singulares o extraordinarios, como al tratamiento de conjuntos estructurados a través de elementos relacionados entre sí y que alcanzan su pleno significado en el contexto social, territorial, ambiental y natural en el que se ubican y desarrollan. También es importante subrayar que se trata de sistemas complejos cuya conservación involucra al medio físico y biológico, a la economía y a las políticas públicas y, en general, al conjunto de la sociedad. Lo que ocurra en estos ámbitos próximos en los que se encuentra inmerso el patrimonio cultural afectará de modo inevitable al propio patrimonio, a su significación y a su mantenimiento y/o transformación. Este conjunto funciona, por tanto, como un sistema complejo o totalidad organizada en la cual los elementos no son separables. Por eso, estos elementos, antes que ser estudiados y tratados aisladamente, deben ser considerados ante todo en cuanto *sistema* y en función de sus *interrelaciones*”.

Se ha llegado así en nuestros días a una visión holística del patrimonio, esto es, un planteamiento que concibe la realidad del patrimonio como un todo distinto de la suma de las partes que lo componen. Esta visión holística, compleja, sistémica y expansiva del patrimonio cultural pensamos que es especialmente importante para el medio rural, pues no cabe duda de que abre perspectivas inéditas y vincula la conservación del patrimonio con la preservación del medio natural y del medio social conjuntamente. Pero también hay que decir que este planteamiento, a la vez que sitúa al patrimonio cultural en el centro de los procesos económicos y sociales, también se hace emerger nuevos y considerables desafíos en cuanto a la complejidad que asume su gestión. Por eso, en los últimos tiempos proliferan las publicaciones relativas a las “buenas prácticas” en la gestión y administración del patrimonio cultural que también incluyen al medio rural, tema al que recientemente hemos dedicado una publicación monográfica (González-Varas, 2021b).

El patrimonio cultural y las dinámicas territoriales: dos ejemplos a modo de conclusión

De las líneas anteriores se desprende una conclusión que no por evidente dejamos de subrayar: y es que el presente y futuro del patrimonio cultural dependerá sobremanera de las dinámicas espaciales y territoriales entre las que se encuentre el patrimonio, así como de las expectativas y desarrollos de las sociedades y comunidades poseedoras de este patrimonio, que son las que, en definitiva, lo crean, mantienen, transmiten o transforman. Estas dos condiciones serán las que en gran medida habrán de enmarcar las políticas de tratamiento, conservación, reutilización o resignificación del patrimonio cultural. También debemos destacar que tanto el elemento físico como el medio social son componentes dinámicos que pueden experimentar evoluciones pausadas o drásticos cambios, de manera que sus transformaciones implicarán de lleno al patrimonio y esto sucede, por supuesto, tanto en el escenario urbano como en el rural. En estas líneas nos hemos centrado en el medio rural y en los apartados anteriores hemos podido esbozar algunos de los cambios que intuimos están acaeciendo en este ámbito y que habrán de afectar necesariamente a la valoración y gestión del patrimonio cultural rural. Por supuesto que las situaciones que se presentan en la actualidad son extraordinariamente diversas y sería difícil intentar compendiarlas o sistematizarlas de modo pormenorizado; pero, para terminar estas líneas desearía plantear una breve reflexión comparativa a través de dos ejemplos que, tanto por sus similitudes como también —y sobre todo— por las radicales diferencias experimentadas en las últimas décadas en sus contextos territoriales y sociales, quizás nos permitan llegar a unas conclusiones que precisamente tendrán la intención de no cerrar la cuestión, sino que, por el contrario, pretenden más bien prolongar la reflexión o el debate más allá de este texto.

Los dos ejemplos que hemos escogido presentan, como decimos, algunos rasgos comunes derivados de su tipología y cronología, así como de su contexto territorial originario. Se trata de dos monumentos singulares que tuvieron y mantuvieron una finalidad residencial y simbólico-representativa durante el Antiguo Régimen y que surgieron en dos entornos rurales con características propias. Se trata, por un lado, de las llamadas Casas de las Torres, un magnífico palacio barroco situado en la localidad manchega de Tembleque (Figura 7); y, por otra parte, el Palacio del Infante don Luis de Borbón, un conjunto histórico clasicista barroco ubicado en la localidad de Boadilla del Monte, en las proximidades de la Corte (Figura 8). Ambos palacios responden al tipo de patrimonio cultural encuadrado dentro de la categoría tradicional de “monumento histórico”, pues son dos esplendorosos edificios levantados en el siglo XVIII que fueron terminados con poco más de una

década de diferencia: la Casa-Palacio de las Torres de Tembleque se erigió, como consta en su inscripción, en 1753 por don Antonio Fernández Alejo, caballero de la Orden de Santiago que hizo fortuna en América, mientras que el Palacio del Infante don Luis de Borbón de Boadilla del Monte fue concluido en 1765 por mandato del hermano menor del rey Carlos III, el infante don Luis de Borbón y Farnesio.



Figura 7. Casa-Palacio de las Torres, Tembleque. Fuente: Fotografía del autor.



Figura 8. Palacio del infante don Luis de Borbón, Boadilla del Monte. Fuente: Fotografía del autor.

Además de esta similitud tipológica y de su proximidad cronológica, hay que apuntar que ambos edificios gozan de protección oficial reconocida en la década de los setenta del siglo XX, con solo cinco años de diferencia: el Palacio de las Torres fue declarado “monumento histórico” por Real Decreto 758/1979, de 9 de marzo, mientras que cinco años antes, por Decreto 2384/1974, de 20 de julio, se había declarado “conjunto histórico” al palacio y jardines de Boadilla del Monte junto con el “paraje pintoresco” del parque situado en su entorno; como vemos, esta última declaración abarcó un marco territorial más extenso que engloba los jardines del palacio y su ámbito natural circundante, lo que a la postre ha posibilitado el mantenimiento de estos espacios naturales, cuestión que ha sido fundamental ante la fuerte expansión urbana sufrida por la zona, como veremos más adelante. Otro rasgo que acerca a estos dos monumentos históricos es su titularidad, pues en la actualidad ambos edificios son propiedad de las corporaciones municipales de las demarcaciones en las que estos bienes culturales se asientan, si bien en su origen tanto la Casa-Palacio de las Torres de Tembleque como el Palacio del infante don Luis de Borbón de Boadilla del Monte fueron, como decimos, edificios residenciales erigidos en un entorno rural y relacionados urbanística y funcionalmente con un pequeño núcleo de población. A pesar de estas similitudes, las dinámicas demográficas y las relaciones mantenidas con el entorno territorial por cada una de estas dos poblaciones han sido muy diferentes en las últimas décadas, lo que ha generado situaciones muy dispares que han llevado a articular diferentes vías para la conservación, mantenimiento y reutilización de cada uno de estos dos bienes culturales. Veámoslo.

La Casa-Palacio de las Torres de Tembleque: patrimonio en el medio rural tradicional

Comencemos por el caso de Tembleque. La Casa-Palacio de las Torres se erigió en el Camino Real de Madrid, a poco más de 500 metros de distancia hacia el sur respecto a la magnífica Plaza Mayor de Tembleque, esto es, más allá del primer cingulo amurallado que debió de erigir la orden de San Juan de Jerusalén, en una parcela que hoy resulta plenamente integrada en el recinto de esta localidad que, en su trazado histórico, aún mantiene sus rasgos urbanos esenciales (Figura 9). El palacio de Tembleque resulta así un monumento perfectamente caracterizado en su trama urbana, que apenas ha variado, y asimismo en cuanto a su situación territorial, que aún mantiene una característica relación con su medio rural en una población tradicionalmente dedicada a la agricultura y la ganadería (Figura 10). La propia familia Fernández Alejo, además de ser propietaria del palacio, detentó considerables recursos en la zona, pues poseía olivares, viñas, molinos harineros, alamedas, tierras y otras varias casas en Tembleque, situación que se mantuvo hasta el primer tercio del siglo XX. Durante la Guerra Civil, el

la evolución demográfica de Tembleque, vemos cómo la estabilización demográfica y el mantenimiento de sus actividades económicas tradicionales son elementos que han contribuido a la perduración de estas relaciones del monumento con su entorno físico y territorial. Cuando se levantó el palacio, Tembleque, según los datos ofrecidos por el catastro del marqués de la Ensenada, contaba con unos mil habitantes y su población aumentó paulatinamente durante las dos centurias siguientes hasta llegar su cota más alta en 1950, cuando alcanza un pico máximo de 3.833 habitantes. A partir de los años sesenta y durante las dos décadas siguientes se produce un acusado descenso demográfico, producto de la mecanización agraria y de la emigración rural hacia los núcleos urbanos. Este proceso supuso para Tembleque la pérdida de 1.157 habitantes en este periodo, hasta estabilizarse sus cifras en el último medio siglo en torno a los 2.000 habitantes (Figuras 12 y 13).



Figura 10. Tembleque y su territorio. Mapa topográfico e imagen satélite. Fuente: Instituto Geográfico Nacional.



Figura 11. Casa-Palacio de las Torres, Tembleque, años treinta.

Año	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960
Población	3.666	3.653	3.617	3.897	3.626	3.833	3.412
Año	1970	1981	1991	2000	2010	2020	
Población	2.676	2.202	2.141	2.099	2.390	1.966	

Figura 12. Evolución de la población en Tembleque entre 1900 y 2010. Fuente: Autor, sobre datos del Instituto Nacional de Estadística.

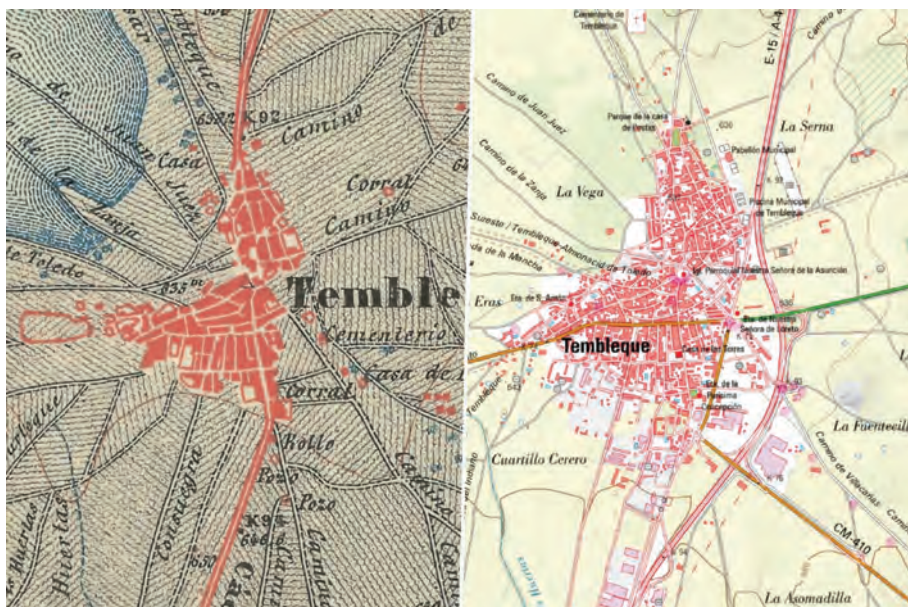


Figura 13. Tembleque. Comparativa sobre la serie cartográfica MTN50: primera edición de 1871, y actualidad. Fuente: Instituto Geográfico Nacional.

En el actual contexto de crisis económica, el consistorio, a pesar del reconocimiento de los valores de este edificio, no ha acometido obras de restauración de este monumento desde que se hizo propietario del mismo, pues tampoco había encontrado un uso adecuado para el mismo de acuerdo con su carácter monumental ni contaba con respaldo financiero para acometer la restauración del edificio. Hubo el intento de concesión a una cadena multinacional hotelera, con la elaboración de un proyecto de rehabilitación en 2009 que no llegó a consolidarse. La oportunidad ha surgido en junio de 2021 a partir de la concesión de 3,2 millones de euros del Gobierno de España para la conversión del palacio en una hospedería de 32 habitaciones: esta ayuda ha sido posible por la inserción de Tembleque dentro del Plan Nacional Turístico Xacobeo 21-22, en su consideración de punto estratégico situado en el Camino de Levante que atraviesa La Mancha, de manera que ha podido optar a los fondos europeos “Next Generation” (Figura 14). La apertura del municipio hacia el turismo permitirá, con la rehabilitación de este edificio, ampliar el equipamiento turístico de un municipio que recibe en torno a 16.000 visitantes al año, de los cuales el 25% son internacionales¹. Vemos cómo el palacio de las Dos Torres se inserta en estas nuevas expectativas abiertas a municipios eminentemente rurales que diversifican sus bases económicas, se abren al sector de servicios y revalorizan su patrimonio cultural.

¹ Fuente: Miguel de las Heras, concejal de Cultura, *ABC Pueblos de Toledo*, 3 de julio de 2021.



Figura 14. Ubicación de Tembleque dentro de las rutas del Camino de Santiago, ruta del Este (azul) y ruta del Sureste (rosa). Fuente: Instituto Geográfico Nacional.

El Palacio del infante don Luis en Boadilla del Monte: patrimonio cultural en el medio rural transformado en área metropolitana

El Palacio de Boadilla del Monte fue mandado construir por el infante don Luis de Borbón, hijo varón menor de Felipe V e Isabel de Farnesio. El infante compró en 1761 el condado de Chinchón a su hermano don Felipe de Borbón, que se había convertido en duque de Parma, y logró agrupar un dominio que comprendía un vasto territorio extendido, además de la propia localidad de Chinchón, por otras diecinueve villas. Ese mismo año también adquirió a la marquesa de Mirabal el señorío de Boadilla del Monte, que incluía el llamado Palacio de las Dos Torres, que fue la construcción sobre la que se asentó el nuevo edificio palacial construido por el infante Luis de Borbón a partir de un proyecto encargado en 1762 al arquitecto Ventura Rodríguez (González-Varas, 2022) (Figura 15). El palacio de Boadilla fue proyectado con la vocación de configurar no solo la cabeza de un señorío, sino que podemos decir que también se asemeja en algunos rasgos a un Real Sitio, pues el edificio palacial se vincula con una pequeña población y con el vecino convento carmelita de la Encarnación, está dotado de una plaza y una fuente que lo anteceden y asimismo se relaciona con una extensa superficie de jardines y de monte que completan el conjunto (Figura 16).



Figura 15. Palacio del infante don Luis de Borbón en Boadilla del Monte. Vista de las huertas, jardines y palacio. Fuente: Fotografía del autor.

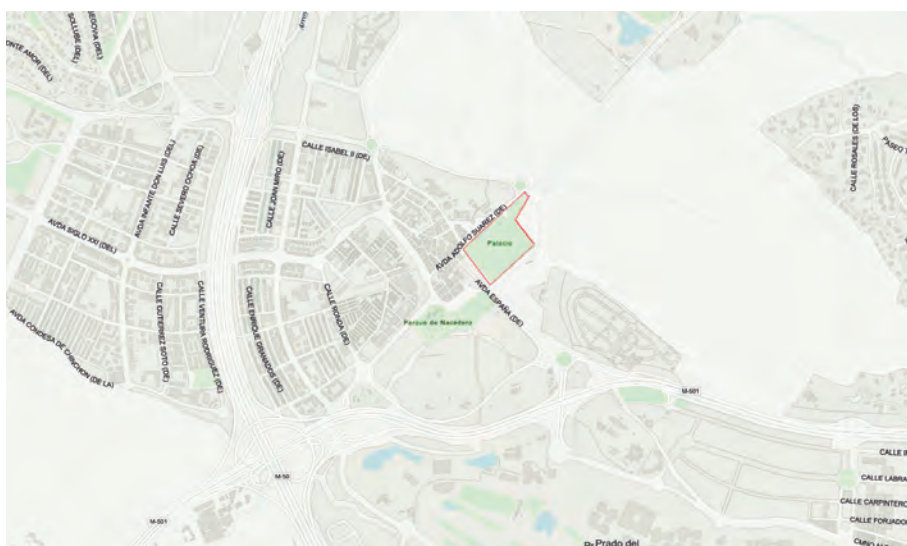


Figura 16. Localización del Palacio del infante don Luis de Borbón en Boadilla del Monte. Fuente: Elaboración propia sobre Instituto Geográfico Nacional.

El palacio se situó, como vemos, en un magnífico entorno rural que permitía al infante el ejercicio de la caza, práctica a la que era, como su hermano el rey Carlos III, muy aficionado, además de ejercer desde este edificio el control y administración del señorío y desarrollar nuevas formas de cultivos y ganadería, de acuerdo con un talante ilustrado preocupado por el fomento de las actividades productivas. Este entorno natural y demográfico, así como su régimen de propiedad privado, se mantuvieron estables durante dos centurias, hasta bien traspasada la mitad del siglo XX. Los datos

demográficos son también muy elocuentes en este caso. La población de Boadilla del Monte llegó al siglo XX estabilizada en torno a los 750 habitantes. Se trataba de un pueblo de pequeñas dimensiones dedicado a la agricultura y la ganadería, como testimonian las fotografías aéreas tomadas en los años veinte (Figura 17).



Figura 17. Vista aérea del Palacio del infante don Luis de Borbón y de la población de Boadilla del Monte (años 20).

Este carácter rural, patente tanto en los ámbitos demográficos y económicos como en su espacio físico, se mantuvo, como decimos, hasta la década de los sesenta del siglo XX. Durante este período, el palacio aún se mantuvo en manos de los descendientes del infante don Luis, pero durante la guerra fue expropiado y utilizado como cuartel y hospital de sangre, y si bien pudo sortear los bombardeos de la vecina batalla de Brunete, un incendio fortuito provocó considerables daños en los jardines. Tras ser utilizado por el Auxilio Social y posteriormente abandonado, el palacio fue devuelto en 1973 a su propietario, don Carlos Oswaldo Rúspoli y Morenés, quien en esos años vendió el palacio al Ayuntamiento de Boadilla del Monte. La aparición por esas fechas de urbanizaciones en los alrededores, que se implantan sobre el entorno natural boscoso y las antiguas tierras de labor, inició el drástico proceso de transformación territorial de esta zona, si bien hay que decir que

estas urbanizaciones surgieron al principio como segundas viviendas en su mayoría (urbanizaciones de Montepíncipe, Parque Boadilla y Las Lomas), de manera que no se registró un crecimiento exponencial de la población en estos momentos. Este crecimiento vertiginoso se produce en las últimas tres décadas, cuando la población de Boadilla pasa de 15.984 habitantes en 1991 a 56.734 en 2020, esto es, un espectacular aumento de 40.750 habitantes en términos absolutos (Figura 18).

Año	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960
Población	778	659	660	627	608	905	1.110
Año	1970	1981	1991	2000	2010	2020	
Población	1.838	6.061	15.984	20.686	44.709	56.734	

Figura 18. Evolución de la población en Boadilla del Monte entre 1900 y 2020.

Fuente: Autor, sobre datos del Instituto Nacional de Estadística.

Se trata, como es sabido, de un fenómeno a gran escala que deriva de la expansión metropolitana de Madrid, con el surgimiento de la constelación de urbanizaciones y tejidos urbanos ubicados tanto en torno a pequeños núcleos rurales históricos, que pierden sus límites definidos y sus formas urbanas precisas, como en el antiguo medio rural y agrícola que pasa a ser ocupado por urbanizaciones. Esta expansión metropolitana es producto del crecimiento suburbano que afecta a zonas antaño rurales, con el consiguiente consumo de suelo, y que provoca una creciente fragmentación del territorio y un aumento espectacular de la red viaria, como puede constatarse en los mapas que aquí reproducimos, pues esta expansión suburbana y difusa se apoya en las infraestructuras de transporte, al depender totalmente del automóvil. La ocupación de antiguas áreas de cultivo por urbanizaciones ha transformado el significado del entorno y ha alterado radicalmente las relaciones con el lugar. Estas zonas metropolitanas, únicas o interconectadas, discontinuas o magmáticas, han pasado de surgir y desarrollarse en torno a pequeños núcleos estructuradores del área a ocupar una extensión territorial difusa y sin límites claros. Es un crecimiento de carácter policéntrico que, como decimos, gravita en torno a esos antiguos núcleos rurales (Boadilla del Monte, Majadahonda, Las Rozas, Pozuelo de Alarcón, Villaviciosa de Odón), pero que crece y se desarrolla sin una identidad definida más allá de la que otorgan estas pequeñas poblaciones. Pero se ha perdido su comprensión como conjunto y como núcleos rurales individuales y hoy nos limitamos a transitar entre sus distintos fragmentos a través de las vías rápidas de comunicación. Los hitos monumentales y los centros históricos de estos núcleos antaño sumidos en el mundo rural pasan a resultar engullidos dentro de estas regiones metropolitanas que absorben a los antiguos núcleos históricos y sus áreas rurales dependientes en su expansión multidireccional y magmática.

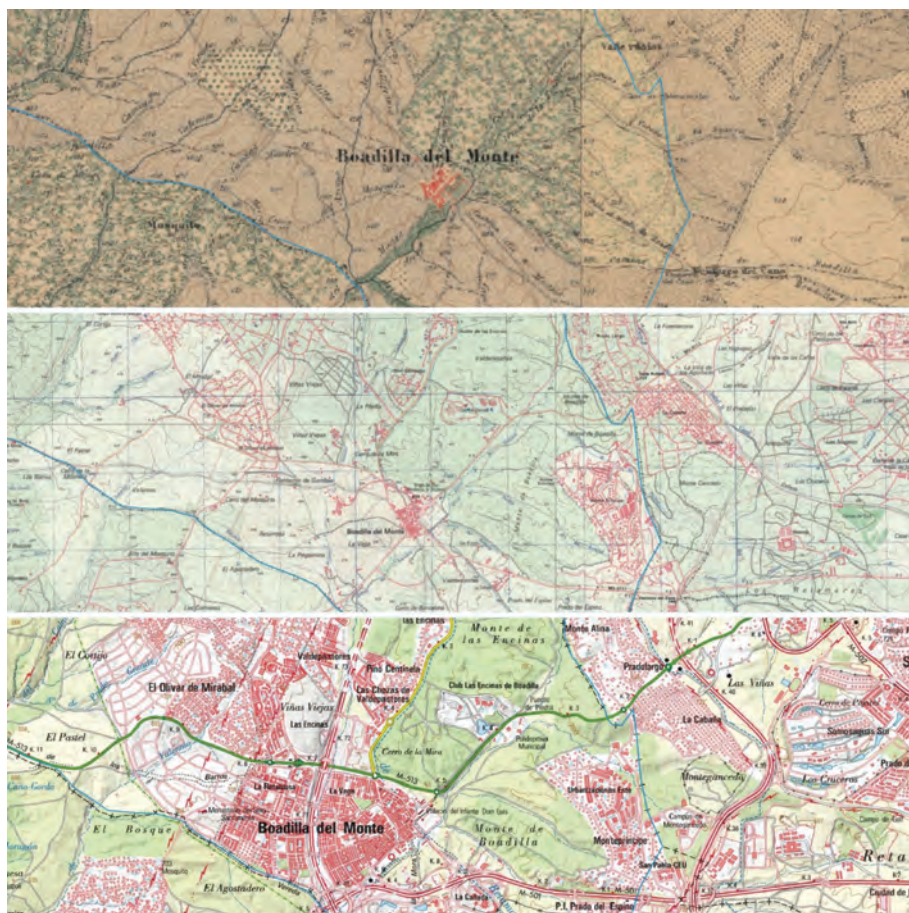


Figura 19. Boadilla del Monte y su territorio. Comparativa sobre la serie cartográfica MTN50: primera edición de 1871, años 60 y actualidad. Fuente: Instituto Geográfico Nacional.

Precisamente en medio de esta dispersión, los hitos monumentales y los lugares históricos han pasado a asumir un importante papel. Podemos decir que son cruciales para la estructuración física, espacial y simbólica en cuanto el patrimonio otorga cierto grado de cohesión a estos tejidos que, al mismo tiempo que crecen y se expanden, se han vuelto heterogéneos social y funcionalmente (González-Varas, 2015). Esta brusca transformación desde el ámbito rural al universo metropolitano difumina las tradicionales relaciones ciudad-campo y ciudad-periferia y, al mismo tiempo, somete su articulación a la dependencia de la red de transportes y comunicaciones. Los significativos mapas que pautan esta evolución nos permiten constatar cómo el territorio antaño rural durante las últimas décadas ha quedado atrapado y entretejido por esta densa malla de infraestructuras de transporte (Figura 19). Como antes apuntábamos, en el inicio de este proceso, en el año 1974, se producía la declaración del palacio de Boadilla del Monte, sus jardines y parte



Figura 20. Boadilla del Monte y su territorio. Mapa topográfico e imagen satélite.
Fuente: Instituto Geográfico Nacional.

del monte circundante como “conjunto histórico”. Esta figura de protección jurídica ha permitido conservar parte de las raíces históricas del lugar que, en medio de las urbanizaciones y entre los límites oclusivos señalados por las carreteras y autovías, aún permite disfrutar de parte de los antiguos espacios naturales protegidos y vinculados con el conjunto del palacio, como son los antiguos montes de las Encinas y de Boadilla (Figura 20). Pero no cabe duda de que, ante esta expansión de la red metropolitana que engulle y transforma el medio rural, el patrimonio cultural que ha perdurado transmuta necesariamente sus significados. Ha dejado de ser un patrimonio situado en un ámbito y una sociedad rurales o señoriales, pero, con su presencia, puede seguir desempeñando un papel fundamental como signo y símbolo de identidad para la creación de nuevos vínculos sociales o incluso como sustrato para la adaptación de “otras” memorias e identidades, pues aunque se pierdan los vínculos vitales con la cultura tradicional —mantenida como

“imagen” en sus trazados y en sus monumentos históricos— surgen nuevas identidades que se entrecruzan y yuxtaponen a la cultura global o globalizada (González-Varas, 2015: 213).

A modo de conclusión

Estos dos casos, los palacios dieciochescos de Tembleque y Boadilla del Monte, nos han situado ante dos realidades muy distintas. Por un lado, hemos visto cómo Tembleque es un núcleo rural ubicado en la extensa llanura de La Mancha, espacio en el que tradicionalmente ha tenido un papel destacado el sector primario, pero que es complementado últimamente por el sector servicios. En este entorno se han conservado rasgos marcadamente rurales en la economía, la sociedad y la organización territorial. Un bien cultural como el palacio de las Dos Torres mantiene aún una relación armónica y orgánica con el conjunto histórico en el que se ubica y con su marco territorial, entorno rural que perdura y que complementa su significado histórico y cultural. El monumento es un referente de identidad para la población que reconoce y estima su valor. Pero la conservación y mantenimiento de este monumento, hoy de titularidad pública y una vez disueltas las estructuras sociales tradicionales desde hace tiempo, ha sido dificultosa y, después de unos usos poco afortunados, el edificio ha pasado por un prolongado periodo de abandono. La recuperación de este bien cultural, deseada por la comunidad, parece resolverse en nuestros días a través de la inserción de la localidad en una red cultural de carácter transregional (incluso transnacional), el Camino de Santiago, y se prevé la conversión del edificio en establecimiento hotelero, reutilización que permitirá su mantenimiento y la inserción de este bien cultural en esa diversificación económica de un núcleo rural tradicional que comienza a complementar su tradicional vocación agrícola o ganadera por el turismo y los servicios derivados del patrimonio y las actividades al aire libre. La estabilización demográfica de la población, el mantenimiento de su estructura urbana y la búsqueda del mantenimiento y revitalización de su patrimonio se inscribe en un proceso conjunto de conservación y desarrollo a través del reconocimiento del valor de su patrimonio natural, cultural y paisajístico por parte de la comunidad local.

El caso de Boadilla del Monte es muy distinto. El palacio del infante don Luis estructuraba en su origen un área rural en torno a una pequeña población. Esta localidad se ha visto sometida en las últimas décadas a un radical un proceso de transformación producto de la expansión metropolitana de Madrid que alcanza igualmente a otros núcleos de antiguo carácter rural, lo que nos ha permitido hablar de una expansión policéntrica y difusa a la vez. El crecimiento de los antiguos pueblos, acompañado de la proliferación de urbanizaciones de baja densidad y de la expansión de la red de infraestructuras de comunicación son todos ellos rasgos bien conocidos

que han transformado inevitablemente el medio rural. En medio de esta malla expansiva y magmática el patrimonio cultural persiste como referente que estructura y dota de significado al lugar, como vemos claramente a través del ejemplo del palacio, jardines y bosque de Boadilla del Monte declarados “conjunto histórico”. En estos nuevos ámbitos metropolitanos caracterizados por la movilidad y el constante devenir, fenómeno que es apoyado por los flujos de información, la velocidad y el anonimato, el patrimonio cultural pasa a ejercer de nuevo un papel primordial, pero ahora para otorgar sentido y significado a estos nuevos espacios ante la irremediable pérdida de su condición rural. El reconocimiento de la presencia de patrimonio histórico en áreas metropolitanas que han surgido a expensas de antiguos espacios rurales se sumerge en el actual proceso que he denominado en otro lugar de “expansión patrimonializadora”, pues desborda las tradicionales áreas centrales o rurales hasta incluir, en una red patrimonial interconectada, sus paisajes circundantes y los pequeños núcleos ahora ya integrados en sus territorios de influencia. Por eso, la cuestión patrimonial requiere ser tratada como un tema relacionado con el resto de las cuestiones estratégicas — sociales, económicas, territoriales y culturales en sentido amplio— que afectan a las áreas rurales y a la transformación de estas en áreas metropolitanas.

Referencias bibliográficas

- Camarero Rioja, Luis A. -coord.- (2019). “Especial monográfico: patrimonio cultural y territorios de la despoblación”, *Revista PH*, nº98. DOI: <https://doi.org/10.33349/2019.98>
- Cardoso, María Mercedes & Fritschy, Blanca Argentina (2012). “Revisión de la definición de espacio rururbano y sus criterios de delimitación”, *Contribuciones Científicas GAEA*, vol. 24, pp. 27-39. Disponible en: https://gaea.org.ar/contribuciones/CONTRIBUCIONES_2012/4.GAEA%20CONTRIBUCIONES_2012_CARDOSO.pdf (acceso: 01/09/2022).
- Ceña Delgado, Felisa (1992). “Transformaciones del mundo rural y políticas agrarias”, *Revista de estudios Agro-sociales*, vol. 162), pp. 11-36. Disponible en: https://www.mapa.gob.es/ministerio/pags/Biblioteca/Revistas/pdf_reas%2Fr162_01.pdf (acceso: 01/09/2022).
- Clementi, Luciana Vanesa (2012). “Del nostálgico recuerdo al creciente entusiasmo por lo rural. Indicios de la revalorización y retorno a los espacios rurales”, *GeoGraphos: Revista Digital para Estudiantes de Geografía y Ciencias Sociales*, vol, 3, pp. 1-25. Disponible en: https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/23803/1/Retorno_Rural.pdf (acceso: 01/09/2022).

Esteban Penelas, José Luis (2005). "Procesos espaciales de transformación en la metaciudad contemporánea", en González-Varas, Santiago-coord., *El agente rehabilitador: notas sobre gestión en suelo urbano consolidado*, pp. 151-156. Aranzadi.

Fariña Tojo, José (1996). "El territorio rural, dos escenarios posibles y un apéndice sostenible", en *VII Congreso Iberoamericano de Urbanismo: región y calidad urbana*, pp. 345-355. Pamplona: Gobierno de Navarra, Departamento de Medio Ambiente, Ordenación del Territorio y Vivienda.

Fischer, Ernst (1973). *La necesidad del arte*. Barcelona: Península.

González Fernández, Manuel T. (2006). "Idas y vueltas en el desarrollo rural: de la diversificación de las economías locales a lo rural como categoría económica global", *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, nº211, pp. 121-142. Disponible en: https://www.mapa.gob.es/ministerio/pags/Biblioteca/Revistas/pdf_REEAP%2Fr211_4.pdf (acceso: 01/09/2022).

González-Varas Ibáñez, Ignacio (2015). "La conservación-transformación de los conjuntos históricos: una revisión desde la dimensión metropolitana", *Ciudad y Territorio. Estudios territoriales*, vol. XLVII, nº184, pp. 203-218. Disponible en: <https://recyt.fecyt.es/index.php/CyTET/article/view/76405> (acceso: 01/09/2022).

González-Varas Ibáñez, Ignacio (2018). *Conservación del patrimonio cultural. Teoría, historia, principios y normas*. Madrid: Cátedra.

González-Varas Ibáñez, Ignacio (2021a). *La cultura de la memoria y la expansión del patrimonio cultural. Algunas encrucijadas actuales*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

González-Varas Ibáñez, Ignacio -coord.- (2021b). "Especial monográfico: Buenas prácticas en conservación y revitalización del patrimonio cultural desde los ODS", *Revista PH*, nº104. DOI: <https://doi.org/10.33349/2021.104>

González-Varas Ibáñez, Ignacio (2022). *Palacios de España: un viaje histórico y cultural a través de la arquitectura palaciega española*. Madrid: La Esfera de los Libros.

Hauser, Arnold (1969). *Introducción a la historia del arte*. Madrid: Guadarrama.

Jean, Bruno (2014). "A new paradigm of rural innovation: Learning from and with rural people and communities", en *OECD, Innovation and*

Modernising the Rural Economy, pp. 113-126. París: OECD Publishing.
DOI: <https://doi.org/10.1787/9789264205390-en>

Nogué, Joan (2016). “El reencuentro con el lugar: nuevas ruralidades, nuevos paisajes y cambio de paradigma”, *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, vol. 62, nº3, pp. 489-502. DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/dag.373>

Pérez Rubio, José Antonio & Gurría Gascón, José Luis -coords.- (2010). *Neorrurales en Extremadura: una aproximación a los flujos y orientaciones de los nuevos pobladores. El caso de las Villuercas y Sierra de Gata (Cáceres)*. Cáceres: Universidad de Extremadura.

Read, Herbert (1970). *Arte y sociedad*. Barcelona: Península.

Sorokin, Piltrim & Zimmerman, Carle C. (1929). *Principes of rural-urban sociology*. Nueva York: Henry Holt.

4. FIN DU VILLAGE OU CONCURRENCE METROPOLITAINE ? ENSEIGNEMENTS METHODOLOGIQUES DE LA TRAJECTOIRE D'UNE PETITE VILLE FRANCAISE

Olivier CHADOIN

Université de Bordeaux (École Nationale Supérieure d'Architecture et de Paysage)

olivier.chadoin@bordeaux.archi.fr

Je vais parler ici du territoire d'une petite ville française rurale sur lequel j'ai enquêté entre 2015 et 2016. Je vais commencer par poser le cadre problématique dans lequel s'inscrit mon travail et je vais m'attarder sur les questions méthodologiques car je suis convaincu que les outils avec lesquels nous observons les territoires sont un enjeu fort et commun.

Ensuite j'aborderai directement la présentation de ce territoire en abordant mes choix méthodologiques et ce que j'appelle la « micro-analyse territoriale ». Sociologue, j'aborde en effet les questions territoriales en m'attachant de très près à deux choses : d'une part les rapports sociaux, dynamiques des acteurs en capacités d'agir sur le destin du territoire, d'autre part l'observation et la compréhension « in situ » que je cherche toujours à articuler à une analyse des données et à la « socio-histoire » des lieux.

Mon approche est dialectique : pour moi s'il y a déclassement de certains territoires il ne faut pas forcément chercher les causes sur ces territoires mais surement dans les relations qu'ils entretiennent avec d'autres et aussi les visions du développement dominantes et les groupes sociaux qui les portent.

Sociétés urbaines, péri-urbaines et monde rural

En France, l'urbanisation diffuse et péri-urbaine est le plus souvent analysée et comprise comme un point sombre de la métropolisation. Elle est dénoncée tant sur le plan spatial que social. D'abord par les disciplines de l'espace (urbanisme, architecture, géographie...) pour sa consommation d'espace, d'énergie, voire son esthétique (la « France moche »), mais aussi parfois rapportée *mutatis mutandis* à des comportements sécessionnistes et individualistes.

La majorité des analyses portent un regard surplombant dans lesquels les approches quantitatives et cartographiques dominent, comme c'est par exemple le cas avec les nombreuses discussions autour de l'analyse des cartes du vote. Aussi, ces territoires sont rarement analysés de façon qualitative et les monographies les concernant sont relativement rares comparativement

aux quartiers dits populaires ou difficiles ou aux quartiers « gentrifiés ». La sociologie de la ville elle-même est aujourd'hui dominée par des travaux portant ou sur l'analyse des dynamiques globales de la métropolisation (réseaux, mobilités, flux, ville créative...), ou sur des questions liées aux « banlieues » et « quartiers difficiles », ou encore sur les dynamiques de centre des villes telle que la « gentrification », mais le traitement des façons de vivre et habiter des zones périphériques et rurales restent relativement faible.

Globalement, ces zones désignées sous le terme englobant de « France périphérique » (Guilluy, 2013) sont représentées comme des versants négatifs de l'urbanisation et des expressions de dysfonctionnements sociaux. L'analyse des travaux consacrés à l'urbanisation individuelle depuis les années 60 montre ainsi très bien la mise en place chez les intellectuels d'une vision urbaine normative dénonciatrice de ce type d'urbanisation comme expression du confort petit bourgeois et de l'individualisme de la petite propriété (Magri, 2009).

Cette tendance s'est trouvée, ces dernières années, renforcée par les travaux sur les dynamiques métropolitaines. Saisissant la métropolisation comme une adaptation inévitable des villes à la globalisation économique la recherche urbaine s'est focalisée soit sur les effets sociaux et spatiaux des nouvelles concentrations urbaines (gentrification, concurrences interurbaines...), en ne voyant finalement dans l'urbanisation diffuse qu'un effet d'exclusion ou une pathologie, c'est-à-dire un effet ou une conséquence indésirable de la logique globale de métropolisation. Aussi, ces espaces n'ont que très rarement été traités comme éléments « nécessaires » au développement des logiques métropolitaines. Y compris avec les notions « d'influence urbaine » et « d'aire urbaine », ces territoires sont examinés selon une lecture hiérarchique dans laquelle la figure de la métropole et son développement dominant. Tout se passe comme si la dynamique de la recherche avait conduit à produire une connaissance focalisée sur les nouvelles formes de la production économique à forte valeur ajoutée (services, recherche, innovation, création) et les modes de vie urbains associés (consommation culturelle, gentrification, cadres à haut potentiel...) et qu'ainsi le tissu urbain ordinaire et diffus ait été considéré implicitement comme une survivance ou un défaut d'adaptation économique, toujours finalement dépendant des métropoles comprises comme des « centres de commandement ». Nombre de travaux sont ainsi portés par une lecture implicitement évolutionniste de l'économie, considérant que la logique de l'économie post-industrielle métropolitaine ne pouvait que s'imposer partout sans que survivent d'autres types d'activités et d'autres type de territoires. Cette vision est présente dans de nombreux travaux faisant de l'urbain diffus et du rural un envers de la ville et ses qualités d'urbanité et de diversité.

Pourtant, en France, ces territoires sont aussi « les lieux d'installation de nombre d'activités économiques, notamment celles liées à la logistique – enjeu majeur des agglomérations – et celles nécessitant pour leurs implantations des surfaces importantes », lesquelles activités participent pourtant, c'est un truisme, de la productivité et du fonctionnement de « l'urbain métropolisé ». Ainsi, si les grandes villes accumulent les emplois appartenant aux fonctions intellectuelles, de gestion et de décision, les activités industrielles se localisent désormais surtout dans les espaces ruraux ou périurbains (Puymbroeck & Reynard, 2010). On y observe également un impact grandissant des économies auto-entrepreneuriales (services à la personne et production de biens). Un tel rappel est nécessaire. Non seulement il tempère une vision de la globalisation et un certain déterminisme économique associé, mais il oblige à enrichir et complexifier l'analyse de la métropolisation en cours en considérant ces territoires comme les éléments d'un système qui n'est pas dominé par une seule logique économique, mais au contraire nécessite que cohabite encore une diversité d'orientations économiques, et donc de lieux, pour exister. Mieux encore, ces régions, où le logement n'est pas cher, intéressent notamment deux catégories de personnes : les retraités, qui vont connaître une baisse de leur pouvoir d'achat dans les années à venir, et les travailleurs indépendants. Depuis dix ans, de nombreux emplois hors salariat ont vu le jour et un nombre croissant de personnes travaillent chez elles ; pas seulement des artistes ou des intellectuels, mais aussi des artisans ou des professionnels de l'Internet (Davezies, 2012). Ces occupations nécessitent de l'espace, mais celui des grandes villes restant onéreux on peut penser qu'ils se tourneront de plus en plus vers ces régions.

L'hypothèse d'un développement économique spécifique de ces zones et donc d'un rapport singulier aux dynamiques économiques métropolitaines n'est pas à écarter. Quelle est encore la part de l'économie agricole, directe et indirecte, dans le monde rural ? Quels types d'économie se développent sur ces territoires ? Comment s'articulent-ils au territoire urbain ? Comment contribuent-ils au fonctionnement de l'urbain dans son ensemble, l'alimentant et le renforçant ? Peut-on identifier des types spécifiques de vie sociale et économique de ses territoires et donc déclinier une caractérisation de leur diversité ? En proposant une analyse liant connaissance des traits sociologiques des habitants de ces territoires et leur fonctionnement économique et développement spatial, on vise à produire une vision renouvelée et nuancée des dynamiques métropolitaines. Les questions essentielles restent : est-il possible d'échapper à une lecture de ces territoires comme « choix du nécessaire » pour les populations qui y résident comme pour les activités qui y sont localisées ?

Les territoires et les communes dits « ruraux » sont en effet aujourd'hui des territoires marqués par des pressions à l'urbanisation et la relative

dévitualisation des centres-bourgs alors qu'y subsistent des formes d'activités économiques et de vie sociale peu visibles qui ont récemment fait l'objet de travaux attestant en creux de leur complexité et rapport singulier aux dynamiques métropolitaines (Renahy, 2010 ; Mischi, 2013 ; Mischi & Renahy, 2008 ; Dibie, 2006, 2008 ; Le Goff, 2012). C'est dans cette perspective que se situe notre travail : participer à une meilleure connaissance des processus de fonctionnement économique et social des territoires ruraux et péri-métropolitains.

Les territoires éloignés des métropoles sont en réalité bien souvent compris par le sens commun comme les professionnels de la ville seulement comme des lieux de tourisme dont l'emploi est dépendant des villes et donc de l'usage de l'automobile. L'action urbaine y semble le plus souvent réduite aux questions d'environnement, de tourisme et de paysage. Pourtant, nombre de ces territoires subissent de nouvelles formes d'urbanisation et de développement économique qui gagnerait à être mieux analysées.

Ces zones se caractérisent clairement aujourd'hui tant du point de vue de leur fonctionnement spatial et rapport à la ville que du point de vue de leur peuplement. On sait par ailleurs que s'y concentrent plus qu'ailleurs les employés, ouvriers et diplômés de l'enseignement technique (Mischi et al., 2013 ; Todd & Lebras, 2013), que des activités industrielles s'y concentrent et y cohabitent avec un tissu de petites entreprises dans lesquelles subsistent des formes de paternalisme et de patronage. Aussi le périurbain est-il « la seule zone où le groupe ouvrier n'a pas vu ses effectifs diminuer. Alors que la France métropolitaine concentre plus de 76 % de ses cadres en ville, plus on s'éloigne des « pôles urbains », plus la part des classes populaires augmente : la part des ouvriers et employés parmi les actifs est de 55 % dans l'espace urbain, de 58 % dans le périurbain, et de 61 % dans l'espace à dominante rurale », notent Julian Mischi et Nicolas Renahy (2008 : 14). Ces espaces « périphériques » subissent de profonds changements avec des transitions démographiques fortes qui se traduisent par exemple par des luttes de pouvoir local importantes.

Le territoire français ne peut donc être envisagé à partir d'une simple opposition entre un monde rural prétendument abandonné et menacé de désertification, et des métropoles, présentées comme des solutions inéluctables à la croissance économique. Les analyses récentes du développement économique des territoires semblent infirmer cette représentation et montrent que le modèle territorial qui a réussi durant ces 15 dernières années de crise, sur le plan d'un développement à la fois économique, social et démographique, est celui d'un territoire faiblement métropolisé, peu exposé à la mondialisation et qui, souvent, capte plus de richesses qu'il n'en crée (Davezies, 2012).

Comprendre en sociologue

La compréhension sociologique des rapports entre espaces et sociétés passe donc par l'analyse des rapports de force, positions et oppositions, qui se jouent sur, et à partir des lieux. L'espace est alors compris comme un élément de la construction des groupes sociaux, comme un enjeu de leur cohésion et identité. L'espace apparaît en ce sens comme une ressource autour de laquelle les groupes sociaux se livrent des jeux de concurrence et d'appropriation. C'est dans ces jeux sociaux que se trouve pour le sociologue la première clef de compréhension des évolutions urbaines et territoriales.

À cet égard, l'approche des territoires qu'opère la sociologie ne peut être simplement synchronique, ni se réduire à la restitution des usages. Restituer les dynamiques sociales qui travaillent les lieux c'est nécessairement s'interroger sur les dimensions socio-historiques. Ainsi, par exemple l'analyse de la constitution d'un espace périphérique à la centralité principale du territoire étudié ici ne peut être comprise sans saisir le basculement des usages sociaux de l'espace et des modes de consommation qui s'amorce à la fin des années 60. De même, la définition des groupes sociaux ne peut être posée a priori, les mêmes appartenances sociales selon les catégories de l'INSEE, n'ont pas le même statut ni la même position au niveau local selon leur ancienneté de résidence par exemple. S'agissant d'aborder les logiques sociales à l'œuvre dans ces petits territoires le chercheur ne peut se satisfaire de définitions préalables. Il doit comprendre ce que telle ou telle position sociale, lieu de résidence, signifie par rapport à un « ordre social local » qu'il doit reconstituer. Le travail de Norbert Elias et John I. Scotson sur la petite communauté de Winston Parva est un exemple devenu classique de cette façon de faire. Il montre l'importance de ne pas seulement saisir les usages (ce que font les individus), d'adopter un regard socio-historique, mais aussi est surtout d'être à l'affût des représentations des individus, des mots qu'ils utilisent pour décrire leur environnement, des rumeurs, des commérages. Bref, considérer que ce que disent les agents n'est pas le réel directement mais le symptôme de l'expérience d'une réalité que le sociologue doit reconstituer. Ainsi, par exemple, lorsque les résidents les plus anciens de la localité ici analysée distinguent parmi les travailleurs de la vigne issus de l'immigration ceux qui sont « travailleurs » et les autres, il s'agit de saisir ce que signifie cette distinction par rapport à un ordre social local historiquement construit. L'observation montre que ces oppositions s'enracinent aussi dans des différences de trajectoires et de propriétés sociales et que dans ces jeux et rapports de force que se produisent les options et décisions d'aménagement et actions sur le territoire.

Le choix monographique est toutefois pour le sociologue un choix singulier. Le piège tendu par ce type d'approche réside en premier lieu dans

l'illusion de l'autonomie, dans la tentation de voir dans la collectivité étudiée un isolat du monde social. Or, comme l'a montré Patrick Champagne (1975), il n'est pas en sciences sociales d'objet spatialement délimité, à l'exception notable peut-être des « institutions totales » que sont les asiles, prisons ou casernes. Le village n'est pas un microcosme clos, ses membres se déplacent, il entretient des relations avec les localités voisines... Autrement dit, le sociologue ne peut délimiter son objet a priori à partir de supposées limites communales ou même intercommunales, pas plus qu'il ne peut d'ailleurs préjuger des contours ou de l'homogénéité d'un groupe social (la classe sur le papier, le groupe juridique ou statistique, ne sont pas le « groupe réel »).

Mon principe donc a été de ne pas délimiter l'objet au départ, et donc d'éviter tout essentialisme pour, dès lors, considérer que ce sont les individus et les relations qu'ils entretiennent, de collaboration et/ou de concurrence, qui dessinent un espace, qui finalement est plus un espace social qu'un espace physique. Ainsi, par exemple, c'est la compréhension de la division socio-spatiale du territoire étudié, au-delà des limites communales, qui conduit à montrer comment deux groupes aux caractéristiques distinctes s'opposent à propos de l'avenir du territoire.

Ces considérations m'ont conduit par ailleurs à discuter, sur la base d'une approche locale, les catégories actuellement en usage par la géographie. Le fait de « descendre » à l'échelle de la localité amène à observer que les classements à partir des termes « périurbain », « rural », et plus encore le très discuté « France périphérique », ne permettent pas d'approcher et de restituer l'expérience réelle de ces lieux. Plus encore, ils nourrissent des représentations et analyses spontanées qui ont pour origine une incapacité quasi-épistémologique à saisir la part d'autonomie et de spécificité de ces territoires finalement toujours regardés à partir d'un référentiel urbain, si ce n'est de ce que nous pourrions appeler une forme « d'urbanocentrisme ».

Enfin, s'agissant de la méthode, j'ai combiné plusieurs approches. D'abord, bien sûr la compréhension des dynamiques socio-démographiques et économiques à partir des données existantes d'une part, le recueil et l'analyse de la presse locale et des documents collectés sur le terrain, que j'ai combinés à une enquête de type ethnographique (Beaud & Weber, 2003). L'entrée sur le terrain dans le cas de ces petites localités engage souvent à être présenté par quelqu'un. C'est ce que j'ai fait, avec deux personnes habitant sur place, puis ensuite j'ai tenté de reconstituer les réseaux et groupes d'interconnaissance locaux. À côté de cela, des entretiens et rencontres plus « institutionnelles » avec des élus, commerçants, responsables associatifs ont pu aussi être menés. La difficulté principale de ce type de démarche consiste à ne pas se laisser enfermer dans la proximité à un groupe qui serait génératrice de méfiance par rapport à un autre. Cela d'autant que l'information de la présence d'un

sociologue dans une petite localité de moins de 2 500 habitants circule vite. Ce qui peut cependant se révéler être un atout car certains habitants tiennent absolument à livrer leurs points de vue... En sus de ces méthodes j'ai également privilégié l'observation du territoire, en faisant même des balades-entretiens avec quelques habitants.

Le parti-pris de restitution de cette enquête, et donc de rédaction, a été celui de la description. Il ne s'agit pas d'expliquer *pourquoi* le territoire est ainsi mais de comprendre *comment* il fonctionne, quelles sont les dynamiques sociales qui le traversent et le travaillent.

Il se dégage au final de cette démarche trois dimensions : d'abord un retour nécessaire sur des éléments forts de stratégie d'enquête et de choix de méthodes pour observer ce type de territoire, ensuite un retour critique sur les notions et concepts en circulation à propos et sur ces périphéries, enfin une interrogation sur ce que j'ai nommé des « trajectoires territoriales », c'est-à-dire la façon dont sur des lieux s'imposent ou non des choix de développement, des projets, contraints à la fois par l'histoire, la morphologie spatiale, mais aussi les représentations. Lesquelles représentations sont, parfois largement nourries par des conceptions dominantes des systèmes territoriaux aujourd'hui largement diffusées et passées au « sens commun ».

Les contraintes qui pèsent sur ces territoires et sur les options quant à leur développement ne sont pas seulement subies, externes, mais aussi internes, liées à leur histoire et aux jeux et enjeux sociaux locaux qui les animent. C'est en effet bien l'observation locale qui permet de saisir que les lieux que j'ai ethnographiés ne sont pas seulement pris dans des logiques globales qui les dépassent mais que ces dynamiques sont aussi retraduites et contraintes dans les jeux sociaux locaux.

L'un des premiers enseignements de cette stratégie de recherche conduit à pointer la difficulté à construire de façon générale une catégorisation de ces territoires. Les catégories géographiques dominantes privilégient une compréhension en termes de « systèmes territoriaux ». Ainsi, par exemple, les « aires urbaines » propose un regard sur les communes construit depuis l'appartenance à des « grands pôles » porteurs de développement en passant par des communes de couronne, puis s'éloignant jusqu'à des communes « isolées, hors influence ». Une telle analyse cartographique, et la nomenclature qu'elle propose, portent donc en elle la définition d'un « système territorial » et son fonctionnement. Définition d'un système qui, par ailleurs, suppose un choix d'échelle d'observation et de raisonnement. Il semble que deux raisons principales expliquent cette focalisation sur des visions macro-territoriales et/ou à grande échelle.

La première, est liée aux mécanismes de la production du savoir dans la recherche urbaine contemporaine. Il faudrait ici une enquête supplémentaire sur les mécanismes de financement et les réseaux de la production intellectuelle contemporaine sur la ville pour saisir le déséquilibre de production entre les territoires. En effet, le déséquilibre certain de connaissance du périphérique au profit des métropoles n'est sans doute pas sans rapport avec la concentration des moyens de financement et des compétences intellectuelles dans les territoires métropolitains. Si l'on conjugue cela à une tendance de fond à l'encouragement d'une recherche financée et en partenariat avec les territoires¹, il est certain que la connaissance des territoires éloignés ne peut compter sur la mobilisation des moyens de la recherche. C'est en ce sens qu'à propos des petites et moyennes villes ou des territoires périphériques, il est légitime de parler d'un « angle mort » de la recherche urbaine.

La seconde, est liée à la volonté de lire spatialement les grandes transformations sociales de l'époque. L'état de la production des connaissances montre en effet une production dominée par une pensée géographique en termes de « territoire » qui voudrait traduire en cartes les dynamiques globales de la société française. Ainsi, la fameuse thèse de la « ville à trois vitesses » (Donzelot, 2004, 2009), qui propose une lecture de la société française transcrite en mouvements dans l'espace (« gentrification », « relégation » et « périurbanisation »), est sans doute une des racines communes de ces travaux qui cherchent à spatialiser des dynamiques sociales à l'échelle du territoire national, comme le font par exemple Jacques Levy et Michel Lussault (2014) ou Christophe Guilluy (2014). Les deux premiers expliquent ainsi d'une part, qu'il est possible de mesurer l'urbanité et qu'elle est un outil de classement des territoires, d'autre part, que :

« (...) les zones périurbaines sont-elles-mêmes hiérarchisées géographiquement en couronnes concentriques : les plus riches se localisent préférentiellement au plus près des limites des agglomérations : c'est l'anneau des seigneurs – tandis que les moins aisés s'écartent davantage. Enfin, la situation de l'hypo- urbain (les zones à faibles densités des périphéries externes aux aires urbaines) et de l'infra-urbain (les zones les plus éloignées des villes) est significativement différente. Dans ces deux cas, on rencontre des personnes à faibles ou très faibles revenus ne pratiquant qu'épisodiquement

1 On peut citer pour exemple de ces rapprochements encouragés qui consistent à développer une recherche par projet en liens avec les acteurs professionnels des territoires les fameux programmes POPSU (plateforme d'observation des projets et stratégies urbaines) développés entre 2003 et 2015. Il s'agit pour ce de « mettre en dialogue l'expertise des acteurs locaux et les savoirs des milieux de la recherche pour mieux comprendre les enjeux et les évolutions de l'espace urbanisé. Trois programmes ont été lancés : deux programmes de recherche, co-construits avec de grandes agglomérations françaises (POPSU 1 et POPSU 2), et un programme d'échanges sur des projets d'aménagement développés dans des villes françaises et européennes (POPSU Europe) » (cf. <http://www.popsu.archi.fr/>). Ce programme a été en particulier développé avec et pour les grands projets urbains et territoires des grandes métropoles françaises et maintenant européennes.

les villes et qui profitent du coût modéré du foncier pour faire des économies sur leur budget logement. S'agissant de l'infra-urbain, s'ajoute une moindre accessibilité aux biens publics tels que la santé, l'éducation ou la culture. Faut-il dès lors considérer la périphérisation, et en particulier la périurbanisation, comme l'expression typique de l'individualisme, comme cela a parfois été avancé ? » (Guilluy, 2014 : 3).

Autrement dit, les uns mesurent des écarts et divisions sociales à grande échelle avec des cartes de « gradients d'urbanité » et voudraient proposer des « géotypes », les autres opposent une « France des métropoles » à une « France périphérique ». Au fond, en cherchant à classer les territoires à grande échelle, ils sont conduits à faire des espaces les plus denses et les plus dotés les espaces les plus légitimes (Ripoll & Rivière, 2007). Par conséquences, les espaces périphériques deviennent des espaces par soustraction des richesses des espaces denses et centraux des métropoles.

La recherche urbaine est là face au même dilemme que le sociologue face aux classes populaires oscillant entre misérabilisme et populisme ou légitimisme et relativisme (Grignon & Passeron, 1989). La question celle de l'échelle de l'observation : à regarder « d'en haut », la part d'autonomie et les spécificités des territoires dominés ne sont pas visibles et à regarder de « trop près », le risque est d'exagérer l'autonomie et la spécificité et de voir dans ces territoires une nécessité faite vertu, quitte à ne pas voir leur situation de domination et à exagérer, voire esthétiser, leur autonomie. Une attitude est possible pour éviter ces écueils. Elle consiste à regarder ces territoires de près, sans catégories de classement a priori, à commencer par les décrire, et à chercher à saisir les zones d'autonomie des territoires et ce que leur situation doit à leur position dominée. Il s'agit donc bien de chercher à saisir ces lieux comme à la fois singuliers et dépendants d'un système territorial, entre autonomie et dépendance.

En effet, le plus souvent, tout se passe comme si les territoires éloignés des centres étaient saisis comme des reliquats de la modernisation et de l'urbanisation généralisée, ou des lieux passés qui appellent des regards nostalgiques, ou comme des territoires en déclin, oubliés, en crise mobilisant alors la sociologie électorale et politique (Mischi & Renahy, 2008 ; Laferté, 2004)². Bref, les approches oscillent entre une version « misérabiliste » d'une « France périphérique », territoire appauvri des oubliés ou une version « nostalgique », celle de la « fin du village », lieux des liens communautaires perdus et gagnés par l'individualisme contemporain. Les ethnographies proposées par Pascal Dibie (2006) ou Jacques Le Goff (2012) n'échappent

2 On doit à ces auteurs, entre autres, d'avoir pointé la nécessité d'un renouveau de l'étude des espaces dits ruraux qui ne sont ni irréductiblement différents de l'urbain, dilués dans l'urbain généralisé, mais qui accueille aujourd'hui une majorité d'ouvriers et employés et dont la sociologie électorale est un enjeu.

pas à cette vision du « village perdu ». Le premier explique par exemple dès l'introduction de son enquête : « Nous sommes monté dans le train à grande vitesse de la modernité sans trop nous en apercevoir et, lorsque nous regardons par la fenêtre, le paysage défile si vite que nous n'arrivons plus ni à le lire ni à le retenir (...), mais plus qu'une disparition, c'est un télescopage qui s'est produit, c'est une échelle du monde qui a bougé. L'espace, notre espace villageois ne correspond plus avec le temps pour lequel il avait été bâti ». Jacques Le Goff (2012) décrit clairement le choc entre un individualisme urbain et des usages anciens plus communautaires. Mieux encore, son terrain d'analyse, est une mise en scène, un simulacre, qui dissimule la « fin d'un monde³ ». « Le tassement des maisons et la grande proximité des habitants ont contribué autrefois à créer un fort sentiment d'appartenance collective ; aujourd'hui, la méconnaissance des uns et des autres s'est développée (...) Cadenet m'est apparu comme un village bariolé mêlant vestiges du passé et marques du présent, et où des catégories sociales coexistent dans *un même espace culturellement décomposé*⁴ » explique-t-il (Le Goff, 2012 : 538). Ces visions opposées ne traversent pas seulement la production intellectuelle. Elles sont présentes dans les entretiens : chacun et chacune raconte encore, ses histoires de gemmage et de solidarité entre habitants, Sainte-Foy, territoire que j'ai analysé, vit douloureusement la fin de sa notoriété et notabilité commerçante et attribue sa chute au repli périphérique.

La difficulté essentielle de l'approche par monographie sur le type de territoire est donc bien de se défaire des pièges tendus par ces représentations largement diffusées pour, à l'inverse, les interroger.

Pour une micro-analyse territoriale

En ce sens, l'un des premiers enseignements de ce travail consiste à pointer la nécessité des « jeux d'échelle » qui permettent de dépasser les lectures globales, au risque d'un glissement urbanocentré. Les nombreux travaux ethnographiques sur, par exemple, les dynamiques de gentrification montrent, contre une lecture globale voire marxienne, qui voudrait voir dans la gentrification les effets d'un déploiement du capital, comment il s'agit également de jeux sociaux qui se jouent à une autre échelle, celle de la distinction, et engagent des choix individuels (Collet, 2015). De même les travaux sur les banlieues pavillonnaires (Cartier et al., 2008), réalisés à l'échelle du quartier d'une petite commune, ont montré que l'usage de la notion de classe moyenne est insuffisant pour rendre compte des dynamiques

3 Titre d'un long chapitre (Le Goff, 2012 : 159-260), qui dépeint la chute à partir de la fin des années 1960 avec l'arrivée de l'automobile, de la télévision..., lequel est suivi d'un chapitre au titre sans équivoque : « le nouveau monde » (Le Goff, 2012 : 261-382).

4 C'est moi qui souligne.

qui travaillent un petit territoire périurbain et qu'il faut considérer également la question générationnelle et celle de l'ancienneté d'installation. Ce faisant, les auteurs montrent qu'il n'y a pas d'opposition a priori entre « quartier de promotion » et « quartier de relégation », que la catégorisation spatiale est insuffisante sans la compréhension des trajectoires sociales de ceux qui l'investissent. Les travaux (Charmes, Launay & Vermeersch, 2013) comparant un quartier en gentrification du 9^{ème} arrondissement de Paris et la commune périurbaine aisée de Chateaufort montrent de façon claire que le périurbain n'est pas une version dégradée de l'urbain accueillant des trajectoires de repli et surtout, qu'il n'y a pas *un* périurbain, mais *des* périurbains.

Les travaux permettant d'attester de l'intérêt de l'approche monographique, à l'échelle d'un cas, ne manquent donc pas. On peut encore citer, pour finir, les travaux d'Anne Lambert (2015) qui, par une approche ethnographique des lotissements, en montre toute la complexité et l'hétérogénéité. L'auteur en conclut d'ailleurs que son enquête « invite à multiplier les approches comparatives de monographies » et explique :

« (...) en sociologie urbaine plus que dans d'autres champs de recherche, les évolutions à l'œuvre au niveau national s'incarnent et se déclinent différemment selon les contextes locaux, l'histoire des communes, de leurs élus, de leur bassin d'emploi (...) surtout, elles contribuent à nuancer l'image des pavillonnaires conservateurs et permettent de saisir les évolutions sociales là où elles sont à la fois les plus tenaces et les plus imperceptibles : sur la scène du quotidien » (Lambert, 2015 : 277-278).

Reste, une fois de plus, que les travaux qui « descendent » à cette échelle d'observation sont bien plus nombreux dès lors qu'il s'agit d'approcher des objets tels que la gentrification des quartiers des centres-villes ou la question périurbaine.

Mais revenons à la question de l'échelle. Traditionnellement, l'approche par monographie se donne pour objectif la vérification locale d'hypothèses et de résultats généraux. On l'a dit, ce n'est l'angle choisi. Comme l'a théorisé la « micro-analyse historique », j'ai considéré que l'approche localisée par discipline permettait de montrer les variations du local qui le plus souvent sont écrasées par la volonté de saisir dans les cas la juste illustration de phénomènes observés au niveau global. A l'inverse, les monographies proposées montrent, à territoires équivalents, une expression diverse de ce même phénomène qu'est l'éloignement périphérique des métropoles. Comme l'exprime Jacques Revel dans l'introduction à « Jeux d'échelles » :

« (...) chaque acteur historique participe, de façon proche ou lointaine, à des processus –et donc s'inscrit dans des contextes– de dimensions et de niveaux variables, du plan local au plus global (...). Ce que l'expérience d'un individu, d'un groupe, d'un espace permet de saisir, c'est une modulation

particulière de l'histoire globale. Particulière et originale car ce que le point de vue micro-historique offre à l'observation, ce n'est pas une version atténuée, ou partielle, ou mutilée de réalités macro-sociales : c'en est une version différente. » (Borzeix, 2007)

Autrement dit, la connaissance de l'expérience et du fonctionnement d'un territoire peut être mieux saisie et reconstituée par une compréhension de son histoire locale, par la compréhension des tensions, négociations et compétitions qui le travaillent. Au fond, il en est de même des territoires que de l'expérience des individus : elle ne peut être réduite à des propriétés sociales, à une position dans un système, pour être complète il faut aussi comprendre l'itinéraire des individus. Autrement dit, il s'agit de croiser le structurel (les contraintes d'un système) et le biographique (les choix à l'échelle de l'itinéraire de l'individu). Il en est de même des lieux. Ils sont certes contraints par un système territorial (rapport au centre de décision, éloignement géographique, desserte plus ou moins développée...), mais ils possèdent également une trajectoire et une situation singulière qui se jouent au niveau micro. Ainsi, par exemple, la catégorisation d'un cas comme commune rurale déclassée, comme rebus périphérique de l'espace métropolitain, n'apporte qu'une compréhension partielle et ne permet pas de voir, par exemple, que cette situation est vécue et perçue par des groupes sociaux différents et fait même l'objet de tensions locales à propos des modèles de territoire, lesquels sont sans doute aussi déterminants dans les choix de développement présents et futurs.

Références bibliographiques

- Beaud, Stéphane & Weber, Florence (2003). *Guide de l'enquête de terrain*. Paris : La Découverte.
- Borzeix, Anni (2007). « Jeux d'échelles », *Le Libellio d'Aegis*, vol. 3, n°2, pp.25-28. Disponible à : <http://lelibellio.com/jeux-dechelle/> (accédé : 01/09/2022).
- Cartier, Marie ; Coutant, Isabelle ; Masclet, Olivier & Siblot, Yasmine (2008). *La France des « petits moyens ». Enquête sur la banlieue pavillonnaire*. Paris : La Découverte.
- Champagne, Patrick (1975). « La restructuration de l'espace villageois », *Actes de la recherche en sciences sociales*, n°3, pp. 43-67.
- Charmes, Éric ; Launay, Lydie & Vermeersch, Stéphanie (2013). « Le périurbain, France du repli ? », *La Vie des idées*. Disponible à : <http://>

www.laviedesidees.fr/Le-periurbain-France-du-repli.html (accédé : 01/09/2022).

- Collet, Anaïs (2015). *Rester bourgeois. Les quartiers populaires, nouveaux chantiers de la distinction*. Paris : La Découverte.
- Davezies, Laurent (2012). *La crise qui vient. Les nouvelles fractures territoriales*. Paris : Seuil.
- Dibie, Pascal (2006). *Le village métamorphosé, révolution dans la France profonde*. Paris : Plon.
- Dibie, Pascal (2008). *Le village retrouvé, essai d'ethnologie de l'intérieur*. La Tour-d'Aigues : Éditions de l'Aube.
- Donzelot, Jacques (2004). « La ville à trois vitesses : gentrification, relégation, périurbanisation », *Esprit*, n°3-4.
- Donzelot, Jacques (2009). *La ville à trois vitesses*. Paris : Éditions de la Villette.
- Grignon, Claude & Passeron, Jean-Claude (1989). *Le savant et le populaire, misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*. Paris : Seuil.
- Guilluy, Christophe (2013). *La France périphérique*. Paris : Flammarion.
- Guilluy, Christophe (2014). *Fractures françaises*. Paris : Flammarion.
- Laferté, Gilles (2014). « Des études rurales à l'analyse des espaces sociaux localisés », *Sociologie*, vol.5, n°4, pp. 423-439. Disponible à : <https://www.cairn.info/revue-sociologie-2014-4-page-423.htm> (accédé : 01/09/2022).
- Lambert, Anne (2015). « *Tous propriétaires !* ». *L'envers du décor pavillonnaire*. Paris : Seuil.
- Le Goff, Jacques (2012). *La fin du village, une histoire française*. Paris : Gallimard.
- Lévy, Jacques & Lussault, Michel (2014). « Périphérisation de l'urbain », *EspacesTemps.net*. Disponible à : <http://www.espacestems.net/articles/peripherisation-de-lurbain/> (accédé : 01/09/2022).
- Magri, Susanna (2009). « Le pavillon stigmatisé. Grands ensembles et maisons individuelles dans la sociologie des années 1950 à 1970 », *L'année sociologique*, vol. 58, n°1, pp. 171-202. Disponible à : <https://www.cairn.info/revue-l-annee-sociologique-2008-1-page-171.htm> (accédé : 01/09/2022).
- Mischi, Julian & Renahy, Nicolas (2008). « Pour une sociologie politique des mondes ruraux », *Politix*, n°83, pp. 9-21.

- Mischi, Julian (2013). « Les territoires ruraux, des espaces ouvriers en mutation », *Métropolitiques*. Disponible à : www.metropolitiques.eu/Les-territoires-ruraux-des-espaces.html (accédé : 01/09/2022).
- Mischi, Julian et al. (2013). « Campagnes populaires, campagnes bourgeoises », *Agone*, nº51.
- Puymbroeck, Cyrille & Reynard, Robert (2010). « Répartition géographique des emplois. Les grandes villes concentrent les fonctions intellectuelles, de gestion et de décision », *Insee Première*, nº1278. Disponible à : <https://www.insee.fr/fr/statistiques/1281263> (accédé : 01/09/2022).
- Renahy, Nicolas (2010). *Les gars du coin, enquête sur une jeunesse rurale*. Paris : La Découverte.
- Ripoll, Fabrice & Rivière, Jean (2007). « La ville dense comme seul espace légitime », *Annales de la recherche urbaine*, nº102, pp. 121-130. Disponible à : <http://www.annalesdelarechercheurbaine.fr/la-ville-dense-comme-seul-espace-legitime-analyse-a540.html> (accédé : 01/09/2022).
- Todd, Emmanuel & Lebras, Hervé (2013). *Le mystère français*. Paris : Seuil.

PAISAJES ETNOGRÁFICOS

Coordinador: Javier Pérez Gil

5.

EL PAISAJE URBANO HISTÓRICO Y LA CONSERVACIÓN DE LA ARQUITECTURA VERNÁCULA EN LOS CONJUNTOS HISTÓRICOS Y ETNOLÓGICOS

Javier PÉREZ GIL

Universidad de Valladolid (Instituto Universitario de Urbanística)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-8803-9847>

javier.perez.gil@uva.es

Paisaje urbano histórico y arquitectura vernácula

Como consecuencia de la visión cada vez más sistémica, compleja e integrada de nuestro patrimonio cultural, en las últimas décadas han venido formulándose propuestas y nociones como la de paisaje urbano histórico. Esta propone una aproximación global para la identificación, conservación y gestión de los bienes del Patrimonio Mundial situados en entornos urbanos, integrando lo material e inmaterial, lo natural y lo cultural (Lalana Soto, 2011). Frente a los antiguos paradigmas conservadores monumentalistas y estáticos, con este nuevo enfoque se pretende aplicar una visión integrada sobre un campo que se sabe complejo y dinámico, y donde la comunidad tiene un protagonismo decisivo. Se trata, pues, de una nueva forma de entender y operar sobre el patrimonio urbano que sintoniza además con otras políticas actuales, como los Objetivos de Desarrollo Sostenible (González-Varas Ibáñez, 2021).

Si bien el concepto de paisaje urbano histórico hay que entenderlo en el contexto del Patrimonio Mundial y su aplicabilidad como herramienta diferiría en función de las características y problemática de cada caso (Lalana Soto & Pérez Gil, 2018), la arquitectura vernácula juega aquí un papel importante. En muchos casos, esta arquitectura constituye el armazón del propio paisaje urbano: la vivienda de parte de la comunidad (con todo lo que ello implica) y la articuladora de su imagen de conjunto. Sin embargo, si queremos abordar la arquitectura vernácula —su interpretación, conservación y gestión— en coherencia con los conceptos actuales, habría primero que plantearse o aclarar algunas cuestiones que afectan a su propia conceptualización.

La conceptualización de la arquitectura vernácula

A pesar de esa importancia cuantitativa y cualitativa y de toda la literatura sobre ella, la arquitectura vernácula no solo se encuentra relegada en muchas normativas actuales, sino —como veremos— incluso proscrita en

determinados casos. La raíz de este problema es genética: su deficiente conceptualización.

En efecto, el entendimiento de esta arquitectura habitualmente se sigue realizando —como desde hace más de un siglo— desde enfoques materialistas y no culturales. Los supuestos axiomas que la identifican están supeditados a los medios de los que se valen las personas en su construcción, y no a las personas mismas o a sus fines. Y hablo de supuestos axiomas porque algunos de esos principios —como la atemporalidad o el anonimato— no son ciertos (Pérez Gil, 2016). Es más, este punto de vista institucionalizado se muestra incapaz de ofrecer definiciones esenciales, aquellas que, en términos aristotélicos, incluyen el género o clase de realidades a la que pertenece y las diferencias específicas dentro de ese género. En su lugar, lo común es sustituirlas por definiciones descriptivas (por aproximación, a través de dichos axiomas y otras características) o negativas (como contrario a otra cosa: la arquitectura “culta”).

Con un punto de vista totalmente diferente, algunos investigadores —cada vez más— venimos propugnando una lectura cultural, antropológica o humanística para la arquitectura vernácula. De partida, esta visión pone en entredicho la validez del propio concepto de arquitectura vernácula, pues cabría entender toda la arquitectura como una única parcela de expresión cultural. Entendida como arquitectura, personalmente la defino como el conjunto de obras construidas o arquitectónicas que significan los valores culturales —materiales e inmateriales— específicos y genuinos de una determinada comunidad a lo largo del tiempo. Y, si hablamos de patrimonio, habría que sumar el proceso crítico a través del cual la comunidad reconoce dichos valores en los atributos.

Según este enfoque, lo importante es reconocer la naturaleza cultural del bien en tanto que producto de una comunidad determinada. La materialidad está implícita en el análisis; por supuesto, también a nivel constructivo o arquitectónico en cualquiera de sus dimensiones. Pero esa materialidad se entiende como sedimentación cultural de la comunidad. Es la comunidad el fin específico de su interés arquitectónico o patrimonial, no tanto el resultado material o los medios, sobre los que no se establece ningún determinismo previo.

Para reconocer correctamente las diferentes expresiones de un universo tan amplio, me refiero a dos tipos de arquitectura vernácula: histórica y actual. El primero concierne a obras que poseen valores vernáculos de naturaleza histórica, pertenecientes a periodos o contextos culturales del pasado de esa comunidad. El segundo verificaría valores culturales vivos de una comunidad que construye, mantiene o utiliza esa arquitectura. Hablo de obras que siguen desarrollando su función —primaria o adaptada— y

que se elaboran, conciben o mantienen de acuerdo con la tradición de la construcción preindustrial o su evolución contemporánea. Así pues, no se hace objeción al empleo de materiales industriales, en tanto que medios legítimos y auténticos de la expresión de la cultura contemporánea.

Aunque no voy a desarrollar ahora los fundamentos teóricos y metodológicos de mi posición (Pérez Gil, 2016, 2018), extraeré por su pertinencia varios principios o conclusiones, tal vez axiomas propios que pueden enfrentarse a los institucionalizados. El primero es que la arquitectura vernácula no es —como a veces se dice— expresión de un territorio, sino de una comunidad. Son las personas las que crean y se adaptan, no los territorios. Cuando se habla de la integración de la arquitectura vernácula en el paisaje se confunde el efecto con la causa. No es que esas obras se mimeticen con el lugar por surgir de allí. Se mimetizan porque los habitantes emplean los recursos más accesibles: los del propio lugar.

El segundo principio, si se me permite parafrasear el primero de la Termodinámica, es que la cultura ni se crea ni se destruye, solo se transforma. Tradición (del latín *tradere*: entregar) significa precisamente eso: dinamismo continuo, aunque a veces sea de manera imperceptible. Las comunidades están predispuestas y obligadas a una adaptación incesante a los nuevos contextos. Obviamente, cuanto menos dependan de circunstancias exógenas más peso tendrá la variable endógena. Serán entonces obras con unos valores vernáculos más diferenciables. Pero incluso a pesar de los actuales procesos globalizadores y hasta en aquellas arquitecturas en las que sus habitantes no han participado ni en su diseño ni en su construcción, acaba irrumpiendo la expresión cultural particular. El ilustrado abate Pluche (1755: 1-2) ya advertía en el siglo XVIII que “aunque nos valgamos del socorro del arquitecto y nos ayudemos del albañil para reedificar una casa o mejorar un cuarto, será muy prudente presidir a todo (...) todos los días se nos ofrece la ocasión de ejercerla”. Y esa misma idea impulsó la arquitectura *vernácula* de Hassan Fathy, que intentó armonizar la trinidad propietario-arquitecto-artesano en su Nuevo Gourn¹.

En tercer lugar, y al hilo de este razonamiento, como última conclusión de interés para los conjuntos diré que no es cierto que la arquitectura vernácula esté en peligro de extinción. Al menos hasta cierto punto. Ese destino apocalíptico lleva presagiándose desde hace más de un siglo y es una preocupación constante en casi todos los documentos y normativas

1 “Hubo una época en la que, cuando una persona quería construir una casa, comenzaba uno de los procesos de toma de decisiones más complejos y largos de su vida. Desde la primera discusión familiar sobre las primeras ideas hasta el día en el que el último albañil abandonaba la casa ya terminada, el propietario trabajaba con los constructores y era responsable del resultado final. Es posible que no trabajara con sus manos, pero sugería, insistía, rechazaba y mantenía un diálogo constante” (Fathy, 2021: 62).

(ICOMOS, 1999). Efectivamente, es cierto que en los últimos tiempos “se han alterado radicalmente las pautas de regeneración de estos modelos” (Benito, 2003: 726), pero eso no significa que la arquitectura vernácula desaparezca. Lo que está en peligro de extinción es la arquitectura vernácula histórica pues, efectivamente, su tiempo histórico ya está extinguido. Pero esas comunidades no han pasado a ser entes abstractos y aculturales. En realidad, siguen plasmando su cultura en —y a través de— la arquitectura (vernácula actual).

Arquitectura vernácula: escala de conjunto y vulnerabilidad

Una de las grandes virtudes de la arquitectura vernácula —tanto de la histórica como de la actual— es su capacidad de constituir conjuntos o de servir de aglutinante para los mismos. Carlos Flores (1973: 64) llegó a afirmar que, así como la arquitectura culta podría decirse que es una arquitectura de obras singulares, la popular es “una arquitectura fundamentalmente de conjuntos”. Esta capacidad es consecuencia de la pequeña escala de sus construcciones y de la uniformidad de su aspecto (fruto de una comunidad socialmente homogénea o con similares programas arquitectónicos, estética y medios), uniformidad sin embargo no exenta de variedad. Como advertía Torres Balbás (1934: 156), “cada cual edificaba atendiendo principalmente a sus necesidades y a sus gustos personales, con los materiales del país, no resultando nunca dos casas completamente iguales: todas tenían su personalidad, su alma”. Y ese resultado, además, puede verse exaltado cuando el conjunto se asienta sobre topografías accidentadas (Figura 1).

Como tales conjuntos y en términos patrimoniales, podríamos distinguir entre los denominados *conjuntos históricos* y los *conjuntos etnológicos*. Como dije antes para la arquitectura, personalmente no comparto esta clasificación, por entender que existe una única realidad en términos culturales y, además, más compleja e integral de lo que sus adjetivaciones dejan entrever. No obstante, me referiré a ellos por estar recogidos en la legislación y su utilidad para diferenciar dos grados distintos de participación de la arquitectura vernácula².

Esa identificación de los conjuntos históricos y etnológicos arranca de la acepción “histórica” otorgada el pasado siglo a los núcleos habitados y que justificaba la creación de “una especie de reserva para conservar una forma de sociedad condenada a desaparecer” (Pérez Eguíluz, 2021: 46),

2 Tal diferenciación, no obstante, sigue enmarañada en muchos casos. Así, en la actual comunidad autónoma de Castilla y León, mientras que la localidad de La Alberca figura como “conjunto histórico” en virtud de su temprana y *pintoresca* declaración en 1940 (previa a la creación de la propia comunidad autónoma), el barrio de bodegas de Baltanás aparece como “conjunto etnológico” (2015), según la Ley 12/2002, de 11 de julio, de Patrimonio Cultural de Castilla y León.

interpretación más tarde superada por el concepto historial de “patrimonio urbano” de Giovannoni. En su *Vecchie città ed edilizia nuova* Giovannoni (1931: 211-219) reivindicó las arquitecturas menores —entre las que estaban las vernáculas— como generadoras del ambiente de las mayores o monumentales, estableciéndose una solidaridad inextricable entre ambas. Decía que el aspecto típico de las villas o pueblos y su valor artístico e histórico esencial residía a menudo en la expresión colectiva ofrecida por el plan topográfico, por las disposiciones de los edificios y la vida arquitectónica que se expresa en las obras *menores*.



Figura 1. Trabazos (Cabrera Baja, León, España). Caserío adaptado y mimetizado con el medio. Fuente: fotografía del autor.

En 1972, UNESCO consolidó internacionalmente el concepto de conjunto al identificarlo como una de las tres categorías del Patrimonio Cultural y sucesivos documentos como la *Recomendación de Nairobi* (1976) acomodaron definitivamente el papel de la arquitectura vernácula al puntualizar la expresión “conjunto histórico o tradicional”. Hasta llegar a enfoques más recientes, como el de la *Recomendación sobre el Paisaje Urbano Histórico*, que “trasciende la noción de ‘conjunto’ o ‘centro histórico’ para abarcar el contexto urbano general y su entorno geográfico” (UNESCO, 2011: 8). Esta noción respondería mejor al concepto integrado de patrimonio y arquitectura que defendía a la hora de conceptualizar la vernácula.

Sin embargo, incluso cuando se trata de conjuntos, la arquitectura vernácula es sumamente vulnerable. Esa vulnerabilidad parte de su deficiente conceptualización, o de su conceptualización en términos con difícil encaje en los paradigmas actuales. El desorden epistemológico se hace evidente en el mismo momento en el que nos aproximamos a los textos normativos. En un contexto legislativo como el español es frecuente encontrarse con nociones y categorías diferentes para referirse a un mismo tipo de bienes (patrimonio etnológico, etnográfico, popular, tradicional...). Además, su concepto de tradición suele asociarse a costumbres tradicionales o formas de vida “del pasado”³, lo que viene a significar la exclusión del vernáculo actual con materiales industriales. Esta negación tácita se convierte en expresa en los instrumentos urbanísticos y de protección, regidos por inventarios y criterios formalistas y acríticos. Sobrevuelan entonces unos planteamientos generalizadores y extraculturales a los que tampoco son ajenos las recomendaciones patrimoniales específicas.

En el caso de los denominados conjuntos históricos o de las localidades con presencia importante de monumentos históricos la tónica habitual consiste en relegar el valor de lo vernáculo (Figura 2). La atención institucional recibida por sus bienes suele ser inversamente proporcional a la presencia y número de monumentos en esa localidad. Y es entonces, como afirma Juan Agudo Torrico (2007), cuando el patrimonio etnológico se convierte, más que en un patrimonio “modesto”, en un patrimonio “molesto”. Esas construcciones a menudo desaparecen ante la incuria institucional o son sustituidas por representaciones más acordes a los modelos formales establecidos. Y tal tendencia se acentúa, por supuesto, cuando hablamos de las expresiones menos ortodoxas del vernáculo actual.



Figura 2. Conjunto palacial (izquierda) y casas populares (derecha) en el barrio de San Pelayo de Grajal de Campos (León, España). Frente a la conservación de los elementos monumentales, se aprecia el abandono y desaparición de las obras humildes, sin las cuales no puede entenderse el propio sistema de este conjunto histórico. Fuente: fotografías del autor.

3 Ley 12/2002, de 11 de julio, de Patrimonio Cultural de Castilla y León, art. 62.

En los *conjuntos etnológicos* la situación no es mejor. Es más, paradójicamente su vulnerabilidad puede ser mayor si su conservación se lleva a cabo por medio de criterios formales y tipológicos inspirados en el vernáculo histórico; en la última versión del vernáculo histórico. Se impide entonces la continuidad de la tradición como proceso dinámico y con frecuencia se desatienden sus valores inmateriales.

La deficiente conceptualización de la arquitectura vernácula deviene, pues, en la disfuncionalidad de las herramientas supuestamente destinadas a su salvaguardia. Se genera así un estado de indefensión que favorece su fosilización —concepto contrario al de “tradición”—, escenografía —negación de la *utilitas* arquitectónica— y pérdida de autenticidad, ya que los atributos dejan de transportar significados o valores (Figura 3).



Figura 3. La Alberca (Salamanca, España). El mantenimiento de la imagen del vernáculo histórico corre el peligro de reducir la autenticidad al pintoresquismo.

Fuente: fotografía del autor.

Conservación. Hacia un vernáculo más inclusivo y cultural

Como cuestión cultural, el ámbito primero de la metodología de intervención de la arquitectura vernácula es intelectual. La teoría debe preceder siempre a la práctica, porque no se pueden salvaguardar unos valores que previamente no se han identificado. Cuando no es así, nos

encontramos con un panorama confuso; en ocasiones contradictorio para el vernáculo *histórico* y siempre hostil para el *actual* con materiales industriales.

Por una parte, aunque la arquitectura vernácula a menudo es identificada en términos monumentales, paradójicamente se acostumbra a tratarla con relativa flexibilidad hacia la conservación matérica (Pérez Gil, 2020). Así, la *Carta del Patrimonio vernáculo construido* (ICOMOS, 1999: 3-4) aconseja restaurar con sistemas tradicionales de construcción, promoviéndose los oficios, materiales y técnicas de cada lugar.

Por otra parte, dicha carta indica igualmente que la sustitución de partes o elementos por otros de uso contemporáneo debe llevarse a cabo “mediante la introducción de técnicas y materiales que mantengan un equilibrio de expresión, apariencia, textura y forma con la estructura original”. Nos encontramos entonces, pues, ante una política de intervención apriorística, generalista y estrictamente formalista que no solo ignora los valores específicos de cada bien particular, sino que supone de *facto* la negación de las expresiones de la cultura vernácula con materiales industriales, es decir, con los medios habituales y genuinos de buena parte de nuestras sociedades occidentales desde el siglo pasado (Figura 4).



Figura 4. Arenillas de Villadiego (Burgos, España). Construcción popular con diferentes aparejos. Distintos materiales (preindustriales e industriales); misma idea arquitectónica, mismo procedimiento constructivo, similares planteamientos culturales. Fuente: fotografía del autor.

Pienso que habría que valorar los diferentes modos de intervención en función de cada bien y, de partida, según el tipo al que pertenezca: arquitectura vernácula histórica o actual. Así, los bienes pertenecientes a periodos culturalmente ya extinguidos deberían tratarse como bienes históricos. Se debería favorecer la conservación de esos atributos materiales por medio de una horquilla de intervenciones que iría desde la conservación matérica (probablemente aconsejable para materiales duros o ciertas expresiones personales o decorativas) hasta las labores de mantenimiento con materiales y técnicas tradicionales. Este último procedimiento, que es el más generalizado, resulta —efectivamente— muy adecuado por residir precisamente en los medios uno de los principales valores de esas obras. Y, además, por la condición efímera de algunos materiales, que precisan renovaciones periódicas.

En el caso de la arquitectura vernácula actual, la intervención debería oscilar sin embargo entre el mantenimiento tradicional —con independencia del tipo de materiales, también los industriales— y la flexibilidad necesaria para dejar espacio a lo que Caniggia & Maffei (1995: 24-25) llamaron “conciencia espontánea”. Aunque eso no significa en ningún caso que se deba renunciar a cualquier tipo de control.

En absoluto. Al igual que en nuestras sociedades democráticas, de las que emana nuestra visión patrimonial, debemos proveernos de unos marcos que garanticen el desarrollo sin menoscabar la salvaguardia de los valores precedentes. De partida, debería mantenerse el plano original de las edificaciones —poco propensas, por otra parte, a transmutarse— y su relación con los espacios públicos. En contextos como el de la despoblada España de interior, los vacíos generados por los abandonos y ruinas deberían tratarse de alguna manera a fin de mantener la continuidad construida de las parcelas por medio de cierres o reintegraciones. Se conseguiría así dignificar unas ausencias que además de pérdida de integridad del tejido urbano son un recordatorio cotidiano de desánimo y desidia (Figura 5).

Asimismo, en términos generales, el carácter del conjunto debería respetarse limitando las alturas, volúmenes y características de las técnicas y materiales, tal y como habitualmente hacen los distintos instrumentos urbanísticos y de protección. Ahora bien, sin impedir taxativamente —como igualmente hacen— las novedades ni aquellas intervenciones que, por sus soluciones o medios, no sigan las pautas formales del vernáculo histórico. Aquí, esos instrumentos tendrían que superar los criterios formalistas para incorporar análisis críticos con una visión netamente cultural y antropológica.

Dar libertad a la arquitectura vernácula significa más bien no anquilosar la tradición, seguir permitiendo la expresión cultural de las comunidades y no descartar las nuevas expresiones de lo local. Solo así podrá evitarse la

flagrante contradicción entre la creciente importancia otorgada al patrimonio cultural inmaterial y al derecho de las comunidades a decidir sobre su propia cultura, y la imposibilidad fáctica de ver esta última desarrollarse autónomamente (Pérez Gil, 2022). Solo los individuos de la propia comunidad pueden desarrollar esa “conciencia espontánea”, porque son ellos los únicos capaces de plasmar su cultura en la arquitectura. Y, en función de esa libertad y del sentido dinámico de la tradición como proceso, no debiera negárseles el empleo de medios modernos si son ya parte de su propia realidad cultural.



Figura 5. Solar vacío intervenido por los artistas Cveto Marsiç y Paula Merino en Grajal de Campos (León, España). Fuente: fotografía del autor.

El reto, así en la arquitectura como en los conjuntos, está en establecer esos límites aceptables de cambio. Gustavo Giovannoni (1931: 12-15) se refirió a ellos cuando proponía seguir manteniendo vivos los centros históricos, en contra de los partidarios de museificar el tejido antiguo, “aislado de la vida contemporánea y embalsamado con fines históricos, estéticos y turísticos”. Hoy ese mismo peligro sigue activo para los conjuntos de la arquitectura vernácula. Los últimos documentos internacionales, como los Principios de La Valeta (ICOMOS, 2011) apuntan cada vez más a la participación activa y a los “valores inmateriales, como la continuidad en el tiempo y la identidad”, siempre con la vocación de “salvaguardar los valores de las poblaciones históricas y de sus entornos territoriales, así como su integración en la

vida social, cultural y económica propia de nuestro tiempo” (Figura 6). Nos encontramos así en una nueva etapa de conservación de los centros históricos, holística e incluyente, que ha dejado atrás los modelos culturalistas y socio-económicos (González-Varas Ibáñez, 2016: 21-62). Y en esta nueva etapa, a la que nos aproxima la noción de paisaje urbano histórico (ICOMOS 2011: 2), debe asumirse —con responsabilidad pero sin prejuicios— la naturaleza dinámica de los conjuntos históricos y etnológicos⁴.



Figura 6: Rubielos de Mora (Teruel, España), dimensión social del espacio público. El paisaje urbano no se entendería sin la participación de la comunidad que lo modela, conforma y vive. Fuente: fotografía del autor.

4 En diciembre de 2020 elevé al Anteproyecto de Ley de Patrimonio Cultural de la comunidad autónoma de Castilla y León varias enmiendas relativas al reconocimiento e intervención sobre la arquitectura vernácula. Entre ellas, “que sean reconocidas de manera explícita dentro del patrimonio etnológico las manifestaciones de la cultura vernácula actual, manifestaciones que pueden materializarse por medio de materiales y medios preindustriales o industriales, propios de la contemporaneidad”.

Referencias bibliográficas

- Agudo Torrico, Juan (2007). "Arquitectura tradicional. Mercado y discursos identitarios", en Aranda Bernal, Ana María; Ollero Lobato, Francisco; Quiles García, Fernando & Rodríguez-Varo Roales, Rafael -eds.-, *Arquitectura vernácula en el mundo ibérico. Actas del congreso internacional sobre arquitectura vernácula*, pp. 37-52. Universidad Pablo de Olavide. Handle: <http://hdl.handle.net/10433/6250>
- Benito, Félix (2003). *La arquitectura tradicional de Castilla y León* (tomo I). Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Caniggia, Gianfranco & Maffei, Gian Luigi (1995). *Tipología de la edificación. Estructura del espacio antrópico*. Madrid: Celeste.
- Fathy, Hassan (2021). *Arquitectura para los pobres. Un experimento en el Egipto rural*. Madrid: Ediciones Asimétricas.
- Flores, Carlos (1973). *Arquitectura popular española* (tomo I). Madrid: Aguilar.
- Giovannoni, Gustavo (1931). *Vecchie città ed edilizia nuova* (Edición de Françoise Choay, 1998: *L'urbanisme face aux villes anciennes*. París: Éditions du Seuil).
- González-Varas Ibáñez, Ignacio (2016). *Ciudad, paisaje y territorio. Conceptos, métodos y experiencias*. Madrid: Munilla-Lería.
- González-Varas, Ignacio (2021). "Buenas prácticas: concepto, sentido y aplicación para la valoración y gestión de sistemas patrimoniales complejos", *Revista PH*, nº104, pp. 28-57. DOI: <https://doi.org/10.33349/2021.104.5009>
- ICOMOS (1999). *Carta del Patrimonio vernáculo construido*. México. Disponible en: https://www.icomos.org/images/DOCUMENTS/Charters/vernacular_sp.pdf (acceso: 21/03/2015).
- ICOMOS (2011). *Principios de La Valeta para la salvaguardia y gestión de las poblaciones y áreas urbanas*. La Valeta. Disponible en: <http://www.icomos.org/charters/CIVVIH%20Principios%20de%20La%20Valeta.pdf> (acceso: 02/02/2017).
- Lalana Soto, José Luis (2011). "El Paisaje Urbano Histórico: modas, paradigmas y olvidos", *Ciudades*, nº14, pp. 15-38. DOI: <https://doi.org/10.24197/ciudades.14.2011.15-38>
- Lalana Soto, José Luis & Pérez Gil, Javier (2018). "El concepto de paisaje urbano histórico como herramienta de aproximación al patrimonio urbano", en Campos Sánchez-Bordona, María Dolores & Pérez Gil, Javier -coords.-, *El*

conjunto histórico de Grajal de Campos, pp. 49-88. León: Universidad de León.

Pérez Eguíluz, Víctor (2021). *¿Patrimonio o ciudad? Limitaciones de los instrumentos de intervención urbanística en los Conjuntos Históricos de Castilla y León*. Valladolid: Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid. Handle: <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/48687>

Pérez Gil, Javier (2016). *¿Qué es la Arquitectura vernácula? Historia y concepto de un patrimonio cultural específico*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

Pérez Gil, Javier (2018). "Un marco teórico y metodológico para la arquitectura vernácula", *Ciudades*, nº21, pp. 1-28. DOI: <https://doi.org/10.24197/ciudades.21.2018.01-28>

Pérez Gil, Javier (2020). "La cuestión de la conservación de la materia en la arquitectura vernácula: teoría, autenticidad y contradicciones", *Conservar Patrimonio*, vol. 35, pp. 116-130. DOI: <https://doi.org/10.14568/cp2019021>

Pérez Gil, Javier (2022). "Built Ethnological Heritage: from democratization to democracy", *Arte, Individuo y Sociedad*, vol. 34, nº2, pp. 479-519. DOI: <https://doi.org/10.5209/aris.74451>

Pluche, Noël Antoine (1755). *Espectáculo de la naturaleza o conversaciones acerca de las particularidades de la Historia Natural* (tomo VII). Madrid: Gabriel Ramírez.

Torres Balbás, Leopoldo (1934). "La vivienda popular en España", en Carreras y Candi, Francisco -ed.-, *Folklore y costumbres de España* (tomo III), pp. 1-164. Madrid: Alberto Martín.

UNESCO (1972). *Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural*. Disponible en: <https://whc.unesco.org/archive/convention-es.pdf> (acceso: 21/03/2020).

UNESCO (1976). *Recomendación relativa a la Salvaguardia de los Conjuntos Históricos o Tradicionales y su Función en la Vida Contemporánea*. Disponible en: http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13133&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html (acceso: 21/03/2020).

UNESCO (2011). *Recommendation on the Historic Urban Landscape*. Disponible en: http://portal.unesco.org/en/ev.php-URL_ID=48857%26URL_DO=DO_TOPIC%26URL_SECTION=201.html (acceso: 21/03/2020).

6. PAISAJES VACIADOS: DESAFÍOS DE LA ARQUITECTURA VERNÁCULA DESDE LA COMARCA DE ALISTE

Arsenio DACOSTA

Universidad de Salamanca (Área de Antropología Social)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-3069-028X>

adacosta@usal.es

José DELGADO ÁLVAREZ

UNED (Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-4729-3678>

jdelgado@zamora.uned.es

Introducción

En este trabajo se reflexiona sobre la arquitectura vernácula como elemento central del paisaje rural. Aunque por oportunidad nos centraremos en la comarca de Aliste (Zamora), creemos que lo expuesto es extensible a muchos territorios de España y Portugal. Más allá del retraso en la industrialización agraria, el paisaje rural ibérico se ha conservado gracias a un vaciamiento humano progresivo y a una red de poblamiento articulada sobre núcleos de economía agraria y pequeño tamaño. En relación a lo primero, el declive poblacional iniciado en el siglo XIX (Blanco Rodríguez, 2011) continúa en Zamora hasta el punto de que esta provincia tiene tasas de despoblación, envejecimiento y emigración juvenil de entre las más altas de Europa (Fernández Álvarez, 2020). En cuanto a lo segundo, aunque la red de poblamiento sea antigua, se ha visto debilitada por el fenómeno anterior, por la falta de reposición demográfica, por la limitación de oportunidades para los jóvenes, y por la precariedad de servicios entre otros factores (Barrio Aliste, 2009). En Zamora, territorio de la denominada “España Vacía” o “Vaciada” (Molino, 2021), se producen distintos “estrangulamientos” y, dentro de ella, el caso de Aliste es paradigmático (López Trigal, 1994: 345 y ss.)¹.

Sobre este desalentador contexto buscamos identificar algunos desafíos que plantea la conservación de la arquitectura vernácula. Como se habrá

¹ Con 1.182,58 km² de superficie, Aliste presenta un censo muy exiguo: tan solo 7.051 personas en 2021. Solo el municipio de Alcañices tiene una población ligeramente superior a los 1.000 habitantes. Datos tomados del Padrón Municipal (Instituto Nacional de Estadística) y del Nomenclátor Geográfico de Municipios y Entidades de Población (Instituto Geográfico Nacional).

deducido, el principal problema es el déficit de recursos humanos, factor limitante en todos los ámbitos. El desequilibrio territorial entre los espacios urbanos y los rurales relega a estos a ser fuente de materias primas y energía (instalaciones de ganadería industrial, proyectos extractivos mineros, infraestructuras de producción energética, etc.), aunque existan alternativas factibles a esta relación desigual (Mancha Cáceres & Ramírez García, 2018). Dentro de esta lógica, el vaciamiento demográfico del mundo rural parece un factor necesario en la reproducción de la aludida desigualdad territorial (Taibo, 2021).

En este paisaje débil demográficamente y subsidiario económicamente, ¿qué sentido tiene la arquitectura vernácula? Abordaremos la cuestión analizando lo que llamaremos, por un lado, desafíos intrínsecos y, por otro, desafíos conceptuales. Los primeros identifican la desconexión entre la arquitectura vernácula y las prácticas y sentidos constructivos del presente; los segundos, los problemas que emanan de las políticas de conservación del patrimonio en el territorio.

Desafíos intrínsecos

Arquitecturas sin función

El primer aspecto a abordar es el de la función de la arquitectura vernácula en los pueblos y espacios agrarios. En el caso de los núcleos de población está presente tanto en la construcción como en el urbanismo. Para ejemplificarlo solo aludiremos a este último aspecto.

Los pueblos de la comarca de Aliste, aún definidos por un trazado tradicional, se han venido sometiendo a nuevos patrones de hábitat y servicios urbanos. Se aprecia en la ampliación de calzadas para la circulación de vehículos, la construcción de aceras, la limitación del tránsito de ganado por el casco urbano, la proliferación de papeleras y contendedores de residuos urbanos, la señalización vial, el trazado de redes de saneamiento y servicios, etc. Todo ello se ha ido implementando sin planificación y, cuando existe la norma, esta es importada. Estos fenómenos han desdibujado, sin excepción, todas las entidades de Aliste: de 70 núcleos de población solo uno, Flechas, conserva su trazado tradicional posiblemente por su aislamiento y escasas dimensiones.

Si nos trasladamos al paisaje agrario, la arquitectura vernácula se ha mantenido aparentemente mejor, pero también ha perdido su función. Un ejemplo paradigmático es el de la molinería (molinos harineros, tenerías, batanes, etc.), antaño pieza clave en la organización socioeconómica del territorio. Esta pérdida de función afecta a toda construcción orientada a la



Figura 1. Asedio urbanístico a la construcción vernácula (Trabazos). Fuente: Fotografía de C. Hernández.

producción, tales como lagares, cigüeñales, pozos, potros de herrar, chozos, casetas de era y una amplia variedad de construcciones destinadas a la cría de animales (palomares) y custodia de ganado (corralas y parideras). De esta amplia tipología apenas conservan su función original aquellas construcciones que se han resignificado como espacios culturales. Es el caso de “La Llagar”, almazara y horno de Latedo, o la “Casa Lagar”, alquitara de Moldones. En una lógica semejante, aunque sin conservar su uso original, cabe citar las recientes iniciativas de puesta en valor de los hornos de cerámica de Moveros o de las corralas de Tozalfreno, en Riofrío de Aliste.

Otro de los elementos distintivos de la arquitectura tradicional de Aliste, por extensión y variedad, son los cercados de piedra seca. A diferencia de los casos anteriores, conservan funciones como la delimitación y escalamiento de los espacios productivos, ejemplo de los huertos y llameras (prados inundables) (Dacosta, 2020). En este caso hay tres factores que pueden explicar su persistencia. En primer lugar, la enorme dimensión del fenómeno. En segundo, que, más allá de la desidia y la erosión, las grandes acciones destructoras de estas construcciones son los planes de concentración parcelaria, aún sin generalizar en la comarca. Finalmente, el hecho de que buena parte de esos cercados delimiten terrenos implica su identificación con el sentido de propiedad. Sin embargo, las funciones materiales y simbólicas de los cercados van perdiendo significado en un territorio despoblado y donde el valor de la tierra es cada vez menor.



Figura 2. Urbanización del entorno del Molino de la Ribera (Alcorcillo). Fuente: Fotografía de A. Dacosta.

Sin programa no hay sentido

Otro desafío para la arquitectura vernácula es el cambio de programa. No insistiremos demasiado en este aspecto al haber sido tratado ya para Castilla y León (Benito, 1998; Pérez Gil, 2016). En nuestro caso, los cambios en la arquitectura doméstica son los más significativos, hasta el punto de no existir identificación entre las construcciones tradicionales y las nuevas (Báez Mezquita & Esteban Ramírez, 2000; Dacosta, 2010). Sin entrar en aspectos sustantivos como la definición interior de la arquitectura doméstica (Pérez Gil, 2016: 161), solo pondremos un ejemplo, el de los acabados exteriores. La aplicación de nuevas técnicas y materiales son un factor significativo, pero no el único. La normativa urbanística, la planificación técnica de la construcción o la emulación de modelos estéticos foráneos determinan la despersonalización de cada vivienda y, lo que es peor, del conjunto urbanístico. Ilustraremos la cuestión con un contraejemplo circunstancia habitual en los proyectos de rehabilitación: el descarnamiento de los muros. En la arquitectura vernácula de Aliste, particularmente ante muros de adobe o mampostería de pizarra, la costumbre era revocarlos con alguna pasta. En los interiores esto permitía limpieza y también en los exteriores, además de acomodar aquí una imagen de la propiedad acorde con las aspiraciones sociales de los propietarios. Esto se aprecia en el labrado de los vanos tradicionales que el cantero preparaba específicamente para acoger el revoco (Dacosta, 2008). ¿Existían paramentos exteriores e interiores sin revocar? Por supuesto, en construcciones no domésticas como corrales, en las secciones de las casas que no estaban

destinadas a ser habitadas, y también en viviendas —e infraviviendas— que ocupaban familias con pocos recursos. Cuando hoy se rehabilita un inmueble, y se deja la piedra vista, no se respeta —aunque se pretenda— el programa de la arquitectura vernácula. El hecho de que la normativa sea inexistente, obsoleta o no se cumpla², no ayuda a hacer coherente la relación entre lo vernáculo y lo rehabilitado. En resumen, sobre la pretendida búsqueda de la “autenticidad” del muro de piedra vista, el programa constructivo de las rehabilitaciones en Aliste nunca ha estado tan lejos del sentido y práctica de la arquitectura doméstica tradicional.



Figura 3. Muros de piedra vista en una rehabilitación en Alcañices. Fuente: Fotografía de C. Hernández.

La desaparición de las técnicas tradicionales

Sin que ello agote el tema, identificaremos un tercer desafío intrínseco: el abandono de técnicas tradicionales. El asunto implica a la función y al programa y, también, a la identidad estética del territorio. Nos referimos, por ejemplo, a cómo caracteriza el granito la construcción en el sureste y noroeste de la comarca (Pino de Oro y Nuez de Aliste en los extremos). De forma similar, las cuarcitas definen la construcción de otras situadas al norte, en el contacto entre Aliste con Tábara y La Carballeda. La pizarra, de gran

² Solo 4 de los 16 municipios de la comarca cuentan con normativa urbanística propia (Pino, Alcañices, Fonfría y Trabazos), y solo en Trabazos está actualizada. Alcañices está en proceso de revisión de sus normas y, aunque llega probablemente muy tarde, entre los responsables políticos de la comarca se está extendiendo la necesidad de dotarse de esta herramienta normativa y de gestión.

calidad, caracteriza la construcción popular de buena parte de Aliste y, de hecho, es uno de sus principales recursos mineros en explotación. En este último caso, se han dado cambios tecnológicos y de proceso en la extracción y producción (aunque la técnica del laminado sigue siendo esencialmente la misma que antaño), y también en el destino del material (generalmente pequeñas losas para cubiertas) orientado en su mayor parte a la exportación. Hoy es impensable en Aliste confeccionar un muro de carga con mampostería de pizarra, rematar un alero con lanchas de este material y, mucho menos, utilizar monolitos de esquisto para sostener una balconada. Para ejecutar todo ello se recurre a ladrillos, prefabricados metálicos, plásticos o de vidrio, u hormigón reforzado. En los trabajos de cantería y de madera asistimos a ejecuciones con materiales y técnicas industriales (semiprefabricados, tratamientos químicos e impermeabilizados).

Más allá de la estética o del uso de materiales locales, la cuestión tiene dos dimensiones culturales que agravan la pervivencia de la arquitectura vernácula: la pérdida de conocimientos tradicionales y la desaparición del artesanado local. En este sentido, la recopilación etnográfica, los estudios comparados o la arqueología contribuyen a documentar un conocimiento que se está perdiendo. Además, cabe identificar una dimensión pragmática que afecta a cualquier proyecto de conservación: si no se conocen estas técnicas ¿cómo podrán ejecutarse las restauraciones futuras? Esto tiene otra dimensión adicional que retroalimenta el declive descrito: la artesanía local es un factor determinante para el impulso socioeconómico de la comarca.

Desafíos conceptuales

Además del contexto y las limitaciones materiales, cabe identificar otros desafíos que denominamos conceptuales porque apelan a las prácticas sociales y, sobre todo, a las políticas —pragmáticas o de identificación— en la comarca de Aliste.

Uno de ellos es el conocimiento superficial de este patrimonio en su dimensión construida e inmaterial. Aunque hay alguna aproximación al fenómeno (Dacosta, 2010), el inventariado actualizado de la arquitectura vernácula se ha comenzado en 2021. El promotor de este proyecto es una asociación no formalizada —“Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste”³— nacida en agosto de 2020. Ante la omisión de esta arquitectura en los catálogos de protección urbanística, este grupo ha promovido un trabajo de levantamiento más significativo que sistemático⁴.

3 <https://www.facebook.com/defensaarquitecturaaliste/> (acceso: 01/09/2022).

4 A finales de 2021 se ha terminado la primera fase en la zona oriental de la comarca, con 300 elementos y conjuntos inventariados (Strato, 2021).

Esto supone un paso necesario para la conservación de los bienes y la pérdida progresiva de informantes. A estos trabajos deberán sumarse otros de archivo y etnográficos, particularmente sobre técnicas y vocabulario. Este conocimiento será clave para abordar proyectos de conservación y otros problemas que ahora esbozaremos.



Figura 4. Actividad teatral junto a una corrala de Tozalfreno, en Riofrio de Aliste.

Fuente: Fotografía de A. Dacosta.

Uno de ellos lo identificamos en las tensiones que provoca la patrimonialización de la arquitectura vernácula. A todos los agentes implicados (instituciones, tejido productivo y ciudadanía en general) les aqueja el mal del voluntarismo. Las buenas intenciones —en planes, inversiones y proyectos— no siempre suman voluntades y optimizan esfuerzos. Otro factor negativo reside en la dependencia y jerarquización de las instituciones en los planes de conservación del patrimonio. A pesar del espíritu y la letra del marco referencial español —la Ley 16/1985, del Patrimonio Histórico Español—, está profundamente arraigada la idea de que la conservación del patrimonio es una función gubernativa y que exige una alta especialización. La responsabilidad de todo ello recae en el gobierno regional que, a pesar de verse desbordado, también disfruta políticamente del monopolio sobre las decisiones técnicas y financieras en la conservación del patrimonio. Estas políticas han ido evolucionando y ahora incluyen el “patrimonio

etnológico”; el problema es que, en su definición, la arquitectura vernácula queda categorizada bajo aquel patrimonio que, por monumentalidad, estilo y antigüedad, se identifica como culturalmente relevante. En consecuencia, la arquitectura vernácula —que es común, no es monumental, no se ajusta a un estilo y parece ahistórica (Flores, 2008)— queda relegada en la toma de decisiones y en el reparto de fondos para la conservación.

Cierto es que al calor de algunas demandas locales, fondos específicos y modas en el campo de la conservación, autoridades y técnicos han tomado conciencia sobre el “patrimonio etnológico” y, particularmente sobre el “inmaterial”. Esta nueva perspectiva, inspirada por la UNESCO, ha llegado tras tímidos ensayos previos de conservación de la arquitectura vernácula focalizados en aquello que se consideraba original y distintivo, y priorizando la idea de conjunto (Benito, 1998; Sáinz Guerra, 2012).

El nuevo acento puesto sobre el “patrimonio inmaterial” deriva de una definición más inclusiva y transversal del acervo cultural. De ahí que la UNESCO insista en que la promoción del patrimonio debe ser una tarea que emane más de las comunidades que de las instituciones. Así se extiende la idea de paisaje cultural, exitosa en el caso del Alto Douro Vinhateiro (Martínez Arnáiz, Baraja Rodríguez & Molinero Hernando, 2019). Un trasfondo similar promovió la inclusión de los conocimientos y técnicas del arte de construir muros en piedra seca en la Lista del Patrimonio Mundial en 2018, aunque no afectó a Castilla y León (Dacosta & Sánchez Sánchez, 2020). No obstante, al convertirse en objeto de deseo político, la aludida lista ha perdido su efecto transformador.

Este fenómeno tiene que ver más con la organización y valores de nuestra sociedad que con el alcance intrínsecamente evaluable del patrimonio, en nuestro caso la arquitectura vernácula. En una sociedad donde prima el utilitarismo y el valor de mercado, el patrimonio se ha convertido en un objeto y servicio para el consumo. Se ha extendido la idea de que el patrimonio debe ofrecer experiencias culturales significativas, y estas, en los términos expresados, solo las puede materializar un agente identificado con la rentabilidad: el turista (Jiménez de Madariaga & Seño Asencio, 2019). Mal que nos pese, las políticas de conservación del patrimonio en España, en cualquier escala gubernativa, están supeditadas a esta identificación entre patrimonio y turismo. El problema es que esta subsidiariedad implica una desvalorización del sentido cultural que tiene o puede tener el patrimonio. Esta subsidiariedad provoca, paradójicamente, una despatrimonialización del acervo cultural y un desanclaje de las poblaciones con su conservación (Pereiro, 2020).

En una escala local todo esto alimenta la confusión de la ciudadanía y las autoridades locales. Si el turismo en la comarca de Aliste no es significativo

¿qué sentido tiene invertir en la conservación de la arquitectura vernácula? Ciertamente es que muchos ayuntamientos tratan de conservar más por intuición y oportunidad que por planificación y necesidad. En muchas ocasiones entran en juego localismos que valoran lo propio en términos de “singularidad”, “autenticidad” o “antigüedad”, aunque lo percibido no siempre se ajuste a la evidencia (Esparza et al., 2007). En Aliste, hay ejemplos de ello en manifestaciones como la indumentaria y música tradicionales, fiestas religiosas como la Semana Santa u otras profanas como las mascaradas de invierno. En nuestra opinión, los desafíos identificados para la arquitectura vernácula son comunes en la concepción y pragmática de este otro patrimonio rural.

Algunas propuestas desde la intuición y la acción

Sin ánimo de ser exhaustivos, ofreceremos algunas propuestas encaminadas no tanto a revertir los desafíos expuestos como la lógica que los alimenta. La primera propuesta apunta a la aludida concepción y pragmática de la arquitectura vernácula, que debe someterse a la reflexión y toma de decisiones colectivas. La transparencia en estos procesos no solo es debida cuando se implican en ella recursos públicos, sean estos financieros o patrimoniales, sino que fomentaría la corresponsabilidad ciudadana en la conservación del patrimonio. En segundo lugar, debe evitarse poner esta al servicio del potencial desarrollo de una inconcreta oferta turística. En este sentido, no se trata de evitar el cambio o la resignificación cultural del patrimonio rural, por cuanto el cambio es antropológicamente consustancial a la acción social; nuestra reflexión apunta a que la búsqueda de nuevos usos y significados de la arquitectura vernácula debe partir de los actores que realmente habitan el territorio. Finalmente, la conservación del patrimonio rural debe sujetarse a un principio de integridad paisajística y cultural que no puede olvidar la gestión endógena del territorio. Más allá de lo identitario, la conservación del patrimonio solo tendrá sentido si se asume que el patrimonio —y la cultura en general— puede ser un motor de desarrollo social y económico en la escala local.

Referencias bibliográficas

Barrio Aliste, José Manuel del (2009). *Desarrollo y desigualdad territorial en Zamora en los inicios del siglo XXI*. Zamora: Diputación Provincial de Zamora e Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”.

- Báez Mezquita, Juan Manuel & Esteban Ramírez, Ángel Luis (2000). *La casa tradicional en las tierras de Alba y Aliste*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo".
- Benito, Félix (1998). *La arquitectura tradicional de Castilla y León*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio.
- Blanco Rodríguez, Juan Andrés -ed.- (2011). *La emigración castellana y leonesa en el marco de las migraciones españolas*. Zamora: UNED-Zamora.
- Dacosta, Arsenio (2008). "La arquitectura popular y sus autores: estética y dialéctica en la cantería de Nuez de Aliste (Zamora)", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. 63, nº2, pp. 121-142. DOI: <https://doi.org/10.3989/rdtp.2008.v63.i2.59>
- Dacosta, Arsenio (2010). *Una mirada a la tradición. La arquitectura popular en Aliste, Tábara y Alba*. Alcalá de Henares y México: Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Alcalá, Centro de Estudios Cervantinos e Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.
- Dacosta, Arsenio (2020). "Hincados en la tierra: los cercados de las llamas como ejemplo de sostenibilidad de la arquitectura popular", en Fernández Álvarez, Óscar & Díaz Viana, Luis -coords.-, *La discreción del antropólogo, la antropología entre León y Tabarca: homenaje al profesor J. L. González Arpide*, pp. 223-240. León: Universidad de León.
- Dacosta, Arsenio & Sánchez Sánchez, Elvira (2020). "La arquitectura de piedra seca en el occidente de Castilla y León, caracterización y desafíos", *Gazeta de Antropología*, vol. 36, nº1, artículo 07. Disponible en: <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=5319> (acceso: 01/09/2022).
- Esparza, Ángel; González, Flora; Larrazabal, Javier & Prieto, Margarita (2007). *Fuentes abovedadas "romanas" de la provincia de Zamora*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.
- Fernández Álvarez, José (2020). "Cifras de la emigración española en el nuevo siglo", en Fernández Álvarez, Juan Andrés & Dacosta, Arsenio -ed.-, *El asociacionismo español de una emigración diferenciada*, pp. 41-69. Madrid: Marcial Pons.
- Flores, Carlos (2008). "Algunas características invariantes en relación con la arquitectura popular española", *Rincones del Atlántico*, vol. 5, nº1, pp. 362-363.

- Jiménez de Madariaga, Celeste & Seño Asencio, Fermín (2019) “‘Somos de Marca’. Turismo y marca UNESCO en el Patrimonio Cultural Inmaterial”, *PASOS: Revista de turismo y patrimonio cultural*, vol. 17, nº6, pp. 1127-1141. DOI: <https://doi.org/10.25145/j.pasos.2019.17.078>
- López Trigal, Lorenzo -coord.- (1994). *Zamora. Un espacio de frontera*. Zamora: Fundación Hispano Portuguesa “Rei Afonso Henriques”.
- Mancha Cáceres, Olga I. & Ramírez García, Susana (2018). “Nuevos actores e innovaciones sociales para el desarrollo rural: el caso de las zonas periurbanas de Madrid y Guadalajara (España)”, *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 13, nº3, pp. 431-456. DOI: <https://doi.org/10.11156/aibr.v13i3.68558>
- Martínez Arnáiz, Marta; Baraja Rodríguez, Eugenio & Molinero Hernando, Fernando (2019). “Criterios de la UNESCO para la declaración de regiones vitícolas como paisaje cultural: su aplicación al caso español”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, nº80, artículo 2614, pp. 1-33. DOI: <http://dx.doi.org/10.21138/bage.2614>
- Molino, Sergio del (2021). *Contra la España vacía*. Madrid: Alfaguara.
- Pereiro, Xerardo (2020). “Antropología del turismo: ¿para qué? ¿y para quién? Crítica de la razón turística”, *Disparidades*, vol. 75, nº1, artículo e001b. DOI: <https://doi.org/10.3989/dra.2020.001b>
- Pérez Gil, Javier (2016). *¿Qué es la Arquitectura vernácula? Historia y concepto de un Patrimonio Cultural específico*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Sáinz Guerra, José Luis -coord.- (2012). *Edificios y conjuntos de la arquitectura popular en Castilla y León*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.
- Strato (2021). *Inventario, estudio y documentación de la arquitectura tradicional y vernácula en el territorio oriental de la comarca de Aliste*. Informe técnico B2018/007500. Junta de Castilla y León.
- Taibo, Carlos (2021). *Iberia vaciada. Despoblación, decrecimiento, colapso*. Madrid: Catarata.

Rui BRAZ AFONSO

Universidade do Porto (Centro de Estudos de Arquitectura e Urbanismo-FAUP)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-0312-9729>

rba@arq.up.pt

Desde tempos remotos que no eixo Trancoso – Guarda – Covilhã – Fundão e no eixo Figueira de Castelo Rodrigo/Almeida – Guarda – Celorico da Beira – Seia se assistiu à fixação de população. Desde povos Celtíberos até à romanização da península que esta fixação se consolidou, tirando partido de uma envolvente geomorfológica favorável ao povoamento.

As bordaduras montanhosas aconchegando as largas depressões por onde se espraia o Zêzere e o Mondego numa mansidão favorável às culturas, domadas que foram as suas cheias fertilizantes, lançam nos vales uma abundância de águas das serranias que o Homem vem aproveitando, para irrigar culturas, o que mais tarde veio a ser fator determinante na localização de engenhos.

Atravessada a zona pela Via Consular Mérida-Braga e por outras de menor importância geoestratégica, como as que bordejam as faldas da Serra a meia encosta, que ligam os campos mineiros do Porto do Tejo a Valhelhas por Alpedrinha, Alcongosta, Covilhã e Sarzedo, e de Famalicão da Serra ao litoral por Ponte de Palhez, Fagilde ou Bobadela, são as Vias Vicinais, por onde passaram legiões e novas ideias, que muito contribuíram para a abertura ao exterior e que estimularam um desenvolvimento das condições de acumulação, de que algumas presenças são hoje evidentes, e que deixaram marcas edificadas, como é exemplo significativo *Centum Cellas*.

No período de consolidação do povoamento estabeleceu-se uma rede de pequenos centros, em geral localizados em outeiros, que em articulação com as Villas das terras baixas, desempenharam um papel determinante na definição das estruturas territoriais. Ao elemento organizativo romano sobrepôs-se então a cultura árabe que introduziu novas técnicas de exploração dos recursos, aproveitando as boas condições que o território oferecia.

Estabeleceu-se uma cultura rural assente nos produtos tradicionais da terra, do azeite ao vinho, das frutas aos cereais. Com o aperfeiçoamento das técnicas trazidas pela cultura árabe, a fertilidade natural destas terras permitiu e estimulou o aparecimento de florescentes aglomerados urbanos

que definiram a estrutura territorial ainda hoje identificável e deixando memórias toponímicas evidentes.

Esta cultura foi-se consolidando ao longo do tempo e como é hoje aceite, foram as dioceses na gestão dos territórios paroquiais que garantiram a transição da organização territorial que restou das diversas ocupações para tempo de consolidação social e económica dos territórios raianos, como pôs em evidência Fernand Braudel. A linha fronteira Idanha/Guarda e a linha Ciudad Rodrigo/Coria/Plasencia assentes na gestão territorial a partir das respetivas dioceses, foram fortificadas seja do ponto de vista militar seja como territórios em que a acumulação de valores se tornava progressivamente mais estruturada e forte, seja como centros difusores de Cultura.

Com o desenvolvimento das relações de produção foram-se instalando centros produtores de bens e serviços de apoio às pessoas, consolidando alguns aglomerados como centros de atracção populacional, com as suas feiras e mercados, formando uma rede de fixação humana, que manteve o território em exploração, numa forte relação com a paisagem produtiva.

Paisagem produtiva

As condições de vida passam então a depender fortemente das condições de exploração das oportunidades que a paisagem oferece, aumentando a sua apropriação para novas culturas, capazes de serem mais produtivas e assim contribuírem para a melhoria da produtividade do trabalho no campo. Assim também se desenvolvem novas técnicas produtivas na agricultura, que melhoram as espécies e as tornam mais domesticadas para o uso humano.

As formas de ocupação humana estabeleceram fortes laços com a paisagem fortalecendo a relação entre exploração e benefício. A vida organizou-se em torno de processos e técnicas produtivas, que permitiam obter os produtos que a terra possibilitava, criando um sistema de relações de interacção e dependência.

O modo de vida “rural” assumia assim um papel importante na sociedade, e foi-se sedimentando como parte da herança cultural que permitia transmitir os saberes ligados aos modos de uso e de produção dos instrumentos e dos alimentos, às técnicas construtivas e de cultivo, ao uso e à gestão das energias, aos modos de agir e de viver.

O que se pretende afirmar é a importância de pôr em relação a pluralidade das emergências do território como elementos de um todo moldado no tempo, com as características únicas que definem a cultura de um lugar, e da sua relação com a paisagem produtiva de que usufrui esse lugar e que é a chave da sustentação e da resistência da “vida rural”.

Uma construção rural que seja destinada à actividade agrícola, pode ser interpretada ao mesmo tempo como valor construído, como forma tradicional de ocupação do território, elemento formal adequado a um contexto ambiental, mas também como expressão das condições locais da produção agrícola, constituindo-se como forma de interacção entre os diversos domínios de interrelação com a paisagem.

A paisagem representa uma dimensão fundamental no reconhecimento dos valores que exprimem a cultura de uma comunidade, com os quais se identifica, e onde cada elemento é assumido como parte de um processo de interacção que permite que seja percebido como único, resultado de condições específicas, e do qual emergem os valores que permitem a resistência à sua transformação.

O que persiste é sempre o que se regenera, como diz G. Bachelard: a condição de persistência verifica-se através do reconhecimento dos “laços” que ligam o horizonte perceptivo do indivíduo à imagem que aquele processo de interacção lhe consegue transmitir, e às condições de vida ligadas aos produtos da terra e à identificação visual e anímica com a paisagem.

Quando se intensificam as formas de exploração da terra, quando se desenvolvem mecanismos de consumo de massa, quando as “liberalizações” dos regimes ditatoriais da Ibéria, Espanha em 1959 com Franco e os governos “Opus Dei”, e em Portugal com Marcelo Caetano em 1969, apelam a que “há um novo mundo por explorar” e exaltam a “aspiração de modernidade, o mundo rural passa de moda, e as condições de distribuição do rendimento alteram-se profundamente, beneficiando as áreas urbanas em detrimento das áreas rurais, mesmo aqueles centros que se constituíam como entrepostos comerciais, decaem na sua atractividade.

A alteração relativa do custo dos factores de produção, a intensidade de capital na exploração da terra e uma procura muito orientada para “novidades”, fazem com que o campo e a sua tradicional organização de vida e a relação com a paisagem produtiva, sofram um forte desafio que, em quase todos os seus lugares não pode ser respondido, provocando o desânimo e tantas vezes o abandono, para o qual concorreu como motivo, o abandono das administrações na dotação de serviços, da educação à saúde.

Modo de vida

A profunda alteração dos valores sociais e económicos dominantes, a decrescente dotação de serviços, a quebra de rendimento provocada pela dificuldade de competir nas produções agrícolas com as explorações de capital intensivas, e a progressiva perda do sentido de comunidade, acabam por provocar um abandono dos pequenos centros urbanos, que constituíam

uma rede de sustentação da vida humana no território esquecido pela Administração nas suas prioridades.

Em Portugal, desde o século XIX que o interior foi sendo preterido, nos investimentos e nas expectativas, em favor do cordão litoral, onde se foi fixando população oriunda das Beiras e do Alentejo, com destino à zona que tem como centro principal, Lisboa, e de Trás-os-Montes e Douro, com destino à zona do Porto.

É aqui que se pôde fixar o forte crescimento populacional do século XX, gerando fenómenos de sobreocupação das áreas centrais daqueles dois polos urbanos, onde actualmente se concentra quase metade da população residente, sendo que na faixa litoral e numa profundidade de cerca de um quarto da linha média dos paralelos, entre o mar e a fronteira, se fixaram cerca de três quartos da população total, num território equivalente a um quarto da área total de Portugal.

Este fenómeno teve como consequência a progressiva desertificação do interior, que não tem conseguido combater o progressivo abandono dos campos como suporte de vida, agravado nas décadas de 1960 e 1970 pelo intenso surto migratório, provocado pela degradação do rendimento disponível no mundo rural, resultado de alterações das condições de exploração agrícola, nomeadamente a degradação da relação entre preços e salários, aqueles numa espiral de aumento e estes fortemente reprimidos pelo regime ditatorial.

O fenómeno é tão fortemente preocupante quanto a diminuição da população nos centros urbanos do interior, em processo de despovoamento, conduz à diminuição da dotação em bens e serviços, como sucede com o encerramento de farmácias e dos centros de saúde, e também com o encerramento de escolas primárias com menos de dez alunos e, nalguns casos de centros escolares de nível médio, que acabam concentrados em centros escolares de maior dimensão, em centros urbanos de escala sub-regional, com o argumento de que com a diminuição do número de utentes se prejudica a condição de funcionamento, argumento suportado seja pela racionalidade económica, seja pela debilidade da massa crítica resultante daquela diminuição.

Assim se foram esvaziando os pequenos centros urbanos da Raya, acabando como elementos perdidos na paisagem, sem condições de fixação de população, sobretudo sentidas pelos grupos etários mais jovens em busca de melhores vidas, maior acesso aos serviços e ao consumo, melhores expectativas de futuro. Sobram nestes centros menores alguns residentes, resistentes ao abandono da terra onde fizeram vida, e na grande maioria, com ligação à paisagem que lhes fornece alimentos e que com orgulho

consideram ser aquela que construíram com o trabalho de gerações e de longas jornadas de sacrifícios

É impressionante observar como nos quatro distritos/províncias da Raya Seca, na segunda metade do século XX, a população abandonou os centros menores, em busca de centros sub-regionais, sendo mais significativamente sentido este fenómeno na província de Salamanca, onde, para além dos três centros sub-regionais, restam apenas cerca de uma dúzia de centros urbanos com mais de quinhentos habitantes, tendo-se vaciado cerca de cem em cinquenta anos. Mas também os distritos de Castelo Branco e Guarda sentiram este fenómeno, embora de maneira menos importante, tendo vindo a verificar-se uma resistência ao abandono sobretudo nos centros que se localizam na área de influência próxima do eixo Norte-Sul, a que se chama Itinerário Principal 2 (IP2), que corre paralelo ao eixo definido pela Ruta de la Plata.

Realmente a atração pela mobilidade, pela *human capital mobility* tem desempenhado um papel fundamental nas oportunidades de vida e de emprego, por exemplo, na oferta de modernidade, de prosperidade e de esperança no funcionamento do elevador social. E é precisamente este fenómeno que afasta as pessoas do chamado “interior”, terra de desespero, de desgraça, onde não se pode “subir na vida”, pelo baixo rendimento gerado, pela baixa qualificação da mão de obra, pelas fracas condições de vida resultantes do dificultado acesso aos serviços, nomeadamente sociais, e aos bens que representam a “vida moderna” com oferta focada em centros comerciais e *shopping malls* que se encontram localizados nos centros de média dimensão e nas capitais de distrito/província.

Paisagens perdidas: abandono e resistência

A grande consequência destes fenómenos é o abandono dos centros menores. A população vai e não volta. A Região-Plano da Beira Interior, que compreende os distritos de Castelo Branco e Guarda perdeu quase metade da população desde 1960 a hoje, e ainda continua essa tendência, tendo-se verificado uma perda de quase dez por cento no último decénio, sobretudo nas zonas afastadas do eixo IP2, agora A23.

Actualmente a população ocupa-se aqui maioritariamente no sector dos serviços (71%) e da indústria (25%), indústria de grande tradição na Região, restando apenas 4% da população com ocupação agrícola e silvícola remunerada, o que traduz o abandono dos campos enquanto fonte de emprego, e corresponde a uma forte diminuição da fixação do rendimento no território, mais sentida nos centros menores, onde a agricultura passa a ser de subsistência, praticada pelos resistentes ao abandono.

A atenção dada à paisagem ganha então, nestes casos, uma importância fulcral, porque dela depende a produção de subsistência, principalmente no interior dos centros menores e nas suas áreas envolventes, em contraste com o abandono do tratamento da paisagem na sua dimensão extensiva, dado o decréscimo das actividades do sector primário.

Assim podem encontrar-se naquelas Regiões, sítios em processo de abandono que já foram centros de produção agrícola e de fixação de vida humana, e que hoje são residência de população na sua esmagadora maioria idosa, cujos descendentes emigraram, para os grandes centros, para o estrangeiro ou para os centros de importância sub-regional, em busca de melhores condições de vida para si e para a família. E estes residentes resistentes em geral cuidam a paisagem, que por ser produtiva, necessita de uma atenção continuada, sendo este um dos principais elementos de resistência ao abandono. É a paisagem com que os residentes se identificam, a que acumula longas jornadas de trabalho de toda a família e antepassados, a que constitui o elemento de identificação das pessoas com o lugar.

A relação das formas de relação humana com a paisagem, determina o apego à terra, ao lugar, e constitui-se como elemento de orgulho pelo trabalho desenvolvido e pelos produtos agrícolas obtidos com o próprio esforço e tantas vezes em processos de entreajuda. Existem no entanto casos em que os sítios foram mesmo abandonados, perdidos no meio de serranias ou em áreas de baixa produtividade agrícola, ou resultado de decisões familiares ou políticas. Em geral, estes sítios estão circundados por paisagens definitivamente perdidas, em que o abandono é forte e em que a articulação do sítio com a paisagem se perdeu, e não constituem mais hoje que lugares em que a natureza venceu, e as espécies vegetais espontâneas tomaram conta do terreno.

Existem também casos de abandono em “processo de congelação”, agora muito procurados por forasteiros em busca da “identidade perdida”. São os casos de centros menores que se especializaram em oferta turística, sendo que em geral nestes casos os produtos oferecidos provêm de um mercado alargado, por vezes até “made in China”, diria como Alberca ou Castelo Rodrigo, e por vezes estimulam o aparecimento parques temáticos desenraizados da cultura local, como é o caso do recente Castelo dos Templários em Alberca, e o emprego oferecido acaba sendo no sector da restauração, hotelaria e comércio.

A procura nestes casos é constituída maioritariamente por pessoas que têm um habitar nestes sítios determinado por calendários de presença específicos, de acordo com os próprios interesses, como o lazer/repouso, a recuperação da relação com o ambiente natural, a redescoberta de valores da tradição por exemplo solicitando formas especiais de estadia e de serviços,

que tendem a orientar o uso dos recursos existentes à satisfação daquelas solicitações. Acresce que por vezes aquela procura se apresenta como consumidora de elementos autóctones de maneira descontextualizada, criando dificuldades à sua regeneração e alterando as relações entre paisagem e formas de uso dos recursos, seja porque transportam em si novas capacidades de poder de compra que tendem a criar fortes contrastes com a disponibilidade financeira e cultural dos residentes, que acabam provocando mudanças que se repercutem no equilíbrio social existente, tendendo, a prazo, a gerar paisagens perdidas.

A questão da gestão dos recursos tem que ser observada com atenção especial, tendo em conta a sua regeneração, dificuldade que ameaça o desenvolvimento sustentável equilibrado. Num trabalho de pesquisa em elaboração no Centro de Estudos da Faculdade de Arquitectura, (CEFA-UP) procura-se identificar os elementos que possam contribuir para a identificação das características da relação das formas de ocupação humana com a paisagem, os elementos que possam contribuir para a construção de um equilíbrio entre factores endógenos e seu uso, no tempo.

Assim se conformou a ideia de estudar as formas de resistência ao abandono em *centros menores perdidos* na sua paisagem e entender a relação entre modo de vida e paisagem, como elemento de consolidação dos fundamentos da resistência. A equipa de pesquisa começou a visitar sítios que mostrassem sinais de contrariedade ao ciclo da desgraça que se teria instalado, e após uma selecção, decidiu-se colocar a atenção do estudo em alguns desses centros, tendo a escolha recaído sobre aqueles em que a sua relação com a paisagem é forte e articulada.

Impressionou a equipa a por uma lado aqueles centros menores perdidos em que um grupo de nascidos lá, mas residentes fora criou um núcleo de estudos com vista à identificação de elementos materiais e imateriais que representassem o espírito do sítio, de modo a poder encetar uma operação de valorização que fizesse combater o ciclo da desgraça e fomentasse o orgulho na pertença, seja pela tradição seja pelo tratamento cuidado dos elementos construídos, seja pelas formas de exploração da paisagem produtiva, que criam produtos da terra para a subsistência e que cuidam o ordenamento do espaço envolvente.

Foi possível identificar, por outro lado, alguns centros menores perdidos nos quais se identificou uma iniciativa da Freguesia (entidade menor de administração) que consiste em pôr em funcionamento um “radar” para acudir às emergências dos residentes, seja por questões de vida pessoal como a saúde, seja por questões de funcionamento da vida em conjunto e de articulação com a paisagem produtiva envolvente, como garantir o bom estado da circulação de pessoas e utensílios.

Um terceiro grupo de centros menores perdidos foi identificado, pela fortíssima articulação entre a vida humana e a paisagem produtiva, pois o acidentado do terreno permite que a habitação se articule com a paisagem de modo quase intrínseco, sem se poder perceber por vezes, qual o elemento que determinou a forma do outro. E podem reconhecer-se pequenas intervenções no espaço, como o tratamento dos arruamentos de modo a facilitar a circulação diminuindo as dificuldades resultantes do declive, como uma atenção à manutenção de muros, escadas e pavimentos, como o tratamento das margens da linha de água, a recuperação de engenhos movidos a água e de fornos tradicionais, que passaram a ser utilizados para residentes e forasteiros, tudo contribuindo para um enorme aumento da auto estima dos residentes e do orgulho da pertença ao sítio e à comunidade. Não existe um regulamento específico, mas são as pessoas que procuram não destoar do sentido da intervenção e que acabam sentindo como suas as obras realizadas tanto mais porque lhes sentem a utilidade para o modo de vida e para o uso da paisagem.

A equipa de pesquisa desenvolveu outros estudos, nomeadamente na Região Norte, e também tem vindo a desenvolver a ideia de que são estes “laços invisíveis”, sem regulamento específico, que permitem resistir ao abandono e que contribuem para o retorno de não residentes originários do centro urbano, seja em situações de fim de vida valorativa, seja em busca de novas oportunidades de vida, usufruindo dos reconhecidos benefícios da baixa densidade populacional, da vida em ambiente rural sem congestionamentos, seja da atractividade acrescida dos centros menores que desenvolvem processos de resistência ao abandono.

Os valores naturais e paisagísticos, os valores construídos e em forte medida os valores locais como os produtos da terra que contribuem para exaltação das capacidades produtivas da paisagem, como as tradições, a festa e as manifestações associadas às devoções, constituem-se como elementos que contribuem para a fixação de população e para o renascer do orgulho na pertença aos sítios, fazendo das paisagens perdidas, territórios de vida apetecível.

PAISAJES PRODUCTIVOS

Coordinador: Gregorio Vázquez Justel

8.

PAISAJES PRODUCTIVOS Y ESTRATEGIAS DE REVALORIZACIÓN

Gregorio VÁZQUEZ JUSTEL

Arquitecto urbanista

gvj@planz.es

La dimensión compleja de los valores culturales en los paisajes agrarios

El paisaje agrario ha llegado a ser lo que hoy observamos después de siglos de prácticas consuetudinarias, acción humana sobre el medio que debemos en primer lugar conocer y entender en su evolución para poder explicar ese territorio en la actualidad. Así como los actuales paisajes de viñedo solamente se pueden comprender si se conoce el proceso modificador que generó el ataque de la filoxera a finales del siglo XIX, otros muchos de los paisajes agrarios se construyen a partir de la intervención administrativa como la implantación de infraestructuras de regadío o la aplicación de la concentración parcelaria.

Para comprender el paisaje agrario y poder definir correctamente los diferentes paisajes reseñables como culturales en esta dimensión del sector primario, los análisis conjuntos en el espacio y el tiempo serán dos fundamentos imprescindibles. Hay que entender cómo un paisaje explica muchos aspectos de la evolución de la cultura tradicional en la que está inmerso, y ahí, el concepto de “arqueología sincrónica”¹, como técnica que permite explicarnos hoy elementos evolutivos de la actividad agraria a través de la observación de determinados paisajes seleccionados, resulta una herramienta clave para analizar la cultura rural.

Es preciso también reconocer en su amplia variedad sus heterogeneidades y especificidades, considerando además que en muchos de estos paisajes es verificable la existencia de diferentes manifestaciones de biodiversidad, comprendiendo entre ellas desde el modo de vida de sus habitantes y las

1 Este concepto se utiliza aquí en relación con algunos paisajes que poseen un carácter regresivo, donde podemos hablar de paisaje agrario como recuerdo o vestigio, incluso de “cultivos museográficos” por su vinculación con el pasado más que con el presente. Ejemplos próximos podrían ser los espacios cercados de Sayago, o los cultivos en bancales en tantos lugares en Castilla y León —Arribes, Cinco Villas...—, que ya no poseen la función para la que fueron creados e incluso están siendo sustituidos por medio de técnicas de concentración parcelaria enfocadas para aumentar su rentabilidad, rompiendo con las razones complejas que los originaron y su integración en esa sociedad rural que los manifestaba.

singularidades de su cultura material, hasta las manifestaciones simbólicas como las que se repiten cada año en las fiestas patronales, o los repertorios gastronómicos ligados a los productos locales y a la vida de sus gentes².

El paisaje agrario no es una tierra labrada, es un “conjunto de saberes y conocimientos”³ que parten de los sistemas de matrimonio, la herencia, la repartición de la tierra, la interacción entre la agricultura, la ganadería y los aprovechamientos forestales regulados por normas locales, las estructuras de propiedad y el espacio en que se desarrollan, la autoridad, las relaciones de vecindad y parentesco, además de todos los gestos, ritos, acciones, técnicas y prácticas encaminadas a conseguir una interacción en la producción, mantenida por símbolos y protecciones sagradas vinculadas a santuarios o espacios sagrados dentro de un calendario anual complejo y particular de cada territorio.



Figura 1. Cultivos en bancales en los Arribes del Duero (Fermoselle). Fuente: Andrea Rodera.

2 Estamos ante espacios de producción cargados de valores antropológicos que se deberán desentrañar mediante el estudio y la investigación. Esta reclamada perspectiva antropológica nos permitirá integrar lo material en la naturaleza y en esta lo inmaterial; las prácticas gestuales, los símbolos y las referencias orales nos darán una visión holística y permitirán conocer los paisajes complejos, no solo mediante la observación participante, utilizando explicaciones de los actores-autores de esos paisajes, sino también a través de lecturas diversas de testimonios y textos, catastros históricos, libros de viajes, prensa y otras fuentes de información.

3 Siguiendo con esta cita de Luis Vicente Elías, “ese conjunto de saberes es el que ha generado un patrimonio natural y cultural observable en la transformación del paisaje, un importante conjunto arquitectónico relacionado con las propias actividades agrarias: eras, pajares, fuentes, lavaderos, pozos, corrales, palomares, bodegas, molinos, cercados, hórreos y un largo listado que varía de una comarca a otra. Y por último un preciado patrimonio inmaterial que ronda lo oral, lo simbólico, y todos los aspectos que han configurado ese conjunto en vías de transformación que se llama la tradición.”

En algunos tipos y categorías de paisajes agrarios, espacios de cultivos tradicionales evolucionados, con valores culturales y patrimoniales caracterizadores y reconocibles, se están generando dinámicas de recuperación activa, con estrategias territoriales de interés ejemplar para la revitalización del medio rural y sus producciones. Así, en los paisajes vitícolas, con casos y componentes tan ricos y diversos como su extensa geografía mundial, encontramos fenómenos como la identificación, reacuñación y potenciación del concepto del pago, que muestran vías y mecanismos para trabajar en la preservación y recuperación de los paisajes productivos agrarios.

La riqueza y singularidades de los paisajes del viñedo

Focalizando la reflexión sobre los *paisajes del viñedo*, procede empezar destacando sintéticamente las principales particularidades de esta categoría de paisajes agrarios:

a) *Antropización fuerte y activa*, objeto de un trabajo importante, continuado y legible en el territorio.

La actividad como constituyente fundamental es un rasgo muy evidente que comparte con otros paisajes agrarios vivos, puntuado por la longevidad de sus estructuras —muchas arcaicas— y formas de cultivo.

El viñedo conforma así un paisaje netamente “dinámico” y cambiante, evolucionado pese al origen inmemorial —en algunos lugares—, que se presta muy bien a la conceptualización como paisaje cultural. Estos paisajes evolutivos requieren lecturas diacrónicas, ya que no podemos entender la realidad actual sin comprender los procesos históricos y prácticas —algunas ancestrales— que los han generado y modificado.

b) *Construcción cíclica*, de acusada “estacionalidad” en sus variaciones.

Un rasgo muy específico, diferenciador respecto a otros paisajes agrarios, es la apreciable variación formal, con fuertes implicaciones estéticas y perceptivas, durante las estaciones y los procesos de explotación relacionados.

Toda la cultura vitivinícola está marcada por los ciclos estacionales, con sus factores de influencia climáticos, biológicos, incluso astrales —antroposofía, biodinámica...— y míticos, de lo que participan los paisajes por los cambios tanto del medio físico como de sus percepciones.

Este componente temporal periódico, que sustancia una parte relevante de los atributos formales y estéticos de estos paisajes, así como de aquellos funcionales —*los trabajos y los días*— y simbólicos —rituales—, cobra importancia muy destacada como caracterizador y para su concepción como recurso cultural (turismo).



Figura 2. Conjunto de las bodegas de Atauta en Soria. Fuente: Andrea Rodera.

c) *Paisajes adjetivados —prestigiados— por el producto resultante, el vino*, tras un amplio proceso industrial/comercial.

El vino, producto a la vez de complejas resonancias socioculturales e implicaciones económicas, aparece como indeleble resultado que califica los viñedos y se asocia a sus paisajes. Pocos productos “naturales” son capaces de generar una tan rica gama de respuestas emocionales y sensibles, y pocos tienen tan profuso complejo de adherencias culturales fundadas en una larga historia y variados componentes geográficos.

Es notoria la fuerte simbiosis e interesada vinculación comercial entre vinos y paisajes, con interacciones y resonancias mutuas (*beberse el paisaje, viñedos junto al mar, ribeiras y riberas, bancales de esfuerzo, montañas labradas, laderas graníticas o colinas calcáreas, viñas centenarias...* conceptos y expresiones al uso impulsadas por el marketing), en los que se alían la geografía y sus componentes con la historia, las técnicas y trabajos con la cultura —el mundo vinculado a lo vitivinícola, tradiciones, rituales, construcciones...—, y la economía sobrevolando todos los procesos. Incluso con derivadas territoriales marcadamente políticas, como en Rioja hoy.

d) *Anclaje fuerte al lugar —región, comarca, pago— de productos y productores.*

La importancia del terroir, conjunción de factores y componentes —clima, suelo, técnicas, orientación, plantación...—, en su máxima expresión denotativa. Si Rioja, Priorato, Douro o Ribera del Duero, Jura, Champagne,

Borgoña, Burdeos, Langhe, Madeira o Tokaj, por acudir a etiquetas mundialmente resonantes, suponen asociaciones inseparables entre territorios y vinos —salvando escalas, debates administrativos y fuertes particularidades—, la tendencia a la focalización microlocal —zonas y subzonas, fincas y pagos (chateaux, clos, domaines...)—, no entremos aquí en estas debatidas taxonomías y acuñaciones históricas y administrativas, refuerza notoriamente esta ligazón. Los *vinos de pago* o, la otra cara, los *pagos vitivinícolas* —acuñación legal operante en nuestro país—, resultan enclaves de gran potencialidad en esta línea de conectar territorio y producto, movilizados por el pujante motor de una línea de turismo con más apropiada adjetivación de sostenible.



Figura 3. Viñedos tradicionales del Bierzo en Corullón. Fuente: Andrea Rodera.

Dinámicas, modas y publicidad comercial, que de Europa salta al Nuevo Mundo, homogeneizadores paradójicamente pese a legislaciones y culturas diversas, pero fundados en una realidad insoslayable, la búsqueda de diferenciación y particularidad de los productos en relación a los espacios cultivados, elementos de identidad singular que más allá de obvios intereses económicos —productores, bodegueros, turismo...— resultan un notable factor de oportunidad para la (re)valorización de paisajes y lugares con viñedo.

Caminos para la revalorización y apreciación de los paisajes del viñedo

Apuntemos aquí alguna propuesta orientadora intentando dar respuesta a una cuestión o desiderátum básico que puede formularse así: ¿Cómo destacar —exaltar— la singularidad, las particularidades de cada paisaje?

Para ello hay que considerar aspectos que apelen a los diversos componentes y factores constitutivos de estos paisajes vitivinícolas, con su geografía y su historia: esencialmente, especificidades del medio —fisiográficas y ambientales—, del cultivo y del proceso, y del producto.

a) Conocer en profundidad las diferencias y especificidades de los valores como paisajes —culturales—.

Estudiar, investigar, inventariar/catalogar, proteger/regular... sin dejar de apelar en este marco a la necesaria planificación, suponen acciones y pautas en una secuencia de tareas y herramientas enfocadas a ampliar el conocimiento de lugares y paisajes, fundamento para la actuación y la gestión posterior⁴. El efectivo reconocimiento de su condición de espacios o bienes culturales empieza ahí.

b) Legitimar culturalmente —condición patrimonial—, mediante reconocimiento de agentes principales: productores/cultivadores/consumidores... además, por descontado, de los expertos, críticos, estudiosos y gestores.

En la intensa vinculación referida entre lugares y productos, o entre paisajes vitícolas y vinos, el refuerzo del valor cultural que se adhiere es parejo a la identificación como bienes —o recursos— patrimoniales, algo que requiere estudio, fundamentación y concienciación⁵. Esta construcción de identidad solo es genuinamente válida si fermenta y participa activamente

4 La literatura disciplinar sobre paisajes culturales agrícolas y paisajes del viñedo en particular, va siendo ya nutrida, también en nuestro país. Además de los imprescindibles *Atlas del cultivo tradicional del viñedo y de sus paisajes singulares* (Ministerio de Cultura, 2016) y *El Paisaje del viñedo: una mirada desde la antropología* (Ministerio de Cultura, 2011), de Luis Vicente Elías, tenemos los tres tomos de Paisajes Patrimoniales de España (Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Ministerio para la Transición Ecológica y UAM ediciones, 2018), de Fernando Molinero et al., y un Plan Nacional de Paisajes Culturales, en gestación, que transcribe y procesa la amplia literatura de cartas, estrategias, convenios y recomendaciones de organismos internacionales (UNESCO, Comisión europea...).

5 Como bien nos recuerda Luis Vicente Elías, a partir de un cierto momento, instituciones como UNESCO comienzan a valorar espacios agrarios como elementos singulares: arrozales, viñedos, campos de agave o cafetales, y como por ensalmo aparecen ciertos paisajes de viñedo o cultivos en bancales como territorios de valor universal. Sin demasiada motivación ni explicación hemos pasado del abandono o la desafección social y cultural por los espacios de producción agraria a darles la misma categoría patrimonial que un bien monumental, retablo flamenco o catedral gótica. Hay frecuentemente una intensa labor de difusión y vinculación social pendiente en estas prácticas.

en los colectivos, grupos o individuos que participan en los procesos de construcción —mantenimiento—, explotación y reconocimiento —disfrute—, esto es, de apropiación legítima de los valores culturales. Encontramos ejemplos elocuentes analizando casos extremos, del éxito de Priorat frente al Campo de Borja o La Mancha, zonas todas con cultivo secular de viñedos. En esta interacción biunívoca del vino al terruño e inversa, también surgen contaminaciones o propuestas oportunistas —en Rioja se habla ya de vinos de municipio, confundiendo los valores y especificidades del terroir con las delimitaciones administrativas o políticas—.

c) Extender atributos y valores (también económicos) al terruño, procurando la implicación de todos los agentes intervinientes —incluyendo a las Administraciones—.

Para lograr un refuerzo de las atribuciones de valor cultural entre paisajes, prácticas y productos del viñedo, es preciso fomentar no solo los aspectos culturales, sino también aquellos económicos, que inciden extensivamente y de manera rotunda en todos los agentes y procesos⁶. Propietarios, cultivadores, cooperativas, bodegas, enólogos y distribuidores, consumidores de vinos y de experiencias —enoturismo— participan en una cadena de actividades económicas que tiene extensas derivadas e implicaciones, pero todos aportan o participan de la creación de valor. Volumen de producción, precios de botella, estructura parcelaria y propiedad, dificultad de cultivo, acceso a mercados de rango supralocal, publicidad e internacionalización, revaluación crítica... son algunos factores, de todos conocidos, que intervienen en la construcción de “marca” o componentes de imagen, en las que no conviene disociar el terruño de la botella.

Aprovechar la extraordinaria pujanza económica de la actividad vitícola y su trascendencia sociocultural —gastronomía, imagen e identidad local...—, para atraer miradas e inversiones al terreno de origen es una estrategia tan legítima como oportuna.

6 Resulta primordial incluir a los habitantes de estos territorios, ponderando el carácter integrador de las sociedades tradicionales, entendiendo el medio rural como un todo global que parte de la casa, los edificios complementarios, las eras, bodegas y huertos familiares, los espacios productivos privados y los comunales hasta llegar al bosque y los pastizales, y en ese todo integral es imprescindible la participación directa de las poblaciones en los procesos de identificación patrimonial, al definir, inventariar y proteger. Además, hemos de entender que en las actividades agrarias tradicionales la producción está vinculada con otras manifestaciones y tareas como la artesanía o los oficios complementarios y todo ello está regulado por muchas leyes no escritas que son constitutivas al proceso laboral. Si pensamos en bodegas, linares, colmenares, molinos, tejeras, canteras, carboneras, recolecciones de todo tipo de frutas, verduras, setas... vemos que todo está interrelacionado. Si además sumamos todos los aspectos inmateriales que en el paisaje agrario son rastreables, la toponimia, la tradición oral, las leyendas o la meteorología popular, los límites reales y simbólicos, veremos muy incrementada la riqueza patrimonial de cada paisaje. Lo que se propugna, en definitiva, es una defensa de los valores sistémicos del medio rural, hoy en franca decadencia y lanzados a su pérdida y desaparición.

La preocupación arqueológica creciente detectable en el mundo de los cultivos —la recuperación de variedades perdidos o en extinción...— avanza en paralelo con el interés por reconstruir —documentar, restaurar, rehabilitar...— elementos materiales —chozos, lagares, casetas, cercados, aperos...— e inmateriales —ritos, celebraciones...—, ambas inscritas en una búsqueda de valores e identidades patrimoniales, suficientemente provistas de legitimidad y autenticidad, y que son impulsadas, sin duda, por las estrategias del turismo.

Los productos del terroir, los pagos vitivinícolas y similares —unidades territoriales en las que cabe hablar de microclima y otras singularidades conjuntas en un enclave espacial acotado y reconocible—, en tanto figuras que favorecen y potencian la íntima conexión entre lugar y productos de excelencia, además de objetivos señalados de un turismo especial —enoturismo⁷, donde “el elemento paisaje se convierte en eje vertebrador de la experiencia”⁸—, están contribuyendo a este objetivo.

d) Operar en toda la cadena de agentes y procesos, exigencia para la Administración: planificación de bienes culturales para una intervención.

A partir de la idea anterior resulta imprescindible considerar que cualquier acción, o política que aspire a los objetivos antes citados, debe abordarse con una perspectiva integral, coordinando las actuaciones y funcionamiento de todas las piezas de la cadena, y tratando de concitar a todos los agentes. En esta lógica panorámica e integradora surge la demanda de compromisos para la Administración, o en realidad Administraciones, como garantes de control y capacidad reguladora sobre todo el marco.

Si compartimos realmente que el valor patrimonial que estos paisajes agrícolas poseen es el conjunto de saberes, técnicas y acciones que han modificado el territorio con el fin de obtener un medio de vida implicado en ese espacio y por lo tanto su conservación depende de que los habitantes de ese territorio deseen la continuidad de esas formas de vida⁹, la complejidad

7 Sobre paisajes agrarios y turismo sostenible ha ido surgiendo también en España una incipiente producción de estudios y documentos, entre los que merece citarse la Carta de Baeza sobre el patrimonio agrario (2013), que apuesta por la protección y recuperación de los paisajes agrarios, atendiendo a sus valores agronómicos culturales y a los agentes productores en primer lugar, llamando a la preservación de la biodiversidad y las potenciales aportaciones al medio rural, entre las que introduce la aspiración del turismo sostenible. Sobre turismo de paisajes la literatura sectorial es amplísima, aunque en general tan acrítica como escasamente científica.

8 Generadoras de beneficios de carácter inmaterial derivados del disfrute de ecosistemas, paisajes o lugares, lo que en dudosa terminología UNESCO se conocen como SEC —Servicios Ecosistémicos Culturales—.

9 La despoblación es un hecho demostrativo de que esas formas de vivir no satisfacían a unos pobladores que optaron por el éxodo rural, lo que significa que la conservación y protección pueden no contar con el beneplácito de los habitantes, que mayoritariamente han optado por un cambio radical en sus formas de vida.

del objetivo para cualquier política de protección activa y no invasiva, eficiente y respetuosa con la variedad de agentes e intereses en juego, resulta sustantiva, nunca desdeñable.

En esta deseable implicación, inscrita en la visión de tutela responsable y comprensiva, se cimentará la exigencia apuntada hacia la planificación, reivindicación permanente para la política de intervención y custodia de los bienes culturales, que mira a una lógica ordenación de los procesos, garantizando tanto la protección de los bienes y valores patrimoniales como la racionalización de las acciones e inversiones, públicas y privadas, en un frágil y complejo sistema de equilibrios¹⁰, técnicos, socioeconómicos y políticos.

La *doble condición territorial y sectorial —cultural, patrimonial y económica— de los paisajes vitivinícolas*, permite plantear una política de planificación territorial mediante instrumentos de enfoque y perspectiva también dual, útiles y específicos para las particularidades del objeto a ordenar, trascendiendo los ámbitos y competencias, indudablemente válidos, de los planes y normas de ámbito local —planificación general—.



Figura 4. Excepcional paisaje vitivinícola en La Rioja. Fuente: Andrea Rodera.

La necesidad de la planificación territorial y sectorial en relación con los paisajes culturales se suscita como una demanda acuciante ante las

10 El factor “intervencionista” de la administración, que tantas veces trata de imponer a los habitantes del medio rural condiciones y normas poco ajustadas a sus modelos tradicionales, como sucede en el ejemplo de la declaración de algunos territorios como Parques Naturales y la prohibición de determinadas prácticas de explotación —agrícolas, silvícolas, ganaderas, reducción de la caza y la pesca, recolección de frutos y setas...—, debe moderarse procurando una especial sensibilidad hacia los consensos. A través de la participación social en los procesos y en la definición de las propuestas de protección de estos paisajes, se puede avanzar en las actuaciones bajo la perspectiva de patrimonio cultural en los espacios del sector primario.

amenazas o impactos derivados de procesos de transformación acelerada o alta incidencia ambiental, como los que generan los proyectos de infraestructuras territoriales, obras públicas o reestructuraciones de la propiedad agraria. Amenaza proliferante de infraestructuras en el suelo rústico, instalaciones de energías renovables —solares, eólicas— y líneas eléctricas, gaseoductos, autovías y trazados ferroviarios de Alta Velocidad... que además por ser consideradas como obras de máximo interés público y desarrollo suprarregional alteran estos espacios con limitada —capacidad de— defensa local.



Figura 5. Paisaje de cultivos en bancales, olivo y viñedo en el paraje pintoresco de las Cinco Villas (Ávila). Fuente: Andrea Rodera.

La prolija normativa sectorial que soportan las infraestructuras territoriales y sus proyectos, y su escasa armonización, incrementada por el marco legal heterogéneo de los distintos ámbitos autonómicos, suponen un contexto de aguas turbulentas en las que la perspectiva cultural, al hablar de paisajes patrimoniales, máxime al aplicarse al “novedoso” campo de los paisajes agrarios, suele verse desvirtuada, cuando no olvidada, frente a la primacía aparente de los intereses públicos. Es ante este panorama conflictivo donde la vindicación de la planificación territorial surge más justificada y conveniente, orientada a la protección tanto como a la intervención y mejora de los espacios productivos, incluyendo los agrarios, en sus valores patrimoniales y económicos, pero contemplando siempre la dimensión temporal hacia el medio y largo plazo en sus objetivos.



Figura 6. Territorios etiquetados en el paisaje de Borgoña. Fuente: Andrea Rodera.

Las estrategias territoriales y sectoriales —medio agrario, patrimonio cultural, dinamización turística...— deben incardinarse en los instrumentos de planificación o de ordenación territorial arriba demandados, procurando a la vez orientar objetivos y campos de aplicación específicos, enfocados al refuerzo de los atractivos y una efectiva competitividad territorial.

9. EL PAISAJE DEL VIÑEDO

Luis Vicente ELÍAS PASTOR

Doctor en Antropología

eliaspastor.luisvicente@gmail.com

Para poder analizar el paisaje del viñedo vamos a partir de una definición de “paisaje agrario” adecuada a nuestro propósito:

“Se trata de espacios culturales integrados por una combinación de agrosistemas que interrelacionan entre sí en un momento histórico determinado y en un ámbito geográfico definido. Constituyen, además un fiel reflejo, no solo de la estructura presente, sino también de actuaciones históricas. De acuerdo con este concepto, los paisajes agrarios están condicionados tanto por factores físicos (clima, suelo, geomorfología), como humanos (población, técnicas y tecnología agraria, estructura socio-económica, política, historia, cultura)” (Egea Fernández & Egea Sánchez, 2020: 20).

Con esta definición podemos unir dentro del espacio agrario todas las manifestaciones culturales que tienen relación con los aspectos laborales, pero también elementos inmateriales que además se desarrollan a lo largo de la historia, por lo que estamos ante territorios cambiantes en el discurso del tiempo

Nuestro proyecto se ha dedicado a estudiar en concreto una tipología de paisaje agrario, que constituye lo que definimos como “paisaje del viñedo” (Elías Pastor, 2011). En nuestro trabajo no hemos estudiado solo los aspectos físicos observables de un cultivo, sino que hemos analizado los aperos que han servido para cultivarlo, las construcciones que le son anexas, las leyendas sobre los lugares de plantación o los refranes que castigan su cultivo en ciertos enclaves. Hemos analizado un trabajo agrario como si fuera cualquier otro elemento del patrimonio cultural: un hallazgo romano, una ermita gótica, un romance de ciego o una construcción metálica preindustrial.

Por lo tanto, nos encontramos ante dos clasificaciones de los espacios que componen las áreas no urbanizadas de un territorio. Por un lado, nos referimos a los espacios naturales, en los que incluimos aquellos que en nuestro país cada administración ha clasificado por sus “valores naturales”, bajo clasificaciones como parques, áreas protegidas, sitios de valor natural,

reservas y otras designaciones. Y, por otro lado, hablamos de los espacios de dedicación agraria.

Hay una cierta tendencia a pensar que los espacios naturales han de ser inmutables y permanecer intactos a lo largo del tiempo. Pero es esta una visión administrativa, la de los creadores de las normas de control de la naturaleza, como la declaración de los Parques Naturales, la redacción de las leyes de paisaje, o la de los promulgadores de las normativas de los suelos no urbanizables.

Por otra parte, se pretende que esos espacios naturales tengan un cierto carácter de excepcionalidad, de belleza extraordinaria. Pero tanto esas áreas evolucionan y se transforman en el tiempo, como poseen innegables aspectos de fealdad.

En la propia definición de Patrimonio Natural de la UNESCO se insiste en esa excepcionalidad: “(...) las formaciones físicas, biológicas y geológicas extraordinarias, las zonas que tengan un valor excepcional desde el punto de vista de la ciencia, de la conservación de la belleza natural y los hábitats de las especies animales y vegetales amenazadas” (UNESCO, 1972); estas se consideran como patrimonio natural.

Al contrario, tendríamos los espacios agrarios cotidianos que no solo evolucionan por la propia necesidad de la actividad agrícola, sino también por ser el cajón de sastre al que van a parar todos los elementos impactantes que la sociedad necesita y genera.

En el caso del paisaje del viñedo vamos a describir cómo ha sido su evolución, partiendo de que una de las premisas del análisis es la continuidad en las tareas agrarias desde época romana, que ha sido una constante, como podemos observar leyendo a Columela (Mir, 1917), y si continuamos en el desarrollo histórico veremos que Alonso de Herrera (1981) describe técnicas y aperos muy similares a los del romano. Hasta prácticamente finales del siglo XIX, la evolución del paisaje agrario de la vid ha sido muy similar, excepción hecha de los diferentes cambios de la localización de los espacios plantados, que se han ido trasladando en la vieja lucha entre el pan y el vino.

En la historia de la viticultura española hay un hito, que se repite en prácticamente todos los países europeos, que es la llegada de la plaga de la filoxera, que altera sustancialmente el cultivo y por lo tanto influye decisivamente en la aparición de un nuevo paisaje agrario.

A esta circunstancia, en lo que se refiere a España, hemos de unir la incorporación de las caballerías en el cultivo de la vid y la llegada de un apero ya empleado en Francia y conocido como el *harnais viticole*, que va a cambiar sustancialmente el paisaje de la viña.



Figura 1. Navatalgordo (Ávila). Viñedo tradicional que genera vinos de alta calidad.
Fuente: Luis Vicente Elías Pastor.

El viejo adagio castellano, “que no hay mal que por bien no venga”, se puede aplicar en este caso, aunque no sabemos si la destrucción de miles de hectáreas de viñedo y la transformación de la España agraria de comienzos del siglo XX ha sido una pérdida o una bendición para el medio rural. Lo que sí es observable son los barrios de bodegas en los campos cerealísticos burgaleses o palentinos, que nos remiten a un pasado de vino y no de pan. Podríamos decir que el vino y el pan debieran estar unidos como en la mesa, sin llegar a las situaciones de monocultivo que estamos observando en muchas comarcas vitícolas españolas.

A partir de la perniciosa plaga, la viña se especializa y adquiere una nueva imagen, se pone a la “moda francesa”.

En todas las comarcas vitícolas estudiadas el cultivo de la viña anterior a la filoxera se realizaba a mano (Elías Pastor, 2016). La razón de la utilización de la azada en el cultivo estaba en que las viñas no se encontraban en línea, como nos lo describe el Catastro del Marqués de la Ensenada en sus respuestas en el pueblo abulense de Cuevas del Valle:

“Por causa de ser el terreno deste termino sumamente quebrado aspero y peñascoso que no permite se huse para su cultura de arado, y la que se da es a brazo de hombres nunca se han usado de otra medida que reguladas las tierras por peonadas y siendo cada una lo que hordinariamente en un día trabaja un peon para el cultivo de sus plantios, por no sembrarse granos algunos.”

Las referencias a las plantaciones a manta, es decir, no alineadas, son constantes hasta después de la filoxera, cuando aparece el cultivo alineado y con la anchura suficiente para el paso de la caballería con el atalaje correspondiente, como hemos citado.

Todavía a finales de 1970, en la provincia de Ávila, encontramos estas tipologías de plantación, que nos remiten a tiempos pasados, pero que las podemos observar hoy en día en las laderas del Alto Alberche o en las localidades de las Cinco Villas abulenses.

Las plantaciones “sin orden” eran las habituales en el pasado, en razón a las formas de replantación de las plantas perdidas mediante el “acodo”, que rompía en muchas ocasiones el alineamiento de las plantas.

El viejo refrán de “ser peor que un arado en una viña” mucho tiene que decir de la forma de cultivo que generaba un paisaje particular. A esto hemos de añadir la medida de los marcos de plantación, con densidades mucho mayores que las actuales y con las variedades de la época.

Ese viñedo que vieron nuestros antepasados hasta la llegada de las nuevas plantaciones lo podemos encontrar todavía en algunas zonas aterrizadas de



Figura 2. San Esteban del Valle (Ávila). La recuperación de las comarcas vitivinícolas a través de los vinos de calidad. Fuente: Luis Vicente Elías Pastor.

las Cinco Villas abulenses, en reducidos viñedos riojanos, algunos majuelos de los Arribes y pocos espacios más. No obstante, muchos bodegueros presumen de viñas prefiloxéricas, que tienen marcos de plantación exagerados y casi se les ve el engarce del injerto en la base de su tronco.

Formación	Superficie
Marco Real	5.581 ha
Tresbolillo	3.124 ha
En línea	90 ha
Pie Alto	6 ha
Sin orden	482 ha
Total	9.285 ha

Figura 3. Formación de las plantaciones de viñedo en la provincia de Ávila a finales de los años setenta. Fuente: Catastro Vitícola y Vinícola de la Provincia de Ávila. Instituto Nacional de Denominaciones de origen, Ministerio de Agricultura, 1982.

La edad del viñedo es difícil de determinar, y hoy además hay que disponer de viñas viejas para obtener altas puntuaciones por parte de expertos que clasifican y dan valor a los vinos.

La conclusión sobre este primer cambio radical en el paisaje del viñedo es que la forma de trabajar va a modificar absolutamente el paisaje del viñedo, y nos muestra además cómo una plaga ha cambiado la fisonomía territorial de un continente.

Años después, las caballerías realizaban los labores de la viña y los marcos de plantación fueron ampliándose hasta poder dar paso a los tractores y más tarde a todos los aperos que hoy se precisan para la moderna viticultura.

El cambio ha surgido del trabajo, pero a la vez se han modificado los espacios de plantación; analícese por ejemplo el caso de Rueda o la superficie de más de 60.000 ha de viña en La Rioja, y en el mismo tiempo, la pérdida de viñas de comarcas andaluzas o manchegas.

La aparición de una nueva formación, la espaldera, ha llenado de alambres nuestros campos y una nueva imagen llega al territorio. En La Rioja, hasta 1980, la formación alta o en espaldera estaba prohibida por el Consejo Regulador de su Denominación de Origen.

Y a la vez, las nuevas variedades, o, mejor dicho, las variedades de moda, van ocupando los espacios vitícolas. El ejemplo de la verdejo es elocuente, así como la ampliación de la superficie del tempranillo en La Rioja, a la vez que se van poniendo de moda otras variedades en otros territorios vinícolas

como la garnacha de Borja o la godello en Valdeorras, pero luego hablaremos del cliente y su opinión sobre estos temas.

Esta evolución laboral del paisaje agrario del viñedo ha ocurrido hasta nuestros días, pero en la actualidad aparece un nuevo fenómeno relacionado con el producto.

Nos referimos a la polarización de la calidad de los vinos que, de forma muy simple, nos lleva a vinos de calidad aceptable a precios muy bajos, surgidos de un tipo de viñedo, y a otros de calidad muy superior obtenidos de otra tipología de viñas, lo que nos va a generar dos tipos de paisajes en los que el cliente, es decir, las personas que consumimos los vinos, vamos a decidir hacia qué tipo de forma de cultivo nos vamos a dirigir, y todo esto teniendo como base el precio de la botella al final del proceso.

Partimos de una visita al supermercado donde encontraremos vinos de Rioja de la categoría crianza, es decir, de tres años de envejecimiento, a menos de tres euros la botella, con todos sus requisitos de etiquetaje oficial.

A la vez, si nos dejamos aconsejar en una vinoteca sobre “los nuevos criadores de Rioja”, con vinos muy especiales, pero de la misma clasificación temporal, tendremos que abonar por encima de los 25 euros para conseguir el fruto de esas “estrellas”.



Figura 4. Espaldera de Tanat: nuevo paisaje de viñedo, adecuado a la mecanización.
Fuente: Luis Vicente Elías Pastor.

Esos dos vinos pertenecen a dos paisajes de viñedo diferentes, dentro de una misma Denominación de Origen, y por eso debemos hacer una predicción de cara a los territorios de cultivo del futuro, que constituirán el nuevo paisaje.

Las grandes compañías bodegueras de España, que todos debemos tener en mente, pagan unos reducidos precios por la uva que procede de territorios de grandes superficies de plantación en monocultivo, completamente mecanizados y con todas las infraestructuras necesarias para obtener las mayores cantidades de uva a un precio muy reducido. En esos cultivos habrá grandes marcos de plantación, con regadío incorporado, protección contra las heladas, cubrimientos antigranizo, es decir, unas infraestructuras que garanticen la cantidad de la cosecha aportando además todos los agroquímicos necesarios para el éxito cuantitativo.

Esta tipología de cultivo precisará de infraestructuras de todas clases, incluido el denostado concepto de la concentración parcelaria, que modificará radicalmente el mosaico de los cultivos.

En muchos casos, los viñedos son de las mismas compañías que poco a poco van adquiriéndolos a los particulares y subcontratan su cultivo, generando una competencia con los productores individuales que hace que el precio de la uva se vaya reduciendo año a año.

Esta tipología de producción origina un paisaje particular que podemos observar en todas las grandes denominaciones de origen de España, y que está generando una tipología de cultivo que poco tiene que ver con aquel pretencioso cultivo de la vid que vinculaba a los productores al territorio y asentaba población. En la actualidad, la masa laboral es foránea y el trabajo se sustituye por vendimiadoras mecánicas y demás artilugios que facilitan el cultivo. Nos encontraremos, en breve espacio de tiempo, con un territorio lleno de viñedos y vacío de personas, como ocurre en algunos lugares.

Hemos de decir que el producto final es correcto, su calidad es aceptable y recibe todos los parabienes de las denominaciones de origen correspondientes, ya que esas grandes compañías juegan un importante papel dentro de esas instituciones. El cliente está satisfecho, puede comprar un vino aceptable de las mejores zonas de producción y seguirá adquiriendo este tipo de producto.

No tenemos muy claro si esta opción productiva que se va generando en muchas zonas va a deteriorar la imagen de la propia denominación de origen, ya que la calidad poco a poco va siendo sustituida por la cantidad y por la imagen, que cada vez tiene más importancia en el proceso.

A la vez, encontramos en toda la España vinícola otros productores que buscan una diferente tendencia. Nos referimos, en muchos casos, a jóvenes pequeños productores que han apostado por otra forma de elaboración, es decir, han decidido mantener el paisaje del viñedo tradicional.

Esta apuesta por la calidad se basa en un viñedo de pequeñas superficies, en muchos casos con variedades locales minoritarias, en algunas ocasiones con plantaciones a manta o cultivadas con caballerías o medios manuales, tratando de recuperar viñedos perdidos en territorios más altos. Generalmente serán viñedos en vaso, que ha sido la formación tradicional en nuestro país.

La mayor parte de estos productores realizan sus cultivos con prácticas ecológicas e incluso biodinámicas, utilizando exclusivamente los frutos que ellos producen y no generando especulación con los precios de la uva. En algunos casos no se emplean otros medios mecánicos que la tracción animal de caballerías o de vacunos, como en el Bierzo leonés.

Podemos decir que los pequeños viñedos de esta tipología se están buscando e incluso hay zonas donde se ha disparado el precio de estas viñas, como el caso del Alto Alberche, La Rioja o El Bierzo, donde se valoran extraordinariamente las viñas viejas y de variedades minoritarias, como albillo, garnacha blanca, o carrasquín, que se buscan como preciados tesoros.

Esta tipología de actividad agraria está relacionada con esa filosofía de la “calidad de paisajes genera calidad de productos”, y que reflejan que los mejores vinos se hacen en los mejores paisajes.

El cliente, por su parte, que es el que ha fomentado el crecimiento de este tipo de vinos, apuesta por esta forma de cultivo que poco tiene que ver con la expresada anteriormente.

Como resumen, podemos decir que el viñedo del futuro estará segmentado en dos tipologías muy diferentes, una relacionada con el viñedo tradicional y con los valores vinculados a las elaboraciones con escasa intervención. Y, por otra parte, una gran superficie de viñedos que podemos clasificar de “industriales”, que van a ser de las variedades que el cliente exija y con el precio mínimo que pueda pagar por lo que los costes serán también lo más bajos posibles.

Entre los dos tipos de paisajes de viñedo que se van a ir configurando poco a poco, va a surgir un nuevo elemento que viene de antaño pero que se ha incrementado: nos referimos a los impactos.

La consideración sobre el impacto siempre tiene matices muy subjetivos, ya que no tenemos la misma percepción de un castillo sobre el altopiano del viñedo que la de una torre de alta tensión entre las cepas. En la mayor parte de los casos comparamos el espacio agrícola con el espacio natural y

pretendemos que no existan alteraciones en lo agrario como está prohibido que se produzcan en los espacios naturales.

No obstante, podemos hacer una división de este tipo de alteraciones en el paisaje agrario, partiendo de las modificaciones que se producen por la propia actividad agraria, como es la realización de aterrazamientos, el aplanamiento de superficies o la división de parcelas.

Encontramos impactos de carácter mixto que tienen su base en la propia actividad agraria y que se generan por la mejora de la misma y el incremento de la producción. Es el caso de la realización de regadíos, las infraestructuras de comunicación, la concentración parcelaria, las construcciones complementarias agrarias o las casetas de aperos. Y, por último, existe un conjunto de alteraciones de carácter exógeno que nada tienen que ver con la actividad agraria pero que se implantan en su espacio y hasta tienen designaciones agrarias como los “huertos solares”, las conducciones eléctricas, las infraestructuras de todo tipo que se instalan en el espacio agrario.

Este lugar en el que entran y tienen cabida todo tipo de cachivaches de variado pelaje es el espacio agrario, que lo mismo que el mundo rural ha perdido su calificativo. El espacio agrario, además de dedicarse a la agricultura, sirve para contener todo tipo de artilugios con muy distinto empleo, incluido el de ser urbanizable. El llamado “suelo no urbanizable”, de hecho, ha servido para todo lo que no ha interesado instalar en el espacio urbano.

En el paisaje del viñedo la situación es similar, pese a que haya Comunidades Autónomas que lo califiquen como Bien de Interés Cultural, como es el caso de País Vasco y La Rioja.

Y nunca hemos entendido por qué esa especial protección no se atribuye a los bellos campos de patatas de la llanada alavesa, o a las plantaciones de remolacha próximas a los viñedos de Ribera del Duero.

Si consideramos el paisaje agrario como un valor en sí mismo, independientemente de los productos que genera, podemos analizarlo a través de la metodología global de un estudio antropológico. De esta forma hemos investigado el paisaje del viñedo con una técnica del análisis “por capas”, estudiando todos los aspectos, tanto físicos como culturales, que genera un cultivo agrario.

Pero hemos de ser sinceros y decir que el cultivo del viñedo posee un plus que no tiene cualquier otro cultivo de nuestra panoplia agraria, aunque el paisaje del olivo se va acercando en este listado patrimonial.

El viñedo posee unas connotaciones que se las transmite el fruto que genera. El vino busca paisajes idílicos, indaga sobre variedades extrañas,

localiza viñedos perdidos en las alturas y encuentra elaboradores de viñas centenarias, y esto no ocurre con las alcachofas de Almoradí.

Y nos preguntamos si es por esto por lo que la UNESCO ha declarado espacios de cultivo de la vid como Patrimonio Mundial, cosa que no ocurre con las berenjenas valencianas o los maíces asturianos.

Y al hilo de esta declaración eurocentrista, que no considera más que viñedos europeos en esta escogida lista, y particularmente franceses, nos volvemos a preguntar en las conclusiones de este trabajo, ¿por qué ningún paisaje de viñedo español posee ese ansiado marchamo?

Y las respuestas pueden surgir de la pluma del investigador, diciendo como primera que el productor español no considera la tierra en la que se cultivan las viñas como un territorio especial, sino como un espacio productivo más dentro de su listado catastral.

Los autores del paisaje no valoran su espacio laboral. Podríamos poner como ejemplo a Francia, donde existen colectivos de viticultores que protegen sus espacios de plantación, y donde el propio gobierno, desde hace años, ha incentivado el mantenimiento de esos territorios que considera de excepción a través del “Groupe National des Paysages Viticoles”, dependiente del Institut Technique de la Vigne et du Vin.

En segunda instancia, la mayor parte del viñedo no posee ninguna singularidad (valor universal excepcional), ya que repite modelos paisajísticos casi ofrecidos por los prospectos de los tractores viñeros que trabajan entre sus cepas.

Y, en tercer lugar, la Administración que debiera ser garante de la calidad de esos paisajes ha ido permitiendo la instalación de infraestructuras hidráulicas en los ríos gallegos, la colocación de torres de alta tensión entre las cepas de la Rioja Alta, o que el AVE atraviese los viñedos de las denominaciones de origen de Rueda o de Toro.

Y eso con un cultivo que es uno de los más reglamentados de la actividad agraria, con sistemas de clasificación que les otorgan marcas, como “viñedos singulares”, “viñedos centenarios” o “viñedos históricos”. Podemos pensar lo que puede ocurrir, por lo tanto, en otras actividades agrarias sin valoración patrimonial.

En este momento, varios viticultores de diferentes zonas de España se están asociando ante el incremento de los impactos que están sufriendo los viñedos. La Asociación “Paisajes y Viñedos” surge como defensa ante los impactos, y se ha tenido que constituir ante las amenazas que las instalaciones de infraestructuras ciernen sobre las viñas, incluso en regiones en las que el viñedo posee la categoría de Bien de Interés Cultural.

El paisaje del viñedo ha evolucionado escasamente hasta finales del siglo XIX en nuestro país, pero en los últimos años la transformación está siendo exagerada y los impactos exógenos ajenos a la propia actividad van a arruinar las pocas expectativas que teníamos de poseer un paisaje digno y acorde con los valores que, se presumen, debiera tener el medio rural.

No pretendemos reducir el valor del paisaje agrario a los paisajes vitícolas, creemos que cualquier espacio de producción agrícola merece la mayor protección posible, aunque el viñedo tenga una serie de referencias ajenas a sus frutos que le hacen poseer alguna valoración diferente, e incluso galardonada por organismos internacionales. Cabe recordar que otros espacios de producción agrícola como el café, el arroz o el agave están dentro de los paisajes culturales de UNESCO a nivel mundial.

Referencias bibliográficas

- Alonso de Herrera, Gabriel (1981). *Agricultura general*. Madrid: Ministerio de Agricultura y Pesca (Edición facsímil, original de 1620).
- Egea Fernández, José María & Egea Sánchez, José María (2020). *Guía del paisaje cultural. Tierra de íberos (Murcia). Una perspectiva agroecológica*. Sociedad Española de Agricultura Ecológica.
- Elías Pastor, Luis Vicente (2011). *El paisaje del viñedo. Una mirada desde la Antropología*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Elías Pastor, Luis Vicente (2016). *Atlas del cultivo tradicional del viñedo y de sus paisajes singulares*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Mir, Raúl M. (1917). *Consejos de Columela a los viticultores de hoy*. Barcelona: Imprenta Bayer Hnos.
- UNESCO (1972). Conferencia General del 16 de febrero de 1972.

10. IL PAESAGGIO VITATO DELLA FRANCIACORTA: UN PROGETTO DI VOCAZIONE TERRITORIALE

Fulvio ADOBATI

Università degli Studi di Bergamo

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6909-3661>

fulvio.adobati@unibg.it

Introduzione

Nell'immaginario collettivo il termine Franciacorta rappresenta un territorio, e un paesaggio, fortemente caratterizzato dalla coltura vitivinicola; il Franciacorta “bollicine” prodotto in questa DOCG ha rappresentato e rappresenta il veicolo di promozione e diffusione di un brand di successo internazionale.

Un elemento di interesse nello studio del caso Franciacorta è riconoscibile nel progetto di sviluppo della coltura e della cultura vitivinicola, processo che ha avuto inizio in tempi relativamente recenti (a partire dagli anni cinquanta del XX secolo). Un processo che ha conferito alla Franciacorta (nell'immaginario collettivo) una “vocazione territoriale”, esito di una traiettoria progettuale che ha visto concorrere interessi degli imprenditori vitivinicoli con quelli degli operatori della filiera agroalimentare e del turismo, con una solida condivisione da parte delle istituzioni territoriali locali.



Figura 1. Immagine tratta da filmato promozionale dell'Associazione dei Comuni 'Terra della Franciacorta'.

Il Piano Territoriale Regionale d'Area (PTRA) Franciacorta, avviato nel 2015, rappresenta una volontà delle istituzioni locali, con l'impulso e la guida di Regione Lombardia, di rafforzare le politiche di tutela e di valorizzazione del territorio e, nel contempo, uno strumento di rafforzamento della 'vocazione' della Franciacorta quale "paesaggio del vino".

Il contesto geografico

Con il termine "Franciacorta" si identifica oggi¹ un ambito collinare della provincia di Brescia, posto ad ovest del Capoluogo e situato tra le propaggini meridionali delle Prealpi e la pianura padana, caratterizzato dall'anfiteatro delle colline moreniche del lago Sebino.

Un contesto territoriale lambito dal corridoio autostradale e ferroviario Torino-Milano-Venezia, investito dalle intense dinamiche territoriali che caratterizzano la fascia pedemontana lombarda.



Figura 2. Collocazione del territorio della Franciacorta, tra sistema montano prealpino e pianura, lungo la della direttrice Milano-Bergamo-Brescia-Verona.

L'ambito della Franciacorta comprende 18 comuni per 230 kmq, per una popolazione residente di 150mila abitanti. È delimitato a est dalle colline a corona del capoluogo Brescia, a nord dal bacino del lago d'Iseo, a ovest dalla sponda sinistra del fiume Oglio (confine con la provincia di Bergamo) e a sud dalla fascia pianeggiante alluvionale. L'area DOCG Franciacorta di produzione vitivinicola si estende per 3.200 ha. Un elemento di assoluto rilievo è

1 Il nome Franciacorta, di origine non certa, viene fatto risalire al XIII secolo e alla natura di Corte Franca (riferita e territorio affrancato dal dovere di corrispondere il dazio ai signori).

rappresentato dal lago d'Iseo (o Sebino), che rappresenta una rilevante polarità turistica e che si connette con l'ambito dei vigneti con una fitta rete di percorsi di mobilità dolce. Le vigne, tradizionalmente distribuite a macchia di leopardo lungo i contrafforti morenici e prealpini, hanno guadagnato progressivamente le parti agronomicamente coltivabili del piano, anche entrando in competizione con usi del suolo molto remunerativi, quali gli insediamenti produttivi e commerciali. Questi ultimi, di significativa entità nel contesto e disposti lungo la rete portante della viabilità stradale, determinano qualche "cedimento" della qualità paesaggistica; cedimento ampiamente assorbito dalla immagine forte e ampiamente comunicata del paesaggio collinare a vigneto. Un territorio, quello della Franciacorta, che presenta tratti di significativa complessità, posto tra polarità legate da una regione metropolitana padana senza soluzioni di continuità, tra corridoi densamente insediati, spazi aperti di elevata qualità ambientale e paesaggistica, segnati da episodi di urbanizzazione diffusa (Sieverts, 2011; Schmid, 2014; Brenner & Schmid, 2015).

Il Piano Territoriale Regionale d'Area 'Franciacorta', tra paesaggio e brand

Il Piano Territoriale Regionale d'Area (PTRA) rappresenta lo strumento di attuazione delle politiche dettate dal Piano Territoriale Regionale². La legislazione regionale gli conferisce il ruolo di approfondire a scala di maggior dettaglio, gli obiettivi socio-economici ed infrastrutturali da perseguirsi; può altresì dettare criteri necessari al reperimento e alla ripartizione delle risorse e disporre indicazioni puntuali e coordinate riguardanti il governo del territorio, anche con riferimento alle previsioni insediative, alle forme di compensazione e ripristino ambientale, ed alla disciplina degli interventi sul territorio stesso. Le disposizioni e i contenuti del PTRA possono, qualora specificatamente previsto negli elaborati dello stesso, avere efficacia diretta e cogente nei confronti dei comuni e delle province compresi nel relativo ambito. Il PTRA quindi costituisce lo strumento di governance territoriale che permette di attuare un'efficace sinergia tra le strategie di sviluppo economico, sociale e di salvaguardia della sostenibilità ambientale del territorio coinvolto, al fine di armonizzare politiche, programmi e progetti.

2 L'articolo 20 comma 6 della Legge regionale di Governo del Territorio n. 12/2005 e s.m.i., stabilisce: "qualora aree di significativa ampiezza siano interessate da opere, interventi o destinazioni funzionali aventi rilevanza regionale o sovraregionale, il Piano Territoriale Regionale, in seguito PTR può, anche su richiesta delle province interessate, prevedere l'approvazione di un piano territoriale regionale d'area, che disciplini il governo di tali aree". Il Piano Territoriale Regionale (PTR) approvato dal Consiglio Regionale con deliberazione n. 951 del 19 gennaio 2010, individua nei Piani Territoriali Regionali d'Area, in seguito PTRA, gli strumenti di programmazione per lo sviluppo di alcuni ambiti territoriali, quale occasione di promozione della competitività regionale e di riequilibrio del territorio.

L'obiettivo generale del PTR della Franciacorta è promuovere la "qualità del territorio come risultante della qualità dei suoi prodotti e del modo di vivere dei suoi abitanti", e si traduce in tre obiettivi specifici riguardanti la riduzione del consumo di suolo e la rigenerazione urbana/territoriale, la promozione dell'attrattività paesaggistica e della competitività territoriale e infine l'accessibilità e la mobilità sostenibile (Regione Lombardia, 2017).

Va rimarcato, con riferimento all'obiettivo di rigenerazione territoriale, che l'immagine del paesaggio della Franciacorta, unitamente all'immagine dei vigneti sulle colline dominate da castelli e dimore rurali, presenta anche un tessuto produttivo e commerciale con dinamiche che ne mettono in tensione gli equilibri paesaggistici.

Nella lettura di dinamiche di trasformazione connesse al rafforzamento di un territorio quale brand, dove il sostantivo «Franciacorta» si riferisce al tempo stesso al territorio e al prodotto, sono riconoscibili elementi di potenziale criticità, quali: (i) l'omogeneizzazione del paesaggio in una visione stereotipata; (ii) la mercificazione del paesaggio, entro una dinamica commerciale; (iii) infine la *museumification* o *touristification* del paesaggio, che lavorando su una immagine stereotipata fissa un'immagine e disconosce la necessaria e vitale evoluzione. Per converso la presenza di un marchio-territorio nel quale gli attori locali si riconoscono presenta rilevanti opportunità: (i) possibilità di riconoscere le identità multiple in un quadro comune; (ii) opportunità di promuovere la collaborazione verso obiettivi condivisi; (iii) incremento della visibilità e dell'attrattiva turistica.

L'approccio abilitante del piano d'area Franciacorta: "fabbrica delle opportunità"

Il piano d'area vede la compartecipazione delle istituzioni territoriali e dei soggetti socio-economici locali e rappresenta un'occasione di sperimentazione di una governance multilivello d'area vasta. Al centro degli obiettivi di piano la valorizzazione del paesaggio quale risorsa/capitale di produzione: (i) sia in termini di azioni a base territoriale: consumo di suolo e misure connesse di ricomposizione paesaggistica, itinerari, strade parco e rete della fruizione, patrimonio immobiliare pubblico e patrimonio rurale debole da rilanciare, rete stradale e "porte" territoriali di accesso; (ii) sia in termini di governance: pianificazione territoriale intercomunale e forme di cooperazione strutturata d'area e tra comuni, regole urbanistico-edilizie comuni, e opportunità di valorizzazione.

L'obiettivo principale del PTR Franciacorta consiste nella promozione della qualità del paesaggio, inteso come sintesi della qualità dei prodotti enogastronomici e del modo di vivere dei suoi abitanti. Il piano si focalizza su tre argomenti specifici:

- Impermeabilizzazione del suolo e rigenerazione urbana.
- Paesaggio attrattivo e competitività territoriale.
- Accessibilità e mobilità sostenibile.

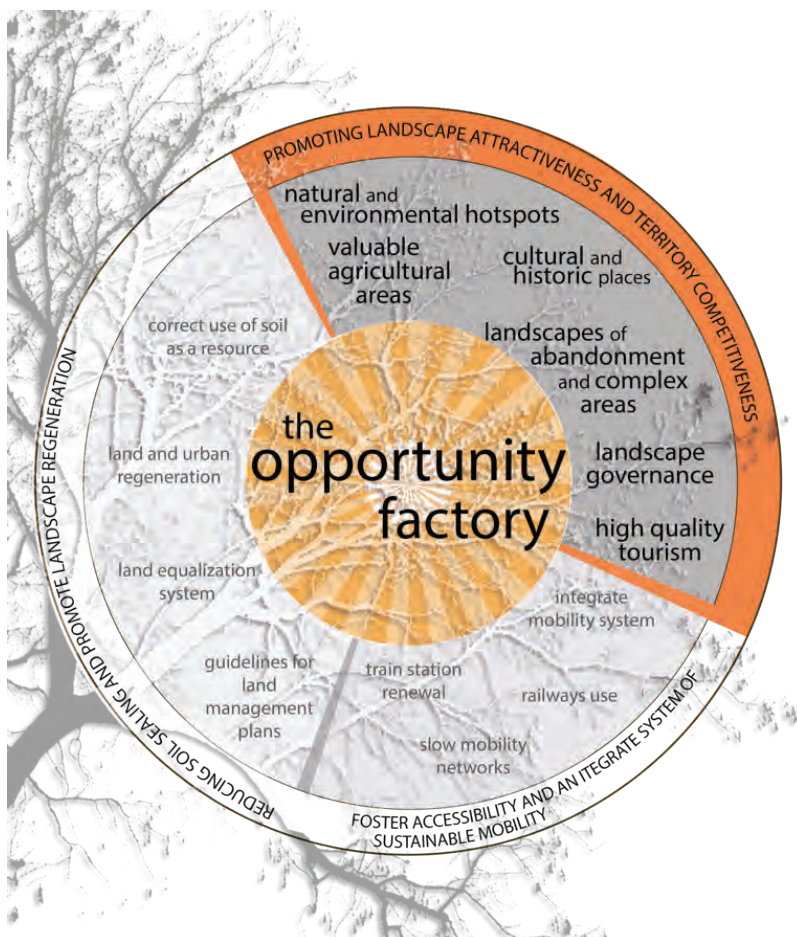


Figura 3. Diagramma della 'fabbrica delle opportunità', a restituire l'articolazione degli obiettivi di piano.

Entro il diagramma concettuale del piano i tre obiettivi sono declinati in azioni. Per quanto riguarda l'impermeabilizzazione del suolo e la rigenerazione:

- Definire i criteri per evitare il consumo del suolo e promuovere la definizione corretta del suo utilizzo.
- Porre indirizzi per la rigenerazione delle aree urbane.
- Stabilire accordi di perequazione alla scala inter-comunale.
- Costruire una regolamentazione comune in campo edilizio.

Per promuovere attrattività e competitività del paesaggio:

- Migliorare la qualità del paesaggio dei coltivi e dell'armatura storico-culturale, ponendo quali priorità di trasformazione le aree degradate e dismesse.
- Promuovere una cultura unitaria d'area per le politiche paesaggistiche.
- Incoraggiare lo sviluppo di un turismo di qualità.

Per il sistema dell'accessibilità:

- Implementare e promuovere la rete ciclo-pedonale e gli itinerari tematici di fruizione territoriale.
- Sviluppare un sistema integrato di mobilità sostenibile, con identificazione di stazioni ferroviarie quali porte di accesso e intermodalità a favorire la mobilità dolce.

Operando una valutazione complessiva del percorso che ha portato al Piano d'Area (Tira & Mazzata, 2008), va considerata una situazione specifica, e decisamente favorevole, del contesto d'azione: (i) la presenza di un Consorzio vitivinicolo per la tutela del Franciacorta, soggetto riconosciuto quale agente di valorizzazione economica e paesaggistica del territorio; (ii) una dinamica positiva del ruolo di attrazione turistica di questo territorio, che registra progettualità interessanti di sistemi di rete di fruizione e di strutture ricettive che beneficiano di un'immagine di qualità; (iii) la crescita di un segmento turistico, rilevante per dimensione economica, legato all'enogastronomia e qui ben ancorato a una riconosciuta qualità della produzione vinicola. Non mancano contrasti di interesse legati a iniziative quali ad esempio la coltivazione di cava o iniziative di urbanizzazione importanti, ma tali legittimi interessi sono qui collocati e dimensionati in un contesto di prevalente attenzione alla valorizzazione paesaggistico-ambientale e alle progettualità che la alimentano. Va sottolineato in questo percorso di pianificazione, che ha avuto il supporto scientifico delle Università di Bergamo e di Brescia³, il ruolo di *stewardship* svolto da Regione Lombardia, che ha promosso e costantemente alimentato il percorso di piano (Adobati & Garda, 2020). E questo ruolo dell'amministrazione regionale rappresenta un caso studio di interesse tra le pratiche, sempre difficili, di pianificazione a scala territoriale che pongono in gioco sforzi di multilevel governance (Tosics, 2011; Brignani, 2014).

3 Il PTR Franciacorta è stato approvato con d.c.r. n. 1564 del 18 luglio 2017 e si pone quale obiettivo centrale: "elevare la qualità del territorio, risultante della qualità dei suoi prodotti e del modo di vivere dei suoi abitanti, al livello di qualità del brand che lo identifica nel mondo intero". Il percorso tecnico di elaborazione, condotto sotto la regia della D.G. Territorio, Urbanistica, Difesa del Suolo e Città Metropolitana Regione Lombardia, ha avuto il supporto scientifico di due unità di ricerca dell'Università degli Studi di Brescia (resp. Maurizio Tira) e dell'Università degli Studi di Bergamo (resp. Fulvio Adobati).

In sintesi una condizione generale di sviluppo del processo decisionale di piano che ha favorito un registro dispositivo volto più a orientare le scelte in termini di valorizzazione che a introdurre elementi di vincolo e regolazioni di diritto negativo. Insomma una condizione che ha consentito di ragionare, in coerenza con gli obiettivi di piano, in termini di abilitazione alle progettualità.



Fig. 4: La zona di produzione del Franciacorta DOCG in una rappresentazione cartografica dal registro comunicativo che tende a valorizzare gli aspetti storico-culturali del territorio. Fonte: <https://terrauomocielo.net> (accesso: 01.09.2022).

La vocazione territoriale come progetto

Il contesto della Franciacorta ben si presta quale caso studio di una vocazione territoriale esito di un processo intenzionale, potremmo dire quale processo di costruzione di un “paesaggio volontario” (Ferraresi, 2004: 17)⁴. L’affermazione del brand del vino Franciacorta DOCG costituisce un successo che ha fortemente caratterizzato nell’immaginario collettivo un paesaggio, al punto di assurgere quasi a re-invenzione contemporanea (Adobati et al., 2017).

⁴ “(...) il paesaggio che viviamo è costretto ad essere un costruito, una ridefinizione di senso del territorio, da produrre intenzionalmente (da parte della società insediata) come ‘progettualità’, come ‘chance’ non necessariamente datanella attuale diffusione urbanasenza forma unitaria; il che implica anche l’esigenza di costruire un nuovo codice di interpretazione territoriale (...)” (Ferraresi, 2004: 17).

Il concetto di “vocazione territoriale”, certo non nuovo, merita una riflessione utile a reconsiderarlo oltre un’accezione oggettivante e unificante.

Sono riconoscibili due approcci nell’utilizzo della vocazione territoriale entro le politiche di sviluppo locale, entrambi ricompresi entro una visione di vocazione quale “mito razionalizzante”: (i) un approccio tecnocratico, tipicamente *top-down* e ampiamente diffuso, che si colloca entro la pianificazione strategica, entro la sua originaria matrice industriale, quindi una vocazione quale riconoscimento tecnicamente fondato delle risorse territoriali entro una strategia di sviluppo, con obiettivi definiti (ii) un approccio *bottom-up*, che lavora su forme di partecipazione e auto-organizzazione dei territori, che offre una visione unitaria - e di interesse assunto quale pubblico - della molteplicità degli interessi in campo, rivolgendosi quasi esclusivamente alle risorse pubbliche per il sostegno delle azioni (Mastroberardino, Calabrese & Cortese, 2012).

Entrambe le opzioni sopra descritte sono inscrivibili in una logica di tipo deduttivo, una visione unificante dalla quale scaturiscono opzioni, scelte e progetti.

Un terzo approccio, meno rassicurante nella razionale disposizione di elementi analitici e dispositivi previsionali, e volto a lavorare sull’abilitazione delle progettualità dei soggetti territoriali, assume la vocazione territoriale quale progetto composito delle visioni e delle traiettorie progettuali. Non rinuncia alla forza retorica della vocazione territoriale quale ‘mito razionalizzante’, anzi ha necessità di ancorarsi ancora con più forza all’assunzione di un brand territoriale, ma risulta meno pretenziosamente razional-sistemico, ponendosi con caratteri di maggiore flessibilità nella costruzione di disegni di sviluppo (Balducci, Fedeli & Pasqui, 2011; Balducci, 2012).

Illuminante qui un passaggio di un’intervista a Gigi Mazza (Mazza, 2016), nella quale, affrontando il tema della latitanza delle politiche territoriali, con particolare riferimento alla scala vasta e alla fragilità della co-pianificazione inter-istituzionale, si ripropone il concetto di vocazione territoriale: (...) “non esistono veri limiti alle iniziative possibili, non esistono vocazioni territoriali in quanto, in un territorio come il nostro, le vocazioni possono essere inventate e predisposte se esiste una volontà politica sufficiente per coinvolgere risorse adeguate” (...).

Un approccio induttivo, che rinuncia a una rassicurante fissità dello scenario e assume la dimensione progettuale quale leva per attivare le risorse locali, rappresenta in questa terza opzione la traiettoria più efficace per mettere al lavoro i territori e tessere politiche e progetti di sviluppo. E in questa azione, in assenza di entità territoriali e confini amministrativi riconoscibili

stabilmente e in modo (artificiosamente) univoco, la progettualità territoriale disegna *geografie volontarie* che coinvolgono gli attori intorno a una mission e a un brand nel quale riconoscersi e agire (Adobati, 2018).

Riferimenti bibliografici

- Adobati, Fulvio; Oliveri, Alessandro; Pavesi, Filippo Carlo; Pezzagno, Michele & Tira, Maurizio (2017). "Franciacorta: un brand (e un piano) per molti paesaggi", in *Atti della XIX Conferenza Nazionale SIU. Cambiamenti. Responsabilità e strumenti per l'urbanistica al servizio del paese*, pp. 181-188. Roma-Milano: Planum Publisher.
- Adobati, Fulvio (2018). *Geografie volontarie. Dal territorio disegnato al disegno di territorio*. Ariccia-Roma: Aracne.
- Adobati, Fulvio & Garda, Emanuele (2020). "Governance, institutional stewardship and local identity: the Area Regional Territorial Plans experience in Lombardy", *Ciudades*, n.23, pp. 23-48. DOI: <https://doi.org/10.24197/ciudades.23.2020.23-48>
- Balducci, Alessandro; Fedeli, Valeria & Pasqui, Gabriele (2011). *Strategic Planning for Contemporary Urban Regions. City of Cities: a Project for Milan*. Farnham/Burlington: Ashgate.
- Balducci, Alessandro (2012). "Quale pianificazione per i territori post-metropolitani? Una riflessione a partire dalla rottura del legame tra forme dell'urbano e confine amministrativi", *Planum: The Journal of Urbanism*, n.25, pp. 1-7.
- Brenner, Neil & Schmid, Christian (2015). "Towards a New Epistemology of the Urban?", *City*, vol. 19, n.2-3, pp. 151-182. DOI: <https://doi.org/10.1080/13604813.2015.1014712>
- Brignani, Nicola -ed.- (2014). "Lombardy: A new approach to a regional territorial plan", in *European Commission, Interim Report – Part A.3 Study on promoting multi-level governance in support of Europe 2020*. Disponibile in: <http://www.spatialforesight.eu/mlg.html> (accesso: 01.09.2022).
- Ferraresi, Giorgio (2004). "Il paesaggio volontario", in Pagani, L. -ed.-, *Corsi d'acqua e aree di sponda: per un progetto di valorizzazione. Natura, Storia, Paesaggio*, pp. 17-25. Bergamo: Sestante.
- Mastroberardino, Piero; Calabrese, Giuseppe & Cortese, Flora (2012). "La vocazione territoriale come mito razionalizzante", in Baccarini, Claudio;

- Maizza, Amedeo & Golinelli, Gaetano M. -a cura di- *Atti XXIV Convegno annuale di Sinergie, Il territorio come giacimento di vitalità per l'impresa (18-19 ottobre 2012)*, pp. 579-590. Lecce: Università del Salento. Disponibile in: <https://www.sijm.it/wp-content/uploads/2021/04/CP-LECCE-PARTE-I.pdf> (accesso: 01.09.2022).
- Mazza, Luigi (2016), "Un'agenzia autonoma contro la latitanza delle politiche territoriali", *Il Giornale dell'Architettura*, 4.01.2016. Disponibile in: <https://ilgiornaledellarchitettura.com/2016/01/04/luigi-mazza-unagenzia-autonoma-contro-la-latitanza-delle-politiche-territoriali-2/> (accesso: 01.09.2022).
- Regione Lombardia (2017). *Piano Territoriale Regionale d'Area Franciacorta*. BURL, s.o. 21.09.2017, n. 38.
- Schmid, Christian (2014). "Networks, Borders, Differences: Toward a theory of the urban", in Brenner N. -ed.-, *Implosions/Explosions. Towards a study of planetary urbanization*, pp. 67-80. Berlino: Jovis.
- Sieverts, Thomas (2011). "The in-between city as an image of society: From the impossible order towards a possible disorder in the urban landscape", in Young, Douglas; Burke Wood, Patricia & Keil, Roger -eds.-, *In-Between-Infrastructure: Urban Connectivity in an Age of Vulnerability*, pp. 19-27. Kelowna: Praxis (e)press.
- Tira, Maurizio & Mazzata, Simone (2008). *Franciacorta Sostenibile. Venti comuni progettano insieme il futuro del territorio*. Rovato: Fondazione Cogeme Onlus.
- Tosics, Ivan (2011), "Governance challenges and models for the cities of tomorrow". European Commission-Directorate General for Regional Policy. Disponibile in: https://ec.europa.eu/regional_policy/sources/docgener/studies/pdf/citiesoftomorrow/citiesoftomorrow_governance.pdf (accesso: 01.09.2022).

PAISAJES DE LA TIERRA Y LA ENERGÍA

Coordinador: Luis Santos y Ganges

PAISAJE GEOLÓGICO Y CULTURAL EN EL GEOPARQUE UNESCO LAS LORAS

JOSÉ ÁNGEL SÁNCHEZ FABIÁN

KARMAH SALMAN MONTE

Geoparque Mundial UNESCO Las Loras

geoloras@gmail.com

El Geoparque Las Loras, con casi 1000 km², es un territorio que se enclava al sur del sector oriental de la Cordillera Cantábrica, ocupando parte del norte de las provincias de Burgos y Palencia (Figura 1). Fue incluido en la Red Mundial de Geoparques de la UNESCO en el año 2017, siendo actualmente el único Geoparque en Castilla y León.

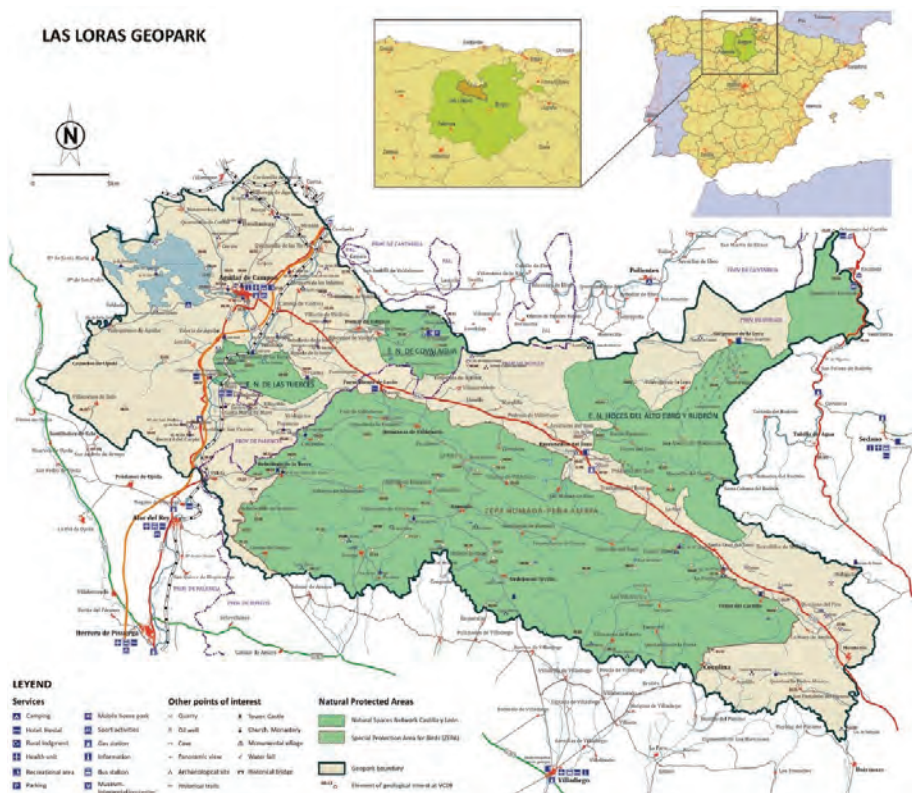


Figura 1. Localización geográfica del Geoparque UNESCO Las Loras. Fuente: J. Basconcillos Arce, Dossier de candidatura del Geoparque Las Loras.

Geológicamente hablando, el Geoparque se encuentra enclavado en el borde suroccidental de la Cuenca Vasco-Cantábrica, dentro de la denominada Plataforma Norcastellana (Floquet & Mathey, 1984; Barnolas & Pujalte, 2004; Figura 2). Precisamente, la localización del territorio en el borde de esta cuenca sedimentaria derivó en una compleja evolución paleogeográfica. Debido a esta estratégica situación del territorio dentro de esta cuenca, en cada una de las formaciones geológicas del Geoparque han quedado grabados los acontecimientos geológicos más importantes que afectaron a esta región de Europa durante los últimos 250 millones de años. Así, la apertura del océano Atlántico, las etapas del *rifting* del golfo de Vizcaya, o la gran transgresión marina del Cretácico superior, se pueden observar in situ en numerosos afloramientos de gran belleza.

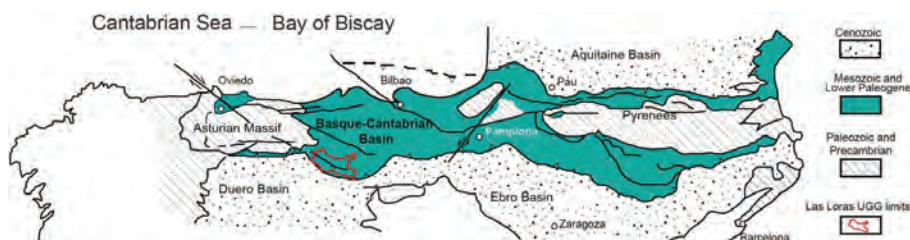


Figura 2. Situación de la Cuenca Vasco-Cantábrica (en la imagen, “Basque-Cantabrian Basin”). Fuente: Barnolas & Pujalte (2004), y elaboración propia.

Ha sido esta compleja historia geológica la que ha ido conformando los múltiples y muy diferentes paisajes de esta región, que se han ido sucediendo a lo largo del tiempo geológico. El último de ellos, el que actualmente se puede observar, es sin duda otra etapa más de un territorio en constante evolución, en el que cada una de las especies vegetales y animales que han poblado este lugar en el pasado, o las a que actualmente viven en él, han tenido que ir adaptándose a estas cambiantes condiciones ambientales controladas en gran medida por los procesos geológicos que han ido aconteciendo.

Por lo tanto, si queremos comprender el paisaje natural y cultural y su relación con cada uno de los elementos que lo componen, es indispensable entender las características geológicas y geomorfológicas del territorio. De este modo, la actividad humana tampoco escapa de estos condicionantes geológicos, y así, el vínculo existente entre las características geológicas y el patrimonio cultural o el aprovechamiento histórico del territorio (cultivos, pastos, materiales de construcción, etc.) es muy evidente, pudiéndose apreciar de forma muy clara en cada uno de los rincones del Geoparque. Por esta razón, los elementos geológicos y geomorfológicos deberían ser tratados como un componente esencial y dinámico del patrimonio cultural, y no solamente como un mero contexto o marco geográfico sin una conexión real con dicho patrimonio cultural (Serrano Cañadas & González Amuchastegui, 2015).

Geología y ecología

El tipo de rocas y su distribución, así como los accidentes geológicos, condicionan la dinámica hidrológica y las características del suelo. Esto, junto con el clima, influye directamente en el tipo de vegetación, y todo esto a su vez actúa de forma determinante en la presencia y distribución de la fauna salvaje dentro del Geoparque.

La diversidad del medio natural de Las Loras y su buen estado de conservación permiten el mantenimiento de una notable representación de hábitats, algunos de ellos muy singulares y escasos en Europa, que albergan multitud de especies de flora y fauna amenazadas (Basconillos et al., 2018). Como se ha dicho anteriormente, las características y procesos geológicos acontecidos a lo largo de la historia geológica, si bien no han sido los únicos factores que han influido en la biodiversidad, sí han sido determinantes en la propia evolución y presencia de las diferentes especies vegetales y animales presentes en este territorio.

Más allá de la posición biogeográfica, si nos fijamos en la distribución actual de los organismos y sus hábitats dentro del Geoparque, vemos que existe una clara relación entre estos y los tipos de sustrato, su configuración y las características geomorfológicas. Así, la distribución de organismos se ve influenciada principalmente por dos características:

1. Los diferentes materiales del terreno. En este sentido la presencia de materiales detríticos silíceos en los fondos de los valles, generadores de suelos ácidos, favorece la presencia de comunidades vegetales acidófilas como los melojares (*Quercus pyrenaica*) y brezales, mientras que, en las zonas medias y altas del territorio, donde los materiales carbonatados son predominantes, aparecen quejigares (*Quercus faginea*) y aulagares.
2. La configuración geomorfológica del territorio. La morfología del territorio está controlada fundamentalmente por dos aspectos: la alternancia de materiales con diferente competencia y la estructura geológica de los mismos. De este modo, calizas y dolomías representarían las rocas más resistentes a la erosión, y margas y arenas los materiales incompetentes o menos resistentes a los procesos erosivos. El relieve resultante es una sucesión de norte a sur de espectaculares relieves invertidos, crestas, cuevas, replanos estructurales, etc. asociados a las grandes estructuras geológicas que presentan una dirección predominante NO-SE. Las Loras, por lo tanto, son sinclinales colgados de más de 1000 m de altitud en cuyas laderas norte y sur se establecen comunidades vegetales muy diferentes entre sí, adaptadas a las amplias zonas de umbría al norte, con hayedos calcícolas (*Fagus*

sylvatica) y extensas manchas de encinas (*Quercus ilex*) situadas en las zonas de solana, al sur de cada uno de estos páramos o Loras. En la parte superior de cada una de estas Loras se desarrolla un hábitat de carácter subestepario de gran interés con multitud de especies de fauna y flora adaptadas a estos entornos (Basconcillos et al., 2018)

Además de estos condicionantes generales existen otros más específicos donde determinadas características geológicas o geomorfológicas determinan de forma inequívoca la presencia de ciertas especies vegetales y animales. Algunos ejemplos son la presencia de comunidades vegetales arbustivas de gran valor ecológico desarrolladas al abrigo de dolinas localizadas en algunas de las Loras del territorio; magníficos ejemplos se pueden ver en la Lora de Valdivia, o aquellas formaciones vegetales nemorales desarrolladas en los ambientes húmedos y umbríos generados en los entornos ampliamente karstificados, como en el paisaje ruiniforme de Las Tuerces o en las numerosas cuevas del territorio. También se genera un hábitat especial, incluido en la Directiva Hábitats (Comisión Europea, 2013), en las formaciones tobáceas generadas por comunidades briofíticas en aguas carbonatadas o en las diferentes turberas que se encuentran repartidas por todo el territorio, incluidas, también, en el listado de Hábitats de Interés Comunitario.

Geología y usos del territorio

En la mayoría de las ocasiones se pasa por alto la relación existente entre la geología y los usos que tradicional e históricamente han realizado los seres humanos en un territorio determinado. Términos como etnogeología (Díez Herrero & Martín Duque, 2005) comienzan a tener especial relevancia y ponen de manifiesto la importancia y el papel de la geología a la hora de comprender la propia historia de la humanidad. Como se verá a continuación, este vínculo entre estos dos elementos es especialmente evidente en el Geoparque Las Loras. De este modo, el territorio no solamente ha servido como espacio donde obtener los recursos abióticos (agua, materiales de construcción, hierro, yeso, carbón o incluso petróleo), sino que ha condicionado de forma determinante los diferentes usos tradicionales que el hombre, a lo largo de la historia, ha realizado en este entorno. Así, la agricultura, las zonas de pasto para el ganado, la ubicación de asentamientos humanos, de edificios y monumentos, los usos del agua, etc. han sido influidos de una forma incuestionable por las características geológicas de este territorio.

Agricultura y ganadería

La relación entre las características del terreno y la ubicación de zonas de óptimo aprovechamiento para la agricultura o la ganadería es algo obvio. Por ejemplo, desde el Neolítico, el uso de las parameras y las cuestas como

extensas áreas para el ganado ha sido una constante en este territorio. Las condiciones que se dan en estos entornos les convierten en lugares idóneos para el pastoreo, donde los pastos suelen permanecer verdes incluso en las épocas de estío. Los valles, donde las arenas del Cretácico inferior y medio son los materiales más característicos, son las áreas que tradicionalmente han sido utilizadas para la agricultura.

No obstante, existen numerosos y curiosos ejemplos donde determinadas características geológicas otorgan un plus para el desarrollo de estas actividades. El cultivo de cereal y patata de secano aprovechando el abrigo y los suelos fértiles generados en las numerosas dolinas existentes en todo el Geoparque ha sido y es, aunque actualmente en menor proporción, un uso habitual en el sector agrario (Figura 3A). También es muy frecuente encontrar fincas para uso agrícola ocupando una franja alargada y estrecha que coincide perfectamente con una formación de margas del Cretácico superior que se encuentra resguardada entre las dos formaciones de calizas tan características de la parte superior de cada una de las Loras (Figura 3B). En otras ocasiones, las citadas dolinas han servido como redil natural para mantener a resguardo el ganado. Bellos ejemplos son la dolina del Pozo del Corral en Fuenteodra (Figura 3C) o la del Puente del Diablo en Barrio Panizares.



Figura 3. Relación entre las actividades agroganaderas y características del terreno.

A) Ortofoto donde se aprecian cultivos en dolinas, en Sargentos de la Lora. B) Cultivos siguiendo una formación de margas del Cretácico superior en “Los Cintos”, Becerril del Carpio. C) Dolina del Pozo del Corral en Fuenteodra, utilizada como redil. Fuente: Elaboración de los autores.

Asentamientos humanos

Desde el Paleolítico hasta nuestros días, el ser humano ha ido buscando y encontrando los mejores lugares donde establecerse según las circunstancias ambientales y sociales de cada momento. Y aquí, las características fisiográficas del territorio han jugado un papel fundamental condicionando, y ayudando en otras ocasiones, a los diferentes pobladores para que los asentamientos se ajustaran en la medida de lo posible a las necesidades que tenían. Hay numerosos ejemplos en el Geoparque de este vínculo. En el Paleolítico, por ejemplo, el paisaje kárstico bien desarrollado en el Espacio

Natural de las Tuerces fue fundamental para que aquellos pobladores de la época encontraran refugio en las numerosas cuevas del entorno. Lo mismo ocurrió en la Cueva de Valdegoba, en la localidad de Huérmeces, donde también se han encontrado vestigios de esa época. Los agricultores y pastores neolíticos también encontraron en las parameras lugares perfectos para el pasto de sus ganados, aprovechando las numerosas dolinas como refugio para los animales. Es precisamente en el borde de estas parameras (zonas con gran visibilidad), y preferiblemente en las inmediaciones de zonas húmedas y cabeceras de arroyos, donde se encuentran sistemáticamente los dólmenes de este territorio (Moreno Gallo et al., 2021)

Durante la Edad del Hierro surgen los primeros asentamientos estables en este territorio y, de nuevo, el vínculo entre estos y las características del medio natural cobra una especial relevancia. Durante este periodo, los poblados se construyen en zonas poco accesibles y fáciles de defender. Debido a las características de Las Loras, la gran mayoría de estas parameras funcionan como perfectas fortalezas donde las enormes formaciones calcáreas del Cretácico superior constituían verdaderas murallas naturales que facilitaban enormemente la defensa de estos pueblos prerromanos (Torres-Martínez et al., 2016; Vacas et al., 2018). Magníficos ejemplos de estos asentamientos se pueden ver en las Loras de la Peña Ulaña, Monte Bernorio, Monte Cildá o Peña Amaya.

Después de la conquista romana y de ser sometidos estos pueblos cántabros, los asentamientos se trasladan a los valles, lomas y cuestas para adaptarse a una nueva cultura y a una economía basada en el cultivo del cereal, y para tener cerca los diferentes recursos naturales disponibles.

Eremitorios rupestres, edificios románicos y arquitectura popular

La relación entre los diferentes elementos geológicos del medio natural y este tipo de edificaciones se basan fundamentalmente en dos aspectos. Por un lado, la naturaleza y características de los materiales constructivos y, por otro lado, la ubicación de dichos edificios. Seguramente, el ejemplo más significativo y que efectivamente aglutina estos dos aspectos, tipo de roca y ubicación, son los numerosos eremitorios rupestres presentes en toda la comarca. Observando la ubicación de estas construcciones vemos que mayoritariamente se encuentran ubicadas siguiendo la misma formación geológica que aflora a ambos lados de cada una de las Loras, en la base de los flancos de estos sinclinales colgados. Esta formación geológica está compuesta por unas areniscas del Cretácico medio cuyas características hacen que se facilite la excavación y la estabilidad de estas joyas del patrimonio cultural. Bellos ejemplos se pueden ver a ambos lados de las Loras de Valdivia y Las Tuerces. En esta última se encuentra uno de los eremitorios rupestres más

importantes y bellos de la Península Ibérica, la iglesia de los Santos Justo y Pastor de Olleros de Pisuerga.

Otras edificaciones medievales tienen también una relación directa con la geología. La ubicación estratégica de castillos como los de Gama, Úrbel o Aguilar de Campoo son claros ejemplos. Los dos primeros se localizan en crestas de calizas cretácicas aprovechando que los efectos de la erosión diferencial hacen que estas formaciones carbonatadas, más resistentes a la erosión, den unos importantes resaltes positivos en la topografía, ya que se encuentran en una alternancia con materiales menos resistentes como son arenas y margas. El Castillo de Aguilar es un caso algo diferente y muy interesante (Figura 4). Al igual que los castillos de Gama y Úrbel, se encuentra en una zona que destaca en la topografía situada en materiales carbonatados, en este caso del Jurásico inferior, fruto también de la erosión diferencial con respecto a una formación de arcillas del Triásico superior, poco resistentes a los procesos erosivos. Lo relevante del contexto geológico donde se encuentra este castillo, y que afecta directamente a su ubicación, está en que el afloramiento donde se localiza es producto de los movimientos halocinéticos generados en el anticlinal diapírico de Aguilar de Campoo. En este lugar, las arcillas rojas con yesos (formaciones evaporíticas) del Triásico superior, por su menor densidad, ascendieron rompiendo y disgregando las formaciones carbonatadas suprayacentes (calizas del Jurásico inferior) quedando numerosos bloques de caliza englobados entre las arcillas rojas con yesos. Es precisamente uno de esos enormes bloques carbonatados donde se encuentra enclavado el castillo de Aguilar de Campoo.

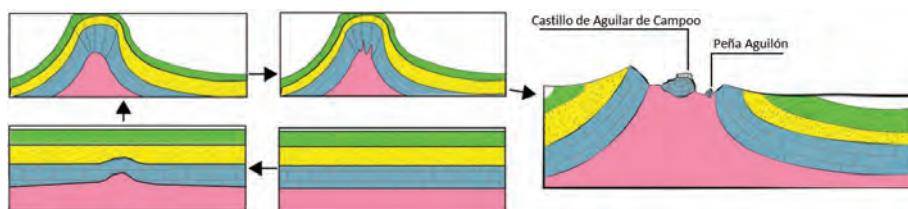


Figura 4. Evolución del anticlinal diapírico de Aguilar de Campoo. Fuente: Elaboración de los autores.

Las iglesias románicas también tienen su estrecha relación con las características geológicas del territorio. Así los materiales constructivos que se utilizaron para su construcción le otorgan una personalidad propia. Areniscas y calizas cretácicas para los sillares y partes estructurales de los edificios, calizas margosas para el tallado de los elementos decorativos en capiteles y canecillos o tobas calcáreas para los techos y zonas abovedadas de las iglesias muestran el amplio conocimiento que ya en aquellas épocas se

tenía sobre las diferentes características de las rocas de la zona y cuál era la mejor manera de utilizarlas.

Otro magnífico ejemplo de cómo los factores geológicos han influido en aspectos del patrimonio cultural es la localidad de Orbaneja del Castillo. Aquí, el resultado de esta relación es un paraje de alto valor cultural soportado por los recursos hidráulicos generados por la presencia de una dinámica kárstica y la existencia de un importante edificio tobáceo que determina el espacio urbano y rural (Serrano Cañadas & González Amuchastegui, 2015).

Aprovechamiento de las rocas y recursos minerales

El aprovechamiento de las rocas y los recursos minerales en el territorio ha tenido también su importancia en la comarca a lo largo de la historia del hombre. Durante el Paleolítico, la industria lítica tuvo una especial relevancia para los pobladores neandertales de Valdegoba, donde se han encontrado más de 1800 piezas líticas, fundamentalmente de cuarcita y sílex. Para los hombres y mujeres del Neolítico, las rocas tuvieron un especial significado, como demuestran los excepcionales y numerosos monumentos megalíticos (dólmenes y menhires) repartidos por todo el Geoparque.

Ya en la Edad del Hierro, las calizas y areniscas cretácicas utilizadas en la construcción de las imponentes murallas de los castros prerromanos y los yacimientos de hierro para extraer este valioso mineral fueron fundamentales para la supervivencia de aquellas sociedades.

En el siglo XX, el aprovechamiento de los lignitos del Cretácico medio, los yesos de Aguilar de Campoo y, sobre todo, el campo de petróleo de Ayoluengo en Sargentos de la Lora, tuvieron una notable relevancia en el contexto socioeconómico del territorio. Actualmente, ninguna de esas actividades sigue en funcionamiento, y solamente algunas canteras de áridos están activas.

Historias y Leyendas

También existen en el territorio historias y leyendas ancestrales que trataban de explicar algunos de los elementos geológicos y geomorfológicos más llamativos de nuestro paisaje. Destacan la leyenda de “La Culada del Diablo” que da explicación a unas formas desarrolladas por la disolución de la roca caliza en unas pequeñas hoces que se encuentran al norte de la localidad de Villaescusa de Ecla. O la leyenda, que incluso aparece representada en unas pinturas del siglo XV en el interior de la iglesia de Basconcillos del Tozo, que cuenta que una malvada serpiente se refugiaba en lo más profundo de la Cueva del Agua, alimentándose del ganado y de algún que otro niño de los pobladores de la zona. Parece ser que estos hechos llegaron a oídos del Cid

Campeador que, con su caballo Babieca, cabalgó para dar muerte a aquella bestia; la fuerza indómita del Cid y su fiel Babieca doblegaron al monstruo, que murió víctima de las patas del caballo que aplastó la cabeza de la bestia dando la victoria a su señor. Fue tanta la fuerza de aquellas pisadas que sus huellas quedaron marcadas en el terreno, horadando enormes oquedades. Bellísima forma de explicar el origen de las espectaculares dolinas que aparecen en torno a la Cueva del Agua, entre Basconcillos del Tozo y Barrio Panizares.

Conclusiones

Tradicionalmente y de forma sistemática se ha obviado o relativizado la importancia de las características geológicas y geomorfológicas en la configuración del paisaje natural y cultural. De este modo, la interpretación de un paisaje determinado en la mayoría de los trabajos o actividades que abordan este tema carece de la base fundamental en la que se desarrolla la biodiversidad y, como hemos visto, las actividades humanas.

En el Geoparque Las Loras, este vínculo entre la geología, la biodiversidad y las actividades humanas se hace especialmente evidente, seguramente porque las características geológicas se perciben aquí de forma muy clara, conformando un paisaje geológico sobresaliente, fácil de observar y no demasiado complejo para llegar a entenderlo.

La evolución y la presencia de fauna y flora ha ido de la mano de los diferentes procesos y acontecimientos geológicos sucedidos durante la historia geológica, influyendo de manera determinante en la configuración actual de la biodiversidad. Además, y como no podía ser de otra manera, desde el Paleolítico hasta nuestros días la geología ha estado presente, ha influido y ha sido fundamental en el desarrollo de las diferentes comunidades que, a lo largo de la historia, se han asentado en nuestro territorio. Los recursos naturales, la ubicación de los asentamientos, los usos tradicionales del territorio e incluso las leyendas están impregnadas de geología. Es por esta razón que las características geológicas no deben ser consideradas como el contexto donde se desarrollan el resto de procesos naturales y culturales, sino como una parte indisoluble de los mismos e indispensable a la hora de comprender y por tanto gestionar de forma adecuada nuestro paisaje.

Referencias bibliográficas

Barnolas, A. & Pujalte, V. (2004). "La Cordillera Pirenaica: definición, límites y división", en Vera J. A. -ed.-, *Geología de España*, pp. 233-241. Madrid: Sociedad Geológica de España-Instituto Geológico y Minero de España.

- Basconcillos, J.; Gallego, N.; García, F.; Rodríguez, A.; Salman, K. & Sánchez, J. A. (2018). *Geoparque Las Loras. Memoria de la Tierra*. Palencia: Aruz Ediciones.
- Comisión Europea-Dirección General de Medio Ambiente (2013). *Interpretation Manual of European Union Habitats - EUR28*. Disponible en: https://ec.europa.eu/environment/nature/legislation/habitatsdirective/docs/Int_Manual_EU28.pdf (acceso: 01/09/2022)
- Díez Herrero, Andrés & Martín Duque, José Francisco (2005). *Las raíces del Paisaje: condicionantes geológicos del territorio de Segovia*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.
- Floquet, M. & Mathey, B. (1984). "Evolution sédimentologique, paléogéographique et structurale des marges ibérique et le européen dans les régions vasco-cantabrique et nord ibérique au Crétacé moyen et supérieur", *Strata*, vol. 1, pp. 129-136.
- Moreno Gallo, Miguel Ángel; Delibes de Castro, Germán; Villalobos García, Rodrigo; Santa Cruz del Barrio, Angélica & Basconcillos Arce, Javier (2021). *Territorio megalítico*. Burgos: Agrupación de Municipios Territorio Megalítico.
- Serrano Cañadas, Enrique & González Amuchastegui, María José (2015). "Patrimonio natural y cultural: Las Tobas y la Villa de Orbaneja del Castillo. Un entendimiento obligado", *Cuadernos del Museo Geominero*, nº18, pp. 197-202. Disponible en: https://www.igme.es/museo/publicaciones/cuadernos/2015_Reuni%C3%B3nZumaia_Cuadernos18.pdf (acceso: 01/09/2022)
- Torres-Martínez, Jesús F.; Fernandez-Götz, Manuel; Martínez-Velasco, Antxoka; Vacas-Madrid, David & Rodríguez-Millán, Elina (2016). "From the Bronze Age to the Roman Conquest: the Oppidum of Monte Bernorio (Northern Spain)", *Proceedings of the Prehistoric Society*, vol. 82, pp. 363-382. DOI: <https://doi.org/10.1017/ppr.2016.11>
- Vacas, D.; Torres-Martínez, J. F.; Fernández-Götz, M. & Martínez-Velasco, A. (2018). "Techniques d'enregistrement et de visualisation 3D dans le projet 'Monte Bernorio dans son environnement'", en Villard-Le Tiec, Anne; Menez, Yves & Maguer, Patrick -eds.-, *Architectures de l'âge du Fer en Europe occidentale et centrale. Actes du 40e colloque international de l'AFEAF (Rennes, 4-7 mai 2016)*, pp. 687-690. Rennes: Presses universitaires de Rennes.

12. LOS PAISAJES DE LA ENERGÍA

Carlos NÁRDIZ ORTIZ

Universidade da Coruña

<https://orcid.org/0000-0001-7160-1434>

carlos.nardiz@udc.es

Introducción

Es sabido que las fuentes primarias de la energía las ofrece la naturaleza a través del sol, el agua, el viento y el fuego. La energía, por otra parte, puede ser mecánica, cinética, térmica, eléctrica etc. El paisaje de los ríos, por ejemplo, no se entiende sin la transformación inicial de la energía cinética del agua en energía mecánica mediante ruedas y engranajes al servicio de los molinos, ferrerías, batanes, serrerías etc., con técnicas que vienen desde la antigüedad y que se fueron perfeccionando a partir del siglo XVI, en donde se empezaron a estudiar los rendimientos de las máquinas hidráulicas, dentro de lo que Caro Baroja (1983) llamaba de una forma inexacta “tecnología popular”. El salto de escala se producirá en el siglo XVIII, cuando las fábricas hidráulicas adquirirán cada vez mayor dimensión, tanto en entornos rurales como urbanos. Obras tan extraordinarias como los canales de navegación del siglo XVIII son, en realidad, máquinas hidráulicas a escala territorial.



Figura 1. Aceñas del Duero. Fuente: Fotografía del autor.

La máquina de vapor, a partir del siglo XIX, revolucionará los transportes, antes de tracción animal o apoyados en la fuerza del agua o del viento, con la creación de nuevos medios como el ferrocarril y los barcos de vapor, favoreciendo la concentración en las ciudades de las nuevas industrias, en donde el trabajo mecánico realizado por la máquina de vapor fue sustituyendo progresivamente a la fuerza del hombre y los animales, permitiendo no solo el transporte de materias primas, como el carbón, sino iniciando la producción de bienes a gran escala.

Lewis Mumford (1971), en su libro *Técnica y Civilización* (primera edición de 1934), relacionaba la última fase de la civilización, la neotécnica, con la electricidad y la aleación como principales fuentes de energía, que habían sustituido al agua y la madera (fase eotécnica, que llega hasta el siglo XVIII) y al carbón y al hierro (fase paleotécnica, que se extendía por todo el siglo XIX). Para Mumford, la fase neotécnica fue marcada desde el principio por la conquista de una nueva fuente de energía: la electricidad, resultante de los inventos de la ciencia que se venían produciendo desde el siglo XVII.

La aplicación de la electricidad como fuente de energía produjo cambios revolucionarios que afectaron a la concentración de las industrias, dependientes en la fase anterior de las localizaciones de las minas de carbón. Frente a la energía derivada del carbón, la electricidad puede generarse con un gran número de fuentes, como ocurre con los saltos de agua hidráulicos, que caracterizarán las centrales hidráulicas; con vapor de agua a presión, que caracterizarán las centrales térmicas; con rayos de sol, que caracterizará la energía fotovoltaica; con el viento, que caracterizará la energía eólica; y con elementos radiactivos, que caracterizará la energía nuclear, aunque estas últimas fuentes de energía no estaban en la imaginación de Mumford en los años treinta.

El libro de Cliff Tandy (1979) sobre *Industria y paisaje* (primera edición de 1975) se orientaba a la identificación de aquellas industrias, desde la antigüedad, con fuerte incidencia en el paisaje, en las que, aparte de la industria del carbón, identifica la del hierro y el acero, la de extracción de minerales como el cobre o el aluminio, la extracción de materiales como la arena, las gravas, las arcillas y el petróleo, que, a su vez, como el carbón, es fuente de energía, y la industria de suministro de la energía eléctrica, que no solo —dice— se refiere a las centrales de producción, sino también a las instalaciones de transporte y transformación.

Es en este sentido que Tandy decía entonces (y solo refiriéndose a la hidráulica, a la térmica y a la nuclear), esto es, que esta industria de la energía eléctrica ha tenido fuerte incidencia sobre el paisaje debido a su rápido desarrollo, a la expansión de sus redes de distribución y a la ingente escala de sus elementos componentes, en algunos países ha llegado a constituir una

preocupación para la opinión pública, al atravesar, como cortándolos por un tajo, bellos parajes naturales.

En realidad, el debate en la opinión pública por las fuertes ocupaciones de tierra de las centrales hidráulicas, con sus embalses, y de las centrales térmicas, generalmente asociadas a las minas de carbón, venía de al menos dos o tres décadas previas al libro de Tandy. Los debates sobre las nucleares surgirán en España en los años sesenta, ligados también a su peligrosidad. El de la eólica y fotovoltaica es más reciente, y se extiende a las dos primeras décadas del siglo XXI, unido a la apuesta de estas energías renovables, entre las cuales está la hidráulica y la biomasa, para sustituir progresivamente a las anteriores, por sus menores efectos sobre el cambio climático.

Una fuente fundamental de energía, en la que España es un país fuertemente dependiente del exterior, es el petróleo. Los efectos paisajísticos de los pozos de petróleo, que han llenado la pantalla del cine americano de los años cuarenta y cincuenta, se relacionan, en primer término, con las refinerías situadas en la periferia de algunas ciudades, a las que llega el crudo en barco por terminales portuarias especializadas construidas, aquí en España, a comienzos de los años sesenta, con tuberías que atraviesan las ciudades, entre los muelles y las refinerías.



Figura 2. Refinería de petróleos de A Coruña, frente a la playa de Bens. Fuente: Fotografía del autor.

Los efectos paisajísticos del petróleo se relacionan también con la movilidad a todas las escalas apoyada en esta fuente de energía, que va desde los medios de transporte (automóviles, camiones, autobuses, barcos, aviones) con sus efectos sobre el cambio climático, especialmente en las ciudades, a las infraestructuras de transporte (incluidas las calles, sendas, plazas y parques para caminar), cuyos cambios están produciendo transformaciones en el paisaje urbano y rural.

La contribución de cada una de las fuentes de energía al llamado “mix energético” ha ido cambiando durante todo el siglo XX, y lo sigue haciendo en el siglo XXI. Las circunstancias no son solo funcionales, al incrementarse las demandas, sino que tienen una fuerte componente política, económica y ambiental. E incluso energías como la eólica y la fotovoltaica tienen hoy, como comentaremos, un carácter central en la transición ecológica y en la descarbonización. Las consecuencias paisajísticas y las reacciones que se están produciendo por el crecimiento difuso de estas dos fuentes de energías, por ejemplo, en España, debido a la apuesta del Plan Nacional de Energía y Clima 2021-2030 (PNIEC) por las mismas, las comentaremos también después, cuando tratemos este tipo de energía.

En cualquier caso, el tema de los paisajes de la energía es un campo sobre el que apenas hay nada publicado (ver bibliografía al final), a diferencia de lo que ocurre con el patrimonio industrial, en el que también podrían integrarse los paisajes relacionados con la generación de energía eléctrica. Desde los planteamientos de este seminario, orientado a poner en valor los paisajes del rural, las centrales generadoras de energía, como las líneas de alta tensión que parten de ellas, y los centros de transformación, se sitúan fundamentalmente en el rural, en donde las alternativas a los usos actuales solo son posibles cuando terminan la vida útil, como está ocurriendo con algunas centrales térmicas. Los conflictos derivados de la difusión del número de parques eólicos y fotovoltaicos afectan sobre todo al rural.

Igual ocurre, aunque en menor medida, con los nuevos bombeos desde los embalses existentes, ya que la sociedad en España no admitiría la construcción de nuevos embalses para el aprovechamiento hidroeléctrico. Estamos, por tanto, en un mundo cambiante, sobre todo por las nuevas exigencias derivadas del cambio climático, que afectan tanto a los entornos rurales como a los urbanos, con la apuesta por las energías apoyadas en fuentes renovables, frente a aquellas dependientes de los combustibles fósiles. Haré por tanto una referencia a cada tipo de energía, orientándolas a sus consecuencias paisajísticas (aunque también económicas, sociales y patrimoniales) para el mundo rural, no comentando las relacionadas con la energía nuclear y los derivados del petróleo, que se salen de los objetivos de este seminario.

Los paisajes de la energía hidroeléctrica

El primer salto significativo de producción de la energía hidroeléctrica se producirá con la central del Niágara (1895), que representará al mismo tiempo el triunfo de la corriente alterna frente a la corriente continua, que permitirá, a través de transformadores, el transporte a grandes distancias, independizando las centrales de producción de los lugares de consumo.

En España, la asociación entre la vía de agua para el transporte (presente desde los canales de navegación del siglo XVIII), el riego y el aprovechamiento hidroeléctrico va a estar presente en proyectos de navegación de las primeras décadas del siglo XX, como el promovido por Carlos Mendoza para la canalización del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla, con un desnivel de 88 m en 170 km, que dio lugar a la construcción de tres centrales hidroeléctricas (Mengíbar, Andújar, Carpio) por parte de la empresa Mengemor.

Será en la segunda década del siglo XX cuando se irá solicitando de forma generalizada el aprovechamiento de tramos de ríos para la explotación hidroeléctrica, siendo el caso más significativo la Central de Bolarque (1910), con cuatro turbinas de 4000 CV, en el río Tajo, para la distribución de energía eléctrica a Madrid. A partir de esos momentos se irán constituyendo sociedades para la explotación de tramos de ríos, como la Unión Eléctrica Madrileña, la Sociedad Hidroeléctrica del Chorro (1903), la Compañía Sevillana de Electricidad (1924) etc., que dieron lugar a las primeras presas de gravedad, para conseguir los saltos de agua.

Será, sin embargo, en el paso entre la segunda y tercera década del siglo XX cuando se extenderá la constitución de sociedades hidroeléctricas para la explotación de tramos enteros de ríos, como en el caso de Saltos del Duero, Saltos del Sil o la Sociedad Gallega de Electricidad. La compatibilidad entre el regadío y el aprovechamiento hidroeléctrico será un debate que estará muy presente en esos años.

Las nuevas sociedades hidroeléctricas intentarán el aprovechamiento integral de las cuencas de los ríos, creando saltos de agua intermedios para producir electricidad. La primera presa de Saltos del Duero, la de Ricobayo (1934), cuyo embalse obligó al traslado de la iglesia de San Pedro de Nave (el precedente de traslados de monumentos se había producido antes con la presa de Asuán en el Nilo), puso de manifiesto que las afecciones de la construcción de presas no eran solo sociales (por el traslado de núcleos de población), sino ambientales, paisajísticas y patrimoniales, con rechazos que se empezarán a producir ya en esos años.



Figura 3. Presa de Allos, en Navarra. Fuente: Fotografía del autor.



Figura 4. Presa de Aldeadávila, en el Duero. Fuente: Fotografía del autor.

La construcción de las primeras presas en las tres primeras décadas del siglo se generalizará en las siguientes hasta los años sesenta y comienzos de los setenta. Así, Saltos del Duero (que se transformará después en Iberduero y más recientemente en Iberdrola) construirá presas como Villalcampo (1949), Castro (1952), Saucelle (1955), Aldeadávila (1963) o Almendra (1970), pasando de las primeras presas de gravedad a las presas bóveda, a medida que se iba aumentando la altura del salto de agua.

Hay una historia de las presas desde la antigüedad en donde su valoración patrimonial y paisajística puede realizarse independientemente de los embalses. En ella influye la forma de la cerrada, la altura de la presa, la tipología elegida, la capacidad de desagüe, el emplazamiento de la central, etc., con ejemplos significativos en todas las épocas, y con algunas, como la de Susqueda (1968), en la que no es suficiente la visión exterior.

La tipología y la escala de las presas influye también en la aproximación paisajística, desde las presas de gravedad a las presas arco, las presas bóveda, las presas de arbotantes, las presas con materiales sueltos, etc., con la escala por ejemplo de la Presa de Tous (1978), en el Júcar, en la que no podemos entrar aquí, pero que es necesaria para el conocimiento de las presas, que, hasta comienzos del siglo XX, eran fundamentalmente para el abastecimiento y el riego, generalizándose en este siglo las dedicadas al aprovechamiento hidroeléctrico por parte de las distintas compañías.

Las consecuencias paisajísticas de las presas no se limitan a las obras de fábrica de las mismas, sino que las instalaciones asociadas para su funcionamiento hidráulico, para su construcción o para la distribución de energía, junto con los embalses (que es su mayor consecuencia paisajística), determinan la capacidad de transformación de estas obras de ingeniería, en donde hay que distinguir el entorno de las presas de los embalses.

El entorno de las presas, aparte de los embalses, lo forman los aliviaderos, cuando no están integrados en el cuerpo de la presa, los canales y tuberías forzadas que conducen el agua hasta la central eléctrica, que puede estar situada lejos de la presa (aunque lo normal es al pie de la misma), los desagües de fondo, los muros de protección de los lados del cauce, las subestaciones eléctricas, los parques de transformación, las carreteras de acceso, los poblados para su construcción, incluso la propia huella de la maquinaria y de las canteras utilizadas en su construcción.



Figura 5. Presa de Tous, en el Júcar. Fuente: Fotografía del autor.



Figura 6. Central de Bolarque, en el Tajo. Fuente: Fotografía del autor.



Figura 7. Central de Proaza, en Asturias. Fuente: Fotografía del autor.

En el caso de las centrales hay magníficos edificios construidos en piedra y ladrillo, asociados a las primeras centrales, como es el caso de la Central de Bolarque o la Central del Tambre, esta última proyectada por Alberto Palacios, o las magníficas centrales de Electra de Riesgo, en los ríos cántabros, como Alsá-Torina, en la cabecera del Besaya. Lo mismo ocurre a otra escala con los poblados al servicio inicialmente de la construcción de las presas y hoy reutilizados para usos turísticos.

A partir de los años cuarenta, cuando la altura de las presas se irá incrementando, la mayor parte de las centrales se situarán a pie de presa, acudiendo a edificios de hormigón por la posibilidad de ser inundados. El cuidado estético del interior, de la sala de turbinas, ha requerido la intervención de pintores y escultores como Vaquero Palacios y Vaquero Turcios en centrales como la de Grandas de Salime (1954) y Proaza (1964). El cuidado del entorno de la presa depende también de la capacidad creativa del proyectista, como ocurre con la presa de Belesar de Luciano Yordi o la presa de Susqueda de Arturo Rebollo.

Los parques de transformación influyen también sin duda en el paisaje de la presa, y su ubicación es fundamental para el paisaje de la misma. Hay parques de transformación de las primeras presas, como la de Ricobayo (1934), que influyen negativamente en el paisaje de la presa. Igual ocurre con

las líneas de transformación que parten de los parques de transformación, y en donde se ha ido llegando a una serie de normas para evitar la afección paisajística.

Los embalses o pantanos tienen una entidad geográfica suficiente para diferenciarlos del paisaje de las presas, aunque en su proximidad y en los caminos y carreteras de acceso, el paisaje de las presas y el paisaje de los embalses se confundan, al ser unos funcionalmente dependientes de las otras. La mayor relación se produce con el embalse lleno, mientras que en las situaciones intermedias las laderas de los anteriores valles muestran la banda sin vegetación de la transición entre las aguas y las laderas arboladas, en donde la situación extrema se produce con el embalse vacío, conformando un paisaje en el que aparecen los restos de las edificaciones, vías de comunicación, formas de explotación de las tierras y puentes sepultados por la lámina de agua.

Mientras que las presas han sido objeto de valoración desde el punto de vista patrimonial, estético y artístico, los embalses no han tenido una valoración positiva y únicamente con la lámina del embalse lleno, la escala geográfica de los mismos permite encontrar contrastes con las formas geográficas, e incluso en los nuevos paisajes creados, como en el Alto Douro en Portugal o la Ribeira Sacra en Galicia, se encuentran valores desde el punto de vista paisajístico, turístico o patrimonial, hoy a través del concepto de "Paisaje Cultural".

Los embalses ocupan hoy en España una superficie de 4000 km². El perímetro de los embalses es mayor que el borde marítimo, con el nivel del agua oscilante, dejando las tierras desnudas. Únicamente desde la aceptación de la realidad construida, asociada a temas funcionales como la demanda de este tipo de energía a partir de los años cuarenta, sin otras alternativas, y a través de la capacidad de regulación de los ríos, que antes inundaban poblaciones enteras (a pesar de que han ido ocupando posteriormente sus cauces de avenidas), podemos encontrar nuevas valoraciones positivas de los embalses, aparte de las turísticas, incluso las del baño en áreas interiores rurales que no tienen otras alternativas.

En algunas presas construidas, la reforestación posterior de las márgenes, además de servir para detener los problemas de erosión, ha servido para la integración del embalse en el entorno, lo cual no es posible con niveles bajos de la lámina de agua. Este ha sido el caso de las repoblaciones con pinos de embalses como los de Aguilar de Campoo, Guadalhorce, Cubillas o Yesa, que se ponen como ejemplo de este tipo de actuaciones.



Figura 8. Embalse de Yesa. Fuente: Fotografía del autor.



Figura 9. Ruinas de Portomarín, inundadas por el embalse de Belesar en el Miño.
Fuente: Fotografía del autor.

La integración paisajística, que tiene que ver con el tratamiento y el diseño de la presa, tiene que ver también con los usos recreativos que se establezcan en el entorno, incluso con la relación con el patrimonio cultural que no ha sido afectado por el nivel de las aguas. Cuando este nivel desciende en época de estiaje, aparece visible el paisaje transformado de los valles de los ríos, con las ruinas de las anteriores edificaciones, e incluso de cascos históricos, como ocurre en Portomarín, ligados al paso de Camino Francés de Santiago, inundado por el embalse de Belesar.

Cuando los elementos artísticos han sido trasladados aparecen fuera de contexto, como los edificios del propio Portomarín, iglesias como San Pedro de la Nave, por el embalse de Ricobayo, o puentes como el de Alconetar o Guijo de la Granadilla, en Extremadura, que aparecen fuera del contexto que dio lugar a su construcción. Cabe, sin embargo, la alternativa de la señalización adecuada y la adecuación paisajística de sus entornos, para que sea motivo de revalorización de un paisaje artificial, que es lo que en último término son los embalses, porque los ríos ya han desaparecido.

A los embalses hoy se les están encontrando nuevas funciones por la apuesta por la energía eólica y fotovoltaica, como elementos de almacenamiento de esa energía. Por otra parte, están siendo potenciados a través de centrales reversibles, que se disponen subterráneas sin consecuencias paisajísticas. Únicamente cuando se disponen nuevos embalses, aunque de pequeña capacidad, en la parte alta de los bombeos y en espacios protegidos, ello puede tener consecuencias ambientales y paisajísticas, de tal manera que algunos de estos bombeos de repotenciación de las centrales existentes, con potencias incluso mayores que las que dieron lugar a las centrales, han sido rechazados por las carencias de las declaraciones de impacto ambiental, como ha ocurrido en la Ribeira Sacra, en Galicia, cuando se ha presentado su candidatura a Patrimonio de la Humanidad.

Los paisajes de la energía térmica

Cerca del 80% de la energía consumida hoy es la derivada de los combustibles sólidos (como el carbón), del petróleo (gasolina y gasóleo) o de combustibles gaseosos, como el gas natural, el propano y el butano. Dejando aparte las refinerías que transforman el petróleo en combustibles líquidos o gaseosos, localizadas generalmente en la costa, las centrales térmicas para la generación de electricidad se han apoyado tradicionalmente en el carbón y, en las últimas décadas, en el gas natural, con sistemas más recientes de combinados de carbón y gas, por el precio creciente de las emisiones de carbón.

Las centrales térmicas necesitan, por una parte, la presencia del agua cercana y torres de refrigeración y chimeneas para la expulsión del vapor. Por otra parte, han necesitado, en el caso de las centrales de carbón, cuencas carboníferas próximas que han determinado su localización inicial, independientemente de que en las últimas décadas el carbón haya llegado desde el exterior por medio de barcos a los puertos próximos, trasladando las afecciones paisajísticas de las centrales a los propios puertos, que han necesitado superficies de almacenamiento del carbón y espacios dentro de las estaciones de mercancías para llevar el carbón hasta las centrales.

En España, a partir de mediados del siglo XX, se producirá un crecimiento espectacular de las centrales térmicas, que irán sustituyendo a las hidráulicas como principal fuente de generación de energía eléctrica, lo cual se producirá a finales de los años setenta. Los nombres de localidades como La Robla, Compostilla, Anllares, Aboño, Soto, Narcea, As Pontes o Meirama están asociados a estas centrales térmicas de carbón.



Figura 10. Central térmica de Compostilla, cerca de Ponferrada. Fuente: Fotografía del autor.



Figura 11. Central térmica de As Pontes de García Rodríguez, con el nuevo lago al fondo. Fuente: Fotografía del autor.

El paisaje es el de las instalaciones de la central con sus cintas transportadoras, el parque de carbón, hoy generalmente cubierto, las torres de refrigeración con forma de paraboloides hiperbólicos, presididas por la chimenea de la central como gran elemento paisajístico. A ello se junta el río próximo o el agua de mar, y la mina a cielo abierto de carbón, con sus consecuencias paisajísticas, si no ha sido transformada, como recientemente en As Pontes o Meirama, en un lago artificial.

Tanto en As Pontes como en Meirama, las chimeneas, de una gran visibilidad en el entorno por su gran altura, presiden el paisaje de estas centrales, al que se suman las torres de refrigeración, con formas de paraboloides hiperbólicos en hormigón que destacan a media altura sobre el edificio de la central. El cuarto elemento fundamental son los parques de carbones, de grandes dimensiones, cubiertos por una edificación de interés arquitectónico, aunque hay proyectos por parte de la empresa ENDESA, propietaria de las mismas, para su desmantelamiento.

La pregunta es si su conservación podría tener algún futuro beneficioso para los núcleos que crecieron en torno a las mismas, ligado a actividades patrimoniales y turísticas relacionadas a veces con la historia de la propia central, como en el caso de la central térmica de los años veinte en Ponferrada, denominada “La fábrica de la luz”. Los dos lagos creados por

el relleno de agua de los espacios de las anteriores minas de As Pontes y Meirama muestran que esta puede ser una alternativa al desmantelamiento de estas industrias. La otra es localizar una actividad industrial en los suelos ocupados anteriormente por la central, como se ha planteado con el traslado de la Celulosa de Pontevedra a cualquiera de los dos espacios.



Figura 12. Antigua central térmica de Ponferrada convertida en museo, con el nombre de “La fábrica de la luz”. Fuente: Fotografía del autor

Se denominan centrales de ciclo combinado las que utilizan el carbón de importación y el gas natural. La escasez del carbón y sus consecuencias para el cambio climático han hecho que, de forma progresiva, el gas le haya ido sustituyendo, con diseños más optimizados, como las centrales de Palos en Huelva, San Roque en el Campo de Gibraltar o Puertollano, que entraron fundamentalmente en funcionamiento en los años noventa. Por otra parte, el gas llega de fuera a través de los puertos con instalaciones específicas, separadas a veces de los mismos, como en la regasificadora construida en el nuevo siglo en la bahía de Ferrol, en un emplazamiento equivocado para los valores paisajísticos y ambientales de la ría.

El problema del gas hoy, a nivel europeo, es su precio, procedente fundamentalmente de Rusia, a través de gaseoductos que atraviesan varios países, aunque nosotros tenemos la alternativa del gas que nos viene de

Argelia, bien en barco o a través del gaseoducto que pasa por Marruecos, por lo que nuestra dependencia del gas ruso es muy reducida. Los gaseoductos van enterrados en tuberías de acero con el gas a presión, y hoy recorren la geografía española en forma de meridianos desde los puertos del sur, fundamentalmente Algeciras, sin problemas paisajísticos más allá de los derivados de la construcción. Sí lo tienen las seis plantas de regasificación que alimentan la red de Enagás, situadas en Barcelona, Cartagena, Huelva, Bilbao, Sagunto y Ferrol, ubicadas en terrenos portuarios y con capacidad para recibir barcos metaneros, y que implican además unas condiciones estrictas de seguridad, por lo que son instalaciones aisladas del entorno.



Figura 13. Regasificadora en la Ría de Ferrol. Fuente: Fotografía del autor.

Los paisajes de la energía eólica

El viento ha sido históricamente una fuente de energía cinética para mover las aspas de los molinos y las velas de los barcos. Las investigaciones de finales del siglo XVIII y principios del XIX para optimizar la fuerza del viento sobre las aspas de los molinos dieron lugar a los primeros tratados científicos en este sentido. Hasta mediados del siglo XX no se construirá el primer generador eólico, y no será hasta la crisis energética del petróleo, a comienzos de los años setenta, cuando se comenzaron a impulsar parques de aerogeneradores como alternativa energética.

Mientras tuvieron incentivos fiscales en los años ochenta y noventa se mantuvo la demanda de aerogeneradores, derrumbándose cuando se perdieron dichos incentivos, y estando en estos momentos en una nueva etapa como consecuencia de la apuesta de la Administración por las energías renovables, que luego comentaremos, entre las que se encuentra la energía eólica junto con la hidráulica, la fotovoltaica y la biomasa.

Los primeros aerogeneradores modernos que se construyeron en España, a partir de mediados de los años ochenta, se instalaron en lugares como Estaca de Bares, Tarifa o Muela, con parques de unos diez aerogeneradores de unos 30 MW. Fue, sin embargo, a partir de los años noventa, cuando fue aumentando la potencia de los aerogeneradores, a 100 o 150 KW, con empresas como Abengoa, Gamesa, Eotecnia, Hidroeléctrica de Navarra etc., y comunidades como Galicia, Navarra y las dos Castillas como pioneras.

El aerogenerador moderno consta generalmente de un rotor con tres palas que va colocado en un fuste que contiene los distintos elementos mecánicos que permiten orientar el rotor al viento y adaptarlo a sus distintas intensidades para generar electricidad. Hay, en este sentido, aerogeneradores adaptados a las bajas velocidades del viento (entre 3 y 5 m/s) y otros para velocidades mayores, que no pueden rebasar los 15 m/s. Sus potencias medias están en torno a los 250 KW, existiendo también aerogeneradores de gran potencia por encima de los 1000 KW.

Los aerogeneradores se integran en parques eólicos, que pueden ser terrestres o marinos, con potencias que han ido aumentando desde los 600 MW como media. Para evitar la interferencia dinámica entre los rotores se exigen separaciones entre 1,5 y 3 veces el diámetro de las palas, que ha ido aumentando de los 30 a los 120 m. Igualmente, ha ido aumentando la altura de las torres, de 30 a 50 m las iniciales hasta a superar hoy con facilidad, en los nuevos parques, los 100 m. A la altura de las torres hay que añadir la de los emplazamientos en territorios de montaña o en la parte alta de las sierras que bordean el litoral, para aprovechar las máximas velocidades del viento, de ahí que su visibilidad sea muy importante, lo que ha alertado recientemente a la población, como luego comentaremos, por la proliferación de la demanda de nuevos parques eólicos.

Otro factor importante, a efectos de la localización de los aerogeneradores, es el ruido que generan los parques eólicos. Las turbinas del aerogenerador producen dos tipos de ruido, el mecánico y el aerodinámico. El primero derivado de la rotación de las palas, y el segundo derivado del flujo turbulento de aire al pasar por ellas, lo que requiere una separación de los núcleos de población, localizándose generalmente en emplazamientos aislados.

Los aerogeneradores necesitan estar conectados a la red eléctrica, lo que requiere de la instalación correspondiente, interior al parque eólico, y la disponibilidad de redes exteriores para evacuar la electricidad. La interior está formada por líneas eléctricas subterráneas que conectan los aerogeneradores y la subestación de transformación, que conecta el parque con la red de transporte de alta tensión.

Las principales consecuencias paisajísticas se producen, aparte de por los aerogeneradores y por la red de transporte, por los caminos de acceso que necesitan a todos y cada uno de los aerogeneradores, no solo para su construcción, sino para su mantenimiento posterior. A ellos se unen las ambientales, relativas a las afecciones de la fauna, y las patrimoniales, en relación con el patrimonio cultural, lo que requiere estudios previos de impacto ambiental que sean aprobados por la Administración.

La disposición lineal de los aerogeneradores optimiza los accesos, disminuyendo el número de caminos necesarios. En terrenos sin grandes pendientes las mejores disposiciones se producen con los aerogeneradores en filas paralelas. La mejor práctica es la de separar en lo posible los aerogeneradores de 3 a 5 veces el diámetro de las palas, por tanto, más allá de los mínimos exigidos que comentábamos antes.

Cuando los parques eólicos se mantienen aislados en localizaciones de colinas que no afecten a elementos con un valor ambiental o patrimonial y, por supuesto, fuera de áreas con una protección como espacios naturales, con una disposición adecuada de los aerogeneradores alejados de las poblaciones, parece que no plantean problemas paisajísticos, y son solamente vistos, en general, desde carreteras de acceso. A veces, incluso, esas carreteras pasan bajo los parques sin plantear problemas paisajísticos, como ocurre en Galicia con parques como los de Carnota o Punta Nariga.

El problema es la densidad y la proliferación de parques, como ocurre en estos momentos, con el incremento desproporcionado de concesiones de nuevos parques eólicos, que están produciendo reacciones por problemas paisajísticos, patrimoniales y de ocupación de tierras antes dedicadas a otros usos, en relación con los parques eólicos terrestres.

Los parques eólicos pueden ser también marinos, que tienen el condicionante de la distancia necesaria de la costa por problemas paisajísticos, ambientales y constructivos, por la profundidad mayor a medida que les alejamos de la costa.

El límite de profundidades para cimentar directamente se suele situar en unos 30 m, lo cual solo es posible con tubos largos de acero y trípodes. A mayores profundidades se pueden construir cimentaciones flotantes con cilindros de hormigón fijadas al fondo mediante cables. Las mayores alturas

posibles, en torno a los 250 m, y potencias, que pueden llegar a los 5 MW, los convierten en una alternativa de futuro a la proliferación de los parques terrestres. La conexión con tierra se produce a través de cables submarinos protegidos contra la corrosión. Su localización aparece además condicionada por las características ambientales y paisajísticas de la costa.

A finales del 2020 la potencia eólica instalada en nuestro país era de 27.400 MW, con unos 21.500 aerogeneradores y del orden de 1.300 parques eólicos. España, después de Alemania, que nos dobla en potencia instalada, aparece como el segundo país, doblando en potencia al resto de los países que nos siguen.

La demanda de concesiones de parques eólicos se ha disparado en todas las comunidades autónomas en España, especialmente en aquellas que como Galicia (3.829 MW), Aragón (4.159 MW), Castilla y León (6.300 MW), Castilla-La Mancha (3.886 MW) y Andalucía (3.474 MW) lideraban en el 2020 la potencia instalada.

Más allá del proceso especulativo que se ha generado con las nuevas solicitudes, están los efectos paisajísticos derivados de los nuevos parques aceptados, por coincidir las nuevas localizaciones de parques eólicos con emplazamientos privilegiados, cuyo único condicionante es no encontrarse en espacios de la Red Natura 2000, además de someterse a un estudio de impacto ambiental.

El temor a esos efectos ha determinado a algunas administraciones a establecer guías para la evaluación del impacto e incluso el propio Ministerio de Transición Ecológica aprobó en el año 2020 una zonificación del territorio, limitando los emplazamientos posibles en función de las características del territorio en términos de capacidad y fragilidad.

Las alternativas a la dispersión constante de nuevos parques eólicos, para hacer frente a la demanda de este tipo de energía, pueden venir de la repotenciación de los parques existentes, con la sustitución de los aerogeneradores actuales por otros de mayor potencia (como ya se está haciendo) y por la ampliación de los parques eólicos marinos, como también se está haciendo.

En cualquier caso, la imagen positiva que tenían anteriormente los parques eólicos se está convirtiendo en negativa, reflejada en la prensa, con nuevas empresas que están actuando en varias Comunidades Autónomas a la vez, negociando su localización con los Ayuntamientos (generalmente rurales) y con los propietarios, a través de compensaciones económicas por la ocupación de tierras, que están levantando reacciones entre los vecinos y respuesta a las mismas por parte de la prensa y de aquellos que consideran el paisaje como parte no solo del patrimonio natural, sino también cultural.



Figura 14. Parque eólico de Carnota en Galicia. Fuente: Fotografía del autor.



Figura 15. Parque eólico en los montes próximos a Camariñas. Fuente: Fotografía del autor.

Los paisajes de los otros tipos de energías renovables

Junto a la energía hidroeléctrica y la eólica, se consideran energías renovables la solar, térmica y fotovoltaica, y la biomasa, aunque con distinta participación en el futuro energético de nuestro país, de acuerdo con el Plan Nacional de Energía y Clima 2021-2030 (PNIEC). Mientras, se prevé que el crecimiento de la potencia solar fotovoltaica sea espectacular, desde los algo más de 9000 MW actuales a los más de 39000 MW. El de la energía solar térmica se prevé que sea más sostenido en el tiempo, desde los cerca de 2500 MW actuales a los 7300 MW en 2030, y en el caso de la biomasa, de los más de 600 MW actuales a los 1400 MW.

La energía solar térmica utiliza la energía radiante del sol para calentar un fluido. Este fluido, calentado a altas temperaturas (300 o 400°), es el que produce vapor de agua para accionar las turbinas que transforman la energía mecánica en energía eléctrica.

La energía solar fotovoltaica, convierte la energía del sol en electricidad, aprovechando la capacidad que tienen determinados minerales (cristales de silicio, fundamentalmente) para transformar la luz del sol en corriente eléctrica.



Figura 16. Parque fotovoltaico, próximo a Tordesillas. Fuente: Fotografía del autor.



Figura 17. Parque fotovoltaico, próximo a Medina del Campo. Fuente: Fotografía del autor.

A pequeña escala, asociada a viviendas o instalaciones aisladas, la captación de la radiación solar se produce a través de paneles planos vitrificados que actúan de colectores, inclinados un ángulo mínimo de 20°, y separados una distancia para que no interfieran entre sí. Estos colectores necesitan acumuladores de energía para hacer frente a los periodos sin sol.

La utilización a gran escala requiere la concentración de la radiación solar, para lo que se utilizan colectores cilíndricos parabólicos, por los que en el interior se disponen tubos circulares por los que circula un aceite sintético, que, al calentarse, transforma la energía solar en energía térmica, generando el vapor que mueve las turbinas. A la salida de las turbinas se extrae el calor residual por medio de torres de refrigeración.

Este tipo de plantas, tanto las térmicas como las fotovoltaicas, necesitan de grandes superficies para la colocación de los paneles solares, por lo que su integración paisajística es siempre difícil, dominando su artificialidad sobre el entorno. Una planta tipo de 50 MW consume del orden de 200 ha. La preparación del terreno para su localización en superficies llanas implica también la desaparición del suelo existente y la transformación del drenaje. Existe además un problema de posible contaminación como consecuencia del fluido térmico.

La explotación de la energía fotovoltaica, a pequeña escala, está asociada a cubiertas y fachadas de viviendas o de edificaciones aisladas, como granjas e industrias en el rural. A gran escala, sin embargo, se tiende al aumento en superficie del tamaño de las plantas para reducir los costes de funcionamiento y mantenimiento, lo que indudablemente genera un problema paisajístico en determinados entornos.

Su localización en entornos rurales de valle o en zonas próximas a la costa, a diferencia de los parques eólicos, situados preferentemente en zonas de monte en busca del viento, hace que, ya desde su construcción (por movimientos de tierras, maquinaria, accesos etc.), se hagan patentes las transformaciones en el medio rural, que se unen a las transformaciones una vez que los paneles están colocados, produciendo afecciones que son irreversibles, a pesar de la baja altura de los paneles, que ocupan superficies geométricas, que contrastan claramente no solo con las formas anteriores de explotación del suelo, sino también con las formas geográficas.

La palabra “biomasa” ha sustituido a la más tradicional de la leña, y utiliza como fuente primaria de energía el fuego. Al ser los residuos agrícolas y forestales su principal combustible se le ha llamado también electricidad verde, y dentro de la clasificación de la biomasa se correspondería con la biomasa primaria. La secundaria o residual sería la derivada de las actividades agrícolas, ganaderas, forestales y de procesos de transformación de industrias agroalimentarias y de transformación de la madera.

El futuro en este sentido pasa por el cultivo extensivo de plantas destinadas a convertirse en materia prima para la producción de energía más que a la limpieza sistemática de los bosques, aunque esta tenga ventajas respecto a la prevención del fuego.

El paisaje de las redes de transporte y los parques de transformación

Forman parte de los paisajes de la electricidad las redes de transporte, que permiten el transporte de la electricidad a grandes distancias y cuyas líneas de primera categoría, a alta tensión, atraviesan el territorio rural, de valle, de meseta o de montaña, y también los parques de transformación, situados en la periferia de las ciudades y que reducen la alta tensión (normalmente a 380 o 220 KV) a 45,66 y 132 KV, y la conducen por líneas de segunda categoría hasta las subestaciones primarias de transformación, que la reducen a 6, 13, 15, 20 y 25 KV, permitiéndola distribuir así a los centros de consumo mediante transformadores de media y baja tensión.

Además, asociadas a las centrales eléctricas se localizan los grandes centros de transformación, para elevar la tensión generada a alta tensión por

las líneas primarias. No se entienden, por tanto, los paisajes de la energía sin las redes eléctricas que conectan las centrales de generación con los lugares de consumo. Mientras las líneas de primera y segunda categoría son aéreas, con torres metálicas de gran altura para el soporte de las redes, las de media y baja tensión son hoy subterráneas en las áreas consolidadas, frente a la imagen frecuente en las áreas menos desarrolladas de los postes de madera y hormigón para el tendido de los cables, en donde el propio tendido aéreo o subterráneo es una imagen del grado de urbanización.



Figura 18. Redes de alta tensión en El Bierzo. Fuente: Fotografía del autor.

Es sabido que la corriente alterna surgió a finales del siglo XIX como alternativa a las limitaciones de la corriente continua para su transporte, que solo alcanzaba unos pocos kilómetros, planteándose en esa época un debate que monopolizaron los nombres de Edison (defensor de la corriente continua) y Westinghouse, defensor del transporte de la energía a grandes distancias, y que impulsó a finales de ese siglo la gran central del Niágara.

La posibilidad de transportar la energía eléctrica a grandes distancias, con subidas y bajadas de tensión, sin grandes pérdidas, utilizando corriente bifásica y luego trifásica, dio lugar a las primeras redes, desvinculando la ubicación de las centrales de los lugares de consumo, lo que supuso un cambio de escala de las centrales eléctricas, por parte de las compañías que las explotaban.

Al aumento de la tensión de transporte con líneas de corriente alterna se unió el aumento de las posibilidades de transporte de la corriente continua, con líneas subterráneas de más de 100 km, planteando la conexión de ciudades separadas por el mar a través de cables submarinos, llegando a los 200 KV en la línea bajo el Canal de la Mancha, construida en 1961.

Las empresas, a partir de los años cincuenta, fueron construyendo redes de mayor longitud para la transmisión de energía entre centrales de su compañía y con el exterior, lo que determinó también el aumento de la potencia de las centrales, que se combinaron con otras más pequeñas para hacer frente a las puntas de consumo, fundamentarme a través de las hidroeléctricas.

Las grandes redes eléctricas, apoyadas en torres de alta tensión y que surcan el país de norte a sur, pasando mayoritariamente por Madrid (excepto en el corredor Mediterráneo, el del Ebro y el que sigue la vía de la Plata), están integradas desde 1985 en Red Eléctrica de España SA, que ha ido estableciendo un sistema continuo de funcionamiento a medida que se fueron integrando en ella las diferentes compañías, y con centros de control, a partir de los años noventa, mediante ordenadores.

Las torres de alta tensión, en sí mismas, son un producto de la evolución de la tecnología. Vistas de forma unitaria no plantean en principio problemas paisajísticos, aunque sí ambientales y patrimoniales, en el caso de malas localizaciones en la proximidad de entornos rurales. Cuando se disponen paralelas a las carreteras, como ocurrió con las nacionales (hoy de interés general del Estado) o son cruzadas por las autovías, su presencia es constante. Igual ocurre cuando pasamos debajo de ellas en entornos rurales, o en la proximidad de las áreas urbanas.

En otros casos, como ocurrió como la torre que se localizó encima del Castro de Elviña en A Coruña, han afectado a elementos patrimoniales. Al contraste entre un elemento patrimonial y la artificialidad de la torre se une la afección paisajística y arqueológica, que vista desde la distancia aparece coronada por la torre, desmontada recientemente.

La forma de las torres de alta tensión, con sus brazos para sostener los cables, ha ido evolucionando hacia soluciones mejor diseñadas (no solo desde el punto de vista paisajístico), con formas geométricas triangulares de las que penden los cables, o incluso con soluciones antropomórficas que se extienden por el territorio de forma lineal.

La mejora de estas torres por medio del diseño, sin menoscabo de su papel funcional, puede mejorar a su vez la integración en el paisaje. No obstante, esta solo es realmente posible en lugares de montaña no visitados, ya que la artificialidad de las torres se hace evidente en contraste con el paisaje natural o rural, por lo que solo es posible actuar sobre la forma, buscando la

máxima transparencia, frente a las primeras torres, de una gran pesantez, y actuando sobre la estructura, los colores, buscando la forma compatible con las necesidades funcionales y estructurales, a partir del menor número de elementos.

Junto con la forma de las torres hay que actuar también sobre la integración de los parques de transformación. En la proximidad de las centrales hidráulicas, su ubicación a la altura e incluso por encima de la coronación de la presa, en una de sus márgenes, afecta profundamente al paisaje de la presa. Las afecciones son menores cuando este parque se localiza aguas abajo, después de la central, a pie de presa, con separación suficiente del cuerpo de la misma, para no afectar a la claridad de la imagen (que es la que tiene valor estético y paisajístico) de la relación de la presa con la cerrada en particular y con el entorno en general.



Figura 19. Redes de alta tensión y parque de transformación en la provincia de Valladolid. Fuente: Fotografía del autor.

Los parques de transformación no solo se refieren a la elevación inicial de la tensión para su transporte, sino también a las reducciones progresivas de tensión hasta los centros de consumo a los que hacíamos referencia antes. Su localización en áreas industriales periféricas es la mejor solución en paisajes ya transformados, ya que la artificialidad de los parques de transformación no tiene ninguna posibilidad de integrarse en entornos rurales u urbanos próximos a las áreas consolidadas.

Referencias bibliográficas

- Aguiló, Miguel (2006). *La pujanza de la energía eléctrica*. Madrid: Grupo ACS.
- Cachedo Pérez, María (2003). *A arqueoloxía no Plan Eólico da Galiza: Estudos de impacto arqueolóxico*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe, Universidade de Santiago de Compostela.
- Caro Baroja, Julio (1983). *Tecnología popular española*. Madrid: Editorial Nacional.
- Creus Solé, Antonio (2004). *Energías renovables*. Barcelona: Ceysa.
- Delgado Medina, María Luisa -dir.- (2006). *La energía del Sol*. Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Fundación de Ingeniería y Sociedad.
- Doval Sánchez, Gonzalo; Egaña Casariego, Francisco; Vaquero, Joaquín & Villalobos Violán, Marina -coords.- (2018). *Joaquín Vaquero Palacios. La belleza de lo descomunal*. Madrid: Fundación ICO.
- Fundación DOCOMOMO Ibérico (2012). *La fábrica, paradigma de la modernidad. Actas del VII Congreso DOCOMOMO Ibérico*. Barcelona: Fundación DOCOMOMO Ibérico.
- Hernández Fernández, Santiago & Corrales Vázquez, José María -coords.- (2011). *Energías renovables en Extremadura*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Ivancic, Aleksandar (2010). *Energyscapes*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Mattone, Manuela & Vigliocco, Elena -coords.- (2016). *Patrimonio y paisajes eléctricos*. Gijón: CICEES.
- Mumford, Lewis (1971). *Técnica y Civilización*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nárdiz Ortiz, Carlos (2019). *Los Paisajes de la Ingeniería*. Madrid: Ministerio de Fomento, CEDEX.
- Prada Blanco, Albino -dir.-; Vázquez Rodríguez, María Xosé & Soliño Millán, Mario (2006). *Electricidad verde. La biomasa en los montes de Galicia*. La Coruña: Fundación Caixa Galicia, Centro de Investigación Económica y Financiera (CIEF).
- Tandy, Cliff (1979). *Industria y Paisaje*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Varios Autores (2021). "Transición ecológica. Efectos en la ciudad y el territorio", *Revista de Obras Públicas*, nº3629.

13. ENERGY LANDSCAPES IN RURAL GREECE: THE INTEGRATED SUSTAINABLE ENERGY PLAN OF KARDITSA

Christos TOURKOLIAS

Centre for Renewable Energy Sources and Saving

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-3835-8724>

ctourkolias@gmail.com

Anastasia TASOPOULOU

University of Thessaly (Department of Planning and Regional Development)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-6367-215X>

atasopoulou@uth.gr

Ioanna GIANNOULI

Industrial Engineer, MSc, PhD

giannouli@bpm.gr

Introduction

Energy transition to more decarbonized production and consumption patterns entails a substantial number of renewable energy sources (RES) and infrastructure units. Thus, emerging energy landscapes not only include traditional landscape patterns, but also RES facilities and related infrastructure, and also stakeholders that are involved in or affected by the transition. Landscapes, in their broader definition, need to secure manifold functions, such as food and material provision, nature protection and recovery. With increasing RES shares, a variety of sustainability challenges have become evident due to the changes they impose in the urban and rural fabric including the associated socioeconomic uses, leading to land use conflicts, lack of public acceptance, and Not In My Back Yard (NIMBY) or Front Yard (NIMFY) phenomena (Thrän, Gawel & Fiedler, 2020).

The concept of holistic or integrated energy planning is becoming more and more important in the evolving energy environment, where decentralized energy production, the diffuse nature of RES and two-way energy flows constitute both new features and demands in the adaptation of communities. Specifically, integrated energy planning assumes that linking alternative land use functions and the interests associated with them has

benefits for exploiting the potential of the different RES. After all, such linking can accommodate sustainable energy to be pursued as an ambition alongside and in direct synergy with alternative societal interests and developments, such as agriculture, nature maintenance, mobility or economic development (Giannouli et al., 2018).

The scope of this paper is twofold: firstly, to present the energy landscape of the Regional Unit of Karditsa (RUK) in Greece and secondly, how this will be shaped through Integrated Sustainable Energy Planning (ISEP).

The RUK is considered as an ideal case study for ISEP due to its unique characteristics. Specifically, it is one among four prefectures in the Region of Thessaly (Central Greece) with population equal to 113,544 people (Census 2011), representing 15.5% of the Region's total population. Moreover, the RUK confronts considerable problems with unemployment (27.2%). Considering the energy profile, the RUK has a great potential of RES as abundant water resources are available, the intensive agricultural sector contributes to a high potential of biomass and the mountainous zone has great forest resources, as well as appropriate locations for wind energy production. Nevertheless, a strong opposition has arisen by citizens and associations against the construction of small hydropower stations in the mountainous zone and the current investment plans for the deployment of wind energy.

National and local-regional policy context and its impact on the area

National energy policy and institutional framework

The National Energy and Climate Plan (NECP), which was submitted in 2019, includes the framework of the energy sector in Greece until 2030. The roadmap for the substantial reduction of the GHG emissions is provided for achieving 40% reduction in 2030 compared to 1990. The national targets for RES deployment in gross final energy consumption has been specified fulfilling at least 35% share, while additional targets for the RES share in gross final electricity consumption, in heating and cooling and in transport sector, have also been defined (achieving at least 60%, 40% and 14% respectively). Furthermore, an energy efficiency target has been introduced foreseeing that the final energy consumption will not exceed 16.5 Mtoe in 2030.

It should be noted that specialized measures have been integrated for the updating, simplification and optimization of the spatial planning framework in order to facilitate the further penetration of RES for electricity production. Emphasis is given to ensure that the licensing and spatial planning framework will not compete with the economic activities of the agricultural and livestock sector. Moreover, the development of supply chains for various types of

biomass is foreseen along with the promotion of the most effective bioenergy applications.

Totally, 43.8 billion € of investments are planned within the framework of the NECP, while 9 billion € will be invested for electricity production by RES plants.

The pathway of the energy sector in Greece towards carbon neutrality is confirmed also by the examined scenarios within the framework of the 2050 Long-Term Strategy, demonstrating the essential role of RES and energy efficiency for the fulfillment of the ambitious carbon targets.

Spatial planning policy

The Greek spatial planning system is characterized by a systematic and formal hierarchy of plans from the national to the local level, based on which the lower-level plans ought to harmonize with the directions of the upper-level plans.

At national level, the General Framework of Spatial Planning and Sustainable Development, which was approved in 2008 (Government Gazette 128A/2008), constitutes the reference basis for the coordination and harmonization of individual policies, programs and investment plans that have a significant impact on the cohesion and development of the Greek territory.

Moreover, the Special Framework of Spatial Planning and Sustainable Development for RES (Government Gazette 2464B/2008) aims at: a) formulating locational policies for RES power generation, b) establishing locational criteria and rules that will allow, on the one hand, the creation of sustainable RES installations and, on the other hand, their integration into the physical and man-made environment, and (c) establishing an effective mechanism for the location of RES installations to meet the objectives of the national and European policies. It has detected also the most appropriate zones for the installation of wind-turbines (mountainous zone of RUK), has specified non-eligibility zones of solar panels (forest zones, high-productive agricultural fields, “Natura 2000” protected zones and traditional communities) and has defined the spatial rules for the biomass/biogas energy plants.

The first Regional Framework of Spatial Planning and Sustainable Development for Thessaly was approved in 2003 (Government Gazette 1484B/2003) and it was modified and renamed, based on the new spatial planning legislation, as “Regional Spatial Planning Framework” in 2018 (Government Gazette 268AAP/2018). The energy issue is directly related to the mitigation of and adaptation to climate change by among others the

promotion of RES. In the RUK, apart from the Wind Energy Priority Zones detected by the Special Framework of Spatial Planning and Sustainable Development for RES, certain areas are designated as Wind Energy Suitability Zones and others as suitable for the location of small hydroelectric projects. Photovoltaic installations are permitted in areas where the development of industry and/or livestock is foreseen, while they should be avoided in areas of “urban” uses (i.e., tourism, leisure, trade, education, health).

At local level, the General Urban Plans (L. 2508/1997), which were elaborated and approved for each municipality, set until recently the land uses and building codes both for the urban and exurban areas. L. 4447/2016, being modified a few years later with L. 4759/2020, initiated the Local Urban Plans as the first level of urban planning in Greece, followed by the detailed-district-urban plans. Although such plans have not yet been elaborated, they would be called upon to harmonize with the upper-level spatial plans. However, it should be noted that local spatial plans are not in place to introduce restrictive regulations for the development of RES, beyond those already provided in the Special Framework of Spatial Planning and Sustainable Development for RES.

Parallel additional policies at the local-regional context

Municipalities are competent for many issues affecting the energy system of the RUK, such as waste management, local spatial plans, water management and urban planning. Indicatively, the Regional Waste Management Plan (elaborated in 2016) identified the energy production by the livestock waste and the pellet production by the biomass as recommended measures for the energy recovery of the regional waste.

The local policy context is mainly expressed through the Operational Plans, elaborated every 5 years by the municipalities. According to the analysis of the operational plans of the local municipalities in the period 2014-2020, the top-ranked issues relevant to the ISEP consist of RES plants, energy saving projects to the municipalities’ buildings and development of local spatial plans.

The Integrated Sustainable Energy Plan of Karditsa

The ISEP of Karditsa was developed in the context of INTENSSS-PA project, which was funded under the 2015 call of HORIZON 2020 programme. The objective of INTENSSS-PA project was to develop and apply a human and institutional capacity building process related to sustainable energy planning and energy projects implementation, addressed to public authorities and societal stakeholders in order to support them to enter in a new era of

ISEP through a participatory, multi-level, interdisciplinary decision-making process.

A four step approach was developed for: a) establishing a planning approach-structure including supportive materials and tools for the implementation of this approach, b) building human (i.e. technical) and institutional (i.e. mainly normative and cognitive) capacity, c) proofing the concept through experimentation into the different planning contexts and energy related issues considered in the participating countries and d) ensuring the operation of the identified planning concept-structure beyond project duration.

The Living Lab (LL) concept (Ballon & Schuurman, 2015; Ståhlbröst & Holst, 2012) was utilized for the implementation of the developed approach. A LL represents “a user-centric” research methodology for sensing, prototyping, validating and refining complex solutions in multiple and evolving real life contexts, while it is defined as both an environment and an approach, where innovation process is supported for all involved stakeholders in real-world contexts, not constructed laboratory or project settings (Giannouli et al., 2017a; Giannouli et al., 2017b; Giannouli et al., 2018; INTENSSS-PA, 2017a). The overall methodological approach for Regional LLs (RLLs) on a Holistic Energy Planning environment was set up on four iterative steps, which are presented in Figure 1.

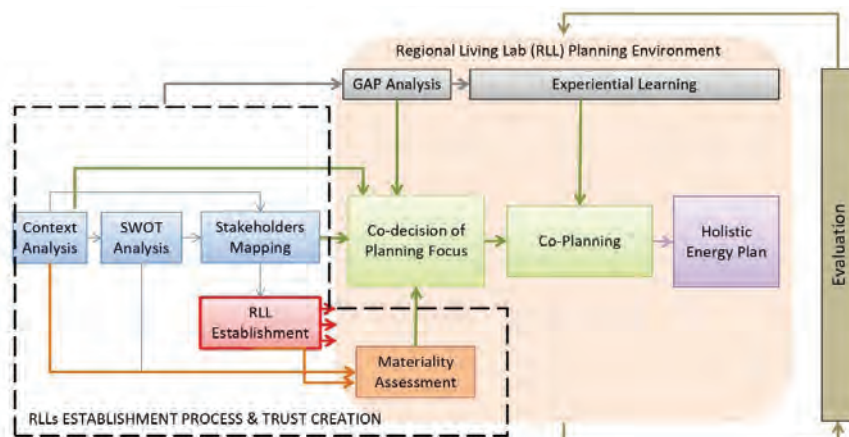


Figure 1. Methodological approach for Regional LLs (RLLs) on a Holistic Energy Planning environment. Source: Giannouli et al., 2018; INTENSSS-PA, 2017b.

In the case of Karditsa (Giannouli et al., 2018), the RLL was coordinated and hosted by the Development Agency of Karditsa (ANKA), which has a significant role in the energy and spatial planning of the Regional Unit.

The context analysis and SWOT analysis revealed the following three prevailing positive circumstances:

- The existence of a Cooperative Bank of Karditsa ensuring the financing of the energy projects.
- The obtained experience by the establishment and operation of the Energy Cooperative Body of Karditsa (ESEK).
- The availability of the biomass potential (i.e. municipal waste, forest residues, agricultural and farming residues) within the RUK owned/produced by local stakeholders.

These analyses also identified as major threats those deriving from the legislative framework in relation to the process of granting permission for energy production facilities and land-use constraints, as well as the lack of know-how and inability for consensus.

The stakeholder mapping revealed 25 different stakeholder groups in the RUK involved in or significantly affected by ISEP. The stakeholders were prioritized and grouped according to their importance for energy planning and their capacity/power to influence the planning process and plan implementation at a later stage. In addition, an analysis of collaborations, synergies or conflicts among the stakeholders or other community groups was conducted.

Based on the performed analysis, the constellation of the RLL in the different stages of project development was identified. During the formal initiation meeting of the RLL, the obtained results by the previously mentioned analyses were presented, discussed and adapted in certain cases. A number of major energy-related issues for the regional unit area were identified and discussed also taking into consideration the findings of the materiality assessment. A hierarchical list of the 10 most relevant issues affecting the regional energy planning were identified, which prompted further discussion at a second RLL meeting.

Furthermore, a gap analysis was carried out, which provided useful input that was discussed at several meetings of the RLL in order to co-decide on the planning focus of the RLL. The gap-analysis merely confirmed the materiality assessment and the co-decision of the RLL, which was to focus its planning effort on the development of a "Strategic Plan on the energy exploitation of the biomass in the Regional Unit of Karditsa".

ANKA prepared a preliminary vision for the RUK, based on the existing energy and societal profile, followed by the preparation of alternative development scenarios, including, notably, measures and technologies on biomass exploitation. The energy profile and the alternative scenarios were

presented to the RLL's participants during a workshop, where an assessment of alternative scenarios was conducted by means of a questionnaire.

During this co-creation process, ANKA initiated several meetings and workshops with all the technical and economic stakeholders related to the regional unit area and the project under consideration, in order to result into a compromise solution for the location of the biomass facilities and to identify and select alternative implementation approaches (i.e. identification of an implementation instrument, liaisons with other planning initiatives and programmes, requirements to be fulfilled, revision and update of the stakeholder groups to be involved, financing aspects, risks).

The application of this process resulted into the ISEP of Karditsa (INTENSSS-PA, 2018), which is presented in the next sections.

Vision

The RLL formulated the vision, which constituted the basis for the ISEP of Karditsa, based on the maximization of the following principles:

- Strong socioeconomic spin-off: The energy projects must contribute to the sustainable employment and consequently to the reversion of the negative demographic trends and the confrontation of unemployment.
- Environmental protection: Each energy project must safeguard the reduction of CO₂ emissions, the sustainable use of the local resources and the protection of the physical and cultural landscape of the RUK.
- The exploitation of the local resources: The energy system must take advantage of the local resources, such as the human resources, the physical resources and the local financial capitals.

This vision should be aligned to the local/regional/national policies about the energy and the complementary sectors.

The RLL of Karditsa was appointed as the responsible body for the institutional coordination of the vision according to the responses of the stakeholders. A Memorandum of Understanding among the participants, describing the RLL operation beyond INTENSSS-PA project could be the legal form of this joint decision.

Key pathways to pursue ambitions

The RLL adopted a case-study approach in the experimentation of the developed ISEP concept. Specifically, a "Strategic Energy Plan, focused on the energy use of the biomass in the Regional Unit of Karditsa" was elaborated. The plan focused on the energy exploitation of biomass, following the ISEP

concept introduced by the INTENSSS-PA project, adjusted in the context of the RUK. The main insights of the ISEP include:

- The physical and socioeconomic landscape of the RUK is suitable for the energy exploitation of biomass.
- Biomass is the most mature RES in the RUK, due to the operation of the ESEK, which was established in 2010 (the first energy cooperative in Greece) with the participation of 350 members by the local society, and the current plans for the construction of pellet production plant.
- The management of the forest/agricultural/urban residues was ranked by the RLL as the most critical issue affecting the future energy system of Karditsa.
- The biomass energy exploitation accumulates the main characteristics of a plan elaborated to demonstrate the capacity of INTENSSS-PA approach for the ISEP. In specific:
 - The participatory approach is fostered with the actual involvement of several local actors and the development of cooperative Public-Private-People partnerships.
 - It is quite mature and tangible subject as ESEK has already constructed a plant, supported by the local authorities and financed (partially) by the Cooperative Bank of Karditsa, while the social opposition towards the biomass energy projects is low.
 - It has a strong spatial aspect demanding the identification of the most appropriate sittings of the plants, based on criteria related to the land use, the logistics of biomass and the production output of the plan in relation to its local use.
 - The socio-economic aspect is also strong, triggering financial benefits to many different groups of the local population.
- The environmental aspect is also important through the reinforcement of the fire-protection system of the region, the conservation of natural landscapes and the replacement of fossil fuels.
- The expected added value to the capacity of the local stakeholders will be significant, increasing the possibility for replication to other areas.

In addition, the analysis of the spatial planning framework was conducted, to indicate the most suitable zones in the RUK for the installation of biomass plants. The RLL reached to specific zones taking into consideration the land-use restrictions (protected physical ecosystems, locations of the target-groups of the plan, locations of the power-supply network, locations of the biomass sources). The analysis conducted in combination with the conclusions of the training session dedicated to the spatial planning framework of RES

demonstrated that the most suitable biomass plant zones are located within 25 km by the source of biomass, supplying this plant. Based on this conclusion and considering the land-use restrictions, two distance-curves were designed for the wood biomass and the municipal waste biomass (Figure 2). The RLL agreed that each biomass plant using these biomass sources in the RUK has to be located across these curves.

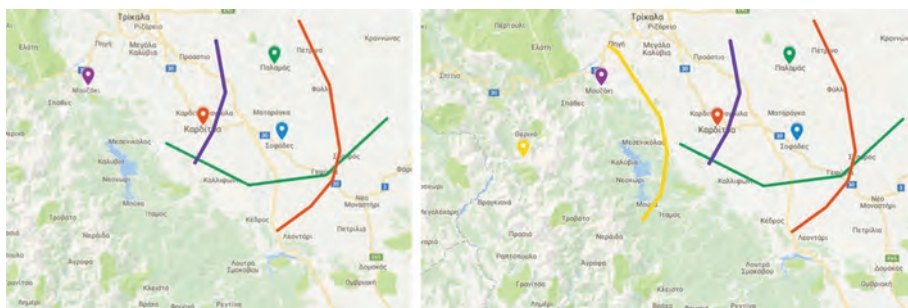


Figure 2. Biomass sources distance-curves in the RUK for wood and municipal biomass. Source: INTENSSS-PA, 2018.

The following pilot projects are envisaged:

- Technical infrastructure projects
 - Cover of the thermal energy needs of a cluster of hotel units in Lake Plastira area from biomass unit.
 - Cover of the energy needs of a fuel plant from municipal waste-urban pruning.
 - Cover of thermal needs of a school complex from a biomass boiler.
 - District heating of the municipalities of Mouzaki-Pyli from a biomass unit.
 - Net-metering application to meet the energy needs of the municipalities of Karditsa.
- Intangible coordination & dissemination actions
 - Establishment of an energy community for the energy exploitation of forest biomass in Karditsa.
 - Establishment of an energy community for the energy exploitation of land biomass in Karditsa.
 - Establishment of an energy community for the energy exploitation of municipal waste biomass in Karditsa.
 - Pilot operation of RLL.
 - Dissemination-awareness campaign.

Risks and barriers

The analysis of the risks/barriers of the ISEP was conducted through a participatory-approach process. The risk analysis carried out by the RLL, which identified the risks, calculated their impact as well as their possibility of occurrence and outlined the appropriate measures to address them. The risk analysis was implemented through a risk management tool, developed and used by ANKA for the risk management of its own projects. Figure 3 provides ranking of the potential risks including preventive measures.

A/A	Potential risks	Preventive Measures
1	Lack of the necessary financial capitals	– Establishment of a committee, responsible to attract investment capitals. – Combination of available financial instruments. – Use of innovative financial tools. – Raise of local capitals.
2	Delays in the licensing of the necessary infrastructure projects	– Sound preparation of the licensing request of each project. – Cooperation with the licensing authorities throughout the licensing process.
3	Difficulties in the supply of the raw material, due to the lack of interest by the owners	– Feasibility study for each biomass supply-chain. – Information campaign towards the owners of biomass. – Introduction of knowledge by ESEK.
4	Decrease of the consumers' interest, because of the expansion of the natural gas network	– Joint Marketing Plan for the promotion of the products. – Focus on the areas, not included in the natural gas network.
5	Withdrawal of the political endorsement, due to the changes in the management of the stakeholders	– Rapid information of the new elected policy-makers of the stakeholders about the plan and its benefits.
6	Conflicts between the stakeholders, due to opposite interests	– Bilateral cooperation with the stakeholders holding opposite interests, to prevent conflicts.
7	Delays in the elaboration of the local spatial plans	– Overview of the applicable spatial framework in each project of the plan. – Mobilization of the local authorities to elaborate the local spatial plan.
8	Social opposition demonstrated by local social groups	– Tailor-made campaign towards the social groups expressed opposition.
9	Social opposition expressed by environmental organizations	– Campaign towards the local society, focused on the environmental benefits of the plan. – Participation of the local environmental organizations in the RLL.

Figure 3. Identified risks and preventive measures. Source: Authors.

Targets and impacts

The impact of the ISEP will be monitored through two sets of Key Performance Indicators (KPIs), a quantitative and a qualitative one. The KPIs can facilitate the monitoring of ISEP's performance, support the decision-making process about possible adjustments, if necessary, and produce reports for all stakeholders about the progress of the ISEP and the delivered impacts. Figures 4 and 5 provide the overview of the quantitative and qualitative KPIs respectively including the expected targets.

KPI	Target
Expected investments (million €)	113.195
Installed power (MW)	31.89
Reduction of CO2 emissions (ktn)	36375
Jobs created (man-years)	2467.64
Reduction of energy poverty (households)	2021
Stakeholders involved	32
Created Income (million €)	25.19
Created Added Value (million €)	87.05
Number of infrastructure projects	5
Number of new organizations	5
Intangible dissemination actions	6

Figure 4. Overview of the quantitative KPIs of the ISEP. Source: Authors.

KPI	Target
Multilevel Governance	The public-private-social stakeholders will collaborate in a single structure, equally represented in the decision-making bodies, regardless of the value of their cooperative shares.
Reduced social resistance against RES	The representation of social partners (including social and environmental organizations) in the RLL is expected to mitigate the social resistance to the foreseen actions. Furthermore, the awareness campaign will mitigate the social resistance though the provision of information about the socioeconomic spin-off and the environmental impact of the energy use of biomass.
Spatial planning enhancement	The optimal siting of the facilities will be fostered as the spatial planning is the main subject of the RLL and the further operation of this instrument is expected to improve the spatial planning in the RUK.
Confronted administrative barriers	The involvement of implementing and authorizing partners in the RLL will remove bureaucratic barriers and accelerate the energy investments in the examined area.

Figure 5. Overview of the qualitative KPIs of the ISEP. Source: Authors.

Conclusions

The added value of the whole methodology is two-fold. Firstly, the produced strategic energy-spatial plan, which consists of tangible proposals and actions, is a useful and necessary tool/guide for the transformation of the RUK's energy system and regional development, in order to meet the current requirements and future challenges in the energy sector but also to take advantage of financial opportunities for energy projects. Secondly, the RLL environment and the training activities that took place, strengthened the capacity of the stakeholders in relation to energy-spatial planning and the utilization of RES. The meaningful importance of establishing participatory processes for the development of a commonly accepted energy vision was acknowledged by the majority of the stakeholders. This approach responds, on the one hand, to the lack of provisions for effective participatory processes within the formal institutional system and, on the other hand, to the absence of intermediate links between national-regional-local policies.

As for the ISEP itself, the energy utilization of biomass is the core element for the fulfillment of the energy vision and the main lever for the implementation of the RUK's energy plan, presenting technical-economic and energy results. There are important evident synergies, since it is a mature project given the existence of ESEK and the pellet production plant, it is supported by local authorities with limited social resistance, it has a strong socio-economic dimension, with economic benefits for many groups of the local population (farmers, cooperatives, timber traders, municipalities, end users), it improves the degree of energy autonomy of the RUK, and it can lead to significant environmental benefits as biomass collection will strengthen the fire safety system, preserve the natural landscape and help replace fossil fuels.

As energy problems are classic problems of multi-criteria nature, the choice of biomass shows that local communities weigh more heavily on local benefits and opportunities to enhance endogenous development, clearly recording a preference for social benefits over clean economic outcomes (Tasopoulou et al., 2018).

References

- Ballon, Pieter & Schuurman, Dimitri (2015). "Living Labs: Concepts, tools and cases", *info*, vol. 17, nº4, pp. 1-11. DOI: <https://doi.org/10.1108/info-04-2015-0024>

- Giannouli, Ioanna; Zuidema, Christian; Salemink, Koen; Gugerell, Katharina; Cantero Celada, Sergio; Blathra, Sofia; Christidou, Cathy; Leonhart Petersen, Kaj; Marinero Peral, Ángel María; Tasopoulou, Anastasia; Papaioannou, Agelos & Koutsomarkos, Nikolaos (2017a). "A co-planning approach for area-based holistic energy planning: The experience of INTENSSS-PA project", in *Proceedings of the International Conference on Changing Cities III: Spatial, Design, Landscape & Socio-economic Dimensions*, pp. 699-710.
- Giannouli, Ioanna; Zuidema, Christian; Blathra, Sofia; Georgiou, Paraskevas; Bellis, Vassilis; Chalatsis, Thomas; Vasiloglou, Niki; Tasopoulou, Anastasia; Koutsomarkos, Nikolaos & Papaioannou, Agelos (2017b). "A methodological approach for holistic energy planning through Living Lab participatory concept: the case of Karditsa Prefecture", in *Proceedings of the 15th International Conference on Environmental Science and Technology (CEST)*.
- Giannouli, Ioanna; Tourkolias, Christos; Zuidema, Christian; Tasopoulou, Anastasia; Blathra, Sofia; Salemink, Koen; Gugerell, Katharina; Georgiou, Paraskevas; Chalatsis, Thomas; Christidou, Cathy; Bellis, Vassilis; Vasiloglou, Niki & Koutsomarkos, Nikolaos (2018). "A methodological approach for holistic energy planning through the Living Lab concept: the case of the Prefecture of Karditsa", *European Journal of Environmental Sciences*, vol. 8, n°1, pp. 14-22. DOI: <https://doi.org/10.14712/23361964.2018.3>
- INTENSSS-PA (2017a). "Regional Living Labs context and potentials for innovation" (Report).
- INTENSSS-PA (2017b). "Integrated sustainable energy planning concept design" (Report).
- INTENSSS-PA (2018). "Integrated Sustainable Energy Plan. RLL of Karditsa" (Report).
- Ståhlbröst, Anna & Holst, Marita (2012). *The Living Lab Methodology Handbook*. Luleå (Sweden): Luleå University of Technology and Centre for Distance-spanning Technology. Available at: https://www.ltu.se/cms_fs/1.101555!/file/LivingLabsMethodologyBook_web.pdf (access: 01/09/2022).
- Tasopoulou, Anastasia; Georgiou, Paraskevas; Giannouli, Ioanna; Koutsomarkos, Nikolaos & Chalatsis, Thomas (2018). "Application of the 'Living Lab' methodological approach in the context of developing the strategic energy plan of the Regional Unit of Karditsa", in *Proceedings*

of the 5th Pan-Hellenic conference on Urban and Regional Planning and Development, pp. 1233-1245 [in Greek].

Thrän, Daniela; Gawel, Erik & Fiedler, Dagmar (2020). "Energy landscapes of today and tomorrow", *Energy, Sustainability and Society*, vol. 10, article 43. DOI: <https://doi.org/10.1186/s13705-020-00273-2>

PERSPECTIVAS

María A. CASTRILLO ROMÓN

Universidad de Valladolid (Instituto Universitario de Urbanística)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-2331-2854>

mariacr@arq.uva.es

José Luis LALANA SOTO

Universidad de Burgos

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-7400-6200>

jllalana@ubu.es

Víctor PÉREZ EGUÍLUZ

Universidad de Valladolid (Instituto Universitario de Urbanística)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-7489-6098>

victor.perez.eguiluz@uva.es

Introducción: el proyecto “Territorios activos” en la trayectoria de investigación del Instituto Universitario de Urbanística

“Territorios activos”¹ es un proyecto de investigación que se desarrolla en el Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid (IUU) como parte de una serie de trabajos e investigaciones sobre el medio rural y sus núcleos de población iniciada hace ya unos quince años².

1 “Territorios activos. Diseño y desarrollo de un Living Lab para la caracterización e impulso sostenible de iniciativas innovadoras en el medio rural de Castilla y León” es un proyecto de investigación cofinanciado por el FEDER y la Junta de Castilla y León (Orden de 5 de mayo de 2020, de la Consejería de Educación, por la que se convocan subvenciones del programa de apoyo a proyectos de investigación cofinanciadas por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional, cód. VA200P20). Es una iniciativa del GIR “Planificación territorial y urbanística”, integrado en el Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid, y lo desarrollan José Luis Lalana y Víctor Pérez Eguíluz (investigadores postdoctorales) y el equipo de investigación formado por Juan Luis de las Rivas, Luis Santos, Javier Pérez, Rodrigo Almonacid, Manuel Montañés, Joaquín Romano y María Castrillo (IP); con la colaboración de los investigadores Enrique Rodrigo, David Navarro, Miguel Fernández y Marina Jiménez, y el apoyo administrativo de Maribel Cárdbaba.

2 Dejando a un lado la trayectoria previa del IUU en asesoramiento para la ordenación de territorios fundamentalmente rurales, el primer proyecto de investigación desarrollado en el IUU y específicamente orientado al medio rural fue “Los Pueblos Perdidos: fundamentos ambientales, paisajísticos y arquitectónicos para la recuperación sostenible del patrimonio de los Núcleos Rurales Menores de Castilla y León” (2006-2008, IP: Carlos Montes).

Esta filiación comporta que, aunque “Territorios activos” sea un proyecto circunscrito a Castilla y León, guarde algunas concomitancias con otros proyectos recientes que IUU desarrolla a escala estatal, como “El Paisaje Urbano Histórico como recurso de planificación en los conjuntos históricos menores de la España interior”, que acogió el seminario en el que se presentó esta ponencia.

Haciendo abstracción de muchos matices, podría decirse que estas iniciativas del IUU comparten, cuando menos, el interés por la capacidad de resistencia del medio rural —y, en particular, de sus núcleos de población— frente a los problemas que estos vienen acusando desde hace décadas. Pero, en tanto que vinculadas a un centro de investigación de planificación espacial, también coinciden en el objetivo de identificar, dentro de esa resistencia, diversas potencialidades que podrían ser valiosas para la conformación futura de un medio rural *deseable* (sobre esta expresión tan ambigua, “medio rural deseable”, volveremos más adelante).

Dentro de ese marco de interés científico compartido, “Territorios activos” presenta ciertas particularidades que pueden revestir interés en diversos planos (científico, metodológico, epistemológico) en relación con las perspectivas de desarrollo del medio rural en Castilla y León. De hecho, el texto que sigue se servirá de la memoria del proyecto y de algunos de sus primeros resultados para identificar tres aspectos que revisten cierta originalidad y que caracterizan este proyecto en relación con la construcción de imágenes actuales y posibles del medio rural de esta región.

Las imágenes dominantes del medio rural castellano y leonés y la génesis de “Territorios activos”. Identificación de un “ángulo muerto” entre los análisis de los problemas y de las políticas públicas

Resulta de todo punto evidente que, en el momento presente, hay dos imágenes dominantes del medio rural de Castilla y León. Por orden de actualidad, la primera es la imagen condensada en la expresión “España vacía”, popularizada por el periodista Sergio del Molino en 2016 y enseguida parafraseada como “España vaciada” por movimientos sociales y políticos arraigados en algunas de las provincias más rurales de la España interior.

Nótese que esta imagen hoy omnipresente pone bajo los focos los graves problemas de pérdida de población, envejecimiento, falta de servicios y, en general, inequidad de las políticas públicas. Constituye, sin duda alguna, un

buen soporte para la denuncia, la protesta y la reivindicación, pero tiene una contrapartida paradójica: subraya los significados negativos del medio rural que quiere defender y deja en la sombra a la población que reside en él³: si nos referimos solo a los municipios por debajo de los 2000 habitantes, 2.675.792 personas en España y casi 600.000 en Castilla y León (592.783 habitantes), según el padrón de 2020⁴.

La otra imagen indudablemente dominante es la del medio rural de Castilla y León como medio agrario. La investigación geográfica lleva años mostrando el escaso peso de las actividades agrarias en Castilla y León, tanto en términos de PIB —en 2019, ya sólo suponía el 4,72% del PIB (ECOVA, 2021)— como en términos de población activa —en torno a un 21% frente a, por ejemplo, el sector servicios, que suponía ya más del 40% en 2010 (Molinero, 2016)—. Sin embargo, la imagen del “campo”, posiblemente reforzada por la gran extensión territorial de cultivos y pastizales, sigue capitalizando la perspectiva dominante sobre lo rural en Castilla y León, una tendencia apreciable incluso en las instancias orientadas a superar esa identificación (Figura 1)⁵.

Lo simplificador y reduccionista de estas imágenes dominantes sobre el medio rural castellano y leonés contrasta con los aportes hechos desde la investigación, que ha sido rica y compleja (pese a la endémica escasez de recursos) y que ha contribuido a construir un conocimiento significativo frente al “problema público” (Cefaï, 1996) del desarrollo rural en esa región.

Como no es este el lugar para hacer una referencia exhaustiva a ese estado de la cuestión, baste mencionar aquí la importancia de las aportaciones desde la Geografía y la Ordenación del Territorio al conocimiento de la evolución del medio rural castellano y leonés, sus problemas y tendencias y, desde una diversidad de áreas, al análisis y crítica de las políticas de desarrollo rural europeas, estatales y autonómicas en Castilla y León⁶.

3 Nos atreveríamos a decir que, con esta imagen dominante como fondo, adquiere también sentido mediático el fenómeno de “regreso al pueblo”, especialmente visibilizado en contexto pandémico, que pone bajo el foco a los recién llegados al medio rural y sus actividades, y deja a la sombra, una vez más, a los que no se fueron, a los que ya estaban allí...

4 De ahí que Pilar Burillo, que acuñó el término “demotanasia” en el marco de la Asociación Serranía celtibérica (<https://www.celtiberica.es/fundamentos/index.html>), defienda que, más que una “España vacía”, se trata de una “España abandonada” (El Diario, 29 de marzo de 2019). Ver también: Cerdà, 2017.

5 Valga como muestra esta imagen, escogida para la portada del Plan de Desarrollo Rural 2014-2020 de la Junta de Castilla y León. Obsérvese además que esta imagen de lo rural confundido con lo agrario no está tampoco exenta de claroscuros. En ella, el “campo” gana una notable visibilidad pero, al mismo tiempo, todo lo rural queda subsumido en lo agrario y, con ello, también en la consolidada relación de dominación simbólica de la “ciudad” sobre el “campo”.

6 Por solo citar algunos títulos entre los consultados para este trabajo, véase, por ejemplo, entre las perspectivas sobre la geografía actual del medio rural de Castilla y León: Molinero, 2016, 2020; Alario, Molinero & Morales, 2018; y, entre las críticas a las políticas sobre el medio rural: Baraja Rodríguez, Herrero Luque & Martínez Arnáiz, 2020, 2021; Miranda Escolar & Moyano-Pesquera, 2020; Domínguez Álvarez, 2021; Hortelano Mínguez, 2017.

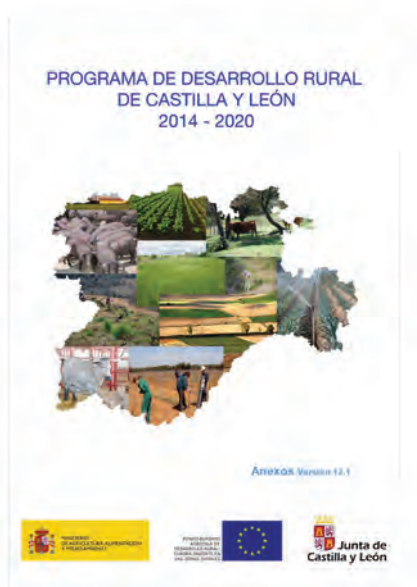


Figura 1. Portada del Programa de desarrollo rural de Castilla y León 2014-2020.
Fuente: <https://agriculturaganaderia.jcyl.es/web/es/development-rural/programa-desarrollo-rural-castilla-leon.html>

Pero entre el análisis de los problemas y tendencias de la evolución del medio rural, y la crítica de las políticas de desarrollo rural, se abre un espacio aun poco explorado en torno a la cuestión de la acción efectiva de otros agentes distintos de los poderes públicos en relación con las necesidades y tendencias de desarrollo rural⁷. Y es en ese espacio donde “Territorios activos” identifica su objeto, la innovación rural, y su problema de investigación: qué caracteriza hoy el medio rural innovador de Castilla y León, cuál es el capital social asociado al mismo y cuáles son sus condicionantes territoriales y sus parámetros de acción.

En un arranque de entusiasmo, la memoria del proyecto declaraba su intención de “dar un vuelco a los enfoques dominantes hasta la fecha en la generación de conocimiento relacionado con el reto demográfico en el medio rural”, invirtiendo “el ángulo de ataque”⁸. “En vez de tomar la despoblación y la atonía como objetos de estudio prioritarios”, el foco se situaría sobre la innovación rural que está teniendo lugar en Castilla y León. En otras palabras, en vez de preguntarnos por qué la vida en el medio rural languidece o por qué las políticas de desarrollo rural no logran contener esa tendencia, trataríamos

7 Aportaciones recientes en este sentido se las debemos a Alario & Cano (2020); y también, en cierto sentido, al proyecto GEOVACUI (Martínez Arnáiz et al., 2020).

8 Memoria del proyecto “Territorios activos”, p. 12.

de estudiar "las iniciativas que se han puesto en marcha (...) dirigidas al fortalecimiento de la viabilidad territorial, buscando nuevas modalidades de trabajo, nuevos recursos o una nueva forma de entender la relación con el medio" (Lalana Soto, Pérez-Eguíluz & Castrillo Romón, 2021).

A partir de ahí, tomamos otras dos decisiones sobre el diseño de la investigación que eran verdaderos retos para nosotros. Por un lado, quisimos apoyarnos en "una metodología con una importante base cualitativa (...) que busca la 'voz' de los actores en la base del fenómeno estudiado y que construye su conocimiento 'desde abajo'"⁹. Por otro lado, buscamos que el proyecto no solo generase conocimiento, sino que pudiese ser, en alguna medida, desencadenante directo de cambios en favor de la innovación rural. De hecho, nos fijamos también como objetivo fundamental el desarrollo de "una herramienta de conocimiento abierto sobre dicho medio", que permita y anime a proseguir la elaboración de información más allá de la vida de proyecto y que pueda facilitar "estrategias locales capaces de 'activar el territorio' desde una perspectiva inclusiva y colaborativa, incidiendo en sus variables espaciales objetivas y en las condiciones del hábitat rural" y previmos el desarrollo de un *Living Lab* y de proyectos piloto¹⁰.

Imágenes de la innovación rural en Castilla y León según sus protagonistas. Elecciones metodológicas de "Territorios activos" para construir un nuevo ángulo de visión

En la base del proyecto estaba, pues, el análisis de las experiencias de innovación rural tal y como las ven sus protagonistas. Pero obviamente esto chocaba con varias dificultades: la primera, en qué sentido orientar la búsqueda, esto es, cómo definir, al menos inicialmente, el tipo de experiencias que buscábamos (¿qué es innovación rural?); la segunda, cómo tener noticia de la existencia de iniciativas de innovación rural; y la tercera, cómo asegurarnos de analizar una muestra que, no pudiendo ser sino parcial, estuviese lo más exenta posible de sesgos y nos permitiese registrar todos los condicionantes y parámetros territoriales que operan sobre la innovación rural en Castilla y León.

En principio, adoptamos un concepto de innovación muy amplio y con una orientación territorial más que económica. Nuestro objetivo era caracterizar un medio rural innovador y, desde esa perspectiva, el medio rural no puede ser considerado únicamente como un soporte de actividades económicas, "como un lugar donde invertir, identificando y explotando sus potenciales recursos, sino ante todo como un lugar donde vivir, y en relación con ello,

9 Ibídem, p. 9.

10 Ibídem, p. 9 y ss.

para hacerlo posible, como un lugar donde poder trabajar” (Lalana Soto, Pérez-Eguíluz & Castrillo Romón, 2021). De forma coherente con todo lo anterior, definimos la innovación como “una herramienta que posibilita la adaptación a las transformaciones (actuales y futuras), y puede ser capaz, por tanto, de preservar o estimular la vitalidad y la habitabilidad del medio rural” (Pérez-Eguíluz, Lalana Soto & Castrillo Romón, 2021).

Con un marco teórico de la innovación rural aun en construcción (Burgos & Bocco, 2020), la referencia fundamental en la que se apoyó esta definición inicial de innovación fue la versión más avanzada del Manual de Oslo (OECD-Eurostat, 2018), que permitió además perfilar tres ámbitos de innovación: (i) procesos y organización; (ii) productos (bienes o servicios) y mercados; y (iii) innovación social.

Por otro lado, era preciso también caracterizar el territorio rural de Castilla y León, una tarea que abordamos desde una perspectiva muy aplicada, bajo la forma de una categorización preliminar que se basaba en una metodología utilizada por Eurostat, en la que se clasifican las áreas rurales a partir del concepto de centralidad urbana, utilizando datos de tamaño de población por núcleos y distancias (Eurostat, 2012).

Adaptamos esta metodología a las particularidades de Castilla y León, lo que supuso trabajar umbrales de población más reducidos (desde los 50.000 hasta los 20.000 habitantes) en relación con los núcleos capaces de generar áreas funcionales urbanas, y con isócronas calculadas para el transporte en automóvil a partir de las características de cada tramo de carretera que también fueron más ajustadas, para favorecer una aproximación más precisa a la realidad de nuestro territorio.

Sobre esta base, identificamos como límite del rural de área funcional urbana las isócronas de 30 minutos en coche para los núcleos mayores de 50.000 habitantes y 20 para los de 20.000 a 50.000 (Pérez-Eguíluz, Lalana Soto & Castrillo Romón, 2021). El rural intermedio lo definimos sólo en relación con las áreas funcionales urbanas de los núcleos de más de 50.000 habitantes, a distancias entre 30 y 60 minutos en coche desde sus centros. Y, finalmente, el rural remoto se define por quedar a más de 60 minutos de los núcleos de más de 50.000 habitantes y a más de 20 minutos de los que tienen entre 20.000 y 50.000 habitantes (Figuras 2 y 3).

Además de ello, se identificaron los “centros prestadores de servicios” como “urbano” en rural de área funcional, en rural de área intermedia o en rural remoto, siguiendo así una línea de interpretación ya consolidada en el Instituto Universitario de Urbanística y que toma en cuenta los servicios básicos existentes en el territorio (sanidad, educación obligatoria y servicios financieros): centro de salud, farmacia, centros de educación pública en

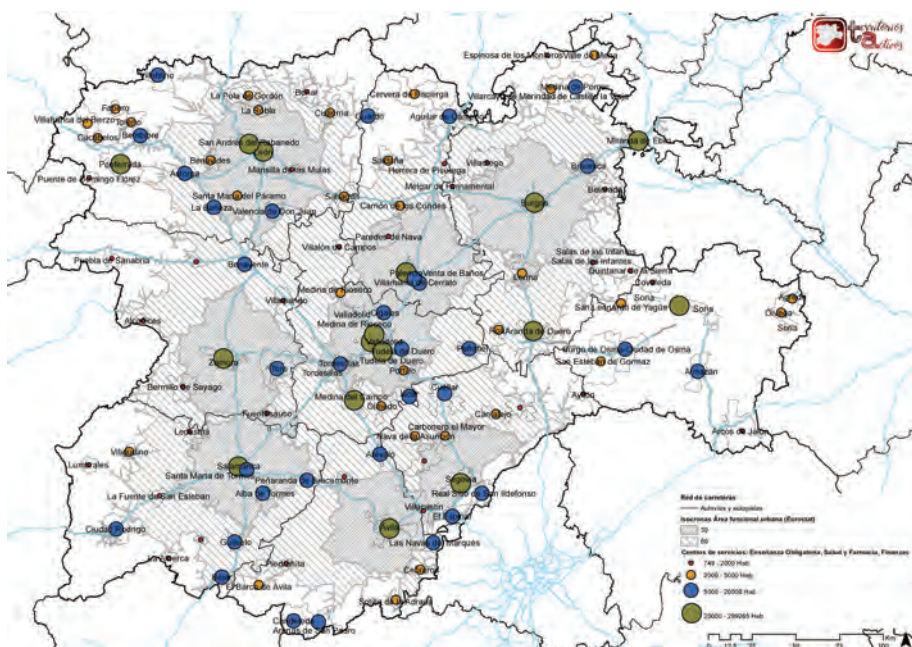


Figura 2. Resultado de aplicar la metodología y los umbrales de Eurostat (2012) para la definición de áreas funcionales urbanas en Castilla y León. Fuente: Proyecto "Territorios activos".

todos los niveles de educación obligatoria (primaria y secundaria) y servicios financieros. La experiencia muestra que esta concentración de servicios en ciertos núcleos que pueden no llegar a los 2.000 habitantes hace que sean, pese a su tamaño, referencias territoriales importantes en la estructura urbana del medio rural (Pérez-Eguíluz, Lalana Soto & Castrillo Romón, 2021).

Por último, *last but not least*, se nos planteaba también otra cuestión preliminar importante que tenía que ver directamente con los protagonistas de la innovación rural. Una de las premisas el trabajo era construir el conocimiento desde abajo, desde las experiencias concretas y no desde las políticas, lo que requería que pusiésemos el foco fundamentalmente sobre el sector privado (personas a título particular, empresas y asociaciones en diversos formatos), con la voluntad expresa de prestar una atención especial a las innovadoras¹¹.

La identificación de tres ámbitos de innovación, tres clases de territorio rural y tres tipos de agentes nos daba una matriz de 27 casuísticas que nos ayudarían a orientar y equilibrar la búsqueda de experiencias de innovación

11 Esto no obsta para reconocer el papel de los agentes públicos, no solo en el fomento de la innovación rural, sino también —y de manera aún más fundamental— en la prestación de servicios básicos que son parte y soporte del desarrollo rural y, dentro de él, de la innovación. Esos servicios son la base fundamental de la habitabilidad en el medio rural, condición sine qua non sobre la que se construye la innovación rural.

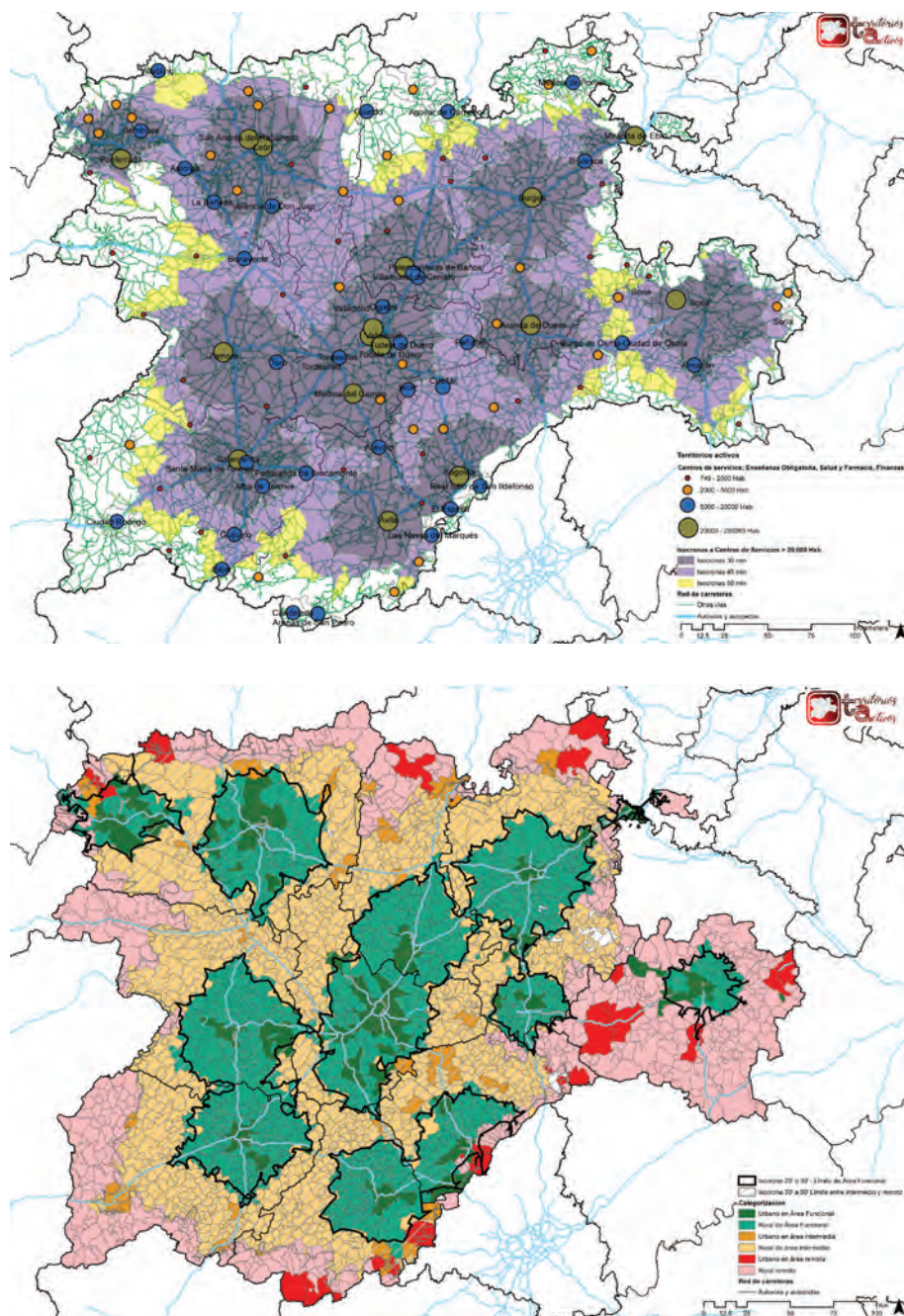


Figura 3. Arriba: primer tanteo de adaptación de la categorización de áreas rurales de Eurostat (2012) a Castilla y León. Abajo: resultado definitivo del ajuste de la metodología y umbrales Eurostat (2012) para la categorización del territorio rural en el marco de “Territorios activos”. Fuente: Proyecto “Territorios activos”.

rural en Castilla y León con la perspectiva de caracterizar sus condicionantes territoriales. ¿Pero cómo llegar hasta esas experiencias, primero, y, segundo, cómo recabar y elaborar la información que nos interesa?

Hacer un inventariado de experiencias de innovación rural queda totalmente fuera del alcance del proyecto "Territorios activos" pero, para poder identificar al menos una serie suficiente de iniciativas que podrían interesarnos para formar una muestra de análisis, construimos una base de datos donde vamos recogiendo los resultados de hallazgos aleatorios (prensa y televisión, transmisión oral...), búsquedas en internet y de una encuesta sistemática (aun en marcha) con los grupos de acción local (GAL) y de los centros de desarrollo rural (CDR) de toda Castilla y León.

De esta manera, bajo este "radar" han ido cayendo noticias bastante heteróclitas que *grosso modo* podrían agruparse en tres bloques genéricos (y no estancos entre sí): las experiencias provenientes de la economía social y los emprendimientos colaborativos; las asociadas a las instituciones de desarrollo local e impulso del emprendimiento y las iniciativas orientadas a dar visibilidad a otras que proporcionan oportunidades de vida y de trabajo en el medio rural (Lalana Soto, Pérez-Eguíluz & Castrillo Romón, 2021).

Nuestro horizonte es componer en total un corpus equilibrado de 36 entrevistas semidirectivas con innovadores o innovadoras rurales en el que se recojan las 27 casuísticas teóricas de la innovación en territorio rural de Castilla y León. Los discursos registrados los estamos elaborando de tres maneras distintas dirigidas a fines diferenciados.

En primer lugar, produciremos un análisis referencial que nos permita identificar los elementos que condicionan, frenan o impulsan la innovación rural en la región. En segundo lugar, las entrevistas se trasladarán a la producción de vídeos de unos pocos minutos que, con un tono divulgativo, incorporen fragmentos relevantes de cada una de ellas. Estos vídeos se insertarán junto a otros materiales en un *webmapping* sobre innovación rural en Castilla y León. Esta herramienta se concibe como una plataforma de agregación de información sobre una base espacial, colaborativa, dinámica, abierta y fácilmente consultable desde todo tipo de dispositivos electrónicos, que se creará para permanecer tras el proyecto como fuente accesible y permanentemente actualizada para el análisis del fenómeno y para el intercambio y la divulgación de experiencias replicables.

En tercer lugar, el conocimiento acumulado a través de las entrevistas también estará al servicio del diseño de un *Living Lab*, una metodología abierta ideada por William Mitchell en el MIT, basada en reunir personas y agentes públicos y privados interesados en un problema complejo para crear un contexto no normativo y una atmósfera creativa que les permita afrontarlo

de manera colaborativa y en base a tres cualidades fundamentales: la co-creación (formando una comunidad de información), la experimentalidad (discusión, participación...) y evaluación de resultados. En nuestro caso, replicando la experiencia del proyecto INTENSSS-PA¹², se tratará de un *Living Lab* regional e interdisciplinar que se dirigirá al reconocimiento de los condicionantes territoriales de la innovación rural y al impulso de ésta.

En definitiva, esta metodología híbrida en la que se articula investigación (geográfica y cualitativa), difusión del conocimiento y acción para abordar la innovación rural en Castilla y León desde un ángulo distinto y original es, sin duda, la peculiaridad más distintiva de “Territorios activos”. Y también, por su ambición y su complejidad, un gran reto para nuestro equipo.

Contribuir a conocer de otra manera: hacia una imagen de lo que puede ser y es deseable que sea el medio rural de Castilla y León

Hasta aquí, hemos visto que “Territorios activos” se construye a partir del reconocimiento de las resistencias territoriales entendidas como procesos sociales y económicos que contradicen las tendencias dominantes en el medio rural castellano y leonés (pérdida de población y actividades, simplificación de actividades económicas y consideración del territorio como mero soporte, abandono de los núcleos y territorios...) y que, en cierta medida, también contestan la interpretación más economicista del desarrollo rural y dan cuerpo a una interpretación de la sostenibilidad que se basa en el cultivo de los valores sociales del territorio, incluidos, por supuesto, los procesos naturales (McHarg, 2000). Tomando prestado el concepto propuesto por Alberto Magnaghi, el concepto de innovación rural en “Territorios activos” se alinearía así con el denominado “desarrollo local autosostenible” (Magnaghi, 2011), al tiempo que el proyecto en su conjunto aspiraría a contribuir a la construcción de la imagen de un medio rural posible y deseable a partir del conocimiento aportado por la experiencia de los innovadores rurales.

En términos filosóficos, podría decirse que los “territorios activos” que el proyecto visibiliza (o quizá, mejor, deja entrever) en el medio rural de Castilla y León son una base necesaria para construir un proceder intelectual que reclamaba Henri Lefebvre en *El derecho a la ciudad*: una transducción¹³, es decir, “una operación intelectual que puede proseguirse metódicamente (...) a partir de informaciones relativas a la realidad así como de una problemática

12 A Systematic Approach for Inspiring and Training Energy-Spatial-Socioeconomic Sustainability to Public Authorities (INTENSSS-PA). Proyecto financiado por la Comisión Europea. Para más información: <https://iuu.uva.es/investigacion/proyectos-idi/a-systematic-approach-for-inspiring-and-training-energy-spatial-socioeconomic-sustainability-to-public-authorities-intensss-pa/>

13 Esta misma epistemología ha fundamentado otros trabajos del IUU (Rivas Sanz et al., 2022).

planteada por esa realidad, elabora y construye un objeto teórico, un objeto *posible*" (Lefebvre, 1978: 128)

En "Territorios activos", la transducción se apoya en el conocimiento de las resistencias a los procesos y tendencias que subyugan hoy el medio rural castellano y leonés, y, sirviéndose de una colaboración abierta, multidisciplinar y multinivel a través del *webmapping* y del *Living Lab*, busca contribuir a la construcción conceptual, cuando menos, de un medio rural posible y deseable desde una perspectiva ecológica y social.

El trabajo realizado hasta ahora nos va mostrando iniciativas de innovación como elementos de realidad cotidiana que podrían ser semillas o ingredientes ya existentes de un posible "espacio diferencial" (Marcuse, 2011) separado de los procesos dominantes. Obviamente, "Territorios activos" es un pequeño proyecto, con un alcance directo muy limitado y un alcance indirecto aún muy incierto. Pero, como insiste Peter Marcuse (2011), las líneas de desarrollo de una nueva sociedad deben buscarse siempre en el seno de la vieja. Y a esto es a lo que queremos contribuir.

Referencias bibliográficas

- Alario Trigueros, Milagros; Molinero Hernando, Fernando & Morales Prieto, Erica (2018). "La persistencia de la dualidad rural y el valor de la nueva ruralidad en Castilla y León (España)", *Investigaciones Geográficas*, nº70, pp. 9-30. DOI: <https://doi.org/10.14198/INGEO2018.70.01>
- Alario Trigueros, Milagros & Cano Plaza, Eva Consuelo (2020). "Nueva incorporación de mujeres en las actividades agrarias de Castilla y León", en *ColoRural 2020. Espacios rurales y retos demográficos: una mirada desde los territorios de la despoblación*, pp. 613-629. AGE (Asociación Española de Geografía). Disponible en: https://geografiarural.age-geografia.es/wp-content/uploads/2021/03/ColoRural2020_Actas_Bajo-peso.pdf (acceso: 01/09/2022)
- Baraja Rodríguez, Eugenio; Herrero Luque, Daniel & Martínez Arnáiz, Marta (2021). "Política Agraria Común y despoblación en los territorios de la España interior (Castilla y León)", *Ager*, nº33, pp. 151-182. Disponible en: <http://ruralager.org/wp-content/uploads/07-Ager-33-BARAJA-00.pdf> (acceso: 01/09/2022)
- Baraja Rodríguez, Eugenio; Herrero Luque, Daniel & Martínez Arnáiz, Marta (2020). "La política agraria común (PAC) y la desvitalización rural: El caso de Castilla y León", en *ColoRural 2020. Espacios rurales y retos demográficos: una mirada desde los territorios de la despoblación*,

- pp. 267-286. AGE (Asociación Española de Geografía). Disponible en: https://geografiarural.age-geografia.es/wp-content/uploads/2021/03/ColoRural2020_Actas_Bajo-peso.pdf (acceso: 01/09/2022)
- Burgos, Ana Laura & Bocco, Gerardo (2020). "Contribuciones a una teoría de la innovación rural", *Cuadernos de economía*, vol. 39, nº79, pp. 219-247. DOI: <https://doi.org/10.15446/cuad.econ.v39n79.74459>
- Cefaï, Daniel (1996). "La construction des problèmes publics. Définitions de situations dans des arènes publiques", *Réseaux*, vol. 14, nº75, pp. 43-66. DOI: <https://doi.org/10.3406/reso.1996.3684>
- Cerdà, Paco (2017). *Los últimos. Voces de la Laponia española*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Domínguez Álvarez, José Luis (2021). "La importancia del municipalismo para la consecución del nuevo resurgir de la ruralidad: la disyuntiva entre devolver el alma a los pueblos o abandonar el territorio", *Revista jurídica de Castilla y León*, nº53, pp. 73-120. Disponible en: <https://www.jcyl.es/web/jcyl/AdministracionPublica/es/Plantilla100Detalle/1215245063566/Publicacion/1285024111139/Redaccion> (acceso: 01/09/2022)
- ECOVA (2021). *Observatorio Económico de Castilla y León. 4º Trimestre de 2020. Conclusiones*. Valladolid: Colegio de Economistas de Valladolid.
- EUROSTAT (2012). *The new degree of urbanization*. Luxemburgo: Publications Office of the European Union. Disponible en: http://ec.europa.eu/eurostat/ramon/miscellaneous/index.cfm?TargetUrl=DSP_DEGURBA (acceso: 01/09/2022)
- Hortelano Mínguez, Luis Alfonso (2017). *Desarrollo rural y turismo en Castilla y León*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Lalana Soto, José Luis; Pérez-Eguíluz, Víctor & Castrillo Romón, María (2021). "Territorios Activos. Caracterización e impulso sostenible de iniciativas innovadoras en el medio rural de Castilla y León –España–", en *Conferencia Internacional Territorio y Paisaje-CITy Paisaje 2021-Umbrales Territoriales*. Bogotá: Universidad de La Salle. Handle: <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/53379>
- Lefebvre, Henri (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península (ed. original 1968: *Le droit à la ville*. París: Anthropos).
- MacHarg, Ian (2000). *Proyectar con la Naturaleza*. Barcelona: Gustavo Gili (ed. original 1992: *Design with Nature*. Nueva York: Wiley & Sons).

- Mangaghi, Alberto (2011). *El proyecto local. Hacia una conciencia del lugar*. Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya (ed. original 2000: Il Progetto locale. Turín: Bollati Boringhieri)
- Marcuse, Peter (2011). "¿Qué derecho para qué ciudad en Lefebvre?", *Urban NS*, nº2, pp. 17-21. Disponible en: <http://polired.upm.es/index.php/urban/article/view/1482> (acceso: 01/09/2022)
- Martínez Arnáiz, Marta; Mínguez García, María del Carmen; Martín Vide, Javier; Ojeda Zújar, José & Ruiz Sinoga, José Damián (2020). "Geovacui: Geografía y ciencia ciudadana ante el reto de la despoblación rural", en *ColoRural 2020. Espacios rurales y retos demográficos: una mirada desde los territorios de la despoblación*, pp. 43-63. AGE (Asociación Española de Geografía). Disponible en: https://geografiarural.age-geografia.es/wp-content/uploads/2021/03/ColoRural2020_Actas_Bajo-peso.pdf (acceso: 01/09/2022)
- Miranda Escolar, Belén & Moyano-Pesquera, Pedro Benito (2020). "Política de desarrollo rural y patrimonio cultural: algunas evidencias desde la evaluación en Castilla y León (España)", *International Review of Economic Policy-Revista internacional de política económica*, vol. 2, nº2, pp. 75-104. DOI: <https://doi.org/10.7203/IREP.2.2.19351>
- Molinero Hernando, Fernando (2016). "Campo y ciudad en el desarrollo rural de Castilla y León y de España", en Olcina Cantos, Jorge & Rico Amorós, Antonio M. -coord.- *Libro Jubilar en homenaje al Profesor Antonio Gil Olcina*, pp. 435-450. Sant Vicent del Raspeig: Universidad de Alicante, Instituto Interuniversitario de Geografía. DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>
- Molinero Hernando, Fernando (2020). "Inmigración y resiliencia en espacios rurales de Castilla y León: El caso de los espacios vitivinícolas", en *ColoRural 2020. Espacios rurales y retos demográficos: una mirada desde los territorios de la despoblación*, pp. 487-504. AGE (Asociación Española de Geografía). Disponible en: https://geografiarural.age-geografia.es/wp-content/uploads/2021/03/ColoRural2020_Actas_Bajo-peso.pdf (acceso: 01/09/2022)
- OECD-Eurostat (2018). *Oslo Manual 2018. Guidelines for collecting, reporting and using data on innovation 4th Edition*. Luxemburgo: OECD, Eurostat, Unión Europea.
- Pérez-Eguíluz, Víctor; Lalana Soto, José Luis & Castrillo Romón, María (2021). "Propuesta de caracterización del medio rural de Castilla y León para el proyecto 'Territorios Activos'", en *Libro de Actas del X Congreso Internacional de Ordenación del Territorio. Recuperación,*

transformación y resiliencia: el papel del territorio, pp. 681-697. Asociación Interprofesional de Ordenación del Territorio FUNDICOT. Disponible en: <https://www.10ciot.org/libro> (acceso: 01/09/2022); Handle: <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/53394>

Rivas Sanz, Juan Luis de las; Castrillo Romón, María A.; Fernández-Maroto, Miguel & Jiménez Jiménez, Marina (2022). "Morfología de los paisajes tradicionales en la España interior: potencialidad de lo rural construido para un futuro más sostenible", *Ciudad y territorio Estudios territoriales*, vol. LIV, Monográfico 2022, pp. 173-196. DOI: <https://doi.org/10.37230/CyTET.2022.M22.8>

15. **TENDÊNCIAS DEMOGRÁFICAS E SEUS EFEITOS SOBRE A PAISAGEM: O PROBLEMA DA DESERTIFICAÇÃO POPULACIONAL, FOCANDO O CASO DO NORTE DE PORTUGAL. POLÍTICAS DO PASSADO E DESAFIOS PARA O FUTURO**

Nuno BIGOTTE SANTOS

Universidade do Porto (Centro de Estudos de Arquitectura e Urbanismo-FAUP)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5133-6554>

nuno.bigotte.s@gmail.com

Introdução

Há vários territórios tanto em Portugal como em Espanha diretamente afetados pela dinâmica de desertificação populacional. Esta tem-se verificado ao longo dos últimos anos nas regiões do interior (com a exceção, no caso de Espanha, da área de influência da Capital, Madrid), com mais tradição rural e maior intensidade de uso de mão-de-obra no sector primário que têm vindo a perder cada vez mais população para as zonas litorais e para as áreas metropolitanas, com maior tradição na Indústria e nos Serviços.

São territórios de paisagens perdidas, onde o ciclo vicioso da baixa densidade é alimentado pela fuga de pessoas para zonas urbanas, em busca de melhores condições de vida, mas também por uma natalidade quase inexistente, potenciando um forte crescimento do índice de envelhecimento.

O Problema da desertificação populacional em alguns territórios

Considerando as características destes territórios, a população e os governos locais enfrentam vários fatores críticos, gerados pela crescente baixa densidade populacional:

- Escassez de mão-de-obra;
- Inexistência de espaços adequados para a instalação de empresas, considerando a realidade local;
- Perda progressiva da identidade local, cada vez menos reconhecida, não só nas relações internas como nas externas;
- Deficiente capacidade de desenvolvimento territorial, falta de desenvolvimento social, económico, cultural;
- O próprio risco de incêndio, a perigosidade inerente ao lugar e ao seu espaço circundante, cada vez mais premente (levando, recentemente,

o governo português a alterar o “regime jurídico da reconversão da paisagem”, no qual reafirma a importância de “promover uma transformação da paisagem que garanta a resiliência, a sustentabilidade e a valorização do território, através de uma intervenção integrada em territórios com vulnerabilidades decorrentes da conflitualidade entre a perigosidade e a ocupação e uso do solo”. Decreto-Lei n.º 16/2022, de 14 de janeiro).

O Caso da Região Norte de Portugal

Num recente estudo de António Lacerda, intitulado “A Demografia dos Municípios do Norte (2001-2021)”, referindo-se à região Norte de Portugal, podemos ver a evolução da população nos municípios em forte perda com um sentido negativo cada vez mais acentuado (Lacerda, 2021).

No estudo, procura-se compreender a evolução das “tendências de litoralização e de concentração metropolitana e, em sentido contrário, de despovoamento de vastas áreas do interior, conforme ocorreu nas décadas anteriores.”

As principais tendências identificadas, para a Região Norte de Portugal, foram as seguintes:

“1. Declínio populacional, com incidência nos territórios de baixa densidade; 2. Envelhecimento acentuado da população, em resultado da queda da natalidade e do aumento da longevidade; 3. Concentração da população no litoral e, em particular, na Área Metropolitana do Porto (AMP).”

A questão mais gritante do estudo foi a forma clara como demonstrou que há territórios a caminhar para uma profunda desertificação populacional, com alguma escassa população a concentrar-se em pequenos centros urbanos (exceção, no interior, às capitais dos distritos e sua envolvente (Vila Real, com mais relações de proximidade com o Porto, mas também Bragança).

Segundo este estudo (baseado em “resultados preliminares dos Censos de 2021” do INE, que não diferem de forma significativa dos resultados finais apurados), houve uma quebra de cerca de 2,7% da população da Região Norte (bem mais negativo do que a pequena queda em termos de média nacional, de 0,1%) entre os censos de 2001 e os de 2021 (resultados preliminares). No entanto, esta quebra tem expressões bastante díspares. Há concelhos com pequenos acréscimos de população e outros com uma queda abrupta. De facto, “os 52 municípios classificados como territórios de baixa densidade perderam 120 mil habitantes, o que corresponde a 14,8% da população residente em 2001, ao passo que o conjunto dos territórios de maior densidade registaram um aumento populacional, ainda que reduzido.” (Lacerda, 2021). Esta realidade é bem visível nas figuras 1 e 2.

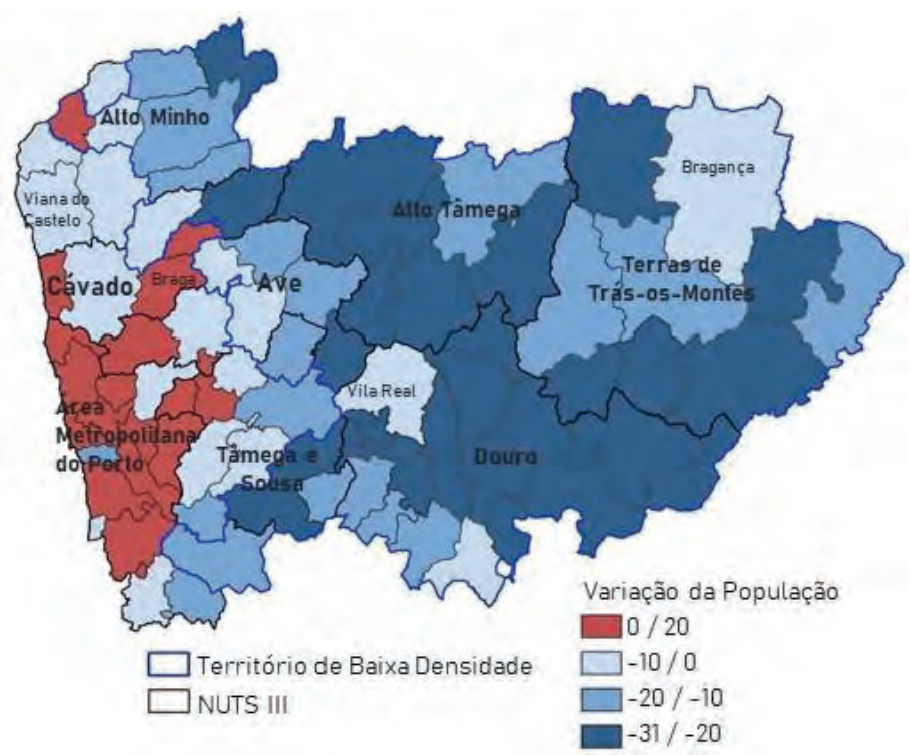


Figura 1. Variação da população entre 2001 e 2021 (%). Fonte: Recenseamento da população e habitação.

Territórios	Superfície (km²)	População (2001)	População (2021)	Densidade populacional (2021)	Variação da população (2001/2021)	
		Nº	Nº		Nº	%
Municípios de baixa densidade (52 municípios)	16 361	812 086	691 854	42	-120 232	-14,8
Municípios fora da baixa densidade (52 municípios)	4 925	2 875 207	2 896 847	588	21 640	0,8
Norte	21 286	3 687 293	3 588 701	169	-98 592	-2,7

Figura 2. População residente do Norte em 2001 e em 2021 (%). Fonte: Recenseamento da população e habitação.

Olhando para o mapa de cima e comparando com o que nos apresenta os índices de densidade populacional da Região Norte, encontramos uma clara correlação entre a Baixa Densidade Populacional e a perda de população:

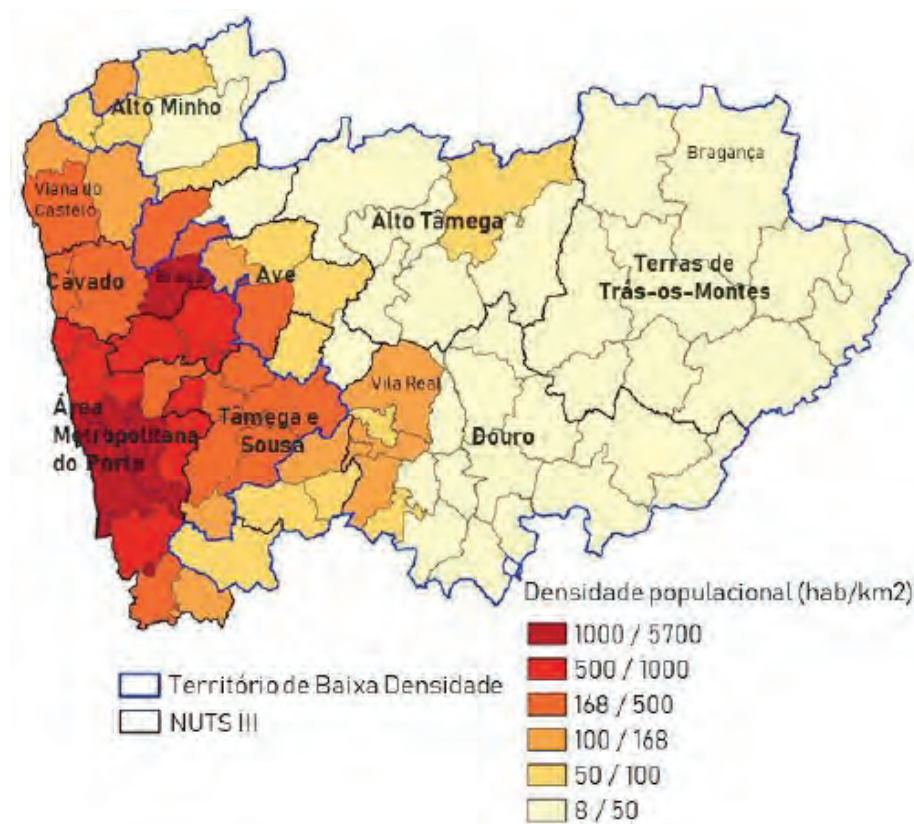


Figura 3. Densidade populacional, 2021. Fonte: Recenseamento da população e habitação.

De facto, “apesar do declínio populacional do Norte”, ainda temos municípios com um ligeiro aumento de população. Isto acontece, principalmente, nos municípios de maior densidade populacional. “Concentram-se, principalmente, na Área Metropolitana do Porto (AMP) e em municípios contíguos do Tâmega e Sousa, do Ave e do Cávado”.

A consequência mais imediata e natural é de que “o grau de concentração da população aumentou” e tal deveu-se principalmente, à acentuada quebra populacional nos territórios já de si com menos população e que encontram-se mais afastados do território polarizador da Região Norte que é a AMP “o que reforçou as disparidades entre territórios em termos de ocupação humana” (Lacerda, 2021).

Todos temos noção que estas alterações no paradigma demográfico e nas sociedades, com populações a tornarem-se mais concentradas em menores espaços e mais envelhecidas, terá fortes repercussões na cultura, na vida

social, na economia das comunidades locais, bem como na tão falada mas pouco cuidada coesão territorial.

Já acima foi referido o decréscimo de mão-de-obra, que mais não é do que uma consequência clara e direta da diminuição da população ativa devido às migrações populacionais, à diminuição da natalidade que ocorre há décadas e ao aumento da esperança média de vida que os avanços científicos e tecnológicos na área da medicina permitem.

Temos, assim, territórios de baixa densidade que, face a todos os problemas acima elencados, veem o seu desenvolvimento e crescimento económico constrangidos e mesmo impossibilitados por um problema básico e inicial de natureza demográfica, gerando o despovoamento desses territórios, o abandono de terras e de áreas extensas, num ciclo vicioso que se autoalimenta e que impossibilita qualquer tentativa de coesão territorial.

Por outro lado, “a pressão sobre as finanças públicas e sobre a sustentabilidade orçamental tenderá a aumentar, bem como sobre o setor da saúde e da proteção social” (Lacerda, 2021).

É por estes motivos que a questão demográfica surge como uma das prioridades das agendas políticas europeia e portuguesa a justificar a adoção de políticas públicas quer no âmbito da demografia (políticas ativas de incentivo à natalidade e à imigração para Portugal), quer no âmbito das políticas de desenvolvimento económico e de coesão social e territorial.

Esta evolução populacional é de importante reflexão pois deverá moldar, sem margem para dúvida, o nosso futuro e a nossa sociedade e há que pensar em mecanismos para nos adaptarmos a esta nova realidade e mesmo, dentro do possível, minimizá-la, dado que os desequilíbrios que geram são manifestamente perniciosos para a qualidade de vida das populações, quer as do interior desertificado, quer as do litoral ou das grandes áreas metropolitanas, com um grave problema de sobrepopulação.

Olhar para políticas implementadas no passado

A necessidade destes estudos levou o Centro de Estudos de Arquitectura e Urbanismo da Faculdade de Arquitectura da Universidade do Porto (CEAU-FAUP) a propor “reflexões teóricas, metodológicas e operativas centradas na temática das transformações físicas, económicas e sociais dos territórios e das implicações dessas dinâmicas na qualidade da paisagem” (Braz Afonso, 2021).

O mais recente destes estudos foi desenvolvido “no âmbito da linha de investigação interuniversitária LANDSCAPE IN TRANSLATION - For the Government of the Transition” e no protocolo de Investigação estabelecido

com os organismos de pesquisa das Universidades de Valladolid (Espanha) e de Enna Kore (Itália) (Braz Afonso, 2021), e permitiu perceber, de algum modo, o tipo de políticas, ou de preocupações que se devem ter em conta nessas políticas, a desenvolver para fixar populações em determinados territórios

Procurou-se olhar mais de perto “as formas de transformação da paisagem concretizadas pelas políticas de colonização do território dos regimes ditatoriais dos três países que as implementaram no segundo e terceiro quartel do século passado”, sendo “uma oportunidade de repensar o tema quanto às possibilidades de valorização dos Colonatos, que em Portugal, Itália e Espanha se estão a desarticular enquanto operações integradas” (Braz Afonso, 2021).

Ainda que a génese destas políticas tenha um tipo de preocupação política e social semelhante, as diferenças entre o que foi feito nos três países são claras.

Em Itália, com a “*bataglia del grano*”, política do regime de Mussolini que procurava promover a autossuficiência alimentar com base nos cereais produzidos no país, promoveu-se a fixação de colonos em determinados territórios, procurando melhorar as condições das terras a lavrar (“operações de secagem de zonas húmidas, construção de redes hídricas e de uma infraestrutura de circulação permitindo a criação de rede urbana de apoio”), com preocupação de dotar esses territórios de serviços essenciais para uma vida com alguma qualidade, em comunidade, para os colonos, com um considerável sucesso na transformação da paisagem e na fixação da população (Braz Afonso, 2021).

Já no caso português, a “campanha do trigo”, não teve o mesmo tipo de preocupações de fixação dos colonos a um determinado território e de disponibilização de terras de qualidade para os mesmos, “esquecendo-se” assim de criar condições para que se desenvolvesse algum sentimento de pertença ao lugar que garantisse alguma sustentabilidade àquelas políticas (em parte devido a preconceitos ideológicos do regime e preconizados por Salazar). O abandono de quase todas as colónias em poucas décadas é sinal da forma incorreta como estas políticas foram implementadas, havendo aldeias totalmente desertas e abandonadas.

No caso de Espanha, as intervenções de política agrícola e de fixação da população (se não se fixasse população a determinado território não haveria quem trabalhasse a terra) foi bastante distinta da portuguesa, tendo a política de Franco uma ousadia que mais se assemelhava à de Mussolini, em Itália. De um modo geral, houve grandes investimentos em barragens e canais de distribuição de água, irrigando as terras envolventes e garantindo uma certa

qualidade agrícola nas mesmas. Ao contrário da ideia de hierarquização de lugares desenvolvida em Itália, “foi implantada uma rede de *pueblos de colonización* de média dimensão, que se tornaram os locais de fixação dos agricultores daquelas áreas” (Braz Afonso, 2021).

Tanto em Itália como em Espanha, os cuidados que foram tidos na criação da maioria destes lugares passaram pelo que se pode chamar de criação de uma certa urbanidade, no sentido em que os mesmos foram implantados de modo a garantir serviços mínimos de qualidade de vida e de convívio entre as diferentes famílias de colonos. Nas colónias em que tal aconteceu, gerou-se uma ideia de comunidade, que permitiu o desenvolvimento de uma identidade cultural e, deste modo, aliado à garantia de qualidade das terras para arar e promover a atividade agrícola, cada *città di fondazione*, no caso italiano e cada *pueblo*, no caso espanhol, teve condições para poder prosperar, ao contrário do que aconteceu em Portugal devido às ideias isolacionistas, de poupança nos investimentos a realizar e ao cuidado para não pôr em causa grandes proprietários de terras, gerando diversos espaços de paisagens “perdidas”.

Olhar as políticas para o futuro – o desafio da sustentabilidade e da coesão

A Globalização tende a promover a polarização que vimos bem demonstrada na Região Norte de Portugal. Por outro lado, tende a fomentar, na economia, na sociedade, no comércio, na cultura, a tendência para que tudo seja standard. Este fenómeno, que podemos chamar de “Globalização Standardizante” (Bigotte Santos, 2018) apenas pode ser contrariado através de políticas que promovam a identidade própria dos lugares, o sentimento de pertença das populações aos seus territórios, tal como decorre das ideias preconizadas por Philip Cooke (1989) que defendia a importância do Local para fazer face ao Global. O exemplo dos estudos sobre as colónias de Itália, Espanha e Portugal, acima referido, permite-nos confirmar esta ideia e mostra-nos a necessidade de criar comunidades fortes.

E que políticas podemos implementar para promover este “localismo”? Robert Putnam e Patsy Healey apresentam-nos uma abordagem interessante neste sentido que está relacionada precisamente com a ideia de permitir às populações debater o que pretendem para o seu território, através do desenvolvimento de conceitos como Capital Social (Putnam, 1993) e de Capacidade Institucional (Healey, 1998)

Trata-se de facto, de mecanismos que, através da participação pública, do envolvimento das populações, poderão potencializar os recursos endógenos do território, a instalação de novas empresas que se dediquem à produção

e dinamização dos bens ou serviços locais e a promoção da fixação de trabalhadores e seus familiares, procurando um ciclo virtuoso.

Naturalmente este é um processo trabalhoso, que leva o seu tempo e que depende da proximidade entre governantes e suas populações e territórios, dando primazia ao Princípio da Subsidiariedade, tão referido pela União Europeia mas muitas vezes esquecido dentro dos Estados.

Tal como referia no Jornal de Notícias, em 1 de dezembro de 2021, António Cunha, Presidente da CCDDR-N, “a complexidade e o dinamismo do desafio demográfico não tem uma resposta simples, mas qualquer que ela seja não resultará de um puro ato legislativo ou de um Estado centralizado, distante, desconhecedor. O território e a escala regional, em particular, são o lugar das políticas do presente e do futuro.” A esta ideia da escala regional, será de acrescentar a importância da escala local, lembrando uma máxima que surgiu há algumas décadas: “*Think Global, Act Local!*”

Referências bibliográficas

- Bigotte Santos, Nuno (2018), “Public Participation and Territory Development. Using Localism to face Globalization”, *U3 – UrbanisticaTre*. Disponível em: <http://www.urbanisticatre.uniroma3.it/dipsu/?portfolio=public-participation-and-territory-development> (acesso: 01-09-2022).
- Braz Afonso, Rui –coord.- (2021). *A Transformação da Paisagem e as Políticas de Aproveitamento Agrícola do Território. As Experiências dos Países do Sul da Europa durante os Regimes Ditatoriais: Portugal, Itália e Espanha*. Porto: Faculdade de Arquitectura da Universidade do Porto.
- Cooke, Philip (1989). “The Local Question – Revival or Survival”, em Cooke, Philip -ed.-, *Localities: The Changing Face of Britain*, pp.296-306. Boston/London: Unwin Hyman.
- Healey, Patsy (1998). “Building institutional capacity through collaborative approaches to urban planning”, *Environment and Planning A*, vol. 30, no. 9, pp. 1531-1546.
- Lacerda, António (2021). “A demografia dos municípios do Norte (2001-2021)” (Publicação do autor).
- Putnam, Robert D. (1993). “The Prosperous Community: Social Capital and Public Life”, *The American Prospect*, vol. 13, pp. 35-42.

16. OS “LAÇOS INVISÍVEIS” COMO ESTÍMULO DE VALORIZAÇÃO DA DIMENSÃO LOCAL

Sofia CARDOSO

Universidade do Porto (Centro de Estudos de Arquitectura e Urbanismo-FAUP)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-0487-9978>

sofiagoncalvescardoso@gmail.com

Edgar SEABRA

Universidade do Porto (Centro de Estudos de Arquitectura e Urbanismo-FAUP)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-4221-3632>

luisedgarseabra@gmail.com

O conceito de “Laços Invisíveis” surgiu há uns anos atrás fruto de um curso de planeamento regional e urbano da Licenciatura de Economia da Universidade da Beira Interior, que posteriormente originou um projecto de investigação candidatado à Fundação para a Ciência e Tecnologia com o título “Centro de Investigação para a coordenação da informação de áreas transfronteiriças”, elaborado em conjunto pelas Universidades da Beira Interior, Salamanca e Cáceres, e do qual o Prof. Rui Braz Afonso foi um dos docentes coordenadores. Todo esse trabalho se centrava numa análise muito expressiva do território da Raia Seca, e lançava a questão do planeamento e cooperação transfronteiriça através da valorização e desenvolvimento equilibrado dos recursos existentes e potenciais da região.

Adoptando esse tema, que aliás se apresenta bastante actual, e a área de intervenção anteriormente estudada (a Raia Seca), voltou-se a formular um pensamento em torno da questão do planeamento em áreas transfronteiriças¹. Isto porque parece pertinente que áreas exploradas de forma idêntica desde largos séculos, com semelhanças e culturas comuns e que na actualidade apresentam idênticos problemas económicos e sociais, possam ser pensadas como um território único e comum, posto em valor conjuntamente, rompendo a barreira psicológica que existe para além da fronteira física entre Portugal e Espanha. Desta forma, a identificação e

1 O projecto de investigação dos “Laços Invisíveis” está a ser desenvolvido pela Equipa de Investigação do Centro de Estudos de Arquitectura e Urbanismo da Universidade do Porto que é uma unidade de investigação que desenvolve projectos no âmbito do Urbanismo e Ordenamento do Território com o patrocínio da Fundação para a Ciência e Tecnologia. A Equipa é constituída pela Arq.ta Sofia Cardoso, pelo Arq.to Edgar Seabra e pelo Prof. Rui Braz Afonso, coordenador do projecto.

hierarquização dos Laços Invisíveis, que são, nem mais nem menos, todos aqueles elementos que detêm valor de identidade local, nem sempre identificados e quase sempre pouco valorizados, é a base para uma visão estratégica de potenciamento dos factores endógenos que possam promover um desenvolvimento sustentado e equilibrado de um território que se quer tornar de referência.

O estudo fixa como limites de intervenção, a Norte o Rio Douro, a Sul o Rio Tejo, e a Este e Oeste uma abrangência abstracta compreendida entre os 50 e os 100 km para cada lado da fronteira entre Portugal e Espanha. Um limite que abrange sensivelmente os distritos da Guarda e Castelo Branco e as províncias de Salamanca e Cáceres.

Como o objectivo é criar valor através de um território de conhecimento, este foi estudado, percebendo que quanto mais exaustiva fosse a sua análise, mais plural seria o processo de formulação dos problemas identificados, maiores seriam as definições associadas a esses mesmos problemas e por conseguinte maiores garantias existiriam na obtenção de saídas/pistas mais efectivas e eficazes.

Deste modo realizaram-se Estudos Preliminares da População com o objectivo de verificar os fenómenos da desertificação e a distribuição da mesma no território e Estudos Preliminares do nível de Urbanidade, determinando o grau de dotação de equipamentos urbanos na área de estudo.

Do quadro da Rede Urbana (Figura 1) transparece a leitura de um território multipolar, ou seja, com carácter policêntrico que, ao longo do tempo, tem vindo a apresentar um reforço da dimensão e da capacidade de polarização dos principais aglomerados urbanos, provocando um acelerado esvaziamento da envolvente territorial (população e actividades), sobretudo nos casos em que os aglomerados se encontram afastados das grandes concentrações populacionais ou dos principais aglomerados urbanos e eixos de desenvolvimento. Assim, no que concerne à distribuição da população no território, a área em estudo caracteriza-se por um desequilíbrio territorial na distribuição da população, com forte perda demográfica (à excepção de alguns aglomerados urbanos localizados nos principais eixos de comunicação²) e com uma estrutura demográfica muito envelhecida.³

2 De referenciar o Eixo Urbano: Guarda – Belmonte – Covilhã – Fundão – Castelo Branco, por exemplo.

3 A metodologia adoptada tem como fontes o Recenseamento Geral de População e de Habitação – Distritos da Guarda e Castelo Branco, de 1940, 1960 e 1981, o Recenseamento da População e de Habitação (Centro), do Censos de 2001 do Instituto Nacional de Estatística (Portugal); Censos de Población de 1940 e 1960, Población de hecho por município de 1981, e Censos de Población y Viviendas 2001 do Instituto Nacional de Estadística (Espanha). Para a realização do quadro de estudo da Rede Urbana apenas se consideraram os aglomerados

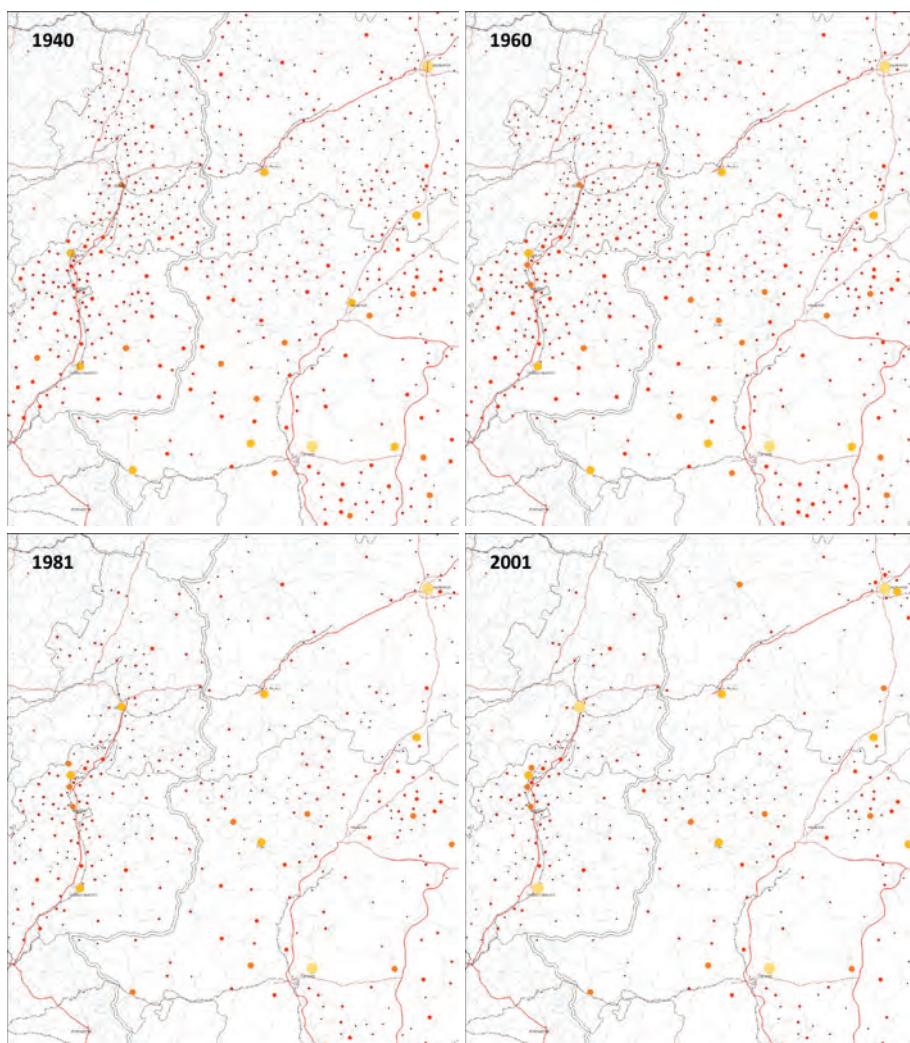


Figura 1. Rede urbana. Principais aglomerados nos Distritos da Guarda e Castelo Branco e Províncias de Salamanca e Cáceres.

Com o estudo da dotação de equipamentos urbanos no território pretende-se desenvolver um índice que determine as condições de atractividade urbana que permitam entender os limites da fixação da população e que possam também servir para a aferição dos elementos que contribuem para o reforço da identidade dos locais.

Utilizando como base científica os dados provenientes da Carta de Equipamentos e Serviços de Apoio à População – Região Centro de 2002

com população residente igual ou superior a 500 habitantes. De salientar que em Portugal se referenciaram os dados disponíveis por Freguesia e que em Espanha os dados se encontram tratados ao nível do Município

realizada pelo Instituto Nacional de Estatística, elegeram-se e agruparam-se, por ordem de valor, os indicadores avaliados no documento, definindo três níveis distintos de desenvolvimento urbano (reduzido, intermédio e elevado)⁴, testados em vinte e três concelhos.

O processo de leitura no território das coordenadas definidoras dos vários graus de urbanidade, resultaram na produção de quatro cartas evolutivas (Figura 2), surgidas da necessidade de especificar e desmembrar os indicadores de análise, que no primeiro ensaio eram os três níveis acima referidos e no último, até ao momento, derivaram para seis (Urbanidade mais Elevada, Elevada, Menos Elevada, Intermédia, Reduzida e Mínima). É claramente visível, mais uma vez, o corredor de desenvolvimento que acompanha o eixo viário (IP2), sobressaindo no território Castelo Branco e Covilhã como os concelhos dotados com todos os equipamentos que definem a Urbanidade mais Elevada e em oposição, Vila de Rei, Oleiros e Vila Velha de Rodão como os concelhos não dotados com todos os indicadores correspondentes à Urbanidade Reduzida.

Em suma, o reforço da cooperação transfronteiriça baseada na procura e eleição dos valores «invisíveis» de cada região, apresenta-se como estratégia essencial ao desenvolvimento de um território que, como se identifica nos estudos realizados, se caracteriza por um desequilíbrio na concentração da população e por um crescente e acentuado processo de desertificação.

Paralelamente ao estudo das coordenadas de enquadramento geral do território, que vai sendo afinado e cada vez mais detalhado, os Laços Invisíveis foram também cartografados por uma ordem que os hierarquiza em três temas de estudo: Valores Naturais, Valores Construídos e Valores Locais (Figura 3).

Dentro dos Valores Naturais está em curso de identificação tudo aquilo que remete para o reforço qualitativo do ambiente enquanto paisagem natural, identificando áreas verdes de interesse, rotas de importância cultural, percursos pedestres, sítios de interesse, etc. Quanto aos Valores Construídos estão a ser identificadas não só as construções religiosas, militares e referenciadas enquanto elemento simbólico, mas também os

4 Urbanidade Reduzida [Posto Policial (PSP, GNR); Caixa Multibanco; Posto de Abastecimento de Combustível; Supermercado; Distribuição Regular de Água durante o Ano; Praça de Táxis; Estação ou Posto de Correio; Ensino Educação Pré-Escolar (pública e privada); Ensino Básico 1º Ciclo (público e privado); Centro de Saúde ou Extensão; Farmácia ou Posto de Medicamentos; Creche e Centro de Dia]; Urbanidade Intermédia [Corporação de Bombeiros; Agência Bancária; Agência de Seguros; Gabinete de Contabilidade / Consultoria de Gestão; Recolha Selectiva de Lixo; Ensino Básico 2º Ciclo (público e privado); Ensino Básico 3º Ciclo (público e privado); Consultório Médico; Lar de Idosos; Piscina; Campo de Jogos Descoberto; Pavilhão Desportivo ou Ginásio; Sala de Espectáculos / Sala de Conferências / Congressos; Écran de Cinema e Biblioteca Aberta ao Público]; Urbanidade Elevada [Centro Comercial; Hipermercado; Ensino Secundário (público e privado); Ensino Superior (público e privado) e Hospital Geral (Público)].

Conjuntos e Aldeias Históricas e o Património Mundial. Por último, no mapa dos Valores Locais são cartografados os elementos que ligam cada terra à sua cultura, nomeadamente os produtos locais, de artesanato, a gastronomia, as festas populares, etc.⁵

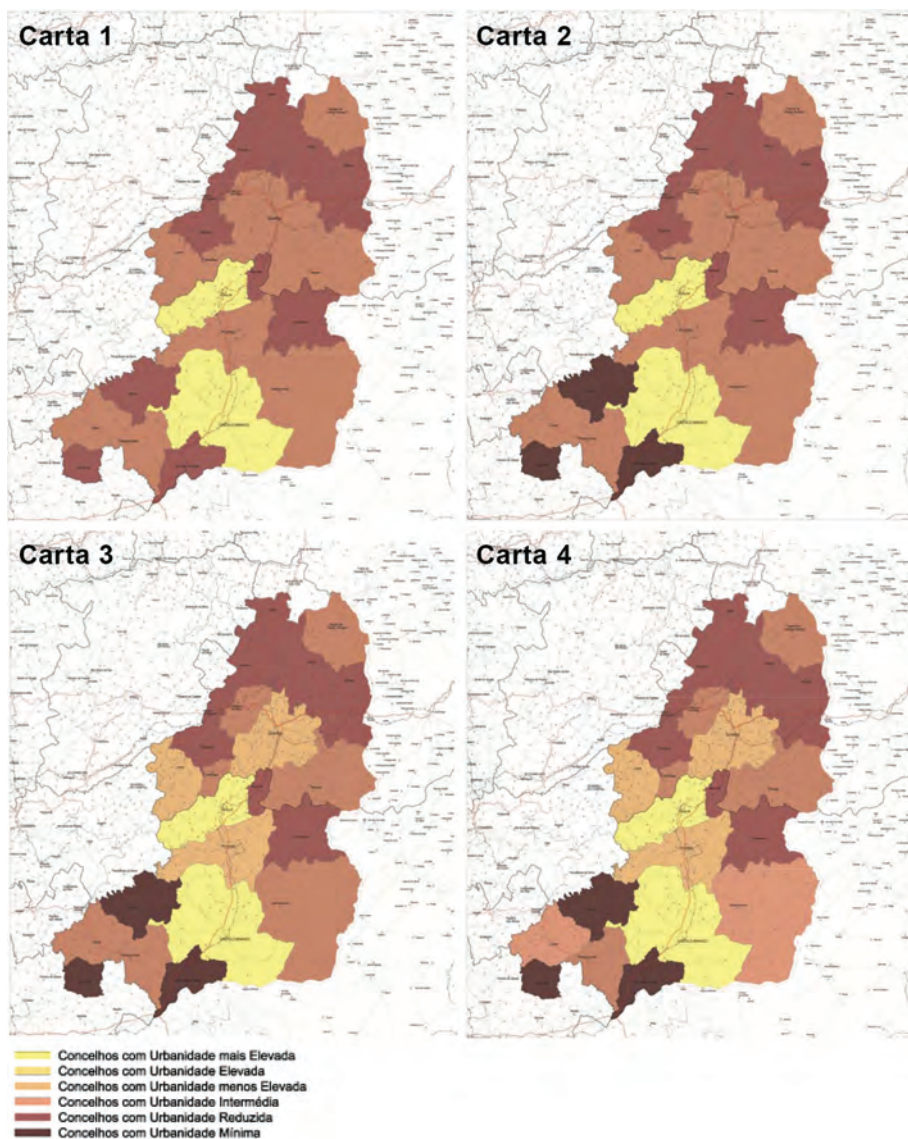


Figura 2. Índice de urbanidade – Equipamentos e Serviços.

5 Esta informação foi recolhida através de fontes oficiais em Portugal e fontes variadas em Espanha, sendo de notar a dificuldade em encontrar informação disponibilizada pelas entidades competentes, tendo-se recorrido à disponibilizada pelas Associações de Desenvolvimento Local.

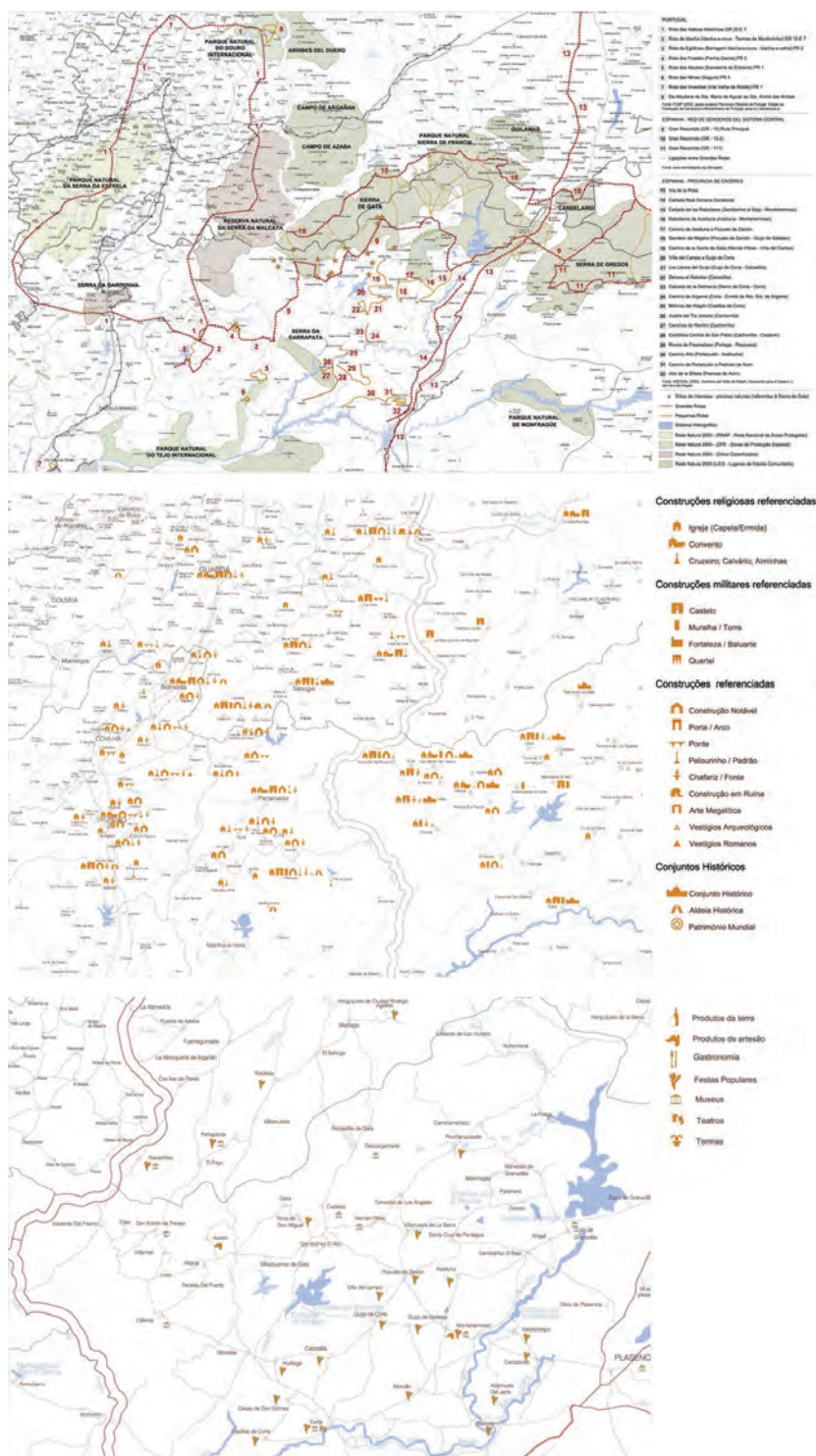


Figura 3. Valores naturais, construidos e locais.

Após esta primeira identificação no território dos valores culturais existentes, construiu-se uma espécie de esquema conceptual que permite explicar um pouco o processo de desenvolvimento e interacção entre os conceitos que estão na base de todo este estudo.

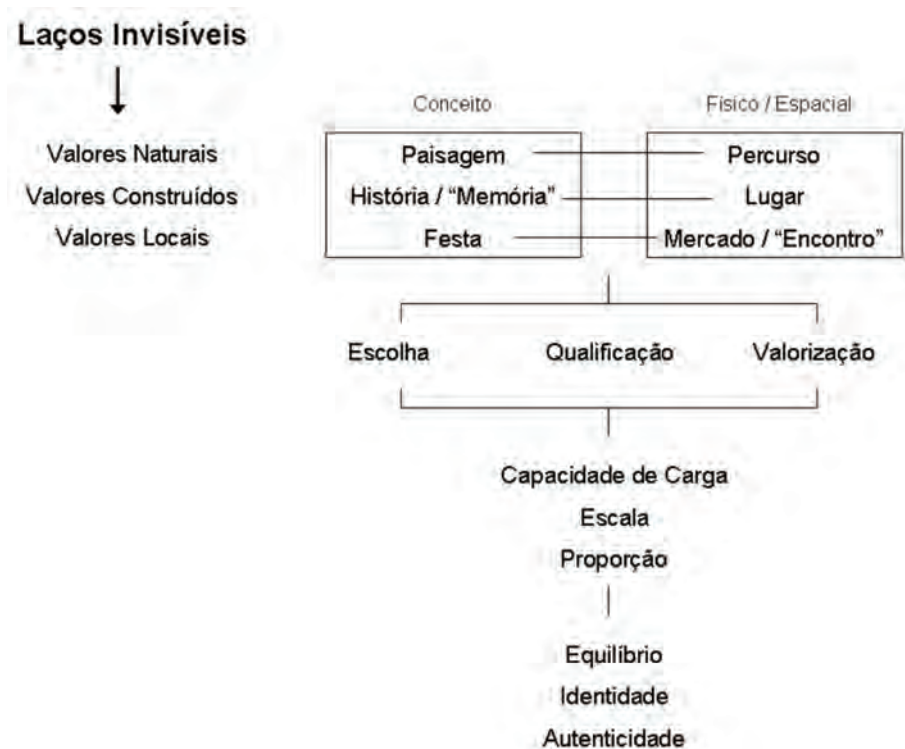


Figura 4. Laços Invisíveis. Quadro conceptual.

Os Laços Invisíveis aparecem então como elemento central de toda a estratégia de valorização do território. Como Laços Invisíveis identificamos já três abordagens de estudo, os Valores Naturais, Valores Construídos e Valores Locais, evidenciando-se dentro dessas categorias valores e direcções de análise. Ligado aos Valores Naturais surge a Paisagem e o Percurso, nos Valores Construídos ressalta a História e o Lugar e nos Valores Locais a Festa e o Mercado. Todos eles se elevam dentro do seu grupo e funcionam em complementaridade, mas evidenciam-se também pela sua autonomia e capacidade de criarem novas linhas de pensamento, ou seja, um campo mais ligado ao Conceito e outro mais ligado às questões Físicas e Espaciais.

O essencial será, dentro de todas estas frentes, descobrir e identificar quais os recursos da região se deverão Escolher, Qualificar e pôr em Valor. No entanto é necessário encontrar a Capacidade de Carga consoante os

territórios para que deste modo se promova uma escala de desenvolvimento Equilibrada e controlada. É preciso descobrir a pequena Escala e valorizá-la para que o mundo rural e toda a sua ancestralidade não se transforme num mito alimentado pelos interesses das entidades oficiais que pretendem reinventar a cultura popular para servir interesses, fazendo com que esta perca toda a sua Identidade e Autenticidade.

O grande objectivo do estudo é, portanto, potenciar a procura cultural do território em questão de um modo diversificado e equilibrado. Exaltar e «dar valor a partir de fora», aumentando e despertando, por um lado, o interesse dos residentes pelos elementos de valores presentes no seu quotidiano, e proporcionando, por outro lado, um melhor entendimento do território a quem o percorre e visita, distinguindo claramente o que se deve resguardar ou dar a conhecer, para que deste modo se elevem as condições de vida na Zona da Raia Seca sem, no entanto, lhe adulterar significativamente a identidade.

Nota Final: O trabalho da equipa do Centro de Estudos de Arquitectura e Urbanismo da Universidade do Porto aqui apresentado foi a base de várias comunicações, nomeadamente no Centro de Estudos Ibéricos, Guarda e na Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Extremadura, en Cáceres.

Referências bibliográficas

- Alonso Santos, José Luis & Caetano, Lucília (2002). *Modelos de organización territorial en la Raya Central Ibérica: una visión de conjunto*. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca.
- Del Barrio Aliste, José Manuel -coord.- (2006). *Beira Interior Norte: Provincia de Salamanca: valorar la historia y conquistar el futuro*. Salamanca: Ediciones de la Diputación de Salamanca.
- Fundación Rei Afonso Henriques (1998). *Entre duas margens. Douro Internacional*. Mirandela: João Azevedo.
- Guichard, François; López Trigal, Lorenzo & Marrou, Louis (2000). *Itinerarios transfronterizos en la península ibérica*. Zamora: Fundación Rei Afonso Henriques.
- Jacinto, Rui -coord.- (2004). *Paisagens e Territórios de Fronteira*. Castelo Branco: Câmara Municipal.
- López Trigal, Lorenzo & Guichard, François (2000). *La frontera hispano-portuguesa: nuevo espacio de atracción y cooperación*. Zamora: Fundación Rei Afonso Henriques.

Mora Aliseda, Julián & Condesso, Fernando dos Reis (2005). *Políticas urbanas y territoriales en la Península Ibérica* (2 vols.). Mérida: Junta de Extremadura, Consejería de Cultura.

Rosa, Eduardo -coord.- (2005). *Interreg IIIA. Douro/Duero Séc. XXI. Aproveitamento e Valorização dos Recursos*. Vila Real: UTAD, Vice-reitoria para a Investigação e Cooperação.

Salgueiro, Teresa (1992). *Cidade em Portugal: uma Geografia Urbana*. Porto: Edições Afrontamento.

Fontes web (Portugal)

Direcção Geral dos Edifícios e Monumentos Nacionais (www.monumentos.pt)

Instituto Nacional de Estatística (www.ine.pt)

Instituto Português do Património Arquitectónico (www.ippar.pt)

Fontes web (Espanha)

Instituto Nacional de Estadística (www.ine.es)

Turismo de Extremadura (www.turismoextremadura.com)

Turismo de Castilla y León (www.turismocastillayleon.com)

